# OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

## V

## HISTORIA DE UN SIGLO

## LAS MESAS DE PLOMO

*letras mexicanas*

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

REIMPRESIÓN • 1995

*letras mexicanas*

---

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

V

OBRAS COMPLETAS DE

# ALFONSO REYES

# V

# ALFONSO REYES

---

## *Historia de un siglo*

## *Las mesas de plomo*

***letras mexicanas***

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Primera edición, 1957
Segunda reimpresión, 1995

D. R. © 1957, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
D. R. © 1995, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0346-X (general)
ISBN 968-16-0531-4 (tomo V)

Impreso en México

# CONTENIDO DE ESTE TOMO

## I

La *Historia de un siglo* —el siglo XIX— es un libro interrumpido, que ha perdido su fecha a fuerza de posteriores retoques y, de paso, también ha perdido sus proporciones originales. Por consideración a la época de su origen, se lo acomoda en el tomo V de estas *Obras completas*. Parte, en efecto, de las colaboraciones de *El Sol*, de Madrid —lo mismo que las primeras series de las *Simpatías y diferencias*—, a lo cual el prólogo se refiere, y data de 1919-1920. Pero ha crecido después por ambos extremos, además de haber sufrido correcciones en el interior de cada capítulo. Es inédito en buena parte y, como conjunto, un libro nuevo para el lector.

El prólogo aprovecha pasajes de un viejo artículo publicado en *El Sol* —"El estudio de la historia reciente"—, pero se le deja la fecha de su nueva y definitiva redacción, año de 1952.

"Las tres revoluciones" (México, agosto de 1945) apareció anteriormente en el semanario *Todo* (México, 7 y 14 de agosto de 1947), bajo el título: "Albores del siglo XIX."

El "Panorama del siglo XIX" (México, agosto de 1945) apareció anteriormente en *Todo* (México, 21 y 28 de agosto y 4 de septiembre de 1947).

"El ocaso de Napoleón" es un capítulo inédito.

"Los primeros pactos", capítulo en mucho inédito, contiene un fragmento (desde: "Esta nueva monarquía absoluta..." hasta: "...no pudo realizarse en la práctica") publicado anteriormente bajo el título "Luis XVIII en teoría", en *La Prensa* (Buenos Aires, 27 de mayo de 1938).

Los capítulos "A puerta cerrada" y "Entre bambalinas", inéditos en su mayoría, aprovechan un artículo (México, 26 de diciembre de 1937) publicado anteriormente bajo el título: "El Congreso de Viena", en *La Prensa* (Buenos Aires, 13 de febrero de 1938). En el mismo artículo apareció el fragmento "La Santa Alianza", ahora ampliado y refundido en el capítulo de igual nombre. Los tres fragmentos llevan, en *La Prensa*, el título general: "Albores del siglo XIX."

"Los Cien Días" es capítulo inédito.

A continuación, desde "Las conclusiones de Viena" hasta "La guerra austro-prusiana", se aprovechan y refunden los dieciséis artículos publicados primeramente en *El Sol* de Madrid, bajo el título

de "Historia de un siglo", origen de esta obra, y cuyo objeto e interrupción quedan explicados en el prólogo respectivo. Las fechas que llevan al pie todos estos artículos van entre paréntesis, para de algún modo indicar que son solamente las fechas de la primera publicación en *El Sol,* las que corresponden a la primer versión ya anulada, y no a la versión posterior aquí recogida y que ya sería imposible fechar, por lo mismo que ha sido objeto de retoques ocasionales a lo largo de varios años, pues ésta es la fatalidad de guardar inéditos los viejos papeles.

Del capítulo XXVI al capítulo XXXII, todo es ya inédito.

Respecto a la diplomacia y la política de ayer, estas noticias espigué en los libros que leo. Respecto a la diplomacia y la política que yo he observado por cuenta propia, quedan testimonios, por ejemplo, en *Aquellos días* (*Obras completas,* tomo III) y en varios folletos de mi "Archivo", como *El Servicio Diplomático Mexicano* (1937), *Introducción al estudio económico del Brasil* (1938), *La inmigración en Francia* (1947), *Momentos de España* (1947), *La Conferencia colombo-peruana para el arreglo del incidente de Leticia* (1947), *Crónica de Francia,* I, II, III, IV y V (1947, 1952, 1955, 1956 y 1957); y asimismo, el *Código de la Paz* (iniciativa y primera versión de don Manuel J. Sierra, 1933, y segunda versión de don Pablo Campos Ortiz, 1936, con quienes tuve la honra de colaborar). En todo caso, la *Historia de un siglo* representa un intento aparte, una incursión "extravagante" hacia otros terrenos que no son los que habitualmente recorro, salvo algunas páginas históricas que aparecen en *Simpatías y diferencias* (*Obras completas,* tomo IV), o algunos de mis cursos durante estos últimos años en el Colegio Nacional.

## II

Los primeros artículos de *Las mesas de plomo* (en torno a la historia y problemas del periodismo) aparecieron en *El Sol* (Madrid, 1918), salvo retoques posteriores. Las "Páginas complementarias" son de elaboración más reciente: algo se publicó en *El Nacional* (México, 1938); algo es inédito. A este conjunto de artículos puede referirse "Un recuerdo del *Diario de México*", donde se ve que ya me interesaban estos asuntos desde 1913 (*Obras completas,* I, págs. 343-346).

# I

## HISTORIA DE UN SIGLO

# PRÓLOGO

TUVE a mi cargo durante algún tiempo una página de geografía e historia que aparecía todos los jueves en *El Sol* de Madrid. Cuando José Ortega y Gasset —inspirador del periódico— me hizo el honor de invitarme junto a otros amigos, para que entre todos nos distribuyéramos semanariamente las distintas ramas del estudio y la información —la economía, la educación, la medicina, las artes, etc.—, yo no vacilé en aceptar, porque, me dije, cuanto acontece en el tiempo es historia, y en el espacio, geografía. Aún no acabo de recoger en libros lo que publiqué entonces, y de allí han salido —además de muchos artículos dispersos en varios volúmenes— parte de las *Simpatías y diferencias* y de los *Retratos reales e imaginarios*.*

Entre el 5 de junio de 1919 y el 22 de enero de 1920, di al diario una serie de artículos sobre la historia del siglo XIX, notas de un lector de libros para los lectores de periódicos, encaminadas a recordar los antecedentes de la que entonces se nos prometía como la última guerra. No aspiré a ser original, y aun quise borrarme un poco detrás de mi asunto. No tuve tiempo de cubrir todo mi panorama: sólo llegué a publicar hasta el que entonces era capítulo XVI, y hoy, XXV. Devuelto al servicio exterior de mi país, me detuve allá por la guerra austro-prusiana.

Estos papeles, guardados durante cerca de cuarenta años, han ido sufriendo retoques, adiciones y supresiones. De la perspectiva original, he conservado el enfoque sobre Europa, sin olvidar que el siglo vio nacer a las repúblicas iberoamericanas y avanzar vertiginosamente hasta el primer plano a los Estados Unidos. El conjunto bien merecía llamarse la Nueva Guerra de Cien Años si, como quiere Hobbes, la naturaleza de la guerra no se funda tanto en los combates cuanto en la disposición general de combatir. Pero ya se

* Tomos III y IV de las *Obras completas.*

sabe que guerras y tratos diplomáticos no agotan el contenido de la historia: son meras antologías de catástrofes o —si se prefiere— hilos sacados de la tela. "Aun en las épocas peores y más desastrosas, entre guerras o revoluciones, la mayor parte de la humanidad emplea lo más de su tiempo en cosas de amor o de dinero, la compañía social, las diversiones, el general adelanto o los personales provechos, lo mismo que en los tiempos más pacíficos y felices" (Lord Jeffrey, *The Edinburgh Review*, marzo de 1817).

El estudio de la historia reciente, la que más de cerca nos incumbe, suele ser el más descuidado. El educador padece mal de escrúpulos y teme no ser bastante objetivo. No sabemos si lo impersonal posee verdadero valor en este valle de las pasiones. Basta con no mentir a sabiendas. Lo demás es extralimitación, *hybris*, ambición desmedida para lo humano.

Hace veinte siglos, los Gracos propusieron ciertas reformas, sobre cuyo alcance y sentido aún no se ponen de acuerdo socialistas y conservadores. En la lucha de Gregorio VII y Enrique IV se contrastan sin remedio el devoto de la curia romana y el que mantiene la soberanía del Estado frente a la Iglesia. La conducta de los últimos papas de la Edad Media es juzgada de muy distinto modo por Gregorovius y por Pastor. Sobre la Reforma y sobre la Revolución Francesa todas las exposiciones son polémicas. Yo, en mi corta experiencia, quise alguna vez resumir las opiniones de la prensa española cuando el cuarto centenario del Cardenal Cisneros: me encontré con que unos pedían el advenimiento de otro varón de igual temple y la chamusquina de sus adversarios políticos —credo que muchos profesan y pocos confiesan—, al paso que otros le negaban todo al reorganizador religioso, corregidor de la nobleza, conquistador de Orán, fundador de la Universidad de Alcalá y mecenas de la *Poliglota Complutense.** Pues si tales divergencias se advierten en la historia de los hechos remotos, ¿cómo evitar que la subjetividad afecte el relato de los hechos recientes?

Y así se va labrando la historia. Y hasta hay más ver-

* "Dos centenarios", *Retratos reales e imaginarios*, tomo III de las *Obras completas*.

dad en estas discusiones que en los fríos informes de los manuales, donde apenas se nos hace saber cuándo reinó un rey, cuántas batallas ganó, cuántas hijas tuvo y si las vistió de colorado. A esa cuenta, vale más comprimir la carrera humana, como en Anatole France, reduciéndola a sus tres peripecias fundamentales: "Nacieron, sufrieron y murieron". Y, como fuere, es insoportable que —según ya se quejaba Wells— la Musa de la Historia cierre los ojos y se tape las narices en cuanto aparecen el vapor y la electricidad.

Pero ¿a quién le estoy predicando, si este libro no se dedica al sabio ni al necio, aquél porque no lo necesita, éste porque no ha de aprovecharlo? Contigo hablo, hombre sencillo que sueles leer en el periódico las notas de un lector de libros recopiladas para ti. Tú siempre has querido saber lo que pasó ayer por la mañana. Y si resulta que ya lo sabes, ¿qué mal hay en recordarlo y comentarlo juntos?

*1952.*

# PRIMERA PARTE

# I. LAS TRES REVOLUCIONES

1. ENCUADRAMOS el siglo entre los años de 1815 y 1918, términos de dos grandes guerras. Este período corresponde a la actualidad de la historia. La fisonomía que hoy muestra la humanidad data de las postrimerías del Setecientos. Aunque se llame época moderna a la que arranca más o menos de la caída de Constantinopla (1453), la verdadera modernidad de los pueblos —salvo para unos cuantos privilegiados de la inteligencia o de la fortuna— procede de las tres grandes revoluciones acontecidas a fines del XVIII: la revolución intelectual, la revolución industrial y la revolución social o Revolución Francesa.

El antiguo régimen vivía ayuno de educación liberal y de enseñanza científica, al punto que las grandes transformaciones espirituales, propias tempestades de superficie, no habían conmovido hasta el fondo los océanos humanos. Se dirá que hoy pasa lo mismo, y es verdad en sustancia. Las evoluciones de la cultura se trazan por las cumbres, no por los valles, que sería un espectáculo muy distinto y poco edificante. Absurdo pretender que entre los contemporáneos del genio todos hayan sido Descartes o Newton. Pero falso figurarse que, en igualdad de condiciones, o mejor en condiciones equivalentes, la gente de entonces tuviera sobre ellos aun la vaga y mitológica imagen que la gente de hoy tiene sobre Bergson o Einstein. Es una cuestión de matices, pero también —y esto es importante— de posibilidad, de licitud y de acceso a la cultura. En el orden de la cultura, en efecto, los pueblos no habían podido absorber las nociones seculares conquistadas a lo largo de los descubrimientos geográficos, del paso del feudalismo a la monarquía, del Renacimiento, de la Reforma, de la Enciclopedia, etc.

El antiguo régimen vivía, en lo material, reducido a los medios de transporte más primitivos, no siempre mejores que los romanos; a la industria doméstica de muy corto alcance; a la fabricación manual, de modestos resultados

—aunque valgan hoy por la rareza—; a la arquitectura atrasada e inconfortable; a la ignorancia más espantosa de la higiene. Un humilde funcionario goza hoy de comodidad y aseo no soñados por el Rey Sol.

Las guerras religiosas y las persecuciones de los siglos XVI al XVIII parecen corresponder a épocas muy anteriores. Son una culminación de la Edad Media en sus fases más penumbrosas. Estos siglos sólo son modernos por la corteza. Hablar de siglos es hablar de masas, de pueblos, no de individuos selectos. El espíritu prospera hasta en la escasez; pero la difusión de ciertas nociones y prácticas que constituyen la actual civilización necesita de ciertas ventajas físicas sólo aseguradas hace un par de centurias. Podrá nuestra civilización valer poco o valer menos que otras. El caso es que sólo se ha diseminado por nuestras sociedades de modo suficiente en los últimos doscientos años. Lo suficiente para imprimir su sello al mundo.

2. Antes del XIX, cuanto a política y gobierno, se vive bajo monarquías absolutas. El antiguo magnate ha pasado a ser cortesano. La luterana Prusia o la católica Francia aceptaban por igual al Rey de derecho divino. Sólo se descubren dos excepciones: a la vanguardia, Inglaterra había ligado ya al dios humano entre responsabilidades parlamentarias; a la retaguardia, Alemania continuaba aún la pesadilla feudal.

Cuanto a creencias, las distintas religiones de Estado —que, desde luego, ejercían mando único en materia de educación— vivían en constante alerta y celosa guardia de su independencia particular, pero cerradas a la libertad de pensamiento o a la tolerancia de las demás. Y en vez de la máxima católica: "Un Mundo, una Iglesia", parecían proclamarse: "Tantas Iglesias como Estados". Al mismo tiempo, los no-conformistas o libre-pensadores, que así se llamaban, no tenían patria e iban a la cárcel o a la hoguera. Si el sistema de gobierno había evolucionado de la multiplicidad feudal a la unidad monárquica, en cambio el imperio universal de la Iglesia se había desmoronado en un verdadero feudalismo religioso.

Cuanto al sistema económico, rey, obispo y señor pesaban con peso acumulado sobre el labriego, siervo del terruño y bestia de arar él también; y en las ciudades, los gremios de artesanos vivían sometidos a una fatalidad de oficio. Todo ello, feudalismo, Edad Media. Bien se ha dicho que Carlomagno, Julio César, Pisístrato o Hamurabí no hubieran sentido extrañeza en la sociedad económica de un Luis XIV, un Federico el Grande, un Jorge III.

Sólo el comercio, a partir de los ensanches geográficos, venía disfrutando de una respiración cada vez más internacional, y robusteciendo los músculos de la clase media, ese futuro campeón. Pero su último desenvolvimiento esperaba la hora de las revoluciones modernas.

3. La revolución intelectual fue obra de los filósofos. Más que pensadores sistemáticos, escolásticos, abstractores de ideas, son por lo general, y sobre todo en el caso de Francia, que llevaba la voz, filósofos sociales, meditadores independientes. Voltaire ataca a la Iglesia, muralla de las tradiciones. Montesquieu y Rousseau minan los fundamentos del Estado de derecho divino. Quesnay, Turgot, Adam Smith, convierten la economía política en ciencia humana, arrebatándola al arbitrio de los gobiernos. Kant investiga las bases de la ética independiente. Lessing y Goethe abren a las nuevas auras las ventanas de la poesía y las artes. Lavoisier pone los cimientos de la verdadera química. Lamarck —mientras aparece la figura dominante de Darwin— ilumina la senda futura de la biología. El pletórico Diderot hace de universal pregonero.

Las letras se desentienden ya de salones y mecenas. Buscan auditorios más vastos, reclutados entre la nueva burguesía, que empieza ya a saborear los ocios cultos. Las facilidades de la imprenta, las reformas de la enseñanza, las libertades del estudio, inician, en efecto, la era de "la gran lectura".

Aparece, por cambio de influencias entre la oferta del autor y la demanda del público, una pléyade en transición, los prerrománticos. El movimiento, cunado en Escocia y en Suiza, gana ciudadanía general. Los prerrománticos son

tan diferentes que acaso no se reconocen entre sí. Tienen de común cierto temblor sentimental, ese desequilibrio interior que anuncia el afán de continuar la jornada, esa melancolía o exasperación de inadaptados. Junto a la literatura oficial y recibida (ya en trance de muerte), junto a la rigidez de armadura —o de maniquí— del mal llamado "clasicismo", ellos ejercen la temerosa fascinación del cuerpo desnudo: medítese en Rousseau.

Y en ese suelo propicio, prende y cunde el Romanticismo, con sus ensoñaciones y su falsa pero fecunda representación del pasado, que aun a la historia ha de ser útil. Poesía, historia literaria, libre ensayo, sátira, periodismo, o nacen o asumen otro timbre, otro acento. Y al fin se cumple aquella ley según la cual toda literatura tiene que acabar en la novela.

4. La revolución industrial, hija del maquinismo, comienza con los progresos de hilados y tejidos en Inglaterra, madura con el vapor, culmina con la electricidad; transforma, al volcarse por toda Europa, los cuadros sociales. Sus nuevos perfiles son la división del trabajo, el aumento de la producción, el nacimiento de ciudades fabriles, la creación de las dos clases —patronos capitalistas y trabajadores asalariados—, las uniones de obreros, la aceptación creciente de la labor femenina e infantil, la acelerada expansión del comercio, el prodigioso desarrollo de las comunicaciones. Antes, "las hilanderas" de Velázquez; ahora, una planta del Liverpool moderno. Tales son los términos de esta rauda evolución.

La política resiente el efecto de estas mudanzas. Y la relación entre las ganancias del capital y las ganancias del trabajo es el fondo de todas las futuras luchas sociales. Pronto aparecerá el socialismo. Predica la propiedad común, política o de la Polis, para todos los medios de producción. Su tendencia internacional representará una fuerza pacifista hasta el año de 1914.

"Las cuatro hadas del siglo XIX" han sido el vapor, la electricidad, el maquinismo y la química. La marmita, el motor de explosión y el barco de vapor, el ferrocarril, el telé-

grafo, el alumbrado, la fotografía y cien inventos más no son solamente unos juguetes. Bien está que afecten despreciarlos algunos modernos ascetas que, sin saberlo en el mejor caso, cuentan con ellos todos los minutos del día y de la noche, todos los días del año y todos los años de su "residencia en la Tierra". Pero a tales instrumentos debemos, en suma, el dominio de la naturaleza, que un espectador de Sirio, recorriendo nuestro panorama histórico, llamaría acertadamente la magia, insignia de la civilización de Occidente.

No es exagerado decir que la revolución industrial afecta a la familia humana hasta en sus últimas estructuras biológicas y en sus relaciones nerviosas; a la vez, comunica al hombre el sentimiento de ser un morador de todo el planeta. La era que hemos llamado actualidad de la historia es la era prometeica por excelencia. El problema para nuestra especie depende ahora del equilibrio o desequilibrio entre la aptitud moral, difícil de acrecer, y la capacidad material en desenfrenado desarrollo.

5. La "gloriosa revolución" inglesa de 1689 sólo trajo un cambio dinástico y estableció el mecanismo parlamentario. La misma clase, la aristocracia rural, continuó en el gobierno. Y la ropa limpia quedó en casa. La revolución norteamericana de 1776 fue sobre todo un hecho político particular, aunque sería ingrato para los hispanoamericanos negar su ejemplar trascendencia. Produjo la autonomía de una nación, echó a correr el pelotón de las antiguas Trece Colonias, sustituyó el mando de la corona británica por la lealtad a la Constitución de los Estados Unidos. Pero sólo la Revolución Francesa trajo una reconstrucción social para el mundo.

Las ideas caminan con los hombres, y a veces en sentido contrario. Nunca sabe uno lo que crea, lo que halla. Colón, en busca de la India, encuentra las Indias. Los ejércitos napoleónicos, lanzados a fundar un imperio, esparcen las simientes revolucionarias, que caían por entre las gavillas de bayonetas de sus carros de guerra. Francia, en lucha contra Europa, determina el alumbramiento de la Europa moderna.

La herencia de la Revolución Francesa es difícil de apreciar hoy por hoy, ingratitud habitual para el aire que se respira. La Revolución Francesa dignifica y justifica la acción característica de la mente occidental: la iniciativa, la intervención para acelerar y madurar el proceso histórico, la esperanza de que la historia sea creación de la voluntad y no determinismo ciego. Ella, de esta suerte, estimula los sueños del mejoramiento humano, y aun recoge el principio católico del libre albedrío, propuesto para la opción del bien. Democracia, nacionalidad, progreso —engañoso pero benéfico espejismo—, primer victoria del trabajo —aunque turbia de explotaciones burguesas y capitalismo de arribada—, libertad de pensamiento y de expresión, derechos de la persona humana, ápice de la sociedad: tales son los principales rasgos de esta figura trascendente.

Entendámonos: no se trata de una adoración pueril para la Revolución Francesa. Ya sabemos que ella trajo consigo muchos males, muchos horrores; que algunas de sus verdades han caducado, achaque de todo lo histórico. Ya sabemos que tampoco descubrió necesariamente ni propuso por primera vez muchos de los bienes que nos ha legado. Es un grosero error figurarse que el género humano esperaba el 1789 para apreciar el encanto de la libertad y sentir el asco de la tiranía. Acaso la monarquía hereditaria encuentra en nuestros días menos objeciones que en otros siglos. La Europa medieval cuenta las monarquías electivas y hasta repúblicas en igual número al menos que las monarquías hereditarias. El pasado de Rusia es republicano, y hace setecientos años, florecían, en la tierra de la autocracia, las instituciones libres y los regímenes de partidos. Casi en todas partes de Europa, los pueblos de ayer han ofrecido cierta resistencia a la monarquía hereditaria, o sólo la han dejado establecerse muy lentamente; a veces por sorpresa, a veces —dinastía capetiana— como recompensa por los servicios prestados. Sólo el siglo XIX ha visto crearse monarquías de la noche a la mañana y enraizar sin dificultad.

Todo esto es cierto y prueba la complejidad de la historia, pero no perturba la trayectoria principal, que más que a las estructuras institucionales atiende al proceso de las li-

bertades democráticas, en que hubo, sí, un interés nuevo y una singular insistencia. Todo esto, además, prueba nuevamente que el hombre olvida, y vuelve a inventar viejos inventos. Pero en modo alguno niega la función histórica que, en su momento, vino a desempeñar la Revolución Francesa. No era un invento por patentar. No era un hallazgo de erudición, al que se puede tachar por ya conocido parcial o totalmente. Fue un hecho social necesario, útil, trascendente como ninguno. Un puñetazo puede ser salvador, aunque no sea el primero que registran los anales del pugilato. El que abre una ventana para evitar la asfixia ni inventa el abrir ni la ventana, pero evita la muerte y comienza una vida nueva. *Incipit vita nova.*

*México, agosto de 1945.*

## II. PANORAMA DEL SIGLO XIX

1. DIVIDIMOS el siglo, por economía, en cinco partes:

1815-1830. Del Congreso de Viena a la Revolución de Julio. Período preparatorio. Fatiga y anhelo de paz. En el reposo, duermen y se hinchan los gérmenes. Tratados que restablecen el mundo conforme a principios ya superados, y que ignoran de propósito la noción de las nacionalidades. Hasta 1822, sistema de conferencias dominadas por la mente reaccionaria de Metternich. Comienzan por 1822 ciertas inquietudes y levantamientos nacionales. La Revolución de Julio, iniciada en Francia, corre como cordón de pólvora por Europa.

1830-1848. Las ideas nacionales se aclaran, más o menos implicadas en el liberalismo. La Revolución de Julio repercute en la independencia de Bélgica y de Grecia, y aun en el Reform Bill de Inglaterra. Suiza se instituye en federación. Se descubre al eslavo. Se adora a Polonia, "Cristo de las Naciones", según Mickiewicz.

1848-1870. El Año de las Revoluciones, la marea liberal de Europa. Van cayendo los tratados conservadores y anacrónicos de Viena. Cierto que, en conjunto, la revolución fracasa por miedo al radicalismo y al comunismo, pero deja depositados sus limos. La revolución ha partido otra vez de Francia, y otra vez invade a toda Europa. Se exceptúa a Inglaterra, aislada en la digestión de sus bocados industriales. Caen Metternich y su sistema, y empuña las riendas Napoleón III. París es la capital del mundo. Las palpitaciones sucesivas del magno intento se hacen manifiestas en Crimea, Italia, Sadowa. Tras el intermedio de la Guerra de Crimea (1854-1856), Francia comienza a declinar, por varias razones tanto personales como económicas —la falta de campos carboníferos—; y el poder se desliza a Prusia, gracias sobre todo al Conde de Bismarck. Austria, desposeída de Italia en 1860, queda al fin oscurecida por Prusia —la hermana enemiga con quien desde el primer

instante se ha disputado la supremacía sobre la Confederación Germánica—, situación remachada en la Guerra de Siete Semanas, 1866. Francia también es derrotada por Prusia, 1870-71.

1870-1914. Sedan, crisis suprema. Para entonces, todos los Estados nacionales se han establecido. Aunque todavía veremos a Noruega separarse pacíficamente de Suecia (1905), y las influencias checas han de desarrollarse mansamente en el seno del Imperio de los Habsburgos. La sacudida de las nacionalidades se ha calmado; ahora asistimos a las consecuencias. Paz armada. Pugna de los imperialismos comerciales y competencia por los mercados del mundo. Reducción gradual del Imperio Turco, y esfuerzos por expulsar de Europa a Turquía; rivalidad entre Rusia e Inglaterra. Ésta se repliega, abandonando a Turquía y dejando a los Balkanes en estado de turbulencia, origen del 1914. El irredentismo: Trento, Trieste, Alsacia-Lorena, Slesvig, Finlandia, Ukrania, Polonia. Se anuncian disgregaciones de imperios heterogéneos. Anhelos separatistas en Irlanda, Cataluña, Flandes.

1914-1918. La Gran Guerra nº I, que determina una era diferente. Hasta por los ojos puede apreciarse el cambio. Para no salir de ejemplos bélicos, compárese la "estética de las batallas", la carga de caballería que Robert de la Sizeranne estudiaba en los pintores del XIX, con lo que ha venido más tarde: los topos de la trinchera, y al cabo, la explosión atómica.

A lo largo de esta epopeya, el nacionalismo halla un correctivo, siquiera teórico, en el socialismo y, en general, el internacionalismo bajo todas sus formas. La fraternidad de los pueblos se abre paso, en las conciencias al menos. Llega a hablarse de los Estados Unidos de Europa. La poesía, que se adelanta a la realidad, anunciaba ya por boca de Victor Hugo:

*O République universelle,*
*Tu n'es encore que l'étincelle,*
*Demain tu seras le soleil!*

2. El panorama del siglo XIX se aprecia por los tres órdenes principales: plano económico, plano político, plano

cultural, conforme se ascienden las terrazas de la pirámide. El plano económico ante todo. Industria y comercio siguen su marcha, y, a la vez que nuevos mercados, se descubren nuevos medios para explotarlos. Ama y señora en un principio, Inglaterra poco a poco encuentra rivales en su camino. Conforme aumenta el número de países productores, los mercados son más disputados, como si su número disminuyera de hecho. En lo exterior, la deficiencia de mercados crea un estado de permanente disputa entre las potencias. En lo interior, suceden transformaciones que, en varios países, se aceleran en revolución; sobre todo —hecho singular— entre los pueblos que reciben más tarde el bautismo de la industria: Rusia en 1917, Alemania en 1918.

*a)* La *agricultura,* hasta nuestros tiempos, sigue dando empleo a las mayorías, no obstante el gradual desarrollo de la industria.

A fines del XVIII, Inglaterra experimentó una revolución agraria. *1)* Quiere esto decir, por una parte, que un cambio de propiedad juntó en vastas posesiones las tierras de los pequeños terratenientes, mientras las áreas comunales cayeron en las manos de algunos grandes propietarios. *2)* Los pequeños terratenientes, que han dejado de serlo, o se contratan para trabajar mediante salarios en predios ya ajenos, o buscan trabajo en las fábricas urbanas. *3)* Pero también ha acontecido un cambio en los métodos agrícolas, que modifica el monto de los rendimientos y la vida de los labriegos. Y lo que ha pasado en Inglaterra se refleja luego en Europa.

La agricultura medieval se ajustaba al sistema de los tres campos. En invierno había que matar todo el ganado, por no poder mantenerlo. Pero en el XVIII se da con una alimentación científica que dobla el peso de cabríos y vacunos. Aun se sospecha que, en la Edad Media, esos animales domésticos eran mezquinos: un hombre robusto y de buen diente podía en una sentada consumir un cabrito, aunque fuera "a juerza é pan" como en el cuento andaluz; y no hacía falta ser un gigante para abatir a un buey de un golpe. Temporalmente entorpecida por la guerra, la agricultura inglesa vuelve a florecer por 1815.

Los nuevos procedimientos son imitados en el Continente. Habrá regiones que, casi hasta acabar el siglo, seguirán operando a la manera medieval, como Rusia. Francia, aunque atrasada respecto a Inglaterra, adopta por 1850 las prácticas insulares, y las desarrolla con esa formidable industriosidad del campesino francés. En Alemania, la Prusia Oriental la sigue de cerca. Allí los labriegos vivían bajo los barones rurales o *Junkers,* que al igual de los *Squires* ingleses, tenían devoción por su campo.

La vasta aplicación de la maquinaria y la química a la agricultura significa un paso más. Donde esta bendición se dejó sentir, la producción se multiplicó en abundancia. Otra mejora, la refrigeración, permitió llevar a Europa la carne de Australasia, y luego, de los países platenses.

Por último, las facilidades de transportes redoblan las posibilidades y provechos. Para 1918, no se trata de producir más, sino de encontrar salida a lo mucho que se produce.

*b)* El *maquinismo,* impulsado desde fines del XVIII, apenas en nuestros días ha llegado a ciertos países. Con todo, de una manera general, logró transformar la sociedad del pasado siglo. El descubrimiento o la colonización de nuevas tierras y la necesidad de encontrar los recursos más adecuados a sus peculiares circunstancias provocan la manufactura especializada. Los inventos se encadenan unos a otros. También Inglaterra logró aquí los primeros éxitos. Los mismos ejércitos de Napoleón solían usar petos y botas de fabricación inglesa. Pues es sabido que los embajadores del lucro tienen gracia de estado y se deslizan de algún modo invisible entre los campamentos del enemigo.

La industria francesa comenzó en el norte, por toda la zona carbonífera, y ya estaba en plena actividad para 1815. Francia y Bélgica hasta se adelantan a Inglaterra en algunos respectos. Pero sus materias primas son escasas. La mayoría de los mantos de hierro y carbón, elementos del acero, que pertenecían a Francia, le fueron arrebatados por Alemania, con la Alsacia-Lorena, en 1871. La industrialización de Alemania es de hecho posterior a la formación del Imperio, en el propio año; pero pronto se puso al paso con un esfuerzo vigoroso, y sus legiones de fabriles y químicos se

lanzaron contra Inglaterra, para desposeerla de sus antiguos mercados.

Los artesanos domésticos de otro tiempo se agrupan ahora en las fábricas establecidas junto a los distritos de materias primas; las poblaciones se apiñan en urbes gigantescas; el trabajo trae consigo problemas de salario, resistencia humana e higiene. Hasta aparecen enfermedades específicas. Los intentos para mejorar las condiciones de trabajo asumen dos formas principales: el humanitarismo, mezcla de filantropía y religión encaminada a corregir los abusos, y el socialismo. Estas tendencias no sólo reparan en los abusos —y en rigor, sus mayores conquistas aparecen cuando ya se han subsanado los daños— sino que, en conjunto, se oponen al régimen de producción y explotación del capitalismo. Los beneficios del nuevo sistema no lo serán de veras mientras no se repartan equitativamente entre toda la comunidad humana. De aquí las protestas y los programas de Karl Marx, el Rousseau de la nueva revolución social.

*c)* Por lo que respecta al *comercio*, el siglo se inicia, particularmente en Inglaterra, bajo el signo del liberalismo económico: la libre competencia se considera la única práctica saludable y justa. Tales son los principios del economista escocés Adam Smith (1723-1790). Así piensan los comerciantes. Pero los agricultores estaban por los mercados protegidos; es decir, por las prohibiciones a la importación de ciertos artículos extranjeros, como el trigo, para subir el precio del artículo propio. Las dos tendencias, libre cambio y proteccionismo, luchan a lo largo de la época.

La franca competencia entre Estados y particulares prometía ser un progreso. Poco a poco se dejan ver los peligros. El proceso total del declive económico puede resumirse en estas etapas:

1º Enorme producción, consecuencia del adelanto técnico.

2º Dificultad de contar con mercados suficientes, conforme los países se industrializan y pasan de consumidores a productores.

3º Terrible disputa por los mercados. Se presta dinero

a los países menos evolucionados para que puedan comprar los artículos que el acreedor produce: función de los cubos de noria. A menudo, los países nuevos o recientemente visitados por la nueva economía quedan anexados a las potencias productoras, en diversos grados de dependencia. Y aquí las luchas por obtener colonias y zonas de influencia.

4º Los grandes países, ya irritados por semejantes rivalidades, se oponen mutuamente unas tarifas prohibitivas, en su desesperado empeño por preservar los mercados domésticos para los productores domésticos.

5º Los mercados resultan cada vez más estrechos; la producción, cada vez más fácil. El productor no quiere prescindir de sus lucros, y es reacio a bajar los precios. La competencia se acelera vertiginosamente, y la temperatura moral —o inmoral— se caldea en proporción.

6º Y es la guerra de armas, después de la guerra de mercados y de tarifas. La competencia entre dos imperialismos económicos, el británico y el germano, está en el origen de la Gran Guerra nº I.

Tal fue el derrumbe: tela de Penélope tejida y deshecha con estéril agitación, sólo podía conducir al desbarajuste.

3. Corresponde ahora lanzar una ojeada sobre el plano político. La primera mitad del siglo es, a grandes rasgos, una serie de luchas contra la restauración, contra los arreglos del Congreso de Viena. Los resortes de tales luchas son el liberalismo y la idea nacional. La idea de la nacionalidad —comunidad de intereses que aspira al Estado común— suele fundarse en lengua, sangre y religión. Liberalismo y democracia significan el derecho del individuo a participar en el gobierno, nociones derivadas de la Revolución Francesa. Ellas inspirarán a los pueblos contra sus viejas autoridades. Verdad es que la unificación de ciertos Estados tanto nació del entusiasmo popular como de la acción de las clases gobernantes (Cavour en Italia, Bismarck en Alemania). Con el tiempo, la idea nacional, torcida en nacionalismo, se convertirá en algo tan imperioso como las viejas autocracias, con su cortejo de ambiciones egoístas y conscripciones militares.

El siglo XIX es, por mucho, un laboratorio de las nacionalidades. La nacionalidad (entonces la palabra misma sonaba a neologismo) es el grupo humano que se reconoce afín y, en principio, anhela al molde de un Estado para convertirse en nación. Nación es forma, nacionalidad es materia. Las aplicaciones históricas de esta idea tienden el puente entre el siglo XVIII y el siglo actual. Mancini entiende tal idea como un parangón del filosofema cartesiano: "Pienso, luego existo", trasladado al orden de la política. Es la evidencia en que se funda la persona social, la Polis. Verdadera fascinación, la cuestión de las nacionalidades hacía temblar la pluma de los escritores y estremecía a los pueblos. De ella escribía el belga Laveleye:

> Es ella quien ha libertado a Grecia y ha constituído a Italia; ella quien prepara la unidad alemana, agita a las poblaciones de Austria y Turquía y, bajo forma de pangermanismo o paneslavismo, arrebata las imaginaciones. Se ríe de los tratados, pisotea los derechos históricos, desconcierta la obra de la diplomacia, trastorna los intereses, todo lo revuelve, y tal vez mañana desencadenará la guerra maldita (1868).

Durante la primera mitad del XIX, la vaga noción busca un sustento en algo tangible como lo son las lenguas. La filología y las literaturas románticas contribuyen su aportación. Durante la segunda mitad del siglo, más desarrollada ya la etnografía, la noción de la nacionalidad encuentra un sustento más peligroso: la raza.

Unos entenderán groseramente la doctrina de las nacionalidades. Para ellos, el sentimiento de afinidad que causa la cohesión del grupo es un mero efecto de la uniformidad étnica. ¡Como si tal cosa existiera! Así en Gobineau y en los racistas de nuestros días. Impulsión biológica y colectiva; irresponsable, y en tal sentido, amoral también. De aquí brota el nacionalismo, perversión del principio. Otros entendieron la doctrina como una fuerza espiritual, un sentimiento del destino común: "El deseo de vivir juntos", decía Renan; deseo superior a las equívocas materialidades étnicas; contrato voluntario entre personas conscientes de sus derechos. Pues, como lo explicaban Renan y Michelet, el

dato racial pierde gradualmente su importancia en el curso de la historia; y la política de las razas sólo puede conducir "a guerras de exterminio, a guerras zoológicas".

Estos dos modos de pensar dialogan al uso humano —es decir, entre violencias y guerras— por todo el siglo. Y durante lo que va del siglo presente, la crisis llega al paroxismo. Hacia el final del XVIII, se dejan sentir los deseos de un sistema internacional. Hay asomos de tal espíritu en el tratado de Versalles (1919); y desde antes, muchos intentos parciales y esporádicos. En nuestros días, se dice que a la independencia política sucede la interdependencia económica. Pero el tema del XIX es, hasta 1870, el desarrollo de las nacionalidades; y en adelante, los conflictos entre los Estados nacionales de aquí surgidos.

4. En el plano de la cultura finalmente, "el estúpido siglo XIX", como le han llamado quienes no le perdonan su inextinguible sed de liberalismo, planteó teóricamente el respeto de la persona humana en términos tales que hoy pudiéramos envidiarlos. La filosofía, las ciencias, las letras y las artes revelan aquella fertilidad que caracteriza a las etapas en que se recogen los saldos de largas y ricas evoluciones, y aun aquella exquisitez peligrosa de las civilizaciones demasiado maduras.

Creciendo según sus leyes internas —sin negar por supuesto las concomitancias sociales— las letras recorren el camino del Romanticismo, el Realismo y los diferentes estetismos "fin de siglo", que pueden compendiarse en el Simbolismo. Las artes ponen en verdadero trance de angustia a las futuras generaciones que, tratando de superar, o siquiera de no imitar, a aquel siglo, caen en mil tanteos aventurados sin hallar todavía reposo. La filosofía avanza en tres cuerpos de ejército: los idealismos alcanzan tenuidad y penetración metafísicas, cuyos frutos está cosechando nuestra época; la ciencia seduce a otros filósofos, que se consagran a organizar representaciones positivas y factuales del universo; y otros, finalmente, aíslan los postulados y métodos de la sociología, atraídos como los antiguos sofistas por las urgencias del problema social. La historia nunca había al-

canzado tan ambiciosos vuelos. Las ciencias físicas realizan tan portentoso desarrollo, que el trecho de Newton a nuestros días representa por sí solo un cambio mayor que cuanto va desde la antigüedad hasta Newton.

Por supuesto que la nueva sociedad, los nuevos ricos de la economía y de la cultura —notas características de ese siglo— pagan a veces la demasiada juventud de sus glorias, y hay lustros enteros sobre cuyas artes cotidianas y ornamentales más valdría cerrar los ojos. Por mucho tiempo la cultura ha escapado al vulgo, y éste poco a poco va ganando acceso al reino encantado. La Inglaterra de 1870, la Alemania de las viejas universidades, la Francia de 1883, son apóstoles de la educación y la promueven con grande impulso. El tono de la prensa se adapta al público no muy exigente que se desea captar: la prensa representará el saber de la media calle, la mínima dotación que preparan los laboratorios para la excursión de cada día.

El alimento, el alumbrado, el vestido, los servicios públicos, la organización postal, los auxilios médicos, todo ha mejorado. Los deportes irrumpieron triunfalmente en la sociedad. La vida se hizo más cómoda para la mayoría. Pero alguna corriente oscura, subterránea, venía latiendo bajo tan felices apariencias, y al fin aflora, tremenda, al mediar el año de 1914.

5. El largo conflicto que, durante unos veinte años, conmovió al mundo europeo, lo deja en estado de fatiga, y así lo encuentra el año de 1815. En Francia sobre todo, aldeas enteras se habían quedado sin jóvenes, como en el discurso de Pericles. Muchas regiones estaban empobrecidas por la interrupción de la economía a causa de la lucha entre Napoleón e Inglaterra. Para Inglaterra, en cambio, las cicatrices no eran tan aparentes. Las clases superiores habían sufrido relativamente poco. Quien lee las novelas de Jane Austen, fiel y minucioso retrato, difícilmente percibe que en el plano de fondo se está decidiendo con las armas el destino de Europa. Como en el *Viaje sentimental* de Sterne (1768), los caballeros ingleses continuaban dando la vuelta por los países continentales en los entreactos de los

choques armados. La agricultura florecía; y aunque la situación era desesperante en los distritos fabriles del norte, nadie se cuidaba de esta esclavitud blanca, si bien todos clamaban contra la esclavitud negra. Pues es más fácil confesar las atrocidades lejanas que no las cercanas, y más cuando éstas nos resultan en algún modo provechosas. Los manufactureros de la clase media, entretanto, iban amasando fortunas; pronto pesarán en la política.

Tampoco las altas clases del Continente habían padecido mucho, salvo en las zonas más directamente afectadas por las revoluciones. Los campesinos, en algunos lugares, habían obtenido notorias ventajas a consecuencia de las instituciones napoleónicas, a que se apegaban con ahínco. Pero por todas partes, salvo entre los soldados franceces que soñaban con vengar la derrota de Napoleón, había un inmenso anhelo de paz. Sólo hacia 1852, cuando ya la mayoría de la gente que presenció los horrores de la guerra anterior había desaparecido, el mundo se sintió preparado para atreverse a otra guerra. Y aun entonces, el conflicto fue a estallar lejos, en Crimea, y fue disputado, no entre los pueblos, sino entre ejércitos profesionales.

Por toda Europa, en 1815, los hombres, como Cincinato, vuelven al arado y a sus seculares y hereditarias faenas agrícolas; ahora, en verdad, bajo condiciones todavía mejores, pues la Revolución Francesa no pasó en vano.

Las fuerzas modeladoras que hemos descrito producen, en los distintos países, efectos distintos. No se había llegado a la "estandarización" de nuestros días. A pesar de las muchas y excelentes comunicaciones —que facilitan la uniformidad de las costumbres— aún hay altibajos, desigualdades y accidentes. Se hablaban más dialectos de los que ahora se usan. Se preferían los trajes regionales. En este concepto, sólo a fin de siglo se igualan el Occidente y el Oriente de Europa. Todavía en 1918, la mujer turca usaba el velo en la cara —vestigio de un pudor arqueológico que dejó caer al primer aviso—, el albanés seguía luciendo su famosa camisa, y eran muchos los campesinos que nunca habían visto un automóvil. Nosotros comprobamos por esos días que los rústicos extremeños se creían con derecho a

injuriar y aun apedrear a todo automóvil que cruzaba por sus carreteras: de tal modo perturbaba sus hábitos.

Para las aristocracias el cambio era menos notable. El vals reinaba en los salones, aunque las "personas de edad" lo veían con malos ojos como a cosa desentonada y populachera. Algunos leones de la moda habían comenzado a ponerse pantalón largo en vez del calzón corto, prenda poco estimada ya en sociedad. Por llevar el calzón corto del pueblo, el duque de Wellington se había visto uno de esos días detenido a la puerta del club. Las carreteras napoleónicas facilitaban los viajes; pero éstos eran aún tan enojosos que la gente acomodada prefería quedarse en casa, charlar junto a la chimenea, bailar o cantar, leer novelas históricas y, por saludable reacción contra el pasado de combates y angustias, ser feliz y un tanto ligera.

Pero, en Inglaterra, las zonas septentrionales de la industria —los molinos de Lancaster, el valle de Rother— comenzaban una nueva vida. Lentamente, ella inundará en el tono gris de la labor uniforme y mecanizada al Continente primero, y después, al mundo.

Entretanto, en las zonas más sensibles de la juventud, tras las orgías de gloria de la Revolución y el Imperio, había quedado algo como un traumatismo de heroicidad, un sentimiento de vacío y de tristeza. Tal es el mal de la época que Alfred de Musset ha descrito con trazos de fuego en *La confesión de un hijo del siglo*. Dos heridas en el corazón: el 1793 y el 1814.

*México, agosto de 1945.*

# III. EL OCASO DE NAPOLEÓN

1. La historia política de los últimos tiempos puede simbólicamente reducirse a un héroe y un coro trágico: a un príncipe que se derrumba y un tropel de diplomáticos que acuden a repartirse el botín: propio *sparágmós* o despedazamiento del dios en las antiguas mitologías. El siglo XVIII comienza con la caída de Luis XIV y los tratados que pusieron término a la guerra de la sucesión española; el XIX comienza con la caída de Napoleón y el Congreso de Viena, que creó la Europa posnapoleónica; el XX, con la caída de Guillermo II y la Paz de París (18 de enero, 1919).

Napoleón presentía que, el renunciar a las conquistas de la Revolución y a sus propias conquistas, como lo exigían sus enemigos, le costaría el trono, y tras la fórmula ofrecida —"devolver sus antiguos límites a Francia"— leía entre líneas: "devolver su antigua dinastía a Francia". Aún confiaba en su genio militar y creía que, a fuerza de genio, podría contrarrestar la fatiga bélica de su pueblo y la desgana de sus mariscales, ya sospechosos de deslealtad, ya deseosos de retirarse de la lucha y disfrutar la posición alcanzada a costa de largos sacrificios. Caulaincourt, el representante de Napoleón, había querido defender a su amo contra su propio extravío, había visto claro, no ponía en duda el triunfo final de los aliados —a pesar de las constantes disidencias de sus generales— y anhelaba ardientemente un arreglo pacífico que evitara el derrumbamiento del poder napoleónico. Pero el dios de la guerra no quiso escuchar el aviso de las derrotas.

Dos adversas causas acabaron con Napoleón: primero, en Moscú, el General Invierno, mucho más que aquel monolito de Kutusov; y luego, la guerra de desgaste a que se verían sometidas las fuerzas del Imperio desde la Batalla de las Naciones (Leipzig, 16 a 19 de octubre, 1813). La sola retirada de Leipzig —sin contar los sangrientos com-

bates que importaron unas cien mil bajas— costaba ya veinte mil hombres, a quienes la prematura destrucción de un puente dejó abandonados. Allí, entre las aguas del Elster, desapareció con su caballo el príncipe Poniatowski, mariscal de la víspera.

Como en los días de Italia, Napoleón despliega entonces una actividad inaudita y deja sentir todo su genio militar. Con un ejército mal pertrechado y ya deficiente, un ejército de bisoños —de niños, le dijo Metternich—, triunfa dondequiera que aparece en persona, y se lo ve atacar aquí y allá con la agilidad de un florete. Pero no podía estar a la vez en todas partes, y donde él faltaba, sus tropas eran diezmadas en detalle.

Quiso evitar la reunión de los dos grandes cuerpos enemigos. Se metió entre ellos como una cuña, y les daba a diestra y siniestra duras lecciones. Pero mientras él se entendía con uno, el otro podía arrojarse sobre París. Dispuesto a salvar la capital, rodeó a los aliados por la retaguardia, rumbo al este y amenazando el Rin, para así obligarlos a retroceder. Cuando llegó a Reims, se encontró con que los aliados, sin dejarse engañar por aquella maniobra que sólo hubiera podido ser peligrosa con un ejército superior, seguían de frente rumbo a París.

Entonces mudó de plan y emprendió el alcance desesperado. En su acelerada carrera, iba dejando sus tropas por el camino, hasta sólo quedarse con un piquete de caballería y el coche en que se hacía conducir a toda rienda. Así apareció en Fromentau. ¡Había perdido la partida por unas horas! El Regente acababa de huir. La emperatriz María Luisa se ha refugiado en Blois, llevando consigo al heredero, al rey de Roma, "para que éste no sufriera la suerte de Astianacte", y que, según cuentan, se resistía rabiosamente a subir al carruaje. En Montmartre se oía el retumbo de los cañones, y la plaza estaba para caer. La capitulación de Montmartre aconteció en 30 de mayo, 1814. Napoleón esperó su destino en Fontainebleau. Y así acabó este último y desesperado esfuerzo que se ha llamado la Gran Semana.

2. Mientras el cañoneo se dejaba oír en Montmartre, Chateaubriand declaraba:

> No, nunca creeré que escribo sobre la tumba de Francia; no puedo convencerme de que, tras el día de la venganza, no se acerque para nosotros el día de la misericordia. La antigua herencia de los reyes cristianísimos no puede ser fraccionada: el reino que surgió de entre las ruinas de la moribunda Roma, como última tentativa de su grandeza, no perecerá. No han sido los hombres quienes han guiado los sucesos de que somos testigos, sino que en todos ellos se deja sentir la mano de la Providencia. Dios mismo, a la descubierta, se pone a la cabeza de los ejércitos y asiste al consejo de los reyes *(Bonaparte y los Borbones)*.

En el cuadro de Wolf, popularizado por el grabado de Jügel, no se ve a Dios, pero sí a los ejércitos que cruzan la Puerta de Saint-Denis entre la curiosidad de la muchedumbre. En la acuarela de Opitz, los rusos, que quince meses antes enderezaban las ruinas de Moscú, acampan por las plazas de París y charlan amigablemente con el pueblo.

Los bandos habían dado ya la promesa de que los aliados entrarían en son de paz. Pasquier, el Prefecto de Policía, y Chabrol, Prefecto del Sena, recogían de labios del zar Alejandro las seguridades de que París sería protegido y se respetaría la integridad de Francia. El príncipe Schwarzenberg, comandante austríaco, venía a decir, por su parte, la misma cosa, en un manifiesto que todavía causó mayor impresión: "Sobre la capital no pesará sitio militar alguno. Animada de estos sentimientos se dirige a vosotros la Europa que se encuentra armada ante vuestros muros."

Ambos documentos convidaban al pueblo francés a que abandonase la causa del Emperador. Los monárquicos aprovechan la ocasión al punto, y empiezan a recorrer la ciudad repartiendo escarapelas blancas. En el primer instante fueron mal recibidos. Todavía en la plaza de la Grève se oía gritar: "¡Viva Bonaparte!" Pero pronto las insignias y los pañuelos blancos empezaron a esparcirse de uno en otro barrio. Los grupos monárquicos que cabalgaban por las calles no eran muy numerosos, pero contaban con los aliados y, además, con el silencio, la pasividad o el desconcierto de la población.

El 31 de marzo de 1814, a mediodía, las fuerzas aliadas entraron en París y, a lo largo de los bulevares, se encaminaron hacia Campos-Elíseos, en alarde de gallardía y apostura, para que apreciaran todos que no estaban anquilosadas, como lo pretendían todavía la víspera los boletines imperiales. El prusiano Yorck, a cuyas tropas correspondió el mayor peso de la campaña, y cuyos hombres realmente parecían sucios y harapientos, se abstuvo de participar en el desfile para no deslucirlo.

Abrían la comitiva los músicos; seguía un destacamento de caballería, a quince en fondo; luego, el zar Alejandro con su Estado Mayor; a su izquierda, Federico Guillermo de Prusia; a su derecha, el príncipe Schwarzenberg en representación de Francisco de Austria, el cual —acompañado por Metternich y Castlereagh— permaneció en Dijon por considerar impropio el concurrir en persona al destronamiento de su yerno, el "mala cabeza". Después marchaban los guardias rusos y prusianos, arrogantes y tremebundos.

Todos los contingentes aliados llevaban, para reconocerse entre la variedad de uniformes, un brazal blanco. El pueblo creyó que era el mismo distintivo de los monárquicos. Éstos, por su parte, arando como la mosca del cuento y habiendo encabezado el desfile a la altura del Teatro de los Italianos, entraron también en París como otros conquistadores. Por todo el camino, procuraban que las aclamaciones a los monarcas ruso y prusiano se mezclaran con sus vítores a los Borbones.

3. Por la noche, Talleyrand reúne en su palacio —*rue* Saint-Florentin— al emperador de Rusia y al rey de Prusia con Schwarzenberg, y a algunos príncipes alemanes, a Lichtenstein, a Dalberg, al ministro ruso Nesselrode y al general Pozzo di Borgo, un corso, viejo enemigo de campanario de los Bonaparte. Se trataba de escoger el mejor gobierno para Francia. ¿Napoleón II, Bernadotte, Borbón, Orléans, Beauharnais, la República?

Alejandro dirigió los debates. En ausencia de los huéspedes de Dijon, y dada la sumisión del rey de Prusia (que más bien se dedicaría a pasar las noches entregado a los

deleites de la Montaña Rusa), la decisión quedaba en sus manos.

Se rechazó ante todo cualquier posibilidad de negociar con Napoleón, cuyo cetro quedaba roto. Igualmente se rechazó la sucesión de Napoleón II con regencia de la Emperatriz, aunque la sostenía el duque de Dalberg. Cuando se pronunció el nombre de los Borbones, Lichtenstein advirtió que el país los había olvidado, que todo el ejército y el pueblo seguían fieles al Emperador. Y Alejandro, aunque impresionado por los señoritos que, durante el desfile, le habían venido gritando en las orejas: "¡Vivan los Borbones!", recordó que poco antes, en La Fère-Champenoise, los labriegos dejaban a toda prisa el arado por el fusil, y aunque se les ofrecía insistentemente el indulto, se hacían matar con denuedo entre vítores al Emperador.

Talleyrand, pretendiendo salvar así la dignidad y la continuidad histórica de Francia, hizo declarar en apoyo de los Borbones a De Pradt, arzobispo de Malinas, y al barón Louis, a quienes tenía preparados en la antesala a título de oráculos.

Alejandro todavía propuso otro nombre: el general Bernadotte. Hijo de un abogado del mediodía de Francia, Bernadotte había llegado a ser Ministro de la Guerra bajo la Revolución, y luego, uno de los mariscales más distinguidos del Imperio. En 1810, los estadistas suecos, que no olvidaban su clemencia con los prisioneros de su país, pensaron en él para sucesor del trono de Suecia. Acababan de expulsar al ultraconservador Gustavo IV, y el viejo y caduco rey Carlos XIII necesitaba sustituto. Con la idea de atajar a tiempo las pretensiones de Rusia, éste, amparándose bajo el nombre de un guerrero y camarada de Napoleón, adoptó como príncipe heredero al general Bernadotte. (El cual, en efecto, ascendió al trono con el nombre de Carlos XIV, y reinó entre el beneplácito de sus súbditos hasta 1844.) Bernadotte consideraba a Napoleón con envidia. Éste siempre lo había mirado con no disimulada desconfianza, y en cierta ocasión lo ofendió cuidadosamente, mandándole decir, por sola respuesta a una carta, que él "no mantenía correspondencia con los príncipes herederos".

Junto a Napoleón, Bernadotte estaba destinado a ganar los segundos premios. Su esposa, cuñada de José Bonaparte, casi había sido prometida de Napoleón. Durante algunos años, se vendía por amigo de éste, pero después derivó suavemente hacia los aliados, y obtuvo de ellos la cesión de Noruega para la corona de Suecia, como castigo a la lealtad napoleónica de Dinamarca. Desde aquel instante, puede decirse que Bernadotte estaba confabulado con el Zar; y tras de pelear contra Napoleón, se había abstenido de participar en la invasión de Francia, entreteniéndose en emplear sus cortas tropas contra los daneses, para no manchar su posible candidatura. Pero ni ingleses ni austríacos querían oír hablar de tal candidatura. Además, dijo Talleyrand:

—¿Otro militar? Ya no. Y después de aquél, ninguno acertaría a juntar siquiera cien hombres.

Inesperado homenaje a Napoleón, en boca del que procuraba su ruina.

Talleyrand insistió entonces en los Borbones, y al cabo logró cambiar la carta legitimista de los aliados por la carta de la contrarrevolución francesa. Los Borbones fueron aceptados, no por excelentes, sino porque representaban la tradición, porque eran bien nacidos.

—Pero —dijo el Zar— nosotros somos extranjeros. ¿Quién va a expulsar a Napoleón y quién va a traer a los Borbones?

—Los Cuerpos Constituídos, señor —le ofreció Talleyrand.

Los ejércitos aliados entregaron entonces al Senado francés la misión de resolver lo que más conviniera a Francia. Alejandro reconoció de su puño y letra que una Francia fuerte era indispensable a la salud de Europa. Y a partir de ese instante, los aliados sacan la castaña con mano de gato, usan al Senado y a Talleyrand. En el fondo, es éste quien los usa a todos. Consideraba de buena fe que el regreso de los Borbones era la única salvación. "Con los Borbones —escribió en sus *Memorias*— Francia dejará de ser gigantesca para volver a ser grande."

El pobre borbonista Vitrolles nunca comprendió la abstención de los huéspedes de Dijon: Metternich no creía en

la popularidad ni en la aptitud de los Borbones; Castlereagh compartía sus dudas y, fiel a los principios de Pitt, quería que el pueblo francés escogiera libremente a su soberano, y en todo caso, no quería que Inglaterra quedase muy visiblemente comprometida en la restauración. Y si, en cierto banquete del 26 de marzo —antes de la capitulación de París—, ambos brindaron al fin por Luis XVIII, parece que los movió el temor de que el Zar se saliera con la suya trayendo a Bernadotte, a Beauharnais o a la temible República. Pero sólo regresaron a París cuando ya la suerte estaba decidida (10 de abril). Y todavía Castlereagh se las arregló para no firmar el tratado de Fontainebleau sino una semana después, y sólo en lo concerniente al Ducado de Parma para Josefina y a la soberanía de Elba para Napoleón.

4. Los realistas, reunidos la noche del mismo 31 de marzo, 1814, en casa de Morfontaine y envalentonados con el apoyo aliado —ya eran cerca de seiscientos, contra unos cincuenta que habían sido por la mañana, y todos se declaraban mártires de la causa—, necesitaban alguna seguridad, alguna prenda fehaciente respecto a la aceptación del candidato borbónico. Cuando, entre los discursos estentóreos y la gritería general —¡aquella gente había callado tanto tiempo!—, La Rochefoucauld logró hacerse oír, se designó una comisión que, no obstante la hora avanzada, se acercó al Zar. Éste, que ya se había retirado, les envió con Nesselrode su aprobación para Luis XVIII.

Esa misma noche se estableció la censura en la prensa. Los periódicos, que todavía el 30 de marzo juraban lealtad al Emperador, el día 31 callaron, y el 1º de abril lanzaron denuestos contra el "tirano y usurpador", elogiando de paso a los Borbones, tan injustamente olvidados. El Consejo Municipal publicó un cartel acusatorio contra Napoleón, y expresó el deseo de que se restableciera la monarquía bajo Luis XVIII.

Talleyrand, sólo fiel a Francia, e infiel en el desastre a todos sus amos —ya había traicionado a dos o tres—, tras un día y medio de deliberaciones, encaminadas, más que a

discutir una resolución en que todos estaban tácitamente de acuerdo, a salvaguardar ciertos intereses apremiantes para que no padeciesen con el cambio, hace que el Senado declare a Napoleón y a su familia reos contra la patria y proscritos del país.

El general Marmont —que de tiempo atrás venía dejándose derrotar de caso pensado, y que se encontraba con sus fuerzas, y con su corazón, a medio camino entre Fontainebleau y París— acepta el voto del Senado "por acatamiento a la opinión pública y para evitar el inútil derramamiento de sangre", pidiendo solamente que, de caer preso Napoleón, se respetase su vida. Así desertó el más viejo mariscal del Imperio, el amigo de la primera hora.

5. Napoleón quiso intentar un ataque descabellado sobre París. Sin duda los mariscales que lo rodeaban lograron sujetarlo. Ello es que firmó su abdicación en favor de su hijo y bajo la regencia de la Emperatriz (4 de abril, 1814). Estos términos, explícitamente contradictorios de las condiciones que se le exigían, prueban tal vez su propósito de crear un equívoco, reservándose todavía el dar una posible sorpresa.

Aún acariciaba el sueño de lanzarse sobre Italia con los 20,000 hombres de Marmont (cuya defección él ignoraba). Italia sin duda lo recibiría en triunfo. ¿Pues no era el salvador de Italia? ¿Sus glorias no eran tan francesas como italianas? Pero Ney y Macdonald pronto regresaron de París, adonde habían ido como emisarios y portadores de la abdicación. Ya no quedaba más salida —explicaron— que la renuncia lisa y llana. Y Napoleón la trazó con nerviosa mano, en caracteres casi ilegibles y dejando en el papel manchones de tinta. Dicen que intentó suicidarse (6 de abril, 1814).

6. Mientras esto acontecía, Bernadotte todavía intrigaba a su manera. Aquella sonrisa de la fortuna —el verse futuro rey de Suecia, de la noche a la mañana, por arte de birlibirloque, y no deberlo siquiera a Napoleón— lo había embriagado. Pronto haría correr mil especies sobre su su-

puesta participación en la toma de París. Entretanto, se acercó secretamente a los dioses de la hora, para averiguar cómo andaban las esperanzas de su candidatura. No queriendo hacerse muy visible, prefirió conversar discretamente con Pozzo di Borgo. El corso, que a la sazón saboreaba su *vendetta*, estaba sin duda de buen humor. Lo dejó venir, lo llevó al punto de las confidencias; y cuando Bernadotte, con una sonrisa de complicidad y creyéndose seguro de la respuesta, le preguntó quién era su candidato, el corso, bajando modestamente los ojos, contestó con aire de perfecto candor:

—Acaso lo ha adivinado Vuestra Alteza. ¿Cuáles son las condiciones que Vuestra Alteza recomienda? El ser francés, conocer la administración, estar familiarizado con los intereses de Europa y ser amigo de todos los soberanos. Pues bien: yo reúno todas las condiciones, y soy mi propio candidato . . .

Bernadotte, furioso, abandonó la partida.

7. El 6 de abril, 1814, el Senado publicó una especie de Constitución provisional que era, a la vez, la declaración de que el pueblo francés llamaba libremente al trono a Luis Estanislao Javier y a los demás miembros de la casa Borbón por el antiguo orden sucesorio. Sólo se exigía al candidato que jurase antes lealtad a las Bases Provisionales.

El Zar no salía de su asombro ante los milagros de Talleyrand. ¿En tan breves horas lograba empujar así, por donde quería, a aquellos mismos que lo debían todo a Napoleón, y entre los cuales creía reconocer los nombres de algunos que, años atrás, habían enviado tantos aristócratas al patíbulo?

8. Cayó, pues, el Emperador. La burguesía que hasta entonces lo había rodeado y que se sentía ahora aturdida y prisionera en aquel ámbito de truenos y campanas, despierta y lanza un suspiro de desahogo. ¿Qué había hecho el mago de Europa? Un historiador contemporáneo lo resume en rasgos precisos:

Llamado a pacificar, era incapaz de hacerlo. Siempre creyó que una gran victoria era el argumento decisivo. Hizo doce guerras, perdió seis. Dejó a Francia mermada. Cierto, el error original no le es imputable: el tratado de Basilea, la anexión de la ribera izquierda del Rin. Los dados ya estaban lanzados cuando él no era aún más que un joven brigadier sin contrata. Pero Europa no podía aceptar el crecimiento incesante y desmedido de Francia. Dinastías y democracias habían de coaligarse contra el conquistador. Si en vez de Napoleón, el gobernante hubiera sido, por ejemplo, Moreau —aquel general del Directorio que tuvo también sus ambiciones, comparable por este concepto a Bernadotte—, el resultado se hubiera precipitado un tanto, pero sería el mismo. Por paradójico que parezca, Napoleón acompañó los hechos fatales sin hacer nada. Su espada famosa no es más que un catalizador. Precipitó la reacción en la propia casa, y la conquista en la ajena, pero sin organizarlas por sí. Se lo ha llamado creador de la nueva Alemania. Y en efecto, amasó aquella aglomeración amorfa en un Estado militar. Convirtió a la Alemania de Kant, Beethoven y Goethe en la Alemania de Fichte y Stein, y por último en la de Bismarck y de Hitler. Pero confesemos que no es el único responsable de ese monstruoso Frankenstein. El orgullo germánico se desperezaba ya desde 1800. Lessing conducía la rebelión contra la hegemonía cultural de Francia. Herder había popularizado el mito del alma nacional. Los alemanes se estremecían de gozo ante las victorias y aun ante los desafueros de Federico el Grande. Napoleón no dejaba tras sí conquistas permanentes. Dejó, sí, un estilo arquitectónico y una leyenda. El estilo, espesa imitación del romano, tenía dignidad y consistencia, y dominaría por más de un siglo. La leyenda es multiforme. Desde luego, es una grandiosa epopeya de batallas, en cuyo centro se alza la rígida figurilla del gabán gris, impasible e imperiosa. Aun los peores desaciertos de Napoleón —Egipto, Rusia— enriquecieron su prestigio por el tinte exótico o la trágica magnitud de la aventura. La leyenda es también un perfecto cuento del hombre de fortuna: el hidalgüelo de una desviada y medio avasallada provincia, que asciende vertiginosamente, se casa con una archiduquesa, puede llamar "tío" a Luis XVI y distribuye coronas entre sus hermanos. Y, en fin, la leyenda viene a ser un mito romántico de la época, tan sugestivo como el Fausto, el Don Juan, el Prometeo. Napoleón fue, a la vez, el héroe y el poeta de sí mismo. Cultivó cuidadosamente su prestigio. Y su triunfo más duradero fue ganar un sitio en el folklore universal, no sólo junto a los conquistadores como Alejandro, César o Carlomagno: también junto a los liberta-

dores como el Rey Arturo, Sigfrido o Guillermo Tell. (A. Guérard, *France: A Short History*.)

Guizot había dicho en breves frases: "Su nombre será más grande que sus obras, porque las más brillantes de éstas, sus conquistas, desaparecieron con él bruscamente y por completo."

Pero ¿a qué medirlo por el solo alcance militar e inmediato de sus campañas? ¿Y su obra de gobernante y organizador político durante el Consulado? ¿Y los códigos del Imperio? ¿Y su acarreo del nuevo espíritu del siglo a través del mundo? ¿Y su trascendencia general en la historia y en la imaginación de los pueblos?

Pocos años después del paso del meteoro, Heine escribía:

> "Napoleón" es para los franceses una palabra mágica que electriza y deslumbra. Mil cañones duermen en este nombre, como bajo la columna de la Plaza Vendôme, y las Tullerías se echarían a temblar si un día estos mil cañones despertasen. Como los judíos se abstienen de mentar inútilmente a su Dios, así aquí se nombra a Napoleón raras veces. Casi siempre se dice "el hombre". Pero su imagen se ve por todas partes —en estampa o en yeso, en metal o en madera— y a todas horas aparece. En los bulevares y en las bocacalles hay oradores que celebran "al hombre", cantores populares que evocan sus hazañas. Anoche, al pasar camino de mi casa por una oscura callecita, vi a un niño de apenas tres años sentado en el suelo junto a una vela encendida. Canturreaba como podía una tonada a las glorias del Emperador. Acababa yo de echarle un centavo en el pañuelo, cuando sentí que alguien se me acercaba y también me pedía limosna. Era un inválido. No imploraba la caridad de por Dios. Con el fervor del verdadero creyente, me decía: —¡Un centavo, en nombre de Napoleón! (París, 19 de enero, 1832).

9. Lo primero para los aliados era quitarse de encima a Napoleón, tendiéndole la puente de plata. Se le dejó el uso del título imperial, lo mismo que a su esposa, deferencia que costaba poco. A María Luisa, como aguinaldo de despedida, le dieron los ducados independientes de Parma, Piacenza y Guastalla, que por supuesto quedaban de hecho sometidos a la tutoría austríaca.

En cuanto al lugar del destierro para Napoleón, el Zar

ya había ofrecido la isla de Elba —224 kilómetros cuadrados en total—, cuatrocientos hombres de guardia voluntaria y un barco de guerra para jugar a los soldados. Además, una pensión, de dos millones de francos anuales a cargo de Francia, que por lo demás nunca llegó a pagársele. Napoleón ha dicho que le basta con una pensión de inválido. Pero antes ha sufrido la confiscación de su tesoro: los objetos de oro o de otras materias preciosas, la vajilla de plata, las tabaqueras, artículos de uso personal y hasta pañuelos con sus iniciales, amén de 150 millones de su haber.

La elección de la isla de Elba, que él se apresuró a aceptar por buenas razones, fingiendo antes que se documentaba en libros y monografías especiales, no era una elección feliz. Sólo a Alejandro se le pudo haber ocurrido esta fantasía, que los mismos mariscales de Napoleón consideraban como peligrosa. Metternich la objetó con clarividencia. Él ofrecía Corfú y hasta Santa Elena. Y el bribón de Fouché había invitado al héroe "a recomenzar su vida en América".

¡Pero la isla de Elba! Estaba demasiado cerca de Europa, y especialmente de Francia y de Italia, donde aún era muy grande el prestigio de Napoleón. En Italia era de temer la actitud del hijastro Beauharnais, y hasta un cambio de frente del cuñado Murat, rey de Sicilia apenas reconciliado con Inglaterra y Austria, pero unido al Bonaparte por largos vínculos y recuerdos apasionados. Italia, amenazada de fraccionamiento y servidumbre, era capaz de levantarse al grito de Napoleón. Éste hasta podía sacar partido de las minas de hierro y las salinas que habían dado fama a la isla. Pero ya no era posible retroceder, a riesgo de encolerizar a Napoleón, que aún contaba con elementos del ejército. El pacto fue firmado el 11 de abril, 1814. Metternich, al estampar su firma, había dicho:

—Antes de dos años, este pacto nos llevará otra vez al campo de batalla.

¿Dos años? ¡A los once meses estaba Napoleón de regreso!

Entretanto, su esposa no había querido seguirle a Fontainebleau. Tras de derramar algunas lágrimas en la

Malmaison, Josefina coqueteaba, por su parte, con el Zar de Rusia. Sus familiares, con excepción de Hortensia que acompañó a Napoleón hasta su partida al destierro, andan ocupados en transigir para salvarse. Talleyrand, por un lado, Blücher por otro, han intentado hacerlo matar. Su hijo iba a caer en manos enemigas. Si sus granaderos lo han despedido entre sollozos, poco después, durante el viaje, sufre la rechifla del populacho. En cierta región del mediodía, la hostilidad se hace amenazante y tiene que usar un disfraz. Algunos consideran este trance como una amarga humillación. Sin embargo, no carece de ironía y travesura. El disfraz era pintoresco: uniforme de comisario general austríaco, de Koller; gorra de comandante prusiano, de Truchsess; y manto ruso, de Schuvalof. La Europa unida contra Napoleón también ha adoptado ahora una vestimenta parecida.

La isla, el barco, la guardia, un puñado de francos, una casita, una administración diminuta —de ama de llaves— con que divertirse... Modesto alivio para el que había exigido un tributo de 1,500 millones y 300,000 hombres anuales, a fin de poder realizar aquel paseo triunfal por Europa que —tras los desastres de la Moscova, Leipzig y Waterloo— acabaría en una roca solitaria, en las lejanías sudatlánticas, bajo las arenas de Longwood, junto a un sauce llorón.

## IV. LOS PRIMEROS PACTOS

1. Una vez Napoleón confinado en Elba, los gobiernos vencedores convocan a un congreso en Viena con el fin de reorganizar a Europa. Concurren a este congreso todas las naciones europeas. Recuérdese que Napoleón había logrado o intentado extender su imperio desde Ems hasta el Adriático, y desde el Báltico hasta el Ebro. Nada había podido contra Egipto, nada contra Inglaterra; en el Continente, se estrelló contra Rusia y aun contra España. Portugal, aliado de Inglaterra, escapó a sus garras escondiendo su trono en el generoso seno del Brasil, su colonia sudamericana. La caída de Napoleón afectaba los intereses principales de Europa.

La apertura del congreso se había fijado para el 1° de octubre, 1814. El acto de apertura quedó en cierto modo escamoteado, como luego veremos. Pero desde dos semanas antes los monarcas y representantes de las grandes potencias comienzan sus conciliábulos y pulsan sus rivalidades. A los tres meses, hay cuarteaduras ya visibles, aunque se logra resanarlas de alguna manera provisional. La mirada alerta de Napoleón, desde su destierro de Elba, lo percibe al instante. De aquí que decidiera regresar a Francia por sorpresa, sin dar tiempo a que sus adversarios llegaran a crear una verdadera falange monárquica, que sería más dura de romper. Esta irrupción napoleónica —los Cien Días— divide el congreso en tres etapas: antes del regreso de Napoleón, durante su efímera permanencia en el poder, y después de su definitiva derrota. Pero Viena trabajó de un modo continuo durante nueve meses, hasta la disolución del congreso después de la batalla de Waterloo, aun bajo el pavor de los Cien Días. El Acta Final estaba preparada nueve días antes de Waterloo.

2. El caballo de Napoleón había pisoteado el mapa de Europa. Bórranse fronteras seculares, antiguas entidades

desaparecen: Venecia, Génova, Piamonte, los Estados Papales, Holanda, un puñado de principalidades alemanas. Los despojos se distribuyeron entre Francia y algunos reinos vecinos, agraciados en la lotería del conquistador, o bien se agruparon en nuevos reinos: Italia, Westfalia, Confederación Renana, Gran Ducado de Varsovia. Y los reinos que lograron sobrevivir recibieron nuevas fronteras, nuevos gobernantes o nuevas instituciones, con excepción de Inglaterra y Rusia, intactas en el desbarajuste.

Al derrumbe de Napoleón, las víctimas claman por volver a los buenos tiempos. Las víctimas a que aquí aludimos son los monarcas, sin que esto sea negar que los pueblos hayan sufrido. Los jueces y ejecutores de la recomposición europea —no imparciales, sino preocupados de sus provechos— son los gobernantes cuya coalición había logrado vencer el superhombre: Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia, a las que pronto, redimida ya de sus "yerros revolucionarios", ha de unirse la propia Francia, para constituir la Pentarquía Europea.

Para los árbitros, el principio de la recomposición no se funda en el sentimiento nacional. Los treinta y dos millones de almas que un día juntara el imperio napoleónico serán distribuídos entre las potencias conforme a aquel principio del siglo XVIII que entiende por patriotismo la lealtad a un rey. Se trata de volver las cosas al estado anterior: *Dicebamus hesterna die.* Cuando el rey Víctor Manuel regrese a Turín, lucirá, o deslucirá, con el mismo traje que llevaba al partir para su destierro veinte años atrás.

Por eso la recomposición viene a ser una restauración: "Gobernad, y no cambiéis nada" es la máxima —contradictoria en los términos— de Francisco I de Austria. Y, como entretanto la vida ha cambiado, el empeño en volver a la primitiva figura pára por fuerza en un disparate. Con pedazos del manto del César —dice el poeta—, los remendones de Europa van a hacerse túnicas de Arlequín. Los zurcidos van a durar lo que Dios quiera.

3. Libres ya de la presencia de Napoleón —no lo estarían por mucho tiempo—, las potencias proceden a una

serie de pactos, los cuales a su vez recogen y corrigen los anteriores proyectos inter-europeos que las campañas imperiales hacían añicos de cuando en cuando. El congreso de soberanos se completará con la presencia del Emperador de Austria y del heredero de Suecia —Bernadotte—, ambos impopulares por diferentes motivos.

El primer paso era retirar las tropas aliadas de ocupación y las tropas francesas que aún se hallaban fuera de las fronteras reconocidas. Realizóse en parte mediante el armisticio de 23 de abril de 1814, firmado por Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia, y, en representación del futuro Luis XVIII, que aún se encontraba en Inglaterra, por su hermano el Conde de Artois, "Monseñor".

Éste, nombrado Lugarteniente del Reino y vestido de Guardia Nacional, había entrado triunfalmente en París el día 12 de abril, 1814, gritando de júbilo. Talleyrand, obligado a recoger en *Le Moniteur* las declaraciones del Lugarteniente Real, tradujo así sus gritos: "No más ansiedad: Paz y Francia. Por fin vuelvo a verla, y no hallo en ella nada cambiado, sólo hay un francés más." Fouché, al regreso de Italia, redactó para él un discurso, en el que Artois, sin aceptar las Bases Provisionales del Senado, ofrecía en nombre de su hermano una Constitución a la inglesa. Con lo que el Senado se dio de momento por satisfecho.

En el documento de armisticio, los aliados ofrecían alejar cuanto antes sus ejércitos y librar a Francia de todas las cargas de la guerra. Francia, por su parte, evacuaría las plazas situadas más allá de las fronteras que poseía el 1º de enero, 1792, dejando allí el material bélico y los objetos más valiosos que no fuesen de propiedad particular. Esta sola cláusula desposeyó a Francia, inopinadamente, de 53 plazas fuertes; 12,600 cañones —casi todos de bronce—; varios parques de armas y municiones; fundiciones con una enorme cantidad de materiales; puertos con navíos de guerra; almacenes de provisiones; archivos, mapas, planos, modelos; en suma: conquistas de veinte años que, según los cálculos de Thiers, importaban de treinta a cuarenta millones de francos. Vaulabelle exageraba: "Francia, vencida el

día 22, quedaba el día 23 desarmada." Pero ¿qué otra cosa podía esperarse?

De algún modo indeciso, se asegura que, cuando se firmaron estas condiciones, Talleyrand recogió la promesa verbal de que, al redactarse el definitivo tratado de paz, se concedería mayor latitud a las fronteras de Francia, lo que importaría un incremento de un millón de almas. No más tarde que el 9 de mayo, los agentes franceses Laforest y Osmond reclamaban este ensanche a los plenipotenciarios aliados. Tratábase de un aumento territorial sobre Bélgica y Alemania, que dejaría en manos de Francia el cordón de fortalezas belgas, la plaza fortificada de Luxemburgo, los mantos y minas carboníferas del Sarre y la mitad del Palatinado en el Rin. Los plenipotenciarios aliados se contemplaban perplejos, y los otros reclamaban la promesa de dejar a Francia más poderosa y grande que en tiempos de sus antiguos reyes. Tras mucho alegar, sólo se consiguió redondear los límites propuestos por el armisticio en unos cuatro puntos distintos y distantes:

*1)* Sobre Bélgica, el cuadrilátero entre Maubeuge y Givet, amén de Philippeville y Mariemburgo; *2)* sobre Alemania, Saarlouis y Landau; *3)* sobre Suiza, porciones del Gex, junto a Ginebra; *4)* sobre Saboya, la banda occidental, con Chambéry y Annecy.

El incidente muestra el ánimo en el fondo amistoso de los aliados, que ni siquiera exigieron la devolución de Montbéliard para Alemania, o de Aviñón para Roma, ni el pago de manutención de los prisioneros de guerra franceses; y muestra también la innegable generosidad de que dio muestra el árbitro de la hora, el zar Alejandro. Los reaccionarios franceses habían llegado por un instante a convencerse de que era un mérito suyo la derrota de Napoleón por los aliados. Alejandro apreciaba cabalmente el favor con que trataba a Francia, en el optimismo del triunfo: "Se pide menos de V. M. que de Enrique IV —había dicho a Luis XVIII—, a pesar de que éste conquistó su reino en persona." Pero el borbonismo, apenas restablecido, hablaba ya con cierta altivez; y en Thiers consta que Luis se extremó a declarar: "Para entrar en Francia, los aliados necesita-

ron más de los Borbones que éstos de aquéllos." (Solemne necedad.) Con todo, reinaba en el ambiente el anhelo de acariciar a Francia. Sépalo o no, ella siempre ha inspirado amor a todos los pueblos. Por algo será. Así se portaron, en sus días, los "filhelenos" vencedores de Grecia. Y, entonces como ahora, la lenidad era de buena política.

4. Hasta aquí, los tratados diplomáticos eran de corto alcance y procuraban simplemente aderezarle la librea a Francia para que pudiera presentarse en la sala de las naciones. Después veremos los pasos que seguirá la restauración, la política interior de Francia. El primer pacto de alcance general a que procedieron las potencias fue, en verdad, la Primera Paz de París (30 de mayo, 1814):

*1)* A Francia se le dejaban casi sus mismas fronteras de 1792; es decir, cerca de 9,000 $km^2$ más que en 1790: Aviñón, el Venaissin, parte de Saboya, de las tierras germánicas y de Bélgica. *2)* Francia, por su parte, reconocía la independencia de las Provincias Neerlandesas, con los ensanchados dominios que se les habían de adjudicar, así como reconocía los Estados Germánicos e Italianos y los Cantones Suizos. *3)* Inglaterra devolvía a Francia las colonias, pesquerías, factorías y establecimientos de toda clase que le había arrebatado en los mares y en los continentes de América, África y Asia, a excepción de Tobago (Trinidad), Santa Lucía (Indias Occidentales) e Isla Mauricio o antigua Isla de Francia (Océano Índico), con sus dominios anexos, y conservaría además la isla de Malta. *4)* Los aliados declaraban anuladas las deudas de guerra que pudieran provenir de adelantos, provisiones, etc. *5)* Francia ofrecía a Inglaterra abolir el mercado de esclavos. *6)* Se dejaban en manos de España las zonas hispánicas de Santo Domingo.

Los preceptos del pacto encaminados a contener la influencia de Francia allende sus fronteras eran, en parte, inspiraciones de la alianza de Chaumont (marzo, 1813), y en parte, nuevos.

Adviértase que no se mencionó el caso de Alsacia, cuya devolución reclamaban algunos alemanes: Görres en el *Mer-*

*curio del Rin,* Arndt en su memorial destinado a mostrar que el Rin era río alemán y no frontera.

Ni una palabra, por ahora, respecto a la reconstrucción de la monarquía prusiana, ni sobre Sajonia ni Polonia, asuntos que se reservaban al Congreso de Viena. Tampoco sobre restitución e indemnización por tesoros artísticos robados durante la guerra y que ahora se hallaban en los museos de París. Las observaciones de Humboldt, representante prusiano, sobre estos extremos, fueron desoídas. Humboldt reclamaba a Francia cerca de 170 millones de francos por diversas prestaciones de guerra desde 1807 en adelante. Pero el punto estaba ya resuelto por la liberalidad de los demás aliados a quienes Francia nada debía. En cuanto a los objetos de arte, asegura Thiers que los monarcas aliados se sintieron muy satisfechos con el sitio de honor que París les había asignado. En todo caso, no pensaba así el diplomático de Prusia. Gracias a la magnanimidad de Alejandro (estaba en vena de generoso), sólo se devolvieron algunos objetos aún empaçados, como la Victoria de Brandeburgo y la espada de Federico el Grande.

Un historiador alemán, con no disimulado enojo, declara funesta la Paz de París del 30 de mayo, y resume así sus reflexiones: Por obra y gracia de este Alejandro tan dadivoso de lo ajeno, Francia hizo un gran negocio: varios centenares de miles de almas más allá de sus fronteras, exención de indemnizaciones de guerra, condonación de anticipos por 170 millones, obsequio de prendas históricas y artísticas . . .

Después de la Paz de París, comenzó el regreso de los príncipes cautivos o desterrados: Pío VII, preso primero en Savona y luego en Fontainebleau, volvió a Roma; el rey Víctor Manuel regresó de Cerdeña a Turín; Fernando VII, de Francia a Madrid. En tanto, Alejandro de Rusia y su casi Lugarteniente Federico II de Prusia, en compañía de los generales victoriosos —Blücher el primero—, paseaba las calles de Londres cosechando algunas aclamaciones (7 a 22 de junio, 1814). Y el descendiente de Hugo Capeto volvía a Francia para salvar lo que aún podía salvarse. "Los desdichados Borbones —escribe Proudhon— vuelven a la tarea como unos forzados."

5. Antes de llegar a ser Luis XVIII, el hermano de Luis XVI había pasado sus veinte años de destierro negociando ante las cortes de Europa a fin de obtener alguna vez el trono de Francia. Lejos de ser un fanático, al modo de su otro hermano, el Conde de Artois, Luis XVIII había sido volteriano en su juventud y aficionado a los filósofos. No simpatizaba con la secta eclesiástica. Tenía sesenta años. Era corpulento y gotoso, humorista y de ánimo equilibrado. No había miedo de que se embarcara en aventuras extremosas. Contaba con cierta simpatía en el pueblo, el cual, aunque un tiempo arrebatado por la minoría jacobina, en el fondo aún consideraba la monarquía como cosa muy suya y próxima. La verdad es que Luis XVIII no fue mal recibido. El principal problema planteado en la mesa de las potencias, el reconciliar a Francia con los Borbones, se simplificaba a ojos vistas.

No pretendía Luis deshacer del todo la obra de la Revolución, ya incorporada en la vida nacional. La Carta Constitucional que otorgó a Francia en 4 de junio, 1814, era, en muchos sentidos, semejante y aun superior a la Constitución inglesa, más liberal que la de Napoleón, y conservaba algunos derechos del hombre: igualdad ante la ley, impuesto proporcionado a la riqueza, libertad religiosa en lo personal —aunque la religión de Estado fuese el catolicismo romano—, y una moderada libertad de imprenta.

Se establecía el bicamarismo, y se reservaba al monarca la iniciativa de las leyes, pero dejando a las Cámaras el derecho de someterle los proyectos que considerasen recomendables.

Esta nueva monarquía absoluta, o que pretendía serlo, no lo era ya en toda su pureza: la Revolución no ha pasado en vano. La omnímoda voluntad real se atempera en los términos de la Carta misma, a cuyo cumplimiento el monarca se obliga, cediendo al espíritu de los tiempos y reconociendo que así lo aconsejan las necesidades de su reinado. Entre monarquía y república comienza a haber confusiones e influencias, indecisas zonas crepusculares. Si más tarde, después de la guerra franco-prusiana, podrá decirse,

con razón, que la Tercera República es, en sus orígenes, una monarquía constitucional disfrazada de república, con igual razón puede decirse que el reinado de Luis XVIII, después del Imperio, es una monarquía constitucional disfrazada de monarquía absoluta. La Carta de 1814, aunque modificada cuando el acceso de Luis Felipe, se conservará en lo esencial hasta el año de 1848. De aquí su importancia.

De dos maneras se manifiesta en ella la intención tradicionalista. Por una parte, el monarca no se hace portavoz del pueblo, no obedece a una soberanía popular que ignora, sino que concede al pueblo, desde su altura, las bases de gobierno que él estima útiles y buenas. Por otra parte, se esfuerza, en los preámbulos, por demostrar que, al obrar así, no se pliega al espíritu de la Revolución, sino que sigue el ejemplo de los antiguos monarcas.

Tiene, pues, buen cuidado de referirse a algunos antecedentes que, más o menos, corresponden al caso:

> ...Aunque en Francia la plena autoridad reside en la persona del Rey —explica—, nuestros predecesores no han vacilado en modificar su ejercicio de acuerdo con las mudanzas de los tiempos: las Comunas se debieron a Luis el Gordo, y la confirmación y ampliación de sus derechos, a San Luis y a Felipe el Hermoso [de Francia]; y el sistema judicial fue establecido y desarrollado por leyes de Luis XI, Enrique II y Carlos IX. De igual modo, Luis XIV reglamentó casi todos los departamentos de la administración pública, mediante varias ordenanzas, cuya sabiduría no ha sido superada.

Y más adelante, al motivar el sistema de las dos Cámaras —la de los pares y la de los diputados—, se disculpa o se justifica así ante el ara de sus mayores (que ante su pueblo no hacía falta):

> Hemos buscado los principios de la Carta Constitucional en el carácter francés y en los venerables monumentos de los pasados siglos: la resurrección del cuerpo de los pares se nos presentó como una verdadera institución nacional en que se mezclan memorias y esperanzas, juntando los tiempos antiguos con los modernos. Hemos reemplazado por la Cámara de los diputados aquellas antiguas asambleas del Campo de Marte y del Campo de Mayo, y aquellas Cámaras del Tercer

Estado que tan a menudo demostraron su celo por los intereses del pueblo, y su fidelidad y respeto para la autoridad de los reyes.

Habiéndose puesto así en paz con su conciencia, Luis XVIII jura ante la Asamblea el compromiso constitucional, y comienza por hacer una enumeración de los derechos públicos de los franceses, que corresponde a la revolucionaria Declaración de los Derechos del Hombre, 1789. Sólo que, en vez de legislar para los hombres en general, ahora sólo se legisla para los franceses; en vez de proponer definiciones de filosofía política, se establece el estatuto jurídico, se garantiza la igualdad ante la ley, se protegen la libertad y la propiedad, se corre un velo sobre opiniones y votos expresados o emitidos antes de la Restauración, con evidente ánimo conciliatorio; y aunque se declara —como hemos dicho— la religión de Estado, se concede la libertad a otros cultos. El Ser Supremo ha vuelto a ser el Dios de la Iglesia Católica. Y, después de fijar la posición y prerrogativas del monarca, y el sistema legislativo de iniciativa real, se determina la composición y funcionamiento de la Cámara de los pares y la de los diputados, la judicatura, etc.

Tal era la teoría política de Luis XVIII. Pero la armonía teórica así planeada no pudo realizarse cabalmente en la práctica. No lo consentirían el descontento y el *pathos* acumulados por la Revolución y por las guerras napoleónicas. Tras tantos relámpagos de gloria, cuyo deslumbramiento cegaba todavía tenazmente, la monarquía borbónica, sin ninguna hazaña en su abono, volvía con sólo una humildísima promesa de paz en las manos. Es cierto, lo único que se le pedía era la paz. A cambio, una sola condición: respeto para las memorias de aquellos héroes cuya recordación era ya un aliento espiritual del pueblo. Verdad que tal respeto resultaba duro para la familia real. Con todo, la suave tutela de Luis XVIII logró adormecer las luchas lo bastante al menos para que le dejaran morir tranquilo (1824). El desasosiego de los partidos, en aquel primer instante de perplejidades y emociones, apenas se dejaba sentir. Muy pronto ha de levantar sus olas encrespadas.

6. Napoleón, en tanto, se entretenía en administrar su isla y en hacer el inventario de los objetos que había en su casa, y recibía a su madre Leticia y a su hermana Paulina, quien llevó por aquel ambiente remoto las amenidades de la coquetería mundana.

Pero, al mismo tiempo, Napoleón espiaba cuidadosamente cualquier posible cambio de la opinión pública en Francia, cualquier manifestación de rivalidad entre sus vencedores, el menor movimiento en la inquieta rueda de la fortuna. El Congreso de Viena, juntando en un reducido y luminoso campo todas las corrientes europeas, le brinda, como de propósito, un observatorio privilegiado, un centro fácil de orientación.

## V. A PUERTA CERRADA

1. Para mejor entender el cubileteo de las potencias y el mecanismo del Congreso, conviene recordar:

*1)* Que "los Cuatro Grandes" son la Gran Bretaña, Rusia, Prusia y Austria: la Cuádruple Alianza organizada contra la Revolución Francesa (1812-1814) y cuya acción dura virtualmente veinte años.

*2)* Que "la Pentarquía" suma al grupo anterior el nombre de Francia, una vez que Talleyrand ha logrado que se acepte a Francia en la dirección del Congreso (Sesión preliminar del 30 de septiembre, 1814).

*3)* Que "los Seis Grandes" abarcan el grupo anterior y añaden la representación y consulta de España.

*4)* Que "los Ocho Grandes" agregan las representaciones de Portugal y Suecia, para así completar, en Viena, el mismo cuadro de los signatarios de la Primera Paz de París (30 de mayo, 1814).

Las pláticas, como queda dicho, habían comenzado a mediados de septiembre de 1814. Se pensaba inaugurar el Congreso el 1º de octubre en Viena, inauguración que al fin se pospuso de modo indefinido e incierto. El Congreso, no obstante la interrupción de los Cien Días, se mantendría en funciones hasta el 15 de junio, 1815, vísperas de Waterloo (19 de junio).

Ante el Consejo de los Cuatro (también entonces eran cuatro), ante los representantes de Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia, Francia comparece a título de reo internacional. (Entonces el reo lo era por delito de revolución; en nuestros días, Alemania lo será por delito de imperialismo; pero allá se van lo uno y lo otro, pues que la revolución, con Napoleón, se convirtió en imperio.) Francia, pues, puede temerlo todo. De lo que decidan los Cuatro sobre Francia dependerá, más o menos directamente, la suerte de las potencias menores. No desesperemos: pronto llegará Talleyrand.

2. Los incidentes previos de procedimiento nunca son desdeñables, y a veces resultan de inesperada trascendencia en las asambleas internacionales. En Viena fueron singularmente complicados, por la gran afluencia de naciones; y Talleyrand los aprovechó con suma agudeza para cambiar los pesos de la balanza.

La primera dificultad estaba en distinguir de algún modo plausible entre las grandes potencias directoras y las potencias figurantes. La segunda provenía de aquel tratado secreto de París, en que los aliados, los Cuatro Grandes, se reservaban la resolución de los negocios, lo que jamás había sido notificado siquiera a los otros tres gobiernos signatarios de la Primera Paz: Suecia, España y Portugal. Talleyrand acertó a resolver estas dificultades de tal suerte, que ello viene a dividir en dos etapas los prolegómenos extraoficiales del Congreso, y obtuvo que Francia fuera sumada al conciliábulo de los Cuatro.

Hasta antes de su llegada (24 de septiembre, 1814), los Cuatro, después de largas discusiones, habían determinado este plan:

*1)* Los Cuatro Estados Aliados firmarían un protocolo en que se reservarían la decisión de las cuestiones territoriales.

*2)* Este protocolo sería comunicado primeramente a Francia y a España, y luego, en sesión plenaria, al Congreso.

*3)* Las cinco potencias germánicas resolverían lo concerniente a la futura Confederación Germánica.

*4)* Los procedimientos ulteriores serían fijados por los Seis Grandes: la Cuádruple, más Francia y España.

3. En este punto apareció Talleyrand y refundió por completo los acuerdos a que se había llegado. El 30 de septiembre, 1814 —inolvidable sesión de un par de horas— Talleyrand despedazó aquel protocolo mal ajustado:

*1)* Alegó, desde luego, que cuanto se tratase o resolviese antes del 1º de octubre, fecha oficial primeramente convenida para la apertura del Congreso, carecía de validez. *2)* Apoyado por Labrador, el representante de España

—invitado también a aquella reunión—, insistió en que este conciliábulo de seis potencias no tenía sentido: deberían estar presentes los ocho signatarios de la Paz de París; es decir, que faltaban Suecia y Portugal. *3)* Reclamó contra el hecho de que lo hubieran convidado a él solo por Francia, sin los demás miembros de su delegación; y cuando se le explicó que se deseaba tratar los asuntos previos entre los jefes, objetó la presencia de Humboldt junto a Hardenberg. "Es —le dijeron— que Hardenberg es completamente sordo." "Muy bien —replicó Talleyrand—, todos tenemos derecho a nuestras deficiencias. La próxima vez me acompañará Dalberg, para apoyarme en él al andar, porque soy cojo." *4)* Rechazó, en el proyectado protocolo, el empleo de la palabra "aliados", la cual, después de la Paz de París, era inoportuna y no debiera emplearse ni en mérito a la concisión. ¿Aliados contra quién? ¿Contra el desterrado Napoleón? ¿Acaso aliados todavía contra Francia? ¿Dónde estamos, pues: en Viena, o todavía en Chaumont y en Laon? ¿Todavía en guerra, o ya en paz? Los Cuatro Grandes fueron replegándose, ante las sucesivas derrotas que les infligía el representante francés.

El único posible cuerpo dirigente del Congreso —decía Talleyrand en aquella memorable ocasión—, o sea las ocho potencias signatarias de la Paz de París, debería solicitar la ratificación de su autoridad en la primera sesión plenaria. Y los Cuatro, en efecto, aceptaron convertirse finalmente en los Ocho, pero no en supeditarse a la aprobación de la asamblea plenaria. Talleyrand recordó entonces a las potencias menores, exigió la presencia de Sajonia y la exclusión de Murat, tocando así la fibra sensible del "legitimismo"; pues que esta doctrina exigía tomar una resolución respecto al Reino de Sajonia y prescindir del aventurero francés instalado en Nápoles como rival de la tradición borbónica. Se propuso a Talleyrand, temerosamente, aplazar la sesión plenaria de apertura hasta el 1º de noviembre, y que esto se hiciera ya en nombre de los Ocho. Ante los ataques y objeciones de Talleyrand, la apertura se pospuso indefinidamente. "Francia —escribía Talleyrand—, mediante la sola fuerza de la razón y el peso de los principios,

rompió una alianza concertada exclusivamente en contra suya." Como observó el Secretario Gentz, nunca hubo tal Congreso de Viena, y sólo se lo convocó de veras para firmar el Acta Final el 9 de junio, 1815, ya redactada por las grandes potencias.

En cuanto Talleyrand obtuvo la franca admisión de Francia en la cámara de los secretos, cerró tras sí la puerta y abandonó a su suerte a las potencias menores; lo que, como dice Duff Cooper, los antiguos aliados todavía tuvieron que agradecerle. El predominio de Rusia y de Prusia quedaba de hecho quebrantado, y ni Castlereagh ni Metternich tenían por qué lamentarlo. El 9 de enero, 1815, la maniobra de Talleyrand quedó del todo consumada.

Durante un período nebuloso, y no sin cierta anarquía, los distintos cuerpos no autorizados empezaron de cualquier modo a discutir los asuntos. Como lo veremos más adelante, los Cuatro, de propia autoridad, se adueñaron de la cuestión Sajonia-Polonia y de la cuestión suiza. Los Ocho, también por decisión propia, se dieron por directores formales del Congreso, y por sí y ante sí adjudicaron el Estado de Génova al Reino de Cerdeña —aunque no pudieron intervenir en otros capítulos de la cuestión italiana— y se asignaron los temas de los ríos internacionales y el procedimiento diplomático. Y lo propio hubieran hecho con la abolición de la esclavitud, si España y Portugal no llegan a oponerse resueltamente. El Comité Germánico no sólo se ocupó en la Confederación proyectada, sino que invadió el campo de los ajustes territoriales entre los Estados alemanes. Y uno y otro cuerpo se entrometían al acaso aquí y allá, como mejor les parecía.

4. Al fin los diez comités de la Agenda se organizaron de modo aproximado y un tanto irregular: *1)* Cuestión germánica; *2)* Conferencia de la Esclavitud; *3)* Suiza; *4)* Toscana; *5)* Cerdeña y Génova; *6)* Ducado de Bouillon; *7)* Ríos internacionales; *8)* Procedimiento diplomático; *9)* Estadística; *10)* Redacción.

Entre la improvisación y el desorden, los Cuatro procuraban atacar los puntos débiles, por ver de apropiarse las

resoluciones conforme a su primitivo plan de potencias victoriosas. El Comité de Estadística, inventado a última hora, resultó de lo más eficiente, y fue la verdadera palanca de Talleyrand para abrirse paso. De aquí surgió, en verdad, la nueva figura de la Pentarquía, en sustitución de los Cuatro, los Seis, los Ocho. Del 9 de enero, 1815, en adelante, la Pentarquía dirige los negocios, y con tal celeridad por cierto que, un mes más tarde, el Comité de Redacción comenzó a pergeñar el Acta definitiva.

5. Frederick von Gentz, el Secretario General de la Conferencia, apreciaba así la actitud de los diferentes Estados, soberanos y negociadores:

El Emperador de Rusia —dice— llevaba a Viena tres propósitos principales, aparte de hacerse admirar: apoderarse de Polonia, atajar el paso de Austria, enriquecer a Prusia, compensándola de algún modo por las comarcas polonesas que deseaba arrebatarle, a fin de ganarse así su futura cooperación. Estos propósitos reales se disimulaban bajo el propósito ostensible de aparecer como el árbitro de Europa. El Zar no podía ver a Metternich, y apenas soportaba a Castlereagh. Tampoco perdonaba a Talleyrand el que, en unas cuantas semanas, hubiera escapado a su influencia, que parecía incontrastable cuando los aliados entraron en París.

Por su parte, Prusia sólo quería "extender sus posesiones en el mundo entero, sin miramiento para ningún principio de justicia o decencia"; adueñarse por lo pronto de Sajonia, y contrarrestar la hegemonía austríaca sobre los Estados germánicos. (Gentz olvida que la extrema crudeza de Napoleón para con Prusia la convirtió en el centro natural de las reivindicaciones nacionales.)

Inglaterra, con excepción de los asuntos que directamente la afectaban —establecimiento de la Casa de Orange en los Países Bajos, derechos marítimos, ciertas garantías para sus colonias o el punto sobre la trata de esclavos—, mostraba una neutralidad rayana en indiferencia. Es que a Inglaterra no le importaba establecer predominio alguno sobre el Continente europeo, y el mismo Napoleón se equivocó aquí al juzgarla. Le importaba, en cambio, obtener un equili-

brio que aumentara su seguridad. Y a su seguridad correspondían: *1)* el principio de la libertad de los mares; *2)* la creación de unos Países Bajos enlazados con sus intereses, posible base futura contra Francia; y *3)* la expulsión de la influencia francesa en Portugal y España, puntos todos en que —a juzgar por el silencio de la Agenda— podía ya descontar el triunfo. Respecto a la abolición de la trata de esclavos, no hizo más que comenzar la campaña, por la oposición que le opusieron singularmente las potencias católicas.

Francia no traía iniciativas de orden general, y se mantuvo en una correcta actitud expectante, algo pasiva a veces para el gusto del Secretario Gentz. (Lo cual prueba que ni siquiera el agudo Gentz percibió todo el alcance de las maniobras de Talleyrand entre bambalinas, ni entendió que Francia debía concentrarse en su esfuerzo para salvarse, olvidando todo lo demás.)

Y así, Austria —siempre según el decir de Gentz— se encontraba aislada, aunque bien le hubiera agradado acercarse un poco más a Francia, salvo los intereses dudosos respecto a Nápoles y a Parma, y el hecho de que aún no parecía prudente confiar demasiado en el Hijo Pródigo apenas arrepentido.

6. ¿Cómo pudieron escapar a Gentz las maniobras de Talleyrand? El sutil ministro de Luis XVIII emprendió el viaje a Viena lleno de aprensiones, y escribía a Pasquier, sospechando lo que le esperaba en el Congreso: "Lo mejor hubiera sido quedarse en casa." Francia, por lo pronto, está maniatada: la cláusula secreta del tratado de París (30 de mayo, 1814) previene que, a la menor provocación, los aliados se distribuirán las anteriores conquistas de Francia, sin necesidad de consultarla siquiera.

Pero para enero de 1815 todo ha cambiado. Talleyrand habrá logrado deslizarse entre las rivalidades de las potencias y restaurar el crédito de su país, aprovechando hasta el buen humor de Lord Castlereagh por la firma del tratado de Gante, que sellaba la paz entre Inglaterra y los Estados Unidos (24 de diciembre, 1814). La maniobra más atre-

vida de Talleyrand consiste en haber arrebatado un tratado secreto a la Gran Bretaña y a Austria contra Rusia y Prusia (3 de enero, 1815). En carta a su soberano, Talleyrand escribía: "La coalición está disuelta, y Francia ya no se halla sola en Europa." Y luego atribuye su éxito, primero a la voluntad de Dios, y luego "a la restauración de Vuestra Majestad". Pero, añade modestamente, sin duda habrán contribuído también sus propias cartas a Metternich y a Lord Castlereagh, las sugestiones que a éste presentó Talleyrand sobre posibles colaboraciones entre Francia e Inglaterra, los esfuerzos que ha hecho para tranquilizarlo respecto al desinterés de Francia, la circunstancia propicia de la paz con América, que levanta el ánimo de la Gran Bretaña y le devuelve su libertad de acción, y finalmente, el juego de oposiciones entre las desmedidas exigencias de Rusia y Prusia a un lado, y a otro, la resistencia de Austria. El tono del documento ruso, asegura Talleyrand, había logrado sacar de sus casillas a Lord Castlereagh, por costumbre tan mesurado.

Como se ve, Talleyrand se apoya principalmente en Inglaterra. Aunque la atmósfera, cargada de sentimientos antibritánicos y de candorosa confianza en "la Prusia liberal", hubiera podido ofuscarlo, veía claro en el porvenir al trabajar por la alianza inglesa. Sin duda, en el fondo, soñaba, como su amigo Mirabeau, en "confiar a los cuidados paternales y vigilantes de Francia e Inglaterra la paz y la libertad de ambos mundos".

Las instrucciones para los representantes franceses en el Congreso de Viena, redactadas por La Besnadière bajo la inspección de Luis XVIII y de Talleyrand, muestran una rara penetración: "En Italia, impedir el dominio de Austria; en Alemania, el de Prusia, cuya misma constitución monárquica la hace ambiciosa por necesidad, a quien todo pretexto es bueno y que no pára en escrúpulos: su conveniencia es su derecho." Con una poca de suerte, estas instrucciones hubieran bastado para impedir la invasión de Francia en 1870, la de 1914, y cuanto hemos presenciado después: desbordamientos de aquella gente tan prolífica y migratoria.

# VI. ENTRE BAMBALINAS

1. ACERQUÉMONOS algo más al escenario de Viena. Hay que penetrarse, ante todo, de que la coalición aliada traía la disensión en el seno, como quedó bien manifiesto en las juntas de Châtillon (febrero y marzo, 1814). He aquí cuál era entonces el cuadro: El Zar Alejandro, sin prestar oídos a su Cuartel General, sólo soñaba entonces con vengar la captura de Moscú entrando vencedor en París. Metternich, a quien atemorizaban el desenfrenado misticismo del Zar, el liberalismo del Consejero Stein y la perspectiva de una Polonia restaurada bajo la benévola tutela de Rusia, así como la anarquía que podía sobrevenir a la caída de Napoleón, deseaba pactar con Caulincourt un compromiso de paz que salvaguardase el equilibrio europeo; y, al cabo, reconocía en Napoleón aquellas capacidades de organización y disciplina en que él cifraba sus propios principios de gobierno. Los diplomáticos prusianos Hardenberg y Humboldt se sentían personalmente inclinados a la opinión de Metternich, pero su soberano se empeñaba en ajustarse obedientemente a los propósitos del Zar; y Blücher, el jefe prusiano, como incorregible jugador que era, insistía en confiarlo todo a la suerte de las armas. El ministro británico Castlereagh compartía el sentir del austríaco, no quería más sangre, pero mal podía manifestar complacencias para Bonaparte: tras veinte años de lucha tenaz por parte de Inglaterra, ni su gobierno ni su pueblo lo hubieran aprobado; y singularmente, estaba en el deber de ser duro en punto a Holanda y en punto a los derechos marítimos o libertad de los mares. La discordia íntima, momentáneamente aplazada para combinar la acción contra el enemigo común, renacía de sus rescoldos una vez obtenido el triunfo.

Concertóse al fin la Paz de París a que ya nos hemos referido (30 de mayo, 1814). El Zar desfiló por las calles deslumbrado ante su propia grandeza. La sobria Inglaterra no podía considerar con paciencia aquella inestabilidad irri-

table, entre apostólica e histriónica, ya generosa y ya codiciosa, que hoy suelen llamar esquizofrenia y que conduciría por último al hijo de Pablo el insensato hasta las brumas de un extraño ascetismo y hasta una muerte incierta y oscura. Al paseo alegórico de París sucedió el paseo por Londres. El entreacto del Támesis —en que Alejandro se hizo acompañar por el rey de Prusia, Metternich y los generales— no sirvió ciertamente para aumentar su escasa popularidad a ojos de los británicos o de la corte del Regente. Con la eficaz colaboración de su impertinente hermana, la Gran Duquesa Catalina, el autócrata ruso no hizo más que desengañar a los que aún no lo conocían, exhibiendo su irrefrenable vanidad y su ausencia de cordura. Pronto el pavor de las ambiciones rusas corría por las cancillerías de Europa como una corriente subterránea. Los agentes rusos, entregados a misteriosas actividades, aparecían por todos los rincones de Europa, y aun de Asia, África y América.

Castlereagh pensaba atravesar entre Francia y Rusia un bloque anglo-prusiano-austríaco-alemán; y adelantándose ya al error que Inglaterra repetirá en nuestra época (al permitir que Hitler se armara a espaldas de Francia por temor a Moscú), quería dar rienda suelta a Prusia, por tal de frenar las posibles ambiciones de Francia sobre Amberes, no obstante la cautela con que Metternich lo prevenía contra los peligros futuros de tal política. Pero el temor del daño inmediato ofusca la previsión ante las amenazas del porvenir. Por lo demás, el plan era utópico: el rey de Prusia no quería más que seguir los pasos del Zar y, como hemos visto, entre esta maraña la mano de Talleyrand acabó por anudar una alianza secreta de Francia, Inglaterra y Austria —enemigos la víspera— contra Prusia y Rusia, amigos de ayer por la mañana. Camino de Viena, dos días en París bastaron a Castlereagh para sentir que podía entenderse con Talleyrand de inteligencia a inteligencia. "Dios me dé contienda con quien me entienda", dice el refrán castizo. Y Lord Castlereagh se percató pronto de que el peligro actual no estaba ya en el militarismo francés, sino en las "ambiciones occidentales" del Zar.

Finalmente, tanto durante la etapa previa como durante

los días que siguieron a la entrada de los aliados en París, se percibe aquella incoherencia inevitable en las negociaciones diplomáticas que pretenden proceder en armonía con las acciones militares. Y así sucede por instantes que los acontecimientos parezcan precipitarse por propia pesantez, independientemente de los planes preconcebidos, verdadero derrumbe del castillo de naipes como tan agudamente lo observó Paul Claudel al sobrevenir la guerra de 1914. Aun puede decirse que esta inercia de los hechos, aprovechada por los monárquicos franceses y mediante la oportuna maniobra de Talleyrand, determinó, más que la voluntad misma de los aliados, la restauración de Luis XVIII.

2. Concurrían al Congreso de Viena, desde luego, las Cuatro Potencias vencedoras:

*1)* Por Austria, el indolente Emperador Francisco I y su Ministro del Exterior Metternich, presidente de la asamblea, siempre vencedor entre las intrigas que rodearon su carrera desde los días de Stadion hasta los de Kolowrat, los dos estadistas rivales. Metternich, que obraba de propia minerva, se acompañaba del inocuo barón Wassenberg, del Consejero por Italia barón Binder, del Consejero de Estado Hudelist —experto estadístico— y del estratega Conde de Radetzky. Frederick von Gentz, su secretario particular, vino a ser Secretario General del Congreso.

*2)* Por Rusia, el Zar Alejandro; sus plenipotenciarios Stacleberg, Rasoumovsky y su Ministro del Exterior Nesselrode, a quienes, por de contado, el Zar desautorizaba a cada instante; el Barón alsaciano Anstatt, técnico en estadística; La Harpe, preceptor del Zar, especialista en asuntos suizos; el corso Pozzo di Borgo; el corfuano Conde Capo d'Istria; el Príncipe Czartoryski, consejero por Polonia, algo afecto a los *Whigs* de Londres, y cuya gracia a los ojos de la Emperatriz cada vez le hacía menos gracia a Alejandro; y el ilustre y "adamantino" Stein que, entre otras virtudes, poseía la de irritar al Zar con su arrogancia y su precisión mental. El Zar a ninguno concedía su plena confianza, y a todos traía sobresaltados con los altibajos de su carácter.

*3)* Por Prusia, el rey Federico Guillermo II, cuya prin-

cipal función se reducía a cuidar de que el Zar fuera obedecido por sus negociadores prusianos. A saber: su Ministro del Exterior, Príncipe Carlos Augusto Hardenberg, sordo irremediable, y el sabio Barón Guillermo de Humboldt que le hacía de auxiliar; el General Knesebeck, consejero de guerra, y varios otros técnicos, entre los que descollaba Johann Gottfried Hoffmann, que sería la verdadera cabeza del comité de Estadística.

*4)* Por Inglaterra, el Ministro del Exterior, Vizconde Robert Stewart Castlereagh, segundo Marqués de Londonderry, cuya personalidad ofusca a sus colaboradores; y poco después, el Duque de Wellington. Eran tales colaboradores el desleal Sir Robert Wilson, que no hacía más que intrigar con los adversarios políticos de Castlereagh; el bobo de Lord Cathcart, Embajador en San Petersburgo, muy enterado de las cuestiones rusas y con cierto valimiento ante el Zar, pero de quien decía Sir Charles Stewart que "empezaba a pensar cuando los demás ya habían acabado"; Lord Clancarty, excelente negociador, probado ya en los Países Bajos, y a quien Talleyrand estimaba; Sir Charles Stewart, medio hermano de Castlereagh, bravo soldado algo insolente, a quien los congresistas apodaron "Lord Pumpernickel" ("el Pan de Centeno"); el Subsecretario de Estado Edward Cooke, inválido y distante; y por último, el celoso y eficiente Secretario Privado Joseph Planta. Una tropa de amanuenses y mensajeros iba y venía entre Viena y Londres, corriendo mil aventuras que alguna vez fueron peligrosas.

Los jefes de estas comisiones forman el Consejo de los Cuatro, que en un principio se proponía dirigir a solas el Congreso, y erigirse en tribunal para juzgar y condenar los pecados de Francia.

*5)* Francia está representada por Charles Maurice de Talleyrand-Périgord, Príncipe de Benevento, a quien acompañan el Duque de Dalberg, experto en asuntos germánicos, terco e indiscreto; el Marqués de La-Tour-du-Pin; el Conde Alexis de Noailles, monárquico rabioso y antiguo edecán del Artois; y el avisado diplomático Conde de La Besnadière. Talleyrand, magníficamente instalado en el palacio Kaunitz y asistido por su sobrina la joven Condesa Edmunda de

Périgord, es, entre los jefes del Congreso, la única persona verdaderamente adulta. Pronto, según queda explicado, sitúa a su país junto a los Cuatro Grandes, organizándose así la Pentarquía que ha de gobernar las negociaciones.

En torno a la Pentarquía, y más o menos ligados a la suerte de Francia, se acomodan los demás países. Ante todo, las tres potencias secundarias que, con las cinco anteriores, completan, para ciertos efectos, el Consejo de Ocho, los ocho signatarios de la Paz de París:

*6)* Suecia, representada por el Conde Carl Löwenhielm, asistido por el Encargado de Negocios Christian Bernhard Hegardt y el Secretario de Legación Genserik Brandel;

*7)* Portugal, cuyo Embajador, conde de Palmella, se había quejado por nota a Castlereagh de no haber sido convidado a las reuniones preliminares, queja que apoyaron Talleyrand y el representante español;

*8)* España, cuyo delegado don Pedro Gómez Labrador, con quien Talleyrand hubiera querido contar, pero de quien pronto tuvo que deshacerse, porque Labrador, en su afán de "no hacer el títere" —preocupación habitual del que no se siente muy seguro— causó mil enojos al Congreso. Desechadas sus pretensiones sobre Parma, España quedará en ade lante excluída de las negociaciones que han de conducir la política general de Europa.

Tales son las principales figuras. Entre otras de algún relieve, añádanse los Reyes de Dinamarca, Baviera y Wurtemberg, y una treintena de reyezuelos alemanes con sus ministros, sus esposas o sus favoritas (exceptuado el Rey de Sajonia, víctima de la desgracia napoleónica y representado oficiosamente por Schulenberg); el Conde de Münster, por Hanover; dos delegaciones rivales de Nápoles: una por Murat y otra por los Borbones; el Cardenal Consalvi, por el Papado; Mavrojeni Bajá, visitante por el Sultán de Turquía; algunos observadores judíos de Frankfurt y católicos de Alemania; y personalidades de singular perfil como Sir Sidney Smith, hirsuto y excéntrico enviado de la Casa de Vasa, cuya bestia negra eran los corsarios bereberes; o como el octogenario Príncipe de Ligne, que falleció a fines de 1814, a consecuencia de un resfrío contraído en una cita amorosa y ca-

llejera. Pero enumerar a esta multitud heterogénea sería imposible, salvo para las Musas que invocaba Homero en su catálogo de naves y ejércitos.

3. En verdad, aquella conferencia, a la que se convidó a toda Europa, era un monstruo de dos cabezas y muchos miembros sobrantes. Una cabeza era la junta matinal de negociaciones: cuatro negociadores en un principio, y luego cinco, por el acceso de Francia. Otra cabeza era la junta vespertina de soberanos, donde el Zar se daba el gustazo de desairar todo lo convenido de mañana por sus ministros. Y los miembros sobrantes eran los soberanos y representantes de los Estados menores, sin arte ni parte en las decisiones: cuadrilla internacional a la que se procuraba divertir con bailes, recepciones, tómbolas, torneos, teatro de aficionados, cuadros vivos, excursiones campestres, paseos de antorchas, ballets de Flora y Céfiro, cantos tiroleses, óperas, conciertos —que alguna vez dirigió Beethoven en persona, aunque ya completamente sordo—, cacerías, ascensiones en globo. Los pobres de Lord y Lady Castlereagh aprendían unos cuantos pasos de baile, y luego los repetían con manifiesto embarazo. "El Congreso no marcha: baila", solía decir el Príncipe de Ligne, y su frase ha dado la vuelta al mundo. Para colmo, hasta hubo rivalidades galantes entre el Zar y Metternich, comidilla de los salones. Los documentos se iban redactando —según los frívolos— en los entreactos de los festejos, festejos que aun el cínico Talleyrand consideraba con no disimulado disgusto.

No se había visto nada igual desde las asambleas eclesiásticas de la Edad Media. Todos los días, campanas y cañones saludaban la llegada de nuevas testas coronadas. De noche, el Salón de Apolo congregaba a la sociedad más escogida del Viejo Mundo, y por las ventanas destellaba la luz temblorosa de las bujías. Al son de la música, giraban gozosamente casacas y espadines, entorchados, cruces, sedas y plumas. Aunque sin la elegancia francesa, ni el orden prusiano, ni la eficacia inglesa, ni el encanto italiano, ni la suntuosidad rusa, ni la vivacidad española, la alegre Viena desempeñó con largueza sus deberes de hospitalidad, y por

unos meses se convirtió en el centro de Europa. Se estima que este honor le costó cerca de cuatro millones de libras esterlinas.

Cierto es que tamaño derroche y tan constante jolgorio han contribuído al descrédito de la Conferencia; pero es fuerza reconocer que toda esta ebullición social tenía algún fin práctico. Si por una parte desviaba la atención de los excesivos y molestos arbitristas internacionales (esos que se espontanean con planes para arreglarlo todo), dejándolos, por decirlo así, en las antesalas de los negocios y engolosinados con los festejos, por otra parte esta ebullición social desempeñaba aquella función que hoy corresponde a la propaganda y a la "gran prensa".

Abundan las crónicas más o menos subterráneas sobre el Congreso. Sin duda las contribuciones más serias y discretas se deben a Carl Bertuch, de Weimar, el amigo de Goethe; las más pueriles, al espionaje austríaco del Barón Hager, cuyos miserables informes de cocheros, camareras y gente de escaleras abajo hacían las delicias del Emperador Francisco; las más escandalosas, al francés La Garde-Chambonnas. Frederick von Gentz, el estadista austríaco que tuvo a su cargo la secretaría del Congreso —un bribón en lo personal, pero hombre despejado—, ha trazado, con ácida pluma, algunas siluetas expresivas de los soberanos y negociadores. A ellas nos hemos ya remitido.

# VII. LOS CIEN DÍAS

1. NAPOLEÓN se encontraba en Elba desde el 4 de mayo, 1814. Desembarcado en Porto Ferrajo, saludó al modesto vecindario, se hospedó por lo pronto en la Casa Municipal, rehusó los banquetes que se le ofrecían y comenzó a recorrer sus dominios a caballo.

La isla, situada entre la Toscana y su nativa Córcega, era diminuta, cuarenta veces menor que Córcega y diez veces menos poblada. Al oeste, el puerto de Bastia y sus fortificaciones que se descubrían con el anteojo. Al este se dejaba ver la costa de la antigua Populonia etrusca (Piombino). Las minas de hierro de Elba han sido explotadas desde hace siglos. Virgilio las recuerda en el libro X de la *Eneida*. Su suelo contiene asimismo cobre, estaño, calamita, plomo, mármol, granito y pizarra. De aquellas canteras salieron las columnas para el Pórtico de la Rotonda. La roca es parda blanquiza, tirando a verdegay y veteada de negro. Su más alta cumbre, Monte Capanne, forma parte de la cadena sumergida que enlazaba a Córcega y a Cerdeña. Un singular destino quiso que este pasajero nido del águila cediera su nombre a la península italiana: Elba se había llamado en la antigüedad "Aethalía" ("Italia", la "Isla de Hollín", entre los griegos). Sin duda el ambiente evocaba en la mente de Napoleón las imágenes de su infancia, y es posible que lo convidara a entregarse al ocio contemplativo, al menos uno que otro instante.

Pero, fiel a su naturaleza, pronto el desterrado se consagra a trabajar en su diminuta administración, y hasta en sus cosas domésticas. Desde luego, trasladó su casa a una eminencia de la bahía llamada I Mulini. Hizo reformar la morada para disponer de una gran sala de recepciones; arregló el jardinillo y la terraza con vista al mar. Adquirió asimismo una *villa* veraniega en San Martino. Llamó a artistas italianos para decorar cielos y muros. El salón fue aderezado a la egipcia y se lo llamó Salón de las Pirámi-

des. Al pie de una de las columnas pintadas se leía este lema: *Ubicumque felix Napoleon,* lo que no podía ser verdad. En el cielo de la estancia inmediata, dos tórtolas separadas de extremo a extremo sostenían un largo festón: el pobre pensaba en María Luisa, que pensaba ya en muy otra cosa. (En cuanto a Josefina, había muerto en la Malmaison poco después de la salida de su antiguo esposo.) El baño, junto a la alcoba, era pompeyano, y entre los frescos, se leía: *Qui odit Veritatem odit Lucem.* Napoleón iba de un lado a otro, y pernoctaba también en la ermita de Marciana Alta o en los cuartos que se habían arreglado dentro de la fortaleza de Longone. Se amojamaba visiblemente y solía dormirse en el baño.

Por verano, se le reunió su madre Leticia, matrona de tragedia antigua a quien nunca engañó la falaz y efímera grandeza. Napoleón la instaló en una casita frente a I Mulini, al otro lado de la carretera. Jugaba con ella al dominó o a la veintiuna y, como de costumbre, hacía trampas. Su hermana, la alegre Paulina, la Princesa Borghese, pasó a su lado algunas semanas, alegrando su soledad con aquel profundo instinto de las llamadas mujeres frívolas. También disfrutó un par de días el cariñoso arrimo de la condesa Walewska, su amante de Schönbrunn y acaso la única que de veras acertó a quererlo; la cual vanamente había intentado acercársele para decirle adiós en la hora funesta de Fontainebleau. La Condesa le ha traído a su hijo para que siquiera lo conozca y lo vea por un instante.

¿Los demás? Hortensia, divorciada, es ahora duquesa y frecuenta la corte de los Borbones. Le cuentan que el niño León es muy travieso y agradable. María Luisa no ha contestado las cartas que su esposo le dirigió a lo largo del viaje. Hubiera deseado traerla a su lado. En vano solicita la intervención del Duque de Toscana, tío de María Luisa, a quien escribe en un tono casi humilde y que le da la callada por respuesta. María Luisa se distrae ahora con Neipperg, un oficial germano-austríaco. El "Emperador de Elba" no sabe que su hijo Napoleón Francisco, devuelto a los Habsburgos, se llama ya Francisco a secas; no sabe que el niño se había resistido bravamente a abandonar el palacio pater-

no; no sabe que le ha enviado un mensaje de filial ternura con el secretario de María Luisa. Su hermano Luciano, que vive ahora en Roma rodeado de opulencia y a quien el Papa ha hecho Príncipe de Canino, le escribe proponiéndole que le envíe hierro de Elba para sus altos hornos... Napoleón sonríe con amargura. Lo visitan italianos ilustres, y aun muchos viajeros ingleses, a título de curiosidad internacional.

2. Como si quisiera engañarse a sí mismo sobre la importancia de sus tareas, da nombres pomposos e imperiales a los departamentos de su economía minúscula y ensaya un simulacro de corte. Designó a un Gran Mariscal de Palacio (Bertrand), a un Gobernador Militar (Drouot), a un Tesorero (Peyrusse), a cuatro chambelanes nativos de Elba (el Doctor Lapi, el signor Traditi, el signor Cantini —alcalde de Porto Ferrajo— y el alcalde de Río Montagna, que había perdido un ojo peleando con los gendarmes en los alegres días de su juventud). Dos secretarios, un médico de cámara, un químico y un mayordomo, un cocinero Fernando asistido por siete pinches. Dos criados, tres cazadores, el mameluco Alí, dos ujieres, ocho mandaderos, un portero, una ama —encargada de las sábanas y los colchones—, una lavandera, un jardinero mayor, un músico y sus dos coristas, treinta y siete caballerizos y cocheros, componían el resto de su servicio. Tenía treinta y siete carruajes y se había traído su cuadra casi completa: allí el tordillo Wagram, bautizado por recuerdo de la batalla en que su amo lo había cabalgado; Emir, el que entró victorioso en la capital española; Gonzalve, el de Brienne; Roitelet, el de la retirada rusa; e Intendente y Tauris, los dos caballos blancos que el Zar le había obsequiado en memoria de las efímeras amistades de Tilsit.

Cambronne ejercía el mando sobre una guardia de 400 hombres. Contaba Napoleón, además, con unos cincuenta jinetes polacos y unos 800 milicianos de Elba, y hasta con una fuerza naval que se reducía al bergantín llamado *L'Inconstant*.

Los notarios y boticarios, los gerentes de las pescaderías

de atún y de las minas —en suma, los notables de la isla—, tuvieron que vestir uniforme, un uniforme azul con alamares de plata confeccionado por los sastres de Leghorn. Las costureras de Porto Ferrajo cosían vestidos de amarillo y violeta para los saraos, según las últimas modas del imperio. Las demás formaban rueda en la Sala de las Pirámides; el Gran Mariscal abría de par en par las puertas y anunciaba al "Emperador", que recorría las filas, saludando a cada uno en lengua italiana. Pronto se cansó de esta farsa y se limitó a vivir en familia.

Europa reía, y acaso se dejaba embaucar. Napoleón vivía con un ojo al gato y otro al garabato. Espiaba atentamente las incidencias de Viena; y mientras los londinenses, en el Panorama de Leicester Square, se divertían admirando las "maquetas" de la residencia napoleónica en Elba, el grande hombre, con el catalejo apuntado desde sus terrazas de Porto Ferrajo, examinaba todos los veleros que iban y venían. Recibía mensajes secretos. El comisario inglés en Elba no dejó de advertir que algo se tramaba bajo aquellas apariencias tan ridículas como inocentes. El Gobierno francés llegó a solicitar que el desterrado fuera transferido a Santa Elena, para mayor seguridad, pero la embriaguez de Viena desoyó los avisos.

3. La preocupación inmediata de Napoleón, aparte de sus miras sobre la política europea, era el deplorable estado de sus finanzas. Había logrado traer de Fontainebleau cerca de cuatro millones de francos, que se gastaron casi en el viaje y las primeras instalaciones. Las aduanas e impuestos le proporcionaban unos 120,000 francos de renta; las minas de hierro, 300,000; las salinas, 20,000; las pescaderías, 30,000. Todo ello bastaba para los gastos administrativos de la isla, pero no para sostener a la gente armada ni proveer a su palacio y corte. Según el Tratado de Fontainebleau, a cambio de la cesión de su fortuna privada —ocho millones de libras esterlinas—, él y su familia recibirían de Francia una pensión anual de £. 100,000, pero ésta nunca fue pagada.

Los plenipotenciarios de Viena, comprendiendo que no

convenía irritar a la fiera, protestaban una vez y otra ante Talleyrand, estimulándolo a cumplir el convenio. Éste, en 13 de octubre, 1814, lo advertía así a su soberano Luis XVIII, añadiendo que si el Tesoro francés persistía en no cumplir sus compromisos con el emperadorcillo de Elba, Metternich, por su parte, haría que Austria retuviera el pago de intereses sobre los fondos impuestos en el Banco de Milán. Luis XVIII contestó en el término de una semana, asegurando que Napoleón sería pagado con creces y por encima de lo estipulado, "si llegaba a realizarse el excelente proyecto de las Azores". Pero en esto paró el asunto, y el incumplimiento de la otra parte hizo que Napoleón, a su vez, se considerara libertado de los pactos de Fontainebleau.

Y, sobre todo, de Francia le llegaban noticias que parecían anunciar la madurez de los tiempos para lanzarse a la aventura solapadamente preparada. Los Borbones, bajo la influencia de Monsieur y de los ultras, y contando con la negligencia de Luis XVIII, cometían mil torpezas. El ejército y los veteranos se inquietaban. En su rincón y entregado al ocio de la paz, que había perdido todo encanto para su paladar estragado, el *grognard*, el *moustache*, limpiaba los botones dorados de su uniforme, evocaba las pasadas glorias y maldecía del bribón de las Tullerías y de los extranjeros que lo habían colocado en el trono. Sin duda —suspiraban— el Emperador volverá con la primavera, como las violetas.

4. Por febrero, el comisario británico dio cuenta de que los judíos de Leghorn estaban embarcando para Elba cargamentos de botones dorados con las águilas del Imperio. Nadie dio importancia a sus advertencias. La noche del 7 de marzo, la capital austríaca se entregaba a los regocijos de un baile cortesano. Por la tarde, el Zar había cambiado apuesta con cierta dama para ver quién se vestía más de prisa, y todos comentaban el caso alegremente. Metternich, que había decidido dormir un rato, agobiado de trabajo diurno y de festejos nocturnos, fue despertado a las seis de la mañana por un despacho urgente de Génova. Rendido de fatiga, quiso en vano recobrar el sueño, y al fin,

a las siete y media, abrió el despacho: Napoleón había desaparecido.

El 1° de marzo, 1815, acompañado de unos cuantos valientes, Napoleón desembarcó en Golfo Juan, entre Cannes y Antibes. El paisanaje lo rodeó con entusiasmo, los soldados se le unían de todas partes. Se dirigió a Grenoble con su millar de granaderos; el 10 de marzo, 1815, apareció en Lyon, pasó revista, dictó decretos destituyendo a Luis XVIII, disolviendo las Cámaras y desterrando como traidores a Talleyrand, Marmont y Pasquier y a los demás altos funcionarios del gobierno provisional, y convocó a los miembros de los colegios electorales al Campo de Mayo para adoptar las medidas que conviniesen a la salvación de Francia.

El ejército imperial, que Luis XVIII hubiera querido apropiarse y con el cual, enfrentándose a la voluntad de sus protectores —los monarcas de Prusia y Rusia—, quiso auxiliar la consolidación del Rey de Sajonia, antiguo satélite de Napoleón, ese ejército que al lado del propio Napoleón se había cubierto de gloria y había paseado en triunfo, por toda Europa, el pabellón tricolor, escapó a tambor batiente en busca de su antiguo jefe y lo rodeó con júbilo y entusiasmo. Napoleón había movilizado a sus hombres en vista de la guerra. Las fuerzas que él reclutó se habían aumentado ahora, bajo Luis XVIII, con el regreso de los prisioneros y de las guarniciones apostadas en las fortalezas. El licenciamiento de las tropas hubiera sido un tremendo problema para el mismo Napoleón, si llega a aceptar una paz como la que se le ofrecía en Châtillon. En tiempos de paz ¿qué hacer con aquellas multitudes armadas y recelosas? De los 40,000 oficiales en servicio, el Rey licenció y dejó a media paga a unos 15 o 20,000 que representaban un cuerpo latente de descontentos. Esta fuerza oprimida obró automáticamente en servicio del golpe de mano de Napoleón, que ya al llegar a Fontainebleau contaba con un enjambre de soldados.

El pánico se apoderó de París, que hasta entonces había hecho burla ante las amenazas de un posible retorno de Napoleón. El *Monitor* quiso aturdir al pueblo con una lluvia de decretos liberales; se hicieron mil promesas a los oficia-

les reducidos a media paga y a la antigua Guardia Imperial. El 16 de marzo, Luis XVIII se presentó en el Palacio Borbón ostentando las insignias de la Legión de Honor. A la mañana siguiente se supo la defección de Ney que, enviado con sus fuerzas para detener el avance de Napoleón, tras de prometer al Rey que lo traería encerrado en una jaula, ante la sola presencia de su antiguo jefe, con quien lo unía todo un pasado de luchas y victorias, cayó fascinado a sus pies y le ofreció su espada.

Napoleón adelantó sin obstáculo hasta Auxerre. La noche del domingo 19 de marzo, Luis XVIII cruzó el parque de las Tullerías calzado con sus pantuflas de terciopelo y alumbrado por los candelabros de sus lacayos. Su coche lo esperaba a las puertas del Pabellón de Flora. Emprendió el viaje subrepticiamente con rumbo a Gante. A las veinticuatro horas más o menos, Napoleón entraba en las Tullerías a hombros de la multitud y escoltado por los dragones de Polonia. Estaba intensamente pálido, y una sonrisilla de desdén parecía habérsele cuajado en el rostro.

Los periódicos siguieron publicándose como de costumbre; simplemente, suprimieron el emblema de la flor de lis. Los turistas ingleses, con excepción de unos cuantos aristócratas desdeñosos del partido *Whig*, se apresuraron a abandonar el Continente. En Italia, el impetuoso Murat movió sus tropas. El Papa y los Cardenales huyeron de Roma.

Napoleón organizó al instante un ministerio, y comenzó aquella farsa de gobierno fantasma fundado ya todo en el embuste, que ni poseía el vigor del anterior régimen napoleónico ni respondía ya a las verdaderas necesidades de Francia. Encargó a Davout de la Guerra; a Fouché, de la Policía; a Carnot, del Interior; a Caulaincourt, de los Negocios Extranjeros.

5. Pero si Napoleón había procedido con singular presteza, los representantes de las Ocho Potencias, en Viena, reunidos a toda prisa en el estudio de Metternich, donde Talleyrand, hecho una sombra, entró cojeando y echando miradas despectivas a los instrumentos astronómicos y los cronómetros que eran la secreta afición del Canciller aus-

tríaco, resolvieron proceder con firmeza, aceptar el reto, desoír la voz de Napoleón que ordenaba la disolución del Congreso, y continuar impasiblemente la redacción de los acuerdos a que habían llegado, cuya Acta Final, como hemos dicho, pudo firmarse unos días antes de Waterloo.

Wellington, que había sucedido a Castlereagh en la representación de Inglaterra, en vano quiso obtener que el Acta fuese aceptada por el Rey de Sajonia —a quien favorecía el regreso de Napoleón— y, en medio de las protestas de éste, las potencias procedieron a despojarlo de aquellos territorios que antes habían pertenecido a Prusia.

El 13 de marzo, 1815, las Ocho Potencias —pues se incluye la Francia de Talleyrand y de la Restauración— habían dictado un bando poniendo a Napoleón fuera de la ley y exponiéndolo a la vindicta pública. El 18 fue resucitada la antigua coalición antinapoleónica de Chaumont, la Grande Alianza, y el nuevo tratado se firmó el 25 del propio mes entre Austria, Rusia, Prusia y la Gran Bretaña. Ésta se comprometió a auxiliar la acción bélica de los aliados con cinco millones de libras esterlinas. Rothschild prestó un decidido apoyo. Francia, España, Portugal, Cerdeña, Baviera, Países Bajos, Hanover, Wurtenberg, Baden, Hesse y Brunswick fueron invitados a adherirse. Entre todos, pronto se juntó un millón de hombres. Suecia, enredada en sus conflictos con Noruega, se abstuvo de participar de modo efectivo en esta conjunción militar. No es posible averiguarlo, pero es legítimo suponer que, en la abstención de Bernadotte, había también su poco de cálculo. Wellington se encaminó a Bruselas para ponerse al frente de las tropas, dejando su representación en manos de Lord Burghersh. Y aunque todos afectaban serenidad, pareció, como decía La Garde-Chambonnas, que de repente se hubiera apagado un millón de bujías.

6. Tampoco Napoleón se consideraba seguro. El bando del 13 de marzo, que lo ponía fuera de la ley, no había dejado de producir un estremecimiento de pavor en el pueblo, y a él mismo lo había hecho perder la confianza en su astro. Por lo pronto, decidió halagar los sentimientos libe-

rales, y obtuvo a este fin la colaboración de su antiguo adversario Benjamin Constant, a quien en una sola entrevista (14 de abril) logró fascinar completamente, y que redactó para él unas excelentes Bases Constitucionales, convencido de que el antiguo déspota se había decidido a entrar por el camino de la monarquía legal. El 21 de abril se promulgó un *Acta Adicional* que ofrecía la creación de dos Cámaras, que fue rápidamente ratificada por un plebiscito arrancado de cualquier modo y con premura, y definitivamente promulgada el 1º de junio, 1815, en una patética ceremonia del Campo de Mayo. Pero el solo título de este documento, que lo presentaba como un apéndice o adición a las antiguas regulaciones imperiales, acusaba ya su falsedad. Napoleón no contentaba a los liberales, ni a sus colaboradores más cercanos. Fouché lo traicionaba metódica y pacientemente, y llenó la Cámara de diputados con los radicales más extremistas, quienes provocaron el primer conflicto el día mismo de la apertura (31 de junio, 1815), y arrebataron a Napoleón las presidencias. A esto siguió, por parte de la misma Cámara, una serie de repudios contra las iniciativas napoleónicas. A su vez, la Cámara de los pares, aunque en sordina y con cierta moderación, hacía segunda a la voluntad pacifista manifestada por los diputados como el primero y más urgente anhelo de la nación.

Pero, ante el bando de las Ocho Potencias, Napoleón no tenía más salida que la rendición o la guerra. ¿Quedaba alguna esperanza? Napoleón todavía intentará, aunque en vano, romper la coalición de sus enemigos, haciendo filiales declaraciones al Emperador Francisco de Austria, aboliendo la esclavitud para complacer a Inglaterra y denunciando al gobierno ruso el pacto secreto celebrado el 30 de enero, 1815, entre Castlereagh, Metternich y Talleyrand, para resistir las ambiciones del Zar sobre Polonia.

Las esperanzas de salvar su trono eran endebles, no nulas. Austria no podía de un momento a otro disponer para una nueva campaña de su ejército, a la sazón comprometido en Italia. Las tropas rusas acababan de regresar a su tierra y no parecían muy dispuestas a verse empeñadas en otra aventura europea. Los destacamentos reunidos en Flandes

bajo el mando de Wellington eran poca cosa, y la mayoría de los veteranos ingleses que habían peleado en España aún no desembarcaba. No era imposible batir en detalle a Wellington y a Blücher antes de que lograran unirse. Y Napoleón contaba al menos con medio millón de hombres.

La opinión inglesa midió la debilidad de Luis XVIII durante las últimas ocurrencias y no lo consideraba con entusiasmo. ¿Combatir a Napoleón? Desde luego. Pero ¿valía la pena de restaurar al Borbón? El parlamento se hallaba dividido. Se optó por guerrear contra Napoleón, no contra Francia. Es decir: que se dejaría a ésta en libertad de escoger el gobierno que le pareciera, una vez aniquilado el Corso. Lo cual produjo mil titubeos y enojos en el trato que debía darse al comercio y a las colonias francesas.

Napoleón salió de París el 1º de junio, dispuesto a evitar la unión de las tropas británicas y las prusianas. Y, en efecto, entre el 14 y el 15, se apoderó de Charleroi, dejando a los prusianos a la derecha, y a la izquierda a los anglo-flamencos. Y hubo combates en Bry, Saint-Amand y Ligny. El viejo Blücher se dio por perdido cuando su caballo rodó al suelo. Pero Ney, entretanto, era rechazado en Quatre-Bras y aún había asomo de salvación.

7. La tarde de cierto inolvidable domingo (18 de junio, 1815), la ciudad de Bruselas se hallaba en estado de pánico. Desde las tres había venido desfilando la inagotable peregrinación, los fugitivos del bosque de Soignes, donde, unos cuantos kilómetros hacia el sur, Wellington, con 20,000 británicos y 42,000 alemanes y holandeses —que por lo demás le inspiraban poca confianza—, trataba de cerrar el camino al victorioso ejército francés de 70,000 veteranos. Éstos, deseosos de lavar su reciente perjurio, peleaban denonadamente a las órdenes de Napoleón.

Los visitantes ingleses, derramados por la ciudad a seguimiento de sus tropas, empezaban a amontonarse en el norte y a embarazar las rutas y canales que comunicaban con Amberes. Allí, por orden de Wellington, se había declarado el estado de sitio, y la muchedumbre esperaba ansiosamente las noticias de la batalla bajo una lluvia deshecha.

Otros muchos, incapaces de obtener transporte, pues los vehículos habían sido todos requisados, tuvieron que quedarse en Bruselas. Los grupos de fugitivos entraban galopando por la ciudad y gritando que todo estaba perdido y que los franceses les venían dando alcance. Los jinetes de Hanover, que irrumpieron por la puerta de Namur en una carrera tumultuosa, causaron verdaderos estragos entre la multitud atemorizada. Algunos llegaban ensangrentados y vendados de cualquier modo. Se veían carretas de heridos, camillas que transportaban oficiales. Conforme avanzaba la tarde, el cañoneo parecía acercarse. Corrían rumores de que Napoleón había ofrecido a sus huestes el saqueo de Bruselas. Las mujeres se estremecían. Los simpatizadores de Francia, no escasos, charlaban en voz baja.

¡Y decir que sólo tres días antes Bruselas se sentía tan segura como podía sentirse Londres, amparada por la riqueza británica y las fuerzas de los aliados! Durante varias semanas había sido el escenario de la alegría y los festejos militares, de los saraos aristocráticos. Los ingleses gastaban su dinero generosamente, y Bruselas nunca había visto mayores derroches bajo sus sucesivos amos españoles, austríacos, franceses, holandeses.

Pero, de repente, durante el baile ofrecido el 15 de junio por el opulento Duque de Richmond, comienzan a llegar mensajes. Wellington, una y otra vez, se aparta para dictar órdenes. Sus oficiales van abandonando el salón, y a la madrugada los desapacibles ruidos militares perturban el sueño de los vecinos. Napoleón ha cruzado el Sambre por sorpresa y ha logrado deslizarse entre los hombres de Wellington y los prusianos de Blücher. Quiere batir en detalle a unos y a otros, caer sobre Bruselas, provocar acaso —con su sola amenaza— el alzamiento de belgas contra holandeses, derrumbar el gobierno *Tory* de Inglaterra, someter a su suegro austríaco, que de pronto se vería privado del auxilio británico. Mas las órdenes y contraórdenes, el ir y venir entre uno y otro campo, salvó a Blücher de la completa derrota y le permitió, en vez de huir definitivamente hacia el norte, flanquear hacia el nordeste, de algún modo comunicarse con Wellington, y dar tiempo a que éste se replegase

hasta Mont Saint-Jean (sur de Bruselas), bajo el resguardo de la caballería y la artillería ligera de Lord Uxbridge.

Una tempestad deshecha encharcaba campos y carreteras. El cielo sólo se despejó el día 18. Wellington, que conocía el terreno palmo a palmo por haber peleado en la región años atrás a las órdenes del duque de York y haberla frecuentado después en cabalgatas y cacerías, halló modo de pegarse al suelo, supo sostenerse contra los franceses que lo atacaban por el sur, mientras se le juntaban por el este los refuerzos de Blücher. Grouchy, llamado por Napoleón, no siguió la ruta que éste le había marcado, tropezó con Blücher y no pudo llegar a tiempo. Por donde Napoleón esperaba ver aparecer a Grouchy, apareció Blücher, en una de las más famosas marchas envolventes de flanco que recuerda la historia.

Y así fue como el 18 de junio, 1815, aconteció la memorable y decisiva derrota de Napoleón en Waterloo. (Belle-Alliance.) El día 22 tuvo que abdicar en favor de su hijo. El 25 se refugió en la Malmaison, que secretamente abandonó la noche del 29. Desapareció durante unos días. Entretanto, el 7 de julio, las fuerzas aliadas entraron nuevamente en París. Al día siguiente, acarreado por ellas, volvió Luis XVIII. El 15 de julio, Napoleón se entregó a los ingleses, a bordo del barco *Bellerophon*.

## VIII. CONCLUSIONES DE VIENA

1. El Congreso de Viena ha continuado, pues, sus reuniones desde el otoño de 1814 hasta mediados de 1815, sin interrumpirse durante la convulsión de los Cien Días. Las potencias firman el Acta Final el 9 de junio, "en nombre de la Santa e Indivisible Trinidad". Los aliados, cierto, han declarado que el objeto de la guerra y la paz es el asegurar los derechos, la libertad, la independencia de las naciones. Pero el método de que se valen deja sitio a objetos diferentes. Consiste en calcular el número de habitantes y la capacidad tributaria de cada región, para crear así la famosa balanza del poder, de que se espera la felicidad de los pueblos. Y del concepto de la nacionalidad, a la hora de los arreglos, sólo parecen acordarse, por muy singular que resulte, en el caso equívoco de Polonia.

2. Examinemos los arreglos de Viena, comenzando por la suerte de los Estados menores:

*1)* Dinamarca ha seguido con demasiada lealtad las fortunas de Napoleón. Aunque el monarca danés conserva, dentro de la flamante Confederación Germánica, el Ducado de Holstein, Dinamarca es separada de Noruega, y aquí comienzan sus desdichas.

*2)* Noruega es atada a Suecia, para compensar a ésta de la pérdida de Finlandia y ciertas tierras pomeranias. Finlandia queda absorbida por Rusia, y las tierras pomeranias pasan al dominio prusiano. A lo largo del siglo, Suecia arrastra sus disensiones domésticas con Noruega, sin que Europa haga caso.

*3)* A fin de proteger el Reino de Cerdeña contra toda posible agresión de Francia, Génova es incorporada al Piamonte, bajo la casa de Saboya; lo que al cabo resultará un paso, aunque inconsciente, hacia la unidad italiana.

*4)* Como barrera contra las ambiciones francesas en el norte, Bélgica es unida a Holanda, de quien la dividen

—amén de la lengua— hondas rivalidades religiosas, comerciales, políticas. Se crea así, bajo la Casa de Orange, el Reino de los Países Bajos. El monarca de Holanda conserva, dentro de la Confederación Germánica, el Gran Ducado de Luxemburgo. En 1830, sobrevendrá la brusca separación entre Bélgica y las antiguas provincias neerlandesas, lo que está a punto de provocar un conflicto europeo.

*5)* Las provincias del Rin, asociadas durante veinte años a la suerte de Francia y cuya población venía a ser la antigua frontera céltica de Germania, fueron separadas de Francia y atribuídas a Prusia, con la cual no tenían nada de común. La aspiración de Francia a recuperar su "frontera natural" —si tal cosa existe— será un motivo de desazón permanente.

*6)* La República Suiza, brotada al calor de la Revolución, es otra vez disuelta en el antiguo sistema cantonal, aunque su política externa y militar queda centralizada. El resultado se hará sentir sobre los destinos de Austria. De aquí parte la neutralización de Suiza (20 de noviembre, 1815).

*7)* Otras transformaciones secundarias. Por ejemplo: la ciudad de Cracovia es erigida en República, y así se mantiene hasta 1846, año en que Austria se la apropia con acuerdo o tolerancia de Prusia y Rusia, con disgusto de Inglaterra y Francia; se define el Reino de Hanover —antiguo Electorado de Brunswick-Luneburg—, bajo el cetro de la Gran Bretaña e Irlanda, pero comprendido en la Confederación Germánica, etc.

3. En cuanto a la suerte de las grandes potencias:

*1)* Austria no quiere contactos con Francia. Renuncia a Suabia y a los Países Bajos y toma compensaciones sobre la Italia superior; aumenta su influencia sobre el Papado y sobre el rey Borbón que será restaurado en Nápoles, como luego se explicará; abandona la guarda del Rin; deja de lado su política solidaria con Alemania e inaugura una política puramente austríaca, que acabará en el desastre de Sadowa y en su exclusión del futuro Imperio Germánico. En detalle: Ratificación de los tratados de Campo-Formio (1797),

Lunéville (1801), Presburgo (1805), Convención de Fontainebleau (1807), tratado de Viena (1809) y consiguientes renuncias del tratado de París (1814). Todo lo cual significa la entrega al Emperador de Austria de las provincias y territorios lombardo-vénetos: Istria, Dalmacia, islas adriáticas, Bocas del Cáttaro, Venecia y sus aguas y distritos, Terra Firma a la margen siniestra del Adigio, Ducados de Milán y Mantua, Principados de Brixen y Trento, Condado de Tirol, Vorarlberg, Friul austríaco, antiguo Friul veneciano, Montefalcone, Trieste, Carniola, Alta Carintia, Croacia a la derecha del Save, Fiume, el "litoral" húngaro y el distrito de Castua; y además, anexión de Estados y territorios situados entre el Tessino, el Po y el Adriático, las Bailías de Valteline, Bormio y Chiavenna, y la antigua República de Ragusa.

*2)* Bajo la presidencia cada vez menos efectiva del Emperador de Austria, se crea una Confederación Germánica que sustituye al antiguo Santo Imperio Romano, de que ya se hacen burlas hasta en la taberna del *Fausto*. Si el Santo Imperio Romano tendía a la unificación alemana bajo el poder de Austria —aunque ya había fracasado de hecho—, la Confederación entre los Estados independientes, sobre los cuales Austria sólo puede conservar cierta relativa influencia, más bien atizará la división de Alemania y mantendrá la rivalidad entre Austria y Prusia. El Emperador de Austria y el Rey de Prusia conservan aquí sus antiguas posesiones; el Rey danés, el Holstein; el holandés, el Luxemburgo; el británico, el Hanover. Pero, como más adelante se explicará, en el seno de este desorden está como en ebullición el orden futuro.

*3)* Inglaterra y Austria procuran evitar que Rusia alcance una preponderancia excesiva en Alemania. Ofrecen a Prusia compensaciones sobre Polonia (Posen y sus dos millones de habitantes). Cedido al Zar el Ducado de Varsovia, lo gobernará como le plazca, con título de Rey de Polonia. De esta cesión se exceptúan ciertos territorios que corresponden a Prusia y a Austria. Rusia, que ya había comenzado a competir con Prusia en el norte (adquisición de Finlan-

dia, 1812), avanza ahora hacia el occidente, entre Prusia y Austria. Su política se hace europea.

*4)* Prusia no logra la anexión de toda la Sajonia. La lealtad de Federico Guillermo III para su amigo el Zar impidió que la coalición de Austria e Inglaterra, a cambio de entregar a Prusia toda la Sajonia, detuviera el avance de Rusia sobre Varsovia. Además, Luis XVIII y su ministro Talleyrand esgrimirían hábilmente, contra Prusia, la teoría legitimista. Pero el Rey de Prusia obtiene media Sajonia y también la Baja Pomerania, lo que robustece su situación en el norte. En el sur, las provincias católicas del Rin y Westfalia le dan una nueva salida. El resultado es un territorio de caprichoso contorno, que por sí solo tenderá a desarrollar la Unión Aduanera, crisol de la futura Alemania. Además, Prusia —opuesta a Rusia sobre el Niemen y a Francia sobre el Mosa— se hallaba destinada a convertirse en defensora de Alemania, función que Austria acaba de declinar. Metternich no previó el porvenir del nacionalismo germánico bajo la capitanía de Prusia, ni previó la gran fuerza económica de la futura Alemania, consecuencia del dominio de carreteras, ríos y mercados sobre los cuales ahora Prusia extendería su influencia. Ni lo nacional ni lo económico cabían en la mente de Metternich.

*5)* Francia, obligada a una fuerte indemnización y a sostener a los ejércitos extranjeros que la ocupan, queda casi devuelta a los límites que tenía antes de la Revolución, aunque rodeada de una cintura de pequeños Estados vigilantes (Países Bajos —Holanda y Bélgica—, Suiza, el Piamonte) y, sobre el Rin, en contacto directo nada menos que con la misma Prusia. Pero la lección de 1870 abrirá los ojos de algunos historiadores, para quienes los tratados de Viena, comparados con los de Francfort, resultan una obra apreciabilísima de la diplomacia francesa.

*6)* Inglaterra, no interesada en acrecer sus posesiones europeas, recibe en compensación Heligoland, Malta, Trinidad, Ceilán y la Colonia del Cabo.

4. Los puntos neurálgicos de la Conferencia —Polonia y Sajonia, la situación de Italia, el futuro de Alemania—

requieren explicaciones aparte. Consideraremos los casos de Polonia, Sajonia e Italia. Sobre Alemania, además de las explicaciones ya adelantadas en el presente capítulo, nos remitimos a los capítulos futuros.

En 1750, la vasta Polonia contaba con diez y medio millones de habitantes, pero vivía aún en estado de desorganización feudal. Rusia, Austria y Prusia la acechaban, y pronto empezaron a repartírsela. La primera partición (1772) la redujo a ocho millones y medio; la segunda (1793) la dejó en unos tres millones y medio. Las particiones finales (1795 a 1796) la absorbieron del todo entre sus poderosos vecinos.

Cuando Napoleón derrotó a Prusia (1807), se reconstruyó una pequeña Polonia, el Gran Ducado de Varsovia, y se le dio por gobernante al Rey de Sajonia. Cuando después derrotó a Austria (1809), arrebató a ésta la Galitzia Occidental y la región de Cracovia para con ellas aumentar el patrimonio polaco. Al emprender la expedición contra Rusia (1812), declaró a los polacos que consideraba esta guerra como "la segunda guerra de Polonia". Y es creíble que, de haber triunfado, hubiera devuelto a Polonia su integridad. Pero triunfó el zar Alejandro quien, para diciembre de 1812, no sólo se hallaba ya en posesión de todo el Ducado de Varsovia, sino de toda la comarca polaca. Y aunque Alejandro, entre sus sueños contradictorios, llegó a pensar en la reparación de un Estado de Polonia bajo una Constitución liberal y según las filosóficas doctrinas de su preceptor La Harpe, el momento no era oportuno: *a)* Tras la victoria rusa contra la *Grande Armée* napoleónica, la opinión no hubiera consentido en la menor cesión o concesión relativa a aquellos territorios que, aunque mal habidos, eran rusos desde 1811; *b)* las clases gobernantes rusas padecían una verdadera pasión de envidia contra los cultos e inteligentes polacos, y el que se otorgaran a éstos instituciones liberales para las que Rusia no estaba madura no podía menos de resultarles tan peligroso como afrentoso; y *c)* ni Austria ni Prusia hubieran visto con paciencia la aplicación de las doctrinas de La Harpe en país vecino y hasta poco antes vasallo. Finalmente, Polonia saldría de Viena más

desmedrada aún que cuando Napoleón la erigió en Ducado de Varsovia.

Mientras el Zar iba de un extremo a otro, y ya pedía al duque Constantino de Varsovia un esfuerzo militar por si se veía en el caso de combatir contra sus aliados occidentales, o ya pedía a Bentham un modelo de Constitución avanzada para Polonia, las otras potencias aliadas consideraban la suerte de este país como inseparable de la cuestión de Sajonia: amenaza para el equilibrio. Castlereagh se sentía atenazado entre estas contrarias ambiciones, todas igualmente ingratas a la opinión británica. Todos daban por admitido el sacrificio de Sajonia, y sólo Prusia lo deseaba. Talleyrand se manifestó: él sabía bien lo que buscaba. Francia, perdidas sus conquistas en la Paz de París, no pedía para sí más que la estabilidad europea y una categoría igual junto a las grandes potencias. De aquí su entendimiento con Castlereagh. El peligro no estaba en el Occidente, sino en el Oriente y en el Norte. La combinación Talleyrand (Francia, Inglaterra y Austria contra Rusia y Prusia) fue un claro acierto diplomático.

La ofensiva contra Polonia y Sajonia venía, pues, de Rusia y Prusia, concertadas ya al efecto en Kalisch (28 de febrero, 1813). La resistencia correspondía a Inglaterra, Austria y Francia que, sobre este asunto especial, no contaban con ningún previo conciliábulo. La crisis aumenta por instantes. A comienzos de septiembre, Castlereagh, a quien no se le sigue ningún interés material en el problema, se ofrece para conciliador y sólo logra irritar al Zar. Hacia mediados de noviembre, el delicado negocio pasa a manos de Metternich, quien pronto lo echa a perder queriendo engañar a unos y a otros, y acaba en un verdadero rompimiento personal con el Zar, ya enemistado con él por rivalidades femeninas. En su ceguera, el Zar pretende que Metternich sea destituído, lo amenaza con un duelo y se niega a dirigirle la palabra durante tres meses. Hardenberg, que a su vez intenta conciliarlos, abandona la partida a mediados de diciembre, por orden expresa del Rey de Prusia.

Entretanto, los sucesos se precipitan: el comandante ruso en Sajonia entrega la administración de este reino a las

autoridades prusianas (8 de noviembre, 1814); y poco después, el Gran Duque Constantino, en Varsovia, invita a los polacos a luchar por su independencia, ante lo cual Austria envía tropas a la frontera de Galitzia, y Francia ordena una movilización parcial o preventiva. El Gabinete de Londres se intimida, y quiere arriar velas para no comprometerse en una discordia continental. Castlereagh no ceja; pero en Viena llega a saberse que no lo apoyan ya en su país. Esto merma su autoridad, cuando más necesitaba de ella.

Y aquí interviene la mano maestra de Talleyrand. Sus dos notas del 19 y del 26 de diciembre hieren la cuerda sensible de la legitimidad, delatan el destronamiento del Rey de Sajonia y amenazan con la protesta de los Estados menores de Alemania. Ante este ataque imprevisto, los prusianos pierden la cabeza y hablan de empuñar las armas. Castlereagh, indignado y ya por su propia cuenta, advierte al ministro prusiano que, si la deliberación no ha de poder continuar en orden, es preferible disolver el Congreso. Y, ante el fantasma de la guerra, Talleyrand obtiene la alianza secreta entre Francia, Inglaterra y Austria (3 de enero, 1815), de que tanto hemos hablado, e impone a las potencias un compromiso de largo alcance. Fue una audacia de jugador. Ninguno de los tres poderes ahora coaligados hubiera podido cumplir su compromiso guerrero; pero tampoco el Zar contaba con que sus generales lo secundaran ante una renovación de las hostilidades, ni Prusia podía ahora afrontar el desafecto de los demás Estados germánicos, a quienes quedaba abierto el pacto secreto (art. 4). El *bluff* de los Tres desenmascaró el *bluff* de los Dos, y la crisis se deshizo rápidamente en transacciones. El 11 de febrero pudo llegarse a un acuerdo. El arreglo distaba mucho de traer la salvación de Polonia, cuya ficticia independencia duraría unos cuantos años, ni de preservar la integridad de Sajonia, reducida en dos quintas partes. El arreglo significó más bien un triunfo de Talleyrand, de Francia, y como fuere, evitó para un siglo otra conflagración europea. Castlereagh fue sacrificado y vino a sustituirlo el Duque de Wellington.

Polonia quedó dividida entre Rusia, Austria y Prusia, y

se le hicieron algunas vagas promesas. Además de estas tres Polonias, hay que contar una cuarta: la República de Cracovia, aplastada por Benedek en 1846; y, de 1831 en adelante, una quinta: la Polonia de la diáspora o emigración, que se dirigió sobre todo a Francia y a cuya gloria bastan los nombres de Chopin y Mickiewicz.

5. Resumamos brevemente la historia de la cuestión italiana. Se consideraba que había dos Sicilias, divididas por el estrecho de Mesina; en consecuencia, había dos reyes de Sicilia: la hoy propiamente así llamada, y Nápoles, en la Italia continental; pero sólo José Bonaparte y, después, Murat, se hicieron llamar explícitamente reyes de Nápoles. En 1738, bajo Felipe V de España, su hijo don Carlos era rey de Sicilia y Nápoles, lo que había venido a ser un patrimonio de los segundones borbónicos españoles. En 1759, don Carlos ocupa el trono de España con título de Carlos III y cede el reino de Nápoles a su tercer hijo, Fernando, un napolitano de nacimiento, a quien la historia conoce como Fernando IV de Nápoles, III de Sicilia y I de Ambas Sicilias. Fernando se educa bajo la regencia de Bernardo Tanucci, quien calculadamente, y para más prolongar su gobierno, lo deja criarse en la más completa incultura, entregado a los deportes al aire libre y aficionado a los hábitos plebeyos. Fernando llegará a ser un atleta estúpido. Alcanza la mayoridad en 1767, comienza por expulsar a los jesuítas, siguiendo el ejemplo paterno, y al año siguiente se casa con María Carolina, hija de María Teresa de Austria y hermana de María Antonieta de Francia. María Carolina, autorizada a intervenir en el gobierno una vez nacido su primer hijo, gana un ascendiente cada vez mayor sobre Fernando, hace caer a Tanucci y, alentada por Sir John Acton, a quien nombra director de la marina, sueña en emancipar de España el trono de Nápoles. Acton, que llega a ser primer ministro, instaura un régimen de crueldad y espionaje. Aunque la pareja real simpatizaba al principio con las ideas de la Revolución Francesa, la decapitación de Luis XVI y María Antonieta la horroriza de suerte que decide participar en la primera coalición contra Francia, año de 1793.

Tres años más tarde se firmaba la paz con Francia; pero Fernando se alarma ante las exigencias del Directorio, cuyas tropas por entonces ocupaban la ciudad de Roma y, aprovechando la ausencia de Napoleón en Egipto y los triunfos de Nelson, decide hacer armas contra Francia y ataca a Roma (29 de noviembre, 1796). Derrotado en las primeras escaramuzas, regresa desordenadamente a Nápoles y, al aproximarse los franceses que vienen en su seguimiento, abandona su capital en plena anarquía y huye a Sicilia en el *Vanguard,* barco de Nelson.

Los franceses establecen en Nápoles la República Partenopea (enero, 1799). A poco son llamados a combatir en el norte de Italia, y la República Partenopea cae bajo los *lazzaroni* y la plebe napolitana adicta a Fernando, capitaneada a la sazón por el delegado de éste, el Cardenal Ruffo. Los afrancesados republicanos fueron castigados severamente a instigación de Carolina, quien usó la influencia de Lady Hamilton para que Nelson fuera el instrumento de su venganza contra los "jacobinos", asesinos de María Antonieta. Fernando regresó a Nápoles y ordenó arrestos y arbitrarias ejecuciones, de que fueron víctimas los napolitanos más eminentes. En 1805, Fernando, que empezó neutral, acabó aliado de Austria y permitió el desembarco de fuerzas anglo-rusas. Vencedor en Austerlitz, Napoleón envió tropas al sur de Italia. Fernando huye a Palermo. Napoleón declara depuesta la dinastía borbónica en la Italia meridional y proclama Rey de Nápoles y Sicilia a su hermano José (febrero, 1806). Sin embargo, Fernando seguía gobernando en Sicilia bajo el amparo inglés.

En 1º de agosto de 1808, sucede a José Bonaparte el general Joachim Murat, cuñado de Napoleón, quien, bajo el nombre de Rey Joaquín Bonaparte, crea en Nápoles una corte de advenedizo, a la vez ridícula y fastuosa, y pronto empieza a malquistarse con sus compañeros, los demás jefes napoleónicos. Desde luego, quiso retirar de sus dominios a las tropas francesas y naturalizar como napolitanos a cuantos franceses servían a sus órdenes. Con todo, introdujo los códigos de su país, favoreció a los buenos napolitanos y do-

minó el bandolerismo en Calabria. Era hombre de sumo atractivo personal.

A pesar de su creciente desvío, atendió al llamado de Napoleón y se hizo cargo de la caballería de la *Grande Armée* en la campaña de Rusia. Sometido a un patético tira y afloja entre su instinto militar, que lo arrastraba una y otra vez en pos de Napoleón, y sus ambiciones por crearse un trono independiente, abandona a su antiguo jefe y cuñado hacia diciembre de 1812 y regresa a Nápoles, enfermo casi de desconfianza, al punto de suponer que Napoleón y su propia esposa estaban confabulados para darle muerte. Del 4 de febrero de 1813 en adelante, su situación asume un aire de "problema europeo". Ya hace proposiciones a Metternich, ya a Lord William Bentinck, ministro británico en Sicilia que, entretanto, maniobraba junto al refugiado rey Fernando como luego se explicará.

Nuevamente obedece al llamado de Napoleón y combate a su lado en Leipzig (Batalla de las Naciones, octubre, 1813). Lo abandona por fin en Erfurt, regresa a Nápoles y, a través del Conde Neipperg, futuro amante de la emperatriz María Luisa, firma un arreglo con Austria (11 de enero, 1814), en que cede la Sicilia a Fernando. Lord Bentinck, a quien no inspiraba confianza, acepta este convenio a regañadientes y declara, a nombre de Lord Castlereagh, que Inglaterra está dispuesta a negociar un armisticio con "la persona que mande en Nápoles". Al mes siguiente, Murat anuncia su rompimiento con Napoleón, y aun pretende atacar a Beauharnais, virrey de Lombardía puesto por el mismo Napoleón. Sin embargo, no resiste la fascinación de éste, y cuando el Corso desterrado regresa de Elba, vuelve a tomar partido por él, marcha hacia el norte con 35,000 hombres y proclama la independencia de Italia, lo que por entonces no tuvo eco (30 de marzo, 1815).

La caída de Napoleón arrastra el destronamiento de Murat. Talleyrand, en Viena, prefería naturalmente el regreso del dócil y sandio Borbón al reinado del inquieto e irresponsable general napoleónico, revolucionario congénito y capaz de despertar el nacionalismo de Italia. Los austríacos expulsan definitivamente a Murat, y poco después restauran a

Fernando. Murat huye a Francia, y pronto regresa por Calabria. Quiere convencer con palabras a los muchos descontentos que ha ido reclutando por todas partes a causa de sus veleidades, y es encarcelado y ejecutado en Pizzo (13 de octubre, 1815). Suspicaz e incierto, imaginativo, inestable, a veces leal, a veces traidor al punto de llevar tropas hasta Bolonia con el intento de pelear contra Francia o de pretender que su pacto militar con Austria —la cual no lo deja escabullirse— no pasa de ser un pacto anodino de neutralidad; incapaz de deshacer las maniobras de Metternich ni de ganarse la simpatía de Bentinck, era sin duda un muy aguerrido combatiente. Napoleón, que lo conocía tan bien, escribía a su hermana: "Tu esposo, el Rey de Nápoles . . . es un bravo guerrero en el campo de batalla, pero es más pusilánime que una mujer o un monje cuando no está frente al enemigo. Carece de valor moral." Y todavía, en el triste olvido de Santa Elena, Napoleón lamentaba no haber contado en Waterloo con Murat, al frente de su caballería.

Retrocedamos un poco, sepamos lo que pasa con el desterrado Fernando, rey a medias. Lord Bentinck se adueña de su voluntad, lo obliga a algunas reformas generosas, le impone una Constitución liberal al tipo franco-inglés, lo estrecha a desterrar a Carolina su esposa y aun a abdicar en favor de su hijo Francisco. Pero, en cuanto Fernando ve la ocasión propicia, vuelve a Nápoles apoyado por Austria y proclama la unión de Ambas Sicilias (12 de diciembre, 1816). Por de contado, anuló la Constitución que poco antes había jurado; pero, de momento, adoptó algunas de las medidas administrativas de Murat y aun conservó a algunos de los antiguos oficiales. En adelante, al amparo de los agentes austríacos, reinará despóticamente durante cuatro años, atravesará nuevas tormentas, y al fin morirá en 1825 dejando un recuerdo abominable.

Retrocedamos nuevamente hasta el año de 1814. Castlereagh llega a Viena. No ha entendido el naciente impulso nacionalista de Italia ni cree en él. Italia le aparece como un mero recurso para compensar a Austria de las concesiones que se le arrancan. No obra de acuerdo con Bentinck,

hombre sin duda "progresista", pero indisciplinado. Comprende que Murat nunca será un dócil instrumento en manos de Austria y que, en determinado momento, aun puede causar graves conflictos excitando el nacionalismo italiano. Lo absorben las cuestiones de Polonia y Sajonia, que dominan la atención de Viena durante los primeros meses. Piensa en ganarse a Luis XVIII sacrificando a Murat y cooperando con la restauración borbónica de Ambas Sicilias.

Contra las proclamas y promesas de Bentinck, por otra parte, ya Castlereagh había aprobado en Viena (sesión de los Ocho, 13 de noviembre, 1814) la incorporación de Génova al Piamonte, bajo el Rey de Cerdeña. La situación era por demás confusa, y resultaba imposible satisfacer al parlamento británico, dada la falta de armonía entre los agentes ingleses.

La cuestión de Italia, que Labrador hubiera querido resolver en conjunto y de una vez para siempre, se deshizo finalmente en una serie de arreglos casuísticos, de que ya indicamos los principales: Lombardía y Venecia quedaron en poder de Austria; Génova, bajo Cerdeña; la Santa Sede tuvo que ceder a Francia las regiones de Aviñón y el Venaissin, a cambio de los Estados Papales y tres legaciones en Ferrara, Bolonia y Ravena; Toscana, contra las reclamaciones de Labrador a nombre del Infante don Luis, pasó al dominio del Archiduque austríaco Fernando III; Módena, Reggio, Mirandola, al Duque Francisco IV, satélite austríaco; Malta siguió bajo la Gran Bretaña, así como las islas jónicas, conforme a la Paz de París; Parma quedó bajo la esposa de Napoleón, María Luisa, a condición de anular el derecho sucesorio de su hijo, el nominal Rey de Roma; y Lucca, en compensación, bajo la Reina de Etruria. Todo lo cual significaba la preeminencia de Austria sobre Italia.

Despejadas, pues, de cualquier modo las cuestiones de Polonia y Nápoles, el Congreso, de febrero a marzo, se aquieta un tanto y despacha, en aparente calma, muchos puntos que parecieron de pronto secundarios, aunque habían de resultar, a veces, de singular trascendencia.

6. Además de la trata de esclavos, a que ya nos hemos referido, otros asuntos generales palpitaron en el ambiente de Viena:

*1)* Los judíos de Alemania interesan al Secretario Gentz para que lo referente a sus derechos se incluya en la Agenda del Comité Germánico. Los derechos ya reconocidos fueron confirmados expresamente, con cierta promesa de ampliarlos aún en el futuro.

*2)* Se declaró la libertad de navegación para algunos ríos internacionales —Rin, Mosela, Neckar y Mosa—, mediante reglamentaciones que quedarían como modelos para otros conciertos ulteriores.

*3)* Se reglamentó el embarazoso asunto de las precedencias diplomáticas, que durante siglos había dado ocasión a celos, luchas callejeras, dudas, hostilidades y rupturas entre las cortes. A este fin, se adoptaron principios de precedencia en tiempo, categoría de los jefes de misión y decisión de la suerte. La suerte será sustituída por el alfabeto francés en 1818, lo que aún deja en la incertidumbre si a los Estados Unidos de América debe corresponder la A, la E, la U, etc.

# IX. LAS IDEAS REINANTES

1. Contra el Congreso de Viena se ha escrito mucho, y últimamente, algo en su defensa. La historia de esta época se estudió por algún tiempo "en vista de la Revolución". Hoy la historia de nuestra época se estudiará en vista de las dos grandes guerras contemporáneas. Sobre la Conferencia de París o la de 1946, se repetirá —ya se repite— mucho de lo que se dijo sobre Viena. Para el pro y el contra abundan razones. Los problemas sociales nunca se resuelven de una vez para siempre. La vida está en marcha. Además, ningún negociador puede sacrificar totalmente a su país en aras de los demás. Como fuere, en Viena la guerra general de Europa quedó aplazada para un siglo.

2. El Congreso de Viena, como la Conferencia de París después de la Gran Guerra nº I, quiere "reconstruir el orden moral, regenerar el sistema político de Europa, fundar una paz duradera sobre la justa redistribución de las fuerzas políticas". Pero, así como en nuestros días se dirá que los arreglos de París van por un cauce, y por otro muy distinto las verdaderas inquietudes sociales manifestadas durante la crisis de la guerra, así ha podido decirse que los monarcas y ministros reunidos en Viena representaban los intereses dinásticos o las preocupaciones diplomáticas, no los intereses y preocupaciones del pueblo revelados por la Revolución Francesa y propagados por las campañas napoleónicas. En aquella ocasión, pocas concesiones populares se abrieron paso; y eso, por la necesidad de "llevarle el genio" a Alejandro y como condescendencia para su imperial chifladura. Desesperante la monotonía de la historia: también hemos visto en nuestros días transigir con ciertas chifladuras.

El criterio popular de la época procedía de la Revolución. La Revolución, como hecho actual, no fue más que un magno desorden, obra de unos cuantos energúmenos segui-

dos por el turbión de las masas. Pero, en la vida, además de las apariencias momentáneas, cuentan las intenciones, que poco a poco dan a los hechos sus perfiles definitivos. El cirujano no hace más que dar una cuchillada y provocar de momento los dolores o los sobresaltos del paciente. Pero al otro día, todo se halla mejor que antes. Quien sólo mira a los detalles inmediatos pierde el sentido de los procesos, de los conjuntos, y no repara en los resultados. La moralidad de la historia se va construyendo con sacrificios. Las monarquías de Europa sólo consideraban el horror del hecho inmediato, y les parecía digno de represión. De sus intenciones y sus futuros efectos nada entendían; nada, de su trascendencia definitiva.

En todo caso, la opinión misma comenzaba a reaccionar un tanto, pues ella procede siempre entre vaivenes y exorbitancias. El excesivo idealismo revolucionario comenzaba a inspirar recelos. Esta reacción tomó un doble rumbo, al despertar de aquella embriaguez que durante veinte años arrastró a Europa en un delirio de gloria y sangre.

Por una parte, la reacción ofrece tintes románticos. El espíritu conservador buscó el restablecimiento de la autoridad eclesiástica y el restablecimiento de la antigua autoridad política. Como síntomas de la primera tendencia (de que son expresiones *El genio del cristianismo,* de Chateaubriand, 1802, y *El Papa,* de Joseph de Maistre, 1819), recuérdense el renacimiento católico de la Europa occidental, que ha llegado hasta nuestros días, la marea ultramontana de Francia y Alemania, el "tractarianismo" de Inglaterra, el nuevo impulso de las iglesias luteranas, la reconstrucción de la Compañía de Jesús por Pío VII (septiembre de 1814), que algunos consideran tan importante como su creación misma. Síntomas de lo segundo son aquellas teorías sobre el derecho divino de prescripción, que vinieron a cuajar en la fórmula del "legitimismo": la larga posesión, que da título de propiedad a las personas privadas, es también un título de gobierno. La manifestación exterior de esta doctrina será la Santa Alianza, liga político-mística creada entre el Zar de Rusia, el Emperador de Austria y el Rey de Prusia en defensa de las monarquías absolutas (26 de septiembre, 1815).

Por otra parte, la reacción se refugia aun en el seno del liberalismo. El espíritu liberal, algo decepcionado ya de Rousseau, su "estado de naturaleza" y sus "derechos del hombre" —que resultaban ideales útiles más bien para destruir un régimen y no para crear otro nuevo—, se morigera al acercarse a Bentham y al utilitarismo inglés. Comienza a considerarse como fin supremo del Estado "la mayor felicidad del mayor número", y como criterio de felicidad, el bienestar económico. Además, el gran desarrollo material y mercantil del siglo no puede detenerse; y la Revolución, al bajar de la teoría a la práctica, va a refractarse, de suerte que en vez del gobierno por el pueblo se tendrá el gobierno del pueblo por el oro. Al privilegio del príncipe sucede el privilegio del rico. Tarda aún la hora del socialismo. El movimiento liberal, por lo pronto, se resuelve en una lucha interior y una exterior: en lo interior, lucha por la libertad del individuo y las garantías constitucionales; y en lo exterior, lucha por la unidad nacional y la independencia de los Estados.

3. A través del siglo, la política internacional vacilará entre dos fuerzas: primero, la conservadora, con su apelación legitimista al pasado y su fe en la inmutabilidad de los pactos monárquicos; segundo, la revolucionaria, con su anhelo de unidad nacional y de independencia. Inútil decir que los monarcas y ministros reunidos en Viena estaban por la actitud conservadora. No así los pueblos. La tendencia a la unidad nacional se robustecía por instantes, alimentada en tres fuentes principales:

Primero, las mismas fuerzas económicas, que pronto comienzan a adueñarse de los gobiernos revolucionarios, empujaban hacia la unidad nacional. El desarrollo de intereses comunes dio siempre impulso a los movimientos de este orden, ya hacia la cohesión, ya hacia la separación, según los casos y los puntos de vista: la emancipación de Hispanoamérica, la guerra de secesión en los Estados Unidos. La unidad italiana parte de la guerra de tarifas entre Austria y el Piamonte; la unidad alemana encarnará un día sobre la osatura de la unión aduanera o *Zollverein.* Por mucho,

el movimiento nacionalista de Bohemia acarreó en el seno la lucha entre los trabajadores checos y los capitalistas germánicos. Irlanda ha fundado sus discordias en rivalidades agrarias.

Segundo, el reciente ejemplo de los pueblos penetrados de sus intereses comunes era harto elocuente: sólo Rusia y España habían logrado resistir a los ataques napoleónicos; y algo adivinaría Napoleón en la cara de Inglaterra cuando, a última hora, dio contraorden al ejército concentrado en Boloña, tras la ruptura de Amiens, ejército que esperaba con impaciencia la hora de embarcar para las Islas Británicas (1805). Pues Napoleón había soñado un día en convertirlas en islas francesas, como Oléron y Córcega, a lo que le parecían naturalmente destinadas. "Si, en vez de embarcar para Egipto, llego a embarcar para Irlanda —decía en Santa Elena—, si algunos obstáculos no hubieran estorbado mis preparativos para invadir a las Británicas desde Boloña, ¿qué sería hoy Inglaterra?, qué el Continente?, qué el mundo?"

Tercero, la Revolución misma, a menudo acusada de cosmopolitismo, creó una concepción muy sistemática del Estado, centralizada y racional, y enseñó a Europa lo que es la unidad de la nación. Los emigrados de Francia pudieron ayer haber dicho, al hacer armas contra Francia: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia.* Antes la nación era un apellido del Rey; ahora venía a ser cosa propia: era la patria. Con inconsciente generosidad, la Francia revolucionaria revela a Alemania el secreto de la debilidad germánica, cuando por boca de sus políticos, declara no entender aquel desorden, aquel mosaico, aquel laberinto de pequeños Estados. ¡Y aquel desorden, aquel mosaico, aquel laberinto, lejos de ser obra del azar, era la obra consciente y acabada de Richelieu, que verá en la posible cohesión alemana el mayor peligro de la Francia futura! Era, en suma, lo que en la Gran Guerra Europea de 1914, soñaban algunos combatientes franceses, al pedir que se estableciera la anarquía metódica en Alemania. ¿"Simplificar aquella monstruosa complicación", de lo que Bonaparte solía jactarse en Santa Elena? Sí: la simplificación se llamó Bismarck, se llamó Guillermo II, se llamará

Hitler. El patriotismo alemán —dice Sorel— nació de los Derechos del Hombre. Del cosmopolitismo de un Lessing, que confesaba ignorar el amor patrio, Alemania pasa al nacionalismo más vehemente, a través de la transición de Rousseau, adaptado a la germana por Herder. Napoleón hizo más, mucho más que revolver el mapa: acarreó y despertó a su paso aquel sentimiento de la nacionalidad que las doctrinas revolucionarias engendran, y que es la diferencia característica entre los siglos XVIII y XIX. De Napoleón dijo Lamartine: "Suscitó las nacionalidades, y las nacionalidades lo ahogaron." Francia y Napoleón criaban cuervos.

Es cierto; pero ante una coalición de gobiernos dispuestos a repartirse el suelo de Francia, como lo pedía el Rey de Prusia, se logra salvar el territorio casi intacto en sus antiguos límites, como ya lo hemos observado. También se ha alejado el peligro de ver crearse en las fronteras de Francia potencias temibles. "¿Os imagináis —pregunta un historiador—, después de 1870, a Francia firmando con Sajonia, Baviera, Wurtemberg, un pacto de alianza contra Prusia? Pues tal maravilla se logró en 1815, al día siguiente de Waterloo." Prusia, en efecto, tuvo que renunciar a sus ambiciones sobre media Sajonia, y quedó enclavada entre pequeños Estados independientes, ante los cuales el Rey de Francia podía continuar su papel histórico de "defensor de las libertades alemanas". La división de Alemania en porciones, establecida por los tratados de Westfalia (siglo XVII) fue ratificada en Viena. Sólo que, tras las simplificaciones y condensaciones de 1803 a 1806, en vez del antiguo centenar de Estados —desmenuzamiento feudal—, Alemania se vio reducida a unos cuarenta. La rienda de la Confederación oscila entre Austria y Alemania. De aquí un sistema de rivalidades que debilitará a Alemania hasta el año de 1866. Acaso Prusia podía quejarse más que Francia de los tratados de Viena. Las provincias renanas le eran tan ajenas que, en 1848, la revolución se haría por aquella zona al grito de "¡Abajo Prusia!" El movimiento alemán de 1813 pára en una quimera, y sólo después de 1848 comienza a definirse. Los patriotas alemanes se lamentaban, no sin razón. En 1832, Ranke considera con amargura la

anarquía germánica, debida al particularismo de los Estados y a la división entre liberales y conservadores. Todo esto ha hecho decir a un extremista que los tratados de Viena garantizaban la seguridad de Francia mejor que la Conferencia de La Haya; que, para evitar las humillaciones de 1870, faltó el sistema de gendarmería internacional establecido en 1815; que todavía la ejecución federal pronunciada contra Prusia en 1866 por romper el equilibrio europeo es una consecuencia del espíritu que inspiró los tratos vieneses; que la Santa Alianza, con sus reuniones periódicas, y no obstante sus limitaciones manifiestas, ha realizado el esfuerzo más serio que se conozca para consolidar la tranquilidad europea. La balanza de derechos y de intereses, pretende este autor, ahorraría mil calamidades a aquel pedacito del planeta donde nadie puede moverse sin estorbar a los demás.

Y lo cierto es que el gobierno de Napoleón III, brotado de la opinión pública, al inaugurar la política de las nacionalidades contra los tratados de 1815, no traerá precisamente la paz ni la tranquilidad; traerá la guerra: eso sí, la guerra de los nuevos anhelos y las nuevas necesidades, contra la anterior momificación institucional. Porque así camina siempre la vida. Y los verdaderos pacifistas piensan que su ideal sólo será posible cuando se lo funde en un sistema de revolución permanente.

Los tratados de 1815 pronto serán impopulares. Los gobiernos parecen conformarse con ellos, a veces, como a falta de mejor cosa y por temor a ciertas zonas de la opinión. Thiers dirá que hay que detestarlos respetándolos; Guizot, que hay que respetarlos detestándolos. En 1863, Napoleón III declara, entre aclamaciones, que ya no existen los tratados de 1815.

5. Tales tratados proponían una paz de aplazamiento, de somnolencia y represión. Pero el sol de las campañas napoleónicas brillaba en el recuerdo de todos. Las ideas revolucionarias ardían aún intensamente. A pesar de todo, los franceses se habían divertido como unos dioses empujando sus estandartes desde Egipto hasta Moscú; y a falta de

mejor imperio, el *Petit Caporal* les había legado el imperio de la imaginación. De aquí el culto napoleónico. Todavía la Condesa de Noailles, quemada del fuego hereditario, hubiera querido ser, no la amante de Napoleón (¿para qué una más?), sino uno de su tropa, para pelear y morir bajo sus banderas.

La doctrina de las nacionalidades —humanitaria y a la vez belicosa— se alzará una y otra vez contra el régimen de los equilibrios monárquicos. La Revolución aún tenía sed. No se conformaba con venir a parar en el régimen de los prudentes, cuyo único fin era restaurar y preservar la rutina, cortando las alas del águila. No falta quien piense que Napoleón, retrospectivamente, recomponía la figura de su conducta mediante una fabulación destinada a la posteridad. Posteridad, sí; no fabulación. ¿O no se sabe que la marcha histórica es comparable a la marcha de los ciegos en el cuadro de Breughel? Napoleón, desde su lejanía, desde su roca, fraguaba más que un retorno de Elba, más que un cuartelazo de Brumario: se ocupaba en desentrañar el sentido oculto de su obra, como revelándolo ante sus propios ojos. Se ofrecía a la historia como un demiurgo de la Revolución, e influía —derrotado y desterrado— sobre los destinos futuros, dictando a las naciones, en el *Memorial de Santa Elena*, un credo eterno: —¡Que la Santa Alianza de los pueblos sustituya a la Santa Alianza de los reyes!

# X. LA SANTA ALIANZA

1. PARA garantizar la paz y los tratados de Viena, como en nuestros días la Sociedad de las Naciones primero, y después la O.N.U., el alto tribunal de las cuatro potencias estableció la doctrina del "concierto europeo". La idea es de Kaunitz, antiguo Canciller austríaco, quien la había propuesto en 1791 como un resguardo contra la Revolución Francesa.

Conviene recordar que llegaron a crearse, sucesivamente, hasta cinco coaliciones defensivas contra la pecadora Francia; a saber:

*1)* 1792-1797. Austria, Prusia y Cerdeña, a las que se unirán la Gran Bretaña, España, Portugal, Nápoles, Toscana y los Estados Papales. Los Países Bajos fueron arrasados por Francia; Prusia firmó una paz separada en 1795; España, en julio del propio año; Cerdeña, en mayo de 1796; y Nápoles, en octubre siguiente. Austria, derrotada, aceptó la Paz de Campo Formio, octubre de 1797. Rusia nunca se comprometió de veras en la coalición; y la Gran Bretaña, en 1797, se encuentra aislada frente a Francia.

*2)* 1799-1801. Gran Bretaña, Rusia, Turquía, Austria, Nápoles y Portugal. Rusia abandona el pacto en 1800. Austria, derrotada en Marengo, firma el tratado de Lunéville en febrero, 1801. La Gran Bretaña nuevamente se enfrenta a solas contra Francia.

*3)* 1805-1806. Rusia, Austria, Suecia, Gran Bretaña y, poco después, Prusia. Derrotada en Austerlitz, Austria tiene que firmar la Paz de Presburgo, diciembre, 1805; Prusia fue destrozada en Jena, 14 de octubre, 1806. Rusia, tras seis meses de indecisión, firma una alianza con Napoleón en Tilsit, julio, 1807. La Gran Bretaña siguió sola en su lucha.

*4)* 1812-1814. Gran Bretaña y Rusia, a las que se unen Prusia (febrero, 1813) y Austria (junio del propio año). Wurtemberg, Baden, Hesse se adhieren poco después. Sobreviene la derrota de Napoleón en la Batalla de las Nacio-

nes (Leipzig, 16 de octubre, 1813); se firma el tratado de Chaumont en 9 de marzo, 1814; y en fin, se define la Cuádruple Alianza, que durará veinte años.

*5)* 1815. Coalición creada en Viena, ante la escapatoria de Elba; acaba, cumplido su objeto, el día de Waterloo. (Las Ocho Naciones.)

La Cuádruple Alianza, que corresponde al cuarto término de los arriba enumerados, quiere darse un fundamento moral más sólido y estable. Pues, ¿qué hacer si los cuatro jueces todopoderosos llegan a disentir entre sí? ¿Y cómo obligar a los pueblos renuentes a aceptar sus fallos? La intervención, para el caso excepcional de Francia, había sido también una medida de excepción, pero no se la había instituído como procedimiento ordinario. El zar Alejandro pretende erigirla en principio, pero fracasa, lo que indica que el Concierto no iba muy de concierto (Aquisgrán, 1818). En Troppau y en Laibach (1820-1821), Inglaterra manifiesta su criterio opuesto a las otras potencias; y en Verona (1822), rompe abiertamente con ellas. El ideal del Concierto Europeo sólo sigue manteniéndose de nombre.

Entretanto, los gobiernos de Rusia, Austria y Prusia firman en París (24 a 26 de septiembre, 1815, poco antes de la Segunda Paz de París, cuya fecha es 20 de noviembre) un tratado que se llama de la Santa Alianza, destinado a concertar su conducta bajo las inspiraciones de la religión cristiana y los mismos preceptos de la moral que deben guiar la conducta de los actos privados. Tal acuerdo es considerado por los signatarios "como consecuencia de los grandes acontecimientos que han marcado el curso de los tres últimos años en Europa"; es decir, la caída de Napoleón.

Ya hemos señalado, como característico de la restauración, este resurgimiento del espíritu religioso. El manifiesto de la Santa Alianza, sin embargo, es recibido con cierto asombro. Los signatarios declaran su creencia "en las solemnes verdades predicadas por la religión de Dios, Nuestro Salvador", y se manifiestan dispuestos "a considerar como norma única los preceptos de la Santa Religión, o sea, los preceptos de Justicia, Caridad Cristiana y Paz", y esto a muy poca distancia del escepticismo general del siglo XVIII.

Más que un tratado entre las grandes potencias, puede este documento entenderse como una expresión del estado de ánimo reinante en ciertas esferas de la alta política.

2. Firmado directamente por Federico Guillermo, Francisco y Alejandro, el breve tratado sólo consta de una introducción y tres cláusulas. La primera insiste en la fraternidad y ayuda entre los reinos, "para todas las ocasiones y lugares", en que los gobiernos deben ser padres de familia para sus súbditos y sus ejércitos, y en los ideales éticos y religiosos de paz y justicia. La segunda declara que los Estados signatarios son las tres ramas de una familia cristiana, y sus jefes, los delegados de la Divina Providencia en quien reside la última y verdadera soberanía que a los tres gobierna; por lo que se recomienda a los pueblos vivir de acuerdo con las enseñanzas del Salvador. La tercera y última abre el tratado al acceso de los demás gobiernos que suscriban iguales principios y estén dispuestos a sostener en el siglo sus consecuencias prácticas.

En pocos años, todos los soberanos de Europa, con excepción del Papa, la corona inglesa y el Sultán, entraron en la alianza. El Papa no necesitaba socios para representar a Dios sobre la tierra. Además, Pío VII —que preparaba por entonces una cruzada contra liberales y heréticos— mal podía aprobar un convenio en que aparecían un liberal y un herético, ni la fusión en una de las tres confesiones: ortodoxa griega, luterana y católica. Aunque el rechazo del Papa causó honda impresión, no inquietó tanto como la abstención del Sultán de Turquía. Claro es que el Califa del Islam no podía formar parte de una asociación cristiana; pero aquel obvio motivo dejaba viva una amenaza: el Zar quedaba en libertad para agredir en la forma menos cristiana al Imperio Otomano.

Inglaterra, cuyo ministro Castlereagh consideró el caso como una manifestación sublime de misticismo y locura, no quiso comprometer la autonomía casi geográfica, insular, de su política con obligaciones inútiles, pero tampoco rompió con el Concierto: el Príncipe Regente, imposibilitado por la Constitución para firmar un documento oficial sin autori-

zación del gobierno, se limitó a escribir una carta a sus "augustos hermanos", manifestándoles la simpatía cordialísima que le inspiraban tan hermosos principios.

Entre los signatarios, el zar Alejandro representaba en aquel instante la mayor fuerza personal. A su influencia desinteresada, que hasta pesó un tanto sobre la actitud de Inglaterra, debe Francia, con mucho —según ya lo hemos observado—, el haber salido del desastre conservando su categoría. De las cinco naciones más poderosas, Francia e Inglaterra disuelven la personalidad del jefe de Estado entre los ministros; y de las tres autocracias, Rusia es la que nos presenta sin duda la figura más conspicua. Austria se hallaba casi agotada por sus luchas. Prusia perdió en la guerra de liberación la poca energía acumulada desde los días de Jena. Inglaterra, cansada del fardo político de Pitt, se disponía a desviarse del Continente y preparaba su futura grandeza colonial con las bases de Ceilán y el Cabo de Buena Esperanza. Rusia, en cambio, se acercaba como nuevo y anheloso atleta a las luchas occidentales; y Rusia dependía de su autócrata. Y Alejandro quiso que la armonía europea se fundara en principios sobrenaturales. "Es un loco —dijo Metternich—, pero hay que llevarle el genio." Y Napoleón había dicho: "Es un farsante."

Federico Guillermo III de Prusia, amigo personal del Zar y hombre de buena fe, firmó de buena fe el Acta Constitutiva de la Santa Alianza. En cuanto a Francisco, Emperador de Austria, que era poco dado a soñar, consideró el pacto con indiferencia y lo rubricó encogiéndose de hombros.

La mística del acuerdo corresponde, pues, al zar Alejandro; el mecanismo, y la aplicación política de él derivada, a Metternich, que comenzaba a adueñarse de los negocios europeos o lo pretendía y que era el verdadero jefe del movimiento antirrevolucionario.

El convenio soltaba un relente de Edad Media manida, y al mismo tiempo prometía una futura Edad de Oro. El despotismo, al invocar el dulce nombre de Jesús, quiere hacer la democracia indeseable por innecesaria. Los espíritus liberales consideraban la Santa Alianza con recelo, y censuraban el que se envolviesen las ambiciones absolutistas en

ropajes de religión, que no engañaron por cierto al jefe de la Iglesia. Byron hizo un poema satírico sobre la Trinidad Terrestre, que en vano pretendía juntar a tres insensatos para hacer con ellos un Napoleón.

A los ojos de Metternich el documento era en sí mismo una mera vaciedad sonora; pero, si su sentido pacifista le importaba muy poco, en cambio su afirmación absolutista, garapiñada en patriarcal mansedumbre, convenía perfectamente a sus miras. Metternich asegura que "el mundo desea ser gobernado por hechos conformes a la justicia y no por frases ni teorías", y nos ha dejado un verdadero doctrinal para uso de conservadores que puede resumirse así: gobierno fuerte, estabilidad, continuidad; más aún: intangibilidad; desdén para los reformistas, y mejor aún, imposición del silencio; supresión de los partidos de opinión; repudio del miedo cuando es el momento de "tranquilizar con la tranca"; precaución y recelo ante toda novedad, que en ningún caso habrá de aceptarse como concesión a las oposiciones, sino otorgarse como gracia del soberano; mantenimiento de la religión de Estado, y rechazo de toda ética que se funde en la idea de un contrato social; abolición de las sociedades secretas, "gangrena social"; unión entre las potencias conservadoras. "Los gobiernos de segundo orden verán en tal unión su áncora de salvación y aspirarán a ingresar en ella." Esto traerá las bendiciones de una paz como jamás se ha conocido. Esta paz obrará primero en los países de ambiente propicio, y de allí se extenderá como bálsamo a los demás, incluso a los azotados por la peste revolucionaria.

Todo ello se funda en dos supuestos: primero, que la vida ha sido, es y será siempre como yo la percibo o creo percibirla en este instante —¡instante que ya desapareció al nombrarlo!—, y segundo, que sólo yo conozco y poseo la verdad, y todos los demás se equivocan. Metternich escribía en 1819: "Veinte veces al día me digo a mí mismo: —¡Dios mío, cuánta razón tengo, y qué equivocados están los demás!"

3. En torno a esas "mesas de espiritismo", donde la época moderna resuelve el destino de los pueblos, se agrupan esas cuantas figuras que hemos venido examinando, pero que

a cada nuevo examen descubren nuevos perfiles o caracteres. Algo nos queda por decir sobre los monarcas y los ministros.

Cuando la segunda entrada de los aliados en París, Alejandro I venía sin duda preocupado con el fracaso de ciertas ideas agitadas en el Congreso de Viena: aquella cristiandad universal que andaba en el ambiente había provocado en la prensa alemana algunos artículos sobre la necesidad de abolir la guerra. El primer ministro inglés, Castlereagh, llegó a proponer un compromiso para mantener la paz mediante el esfuerzo común de las potencias, incluso imponiéndola por las armas a los reacios. Gentz, arrebatado de emoción, se apresuró a redactar un texto. Pero el texto se dejó de lado al tiempo de las resoluciones, considerando que por ahora bastaban los demás tratados.

La baronesa lituana Juliana de Krüdner, "una Magdalena de los salones", había tomado a deber el exhortar al Zar insistentemente, primero por correspondencia y luego en el trato directo, desde los días de la campaña de Heilbronn (1813), y más tarde durante el verano pasado en Heidelberg y en París, habiendo logrado exaltar sus naturales inclinaciones místicas al punto de convencerlo de que él era "el ángel blanco de la paz", escogido por el Señor para aniquilar a Napoleón, el ángel negro. Alejandro se posesionó de la idea, y tanto humo se le subió a la cabeza. En otra edad, hubiera parecido y hubiera sido perfectamente respetable. En el siglo XIX, cuantos tenían libertad de juzgarlo dudaban de su sinceridad, a lo que mucho contribuía su condición versátil y la facilidad con que lograba seducirlo el último que le hablaba. Generosidad y desprendimiento, en ciertos actos y en ciertos instantes, no pueden negársele. Sin duda soñó seriamente en ser el Napoleón de la Paz. (¿No hemos oído hablar mucho, por acá entre nosotros, del Caudillo de la Paz, mística hebraica aplicada al día?) Pero Napoleón lo hallaba bizantino y tortuoso, lo hallaba comediante y lo llamaba "el Talma del Norte".

Nieto predilecto de Catalina, a cuyas faldas aprendió la falsedad y las artes cortesanas; conspirador contra Pablo, su padre, a quien estrangularon con un velo, para que no

hubiera “derramamiento de sangre”; era, como sabemos, discípulo del suizo La Harpe, que lo había iniciado en el evangelio humanitario de Rousseau. “Yo —decía Catalina a La Harpe— soy republicana de corazón, pero Rusia necesita un déspota.” Al mismo tiempo, el general Soltikoff, ayo militar del príncipe, había educado a éste en las más estrictas tradiciones de la autocracia. Con una vela a Dios y otra al Diablo, el príncipe tenía dónde escoger.

Había comenzado su gobierno, rodeado de parientes y amigos cultos, con varias benéficas reformas y libertades para la enseñanza y la prensa, los judíos y los polacos, las distintas castas religiosas, la agricultura, las comunicaciones, el régimen servil. “Occidentaba a Rusia”, sin intervenir en la política de Occidente. Atraído fatalmente por los conflictos europeos, la reconciliación con Inglaterra lo alejó de Francia, y luego, otras contingencias, y singularmente la proclamación de Bonaparte —“traidor a la Revolución”— como Cónsul vitalicio, lo llevan al campo de los aliados. Comprende, después de Austerlitz, que se halla empeñado en una lucha a muerte, y sigue su ventura, pero sin concebir aún la idea de una misión providencial, fuera de su afán por vencer a Francia.

Después de la paz de Tilsit, la situación desastrosa en que Rusia ha quedado provoca la hostilidad contra el Zar que, para defenderse, empieza a conducir su política por el oscuro camino del espionaje, la censura, la policía secreta. Tal era la situación de Rusia, que todo el que había viajado volvía convertido en conspirador. Y aunque Rusia conoció la gran moda del libro francés a fines del siglo XVIII, la visión de París descastaba a su aristocracia (unos cuantos millares), sin educar ni aprovechar a su pueblo (cuarenta millones). La gran epopeya novelesca de Tolstoi, contemporánea de estos días, habla de una obra de Racine en términos de perfecta barbarie. Quienes, como Novikoff, denuncian el peligro de esa incomunicación absoluta entre las dos clases, caen bajo el castigo del Estado.

El Zar se ocupa ahora preferentemente en las provincias no rusas de su imperio. De 1808 a 1812 continúan sus reformas, aconsejado por el ilustre Speranski, que luego es sa-

crificado como chivo expiatorio, cuando se ve que ya es tarde para salvar al país de la bancarrota.

La nueva campaña napoleónica pára en el desastre de Moscú. Poco antes, hacia 1812, Alejandro parece ya poseído de su misión cristiana. Los éxitos militares acaban de convencerlo; los horrores de Moscú acaban de trastornarlo. Se hace leer páginas de la Biblia, como el último de sus labriegos, y los profetas judíos vienen a ser pasto de su espíritu. Frau von Krüdner encuentra el terreno bien preparado.

Junto a esto, Alejandro las da ahora de muy guerrero, él que de estrategia no sabía siquiera una palabra, y llama despectivamente "escribientes" a los diplomáticos, porque lo tiene ya envidioso el éxito del escribiente Metternich. Todos se daban cuenta de que pretendía imitar a Napoleón, salvo que Alejandro era un consumado bailarín y le gustaba perder el tiempo en candorosos chismorreos con las señoras.

4. El Príncipe de Metternich, Ministro de Negocios Extranjeros de Austria desde el 8 de octubre de 1809 hasta el 13 de mayo de 1848, y además, de 1821 en adelante, cuando celebró sus triunfos en Italia, Canciller del Imperio, era hombre lo bastante frívolo para comprometerse a guiar la política de Europa en medio de los entretenimientos del amor y los plácidos galanteos. Para la rancia aristocracia vienesa, no pasaba de un advenedizo. Renano de origen, procedía de la licenciosa corte arzobispal de Coblenza. Si Alejandro llegó a la vanidad y la vidriosidad del "divo" operático, Metternich tenía ciertas aficiones de pavo real. La obra que Groos le ha consagrado se llama *El Príncipe Metternich, contribución al estudio de la vanidad*. En el Acta Constitutiva de la Confederación Germánica (Viena, 8 de junio, 1815), es notable que, junto a los monarcas y emperadores que firman con su título a secas, el nombre de Metternich arrastra por toda la página una larga cola de jerarquías y honores, cerca de treinta: "El señor Clemente Wenceslao, Príncipe de Metternich-Winneburg-Ochsenhausen, Caballero del Toisón de Oro, Gran Cruz de la Orden de San Esteban de Hungría, Caballero de la Orden de San Andrés, de la Orden de San Alejandro Newsky y de Santa Ana de Primera Clase; Gran

Cordón de la Legión de Honor; Caballero de la Orden del Elefante, de la Orden de la Anunciación, del Águila Negra, del Águila Roja, del Serafín, de San José de Toscana, de San Humberto, del Águila de Oro de Wurtemberg, de la Fidelidad de Baden, de San Juan de Jerusalén y varias otras; Canciller de la Orden Militar de María Teresa; Curador de la Imperial y Real Academia de Bellas Artes; Chambelán y Consejero Activo Privado de Su Majestad el Emperador de Austria y Rey de Hungría y de Bohemia; Ministro de Estado y de Conferencias de Su Majestad, así como su Ministro de Negocios Extranjeros y su Primer Plenipotenciario en el Congreso . . ."

A Metternich no le bastaba mandar en su heterogéneo Imperio Austríaco de acuerdo con su sencillísimo sistema de alcaldadas, sino que necesitaba tener a Alemania y a Italia en condición de prefecturas, tratar como vasallo al ascendente poder prusiano, y en todas partes ser o parecer el primero. Estudiantillo de física y de medicina en la juventud, sabía esconder las deficiencias de su cultura con cierta habilidad congénita, y embozaba sus escasas prendas de estadista bajo la rígida adhesión a los principios conservadores, lo que significaba para él una economía de esfuerzo mental. En cuanto había dicho un discurso se figuraba haberlo resuelto todo. Durante sus treinta y ocho años de gobierno, ni por descuido aparece un rasgo de pensamiento creador, de levadura de alma. Todo lo ejecutaba por ley de inactividad y de inercia. Era frío, cosmopolita, preocupado del equilibrio europeo al punto que lo llamaron "el Conde de la Balanza". Y al fin mereció tal odio y descrédito que, en 1848, cierto ministro liberal, uno de los llamados "Ministros de Marzo", dijo de él con aprobación de todos: "Resumo en el nombre de Metternich todas las desgracias de las últimas décadas".

Manejándose ante los príncipes como cortesano sumiso, corrompiendo a los diplomáticos con sus equívocos encantos de caballero, confundiendo a los embajadores de los países débiles con su fausto y su tono protector, hacía de oráculo simplemente porque tuvo el descaro de plantarse en actitud de oráculo. El llevar las prácticas conservadoras al absurdo

y al extremo, prohibir a los pueblos la menor participación en el gobierno y reducirlos a la función de vacas de impuestos, considerar a los príncipes como propietarios privados y no regentes de sus países, y orillarlos a conducirse en consecuencia; vender por artes de gobierno la artimaña y la intriga: a esto se reduce el caudal de sus virtudes. ¡Bueno estaba el inspirador de los supuestos "plenipotenciarios de la Providencia", del "Monstruo Trino", en el lenguaje de los diplomáticos ingleses! Para que nadie empañara sus placeres, no quería innovaciones políticas y vivía en perfecto acuerdo con su amo, el "buen Emperador Francisco".

5. El Emperador era muy popular en Austria y sobre todo en Viena. Pasaba allí por un monarca benévolo y hombre de buen natural, accesible a sus súbditos e informado de sus deseos y necesidades. Además, dominaba como el más diestro el dialecto austríaco, jugueteo que lo hacía popular. Trataba al Emperador ruso y al Rey de Prusia con modales de padre bonachón y francote que se enorgullece de sus valientes muchachos. Era adocenado, aunque ducho. Tenía experiencia del trato humano, y ese ingenio que Dios da al que le da una situación eminente, como él mismo decía.

Pero en cuanto se veía amenazado con novedades en los asuntos públicos, fruncía el ceño y todo cambiaba. "Andan por ahí propalando nuevas ideas que yo no quiero ni puedo aprobar. Atengámonos a las viejas: son buenas, y con ellas lo pasaban bien nuestros padres. ¿Por qué no nos han de aprovechar a nosotros? Yo no necesito sabios, sino ciudadanos bravos y honestos. Vuestro deber es educar a los jóvenes para que lleguen a realizar este tipo humano. Los que me obedecen, que entiendan bien lo que les mando; y el que no pueda hacerlo o me venga con ideas nuevas que se vaya de aquí antes de que yo mismo lo aleje." Con este discurso a los profesores del Liceo de Laibach, se presentó abiertamente como un gobernante absoluto para quien su antojo era ley.

Muy celoso de su ilimitado poder, a nadie consentía por mucho tiempo la privanza, y a los más merecedores, menos. Desconfiado de sí mismo, y más aún de los demás, así fueran los personajes más eminentes, a todos, junto a él, es-

peraban las más amargas experiencias: a sus generales Schwarzenberg y Rodetzky, a sus propios hermanos los Grandes Duques Carlos y Juan. Ni el mismo clero obtuvo de él una verdadera autonomía, sino que se sometió a ser un mero ayudante del Imperio. Y si Metternich se mantuvo en el poder tanto tiempo, se debe a que, por su índole, jamás sufrió la tentación de entrometerse en el departamento favorito de su amo. Éste tenía singular afición por las minucias administrativas, los detalles del expediente. Tanto mejor para Metternich si a él lo confinaban en los salones, mientras el solícito Emperador se cuidaba de la cocina.

6. Austria necesitaba afirmarse, no por su fuerza militar, sino por la astucia de su diplomacia y la omnipotencia de su policía y sus espías. Éste era, por excelencia, el campo de operaciones de Metternich; pero la administración y reglamentación de estos cuerpos de funcionarios eran incumbencia del Emperador, quien llegó a montar un espantoso sistema de persecuciones y delaciones. El sistema convenía muy bien a aquel gobierno patriarcal y casi oriental, puede decirse; gobierno que predicaba a sus súbditos el pleno derecho del monarca sobre vidas y haciendas.

Se procuraba mantener a Austria aislada de las contaminaciones extrañas. Se la cuidaba contra las peligrosas manifestaciones de la inteligencia extranjera, como se cuida al ganado de una plaga. Se prohibían los estudios en universidades de otros países. La entrada de profesores foráneos o de educandos extranjeros de más de diez años a las escuelas austríacas estaba prohibida, y aun los menores necesitaban en el caso una licencia especial. La instrucción privada resultaba difícil, porque la policía sólo otorgaba el permiso mediante exigencias deprimentes, y todavía era menester renovarlo cada seis años. Toda literatura política, así como las historias modernas, pasaban por la más estrecha censura y estaban sujetas a prohibición. Para Austria no existía el movimiento que a la sazón estremecía a los demás países germánicos respecto a filosofía, teología, historia o ciencia. Lo que, en cambio, se permitía e impulsaba era el estudio de las lenguas y literaturas orientales, su poco de poesía

y, de preferencia, la música, domesticación de exaltados y útil para adormecer a los hijos del Imperio. La enseñanza popular era mezquina y no se le consentía entrar en la temerosa región del "porqué" o de las causas. El sacerdocio se encargaba de tenerla a raya. Maestros y alumnos de gimnasios y universidades se confesaban seis veces al año. El Protestantismo era tolerado de mala gana. Los protestantes necesitaban autorización para comprar una casa o realizar ciertas transacciones comerciales; y, para ingresar en la Academia Militar de Neustadt, debían abjurar su religión.

Austria tenía un sello de antiquísima distinción, y al lado, esas apolilladas vejeces que sólo los tontos admiran. Ni siquiera sabía usar de los puertos de Venecia y Trieste. Un buen barco era considerado como un lujo inútil, y los mercaderes tenían que poner sus navíos al amparo del pabellón turco. Las autoridades, con dudoso orgullo, hacían ver al visitante que el sabor de la "la vieja Europa" se paladeaba mejor en Austria que en Italia, España, Alemania o Francia.

7. Federico Guillermo III, el Rey de Prusia, era también, como Francisco, dado a la vulgaridad; y cuanto era desacostumbrado a sus ojos, en vez de avivar su curiosidad, sencillamente lo asustaba. No carecía de cierto humorismo seco, a la berlinesa. Era tímido y aparentaba ser gruñón. Se presentaba con cierta rigidez militar no exenta de gallardía, y aunque muchos lo encontraban más apuesto que el deslumbrador Alejandro, él se ponía siempre en segundo término como si fuera un simple ayudante. Se expresaba con embarazo. De cerca, es claro, aburría y exasperaba a los que tenían que soportar su indecisión, su modorra, su preocupación por las nimiedades. Pero algún oro habría sin duda en aquel corazón, lo que explica su creciente popularidad a despecho de los azares contrarios, y justifica la veneración que inspiró a hombres tan distintos como Treitschke y Fontane. Era capaz de echar con un puntapié al integérrimo Barón de Stein, pero era capaz también de reconocer su error y arrepentirse, de entregarle su absoluta confianza y encargarle la reforma del reino.

Ahora bien, Stein era un espíritu avanzado. Aceptaba las enseñanzas de Inglaterra y de Francia, pero era lo bastante sabio para no querer adoptar al pie de la letra las fórmulas extranjeras, ni imponerlas a su país violentamente y sin los retoques necesarios. La Prusia que salía de sus manos era todavía Prusia, aunque una Prusia en evolución sobre la base de la igualdad jurídica. Stein quiso "sustituir la pasividad del pueblo bajo la burocracia por la libre colaboración de todos en el Estado". Y a no haber sido porque fue descubierto por los oficiales franceses de ocupación, este hombre de mesura y de orden hubiera soliviantado al pueblo prusiano contra el vencedor de Tilsit, siguiendo el ejemplo de los españoles.

El Rey, al principio, soportó sin desmoralizarse las exigencias del vencedor, y supo dejar libre juego a los planes mediante los cuales sus hábiles ministros, sin violar las condiciones napoleónicas, establecieron un servicio militar en sordina, cuestión entonces de vida o muerte para Prusia.

Y, sin embargo, el Rey de Prusia transigió con Francia un buen día al punto de aceptar la alianza con Napoleón y hacerle entrega de sus ejércitos. Sus mejores generales dimitieron, para no servir a las órdenes del adversario; y cuando el Emperador de los franceses declaró la guerra a Rusia, "toda Alemania sin excepción —dice Moltke— le proporcionó tropas y combatió por una causa extranjera". Stein, refugiado ya junto al Zar, osó pedir a éste "que ahuyentara de la vecindad del Rey de Prusia esa partida de cobardes y miserables consejeros que lo mantenían en la indecisión". Casi arrastrado por la desobediencia del Conde York, que se pasó a Rusia con armas y bagajes para combatir contra Napoleón, el Rey de Prusia escapó de París y firmó la paz con el Zar.

En Prusia, aun sin contar con el Rey, fermentaba solo el patriotismo. Verdad es que los ejércitos napoleónicos entonces lo pasaban mal, y que su menor triunfo hubiera acobardado otra vez a estos patriotas desconcertados por su propio monarca. Pero hay que juzgarlos con ecuanimidad. Un rey humillado, una reina —Luisa— agraviada; un país pisoteado, ocupado, agobiado de contribuciones . . . ¡Y todo

por obra de un conquistador que regresaba de las nevadas llanuras rusas en condición de derrotado! La sublevación popular no puede asombrarnos. Lo que nos asombra es el entusiasmo con que, poco antes, ese mismo pueblo había recibido al extranjero triunfante. Los prusianos se levantaron, sí; pero sajones, bávaros y renanos seguían fieles a Napoleón. Y cuando el Rey de Prusia hizo un llamamiento a su pueblo en términos grandilocuentes, la Liga del Rin ¡lo consideró "jacobino"! ¡Cuánta confusión, cuántos meandros tienen que ir venciendo los pueblos para llegar a su verdadero destino!

Tras otras ventajas francesas, sobreviene la sangrienta Batalla de las Naciones, en que declina el astro de Napoleón. Y el Rey de Prusia comparece ya en la Primera Paz de París lleno de intemperancia, como si olvidara que la victoria de los aliados casi lo había llevado a la grupa. Los pueblos necesitan robustecer sus mitos. Grecia no quiso mermar la autoridad de Delfos, confesando las vacilaciones del oráculo a la hora de la invasión persa. Prusia no se quejó de su Rey, acaso porque había compartido sinceramente su dolor y su perplejidad. Pero el Zar, que en cierto modo empujó al recalcitrante y le dio un pedazo de su victoria, procuraba pasar antes que él todas las puertas.

8. Tales son, envueltos en el aura histórica que los acompaña, los personajes que se agrupan en torno a la mesa de la Santa Alianza. Metternich se ha convertido en el intérprete del pacto, apenas logró vislumbrar la ventaja que le procuraba. Ahora bien, si algo representaba Metternich, en lo interior y en lo internacional de su desempeño, es la negación del espíritu constitucional o democrático y el regreso al absolutismo conservador. Y si algo evoca en la mente el absolutismo es la imagen de un autócrata, de un hombre aislado y omnipotente que fulminara desde su cima los rayos de su capricho incontrastable.

Pues bien: no es así como Metternich gobernaba la política europea, y esta sorpresa es su única amenidad. Procedió, al contrario, mediante la diplomacia de congresos, en que las naciones navegaban de conserva e iban trasladándo-

se por las capitales para tomar acuerdos conjuntos sobre las cuestiones que se ofrecían: Rotary Club a lo internacional, que a veces apuraba el aperitivo a las márgenes de este río, tomaba la sopa junto a ese lago, las entradas junto a aquellas fuentes termales, y consumía los postres al cobijo de la otra montaña. Viena, Aquisgrán, Carlsbad, Verona . . . Esta política en convoy se prolonga hasta nuestros días. Las manifestaciones actuales está en La Haya, Ginebra, Locarno y cuanto ha venido después. Incorregible hombre de mundo, Metternich necesitaba para mantener alerta el espíritu y la voluntad, el sarao, la partida social, el ruido de las diligencias que entran y salen, los incidentes de la acomodación en las posadas, las risas de los viajeros que saludan y se despiden.

9. Algunos testigos de la diplomacia por conferencia han formulado acerbas críticas. Ante todo —dicen— el mal connatural de esta diplomacia radica en la necesidad de conservar la cortesía entre las mismas gentes a lo largo de varias semanas, con todas las consecuencias que acarrea esa refracción de propósitos que es precisamente la cortesía. La opinión general, ante los escasos resultados que a veces proporciona esta diplomacia, llega a la conclusión de que la humanidad es irredimible, y a lo sumo avanza unos dos centímetros cada mil años. Ante esto, suele alegarse que la antigua diplomacia individual y técnica sería preferible a la nueva, porque ésta carece por esencia de precisión, primera virtud diplomática contra lo que opinan los ignorantes. Junto a esta virtud, dicen los que así piensan, se borran los pecados veniales del antiguo sistema. Bajo el disfraz democrático del nuevo sistema, se escuda la falta de capacidad y se deja entrar la improvisación, que usurpa el lugar de la competencia. Todo lo cual conduce al pecado de la vaguedad, a lo cual también contribuye el carácter público de las discusiones; pues los Estados no siempre pueden comprometerse en una conducta inflexible que resista el aire de la publicidad. Además, el encuentro mismo de los jefes de las cancillerías o de los Estados, en la diplomacia por conferencias, parece ofrecer más peligros que ventajas, a pesar de lo que suele decirse. Las amistades personales así crea-

das pueden dar ocasión a esperanzas puramente ilusorias: donde dos hombres se han entendido, dos países pueden no entenderse. (Especioso argumento éste, pues confesemos que lo mismo cabría argüirlo contra la antigua que contra la nueva diplomacia, y hasta contra toda obra humana realizada por delegación.) La diplomacia —vienen a decir estos censores— no es, como supone la gente, un arte de conversaciones afables, aunque ésta sea la definición vulgar, sino el arte de preparar documentos precisos que puedan inspirar y fundar la mutua confianza. El amable departir entre los cancilleres conduce a la oscuridad y al compromiso. La diplomacia, para ser buena, tiene, pues, que ser desagradable y escrita. La realización de los principios superiores de la conducta internacional, como de la privada, no puede fundarse sólo en un entusiasmo abstracto, que lleva inconscientemente a la hipocresía y a la violencia, sino que ha de fundarse en los métodos más rigurosos, la justicia más implacable y la perfecta asepsia mental. Entre el sentimentalismo y el cinismo hay un equilibrio que sólo se alcanza con la inteligencia, con el oficio inteligente.

Sea como fuere, la política de conciertos e intervenciones característica de Metternich —es decir, al servicio del absolutismo e inspirada o disimulada en la Santa Alianza— funciona en toda su pureza más o menos durante diez años, de 1815 a 1825. En realidad, ella quedó algo quebrantada desde 1822, al sobrevenir las turbulencias de España y Grecia. Y ya en el Congreso de Verona, Inglaterra se aleja de la política continental. Pero el sistema se arrastra por unos tres años más, hasta 1825. En este año, el reconocimiento de las independencias americanas por Canning y la coalición entre éste y Nicolás I en favor de la independencia helénica determinan su muerte. Sin embargo, el verdadero resurgimiento liberal sólo vendrá unos años más tarde, con la Europa de Luis Napoleón y los sacudimientos nacionales de Italia.

10. Volvamos a la Santa Alianza. Las cuatro potencias unidas —Rusia, Prusia, Austria e Inglaterra— estaban realmente enlazadas por un peligro común, pero se consideraban

entre sí con recelo; comían a la misma mesa, pero cuidándose las manos. Talleyrand, cuando la primera restauración, había intentado dividirlas, y aun llegó como sabemos a obtener un pacto secreto de Francia, Inglaterra y Austria contra las desmedidas ambiciones de Rusia y Prusia (3 de enero, 1815). Por su parte, Napoleón, de regreso a Francia, encontró este texto, olvidado sobre una mesa de las Tullerías por el Marqués de Jaucourt en el pánico de la fuga, y comunicó una copia a Alejandro, tratando de romper así la coalición de sus enemigos. Todo fue inútil: la vuelta de Napoleón por sí sola pesaba más en el ánimo de los enemigos que todas las demás consideraciones. Y el temor de que el virus revolucionario cundiera otra vez por Europa dominó de momento las rencillas entre los aliados.

El tratado de la Santa Alianza nunca fue efectivo como tratado, pero se mantuvo como símbolo e ideal. Durante los diez años del sistema "Metternich puro", el absolutismo, pues, en vez de ofrecerse bajo la figura clásica del autócrata, aparece como un monstruo de varias cabezas, hidra en racimo.

Esta singularidad se explica por el miedo, el miedo que junta a sus criaturas. La grande sombra de Napoleón, muerto en 1821, sigue cabalgando por Europa a lomos de su caballo blanco. El autócrata liberal —otra figura paradójica junto al "autócrata colectivo"— hace que se amontonen temblando los autócratas conservadores. No es seguro que el peligro haya desaparecido del todo. Napoleón anda como disuelto en los pueblos.

Tras la Batalla de las Naciones, Napoleón abdica y es desterrado a la isla de Elba; pero regresa de pronto a la cabeza de un millar de valientes. Y aunque otra vez se oscurecerá su estrella en Waterloo y Belle Alliance (batalla que Napoleón llama "del Monte San Juan"), durante cien días habrá logrado llenar de pavor a la Europa reaccionaria. ¡No sea que desembarque otra vez! ¡O no sea que resucite! Se lo ha visto cruzar un puente donde silbaban tantas balas, que se duda ya si es mortal. Y los Cien Días arman un resorte patético que se desatará lentamente a lo largo de los Diez Años.

## XI. LOS CAMINOS DE LA REACCIÓN

1. LOS ALIADOS exageran las medidas de represión. Los partidos reaccionarios rebasan los límites de la cordura. Así en Italia, en Alemania, en España, en Francia . . .

La reacción se ha desatado en Roma. Pío VII regresa de Fontainebleau, donde era cautivo de Napoleón, y quiere, desde su flaqueza, resucitar el pasado íntegro y hacer reversible la historia. No le basta pedir la devolución de los Estados Papales. Sin miedo al ridículo, pretende recomponer el Santo Imperio y los antiguos Estados eclesiásticos de Alemania en su minuciosa filigrana, así como obtener la entrega de las antiguas propiedades secularizadas. Ante semejantes pretensiones, y por parte de un "poder" que ya necesitaba andar con muletas, nos creeríamos transportados inoportunamente, siglos atrás, a los días del Interim de Augsburgo y el Edicto de Restitución. Al mismo tiempo, la Santa Sede organiza su cruzada antiherética, resucita la Orden Jesuítica (septiembre de 1814 y decreto del 7 de agosto, 1815) y resucita la Inquisición. En 1816, el Inquisidor de Ravena condena a muerte a un judío converso, reo de ulterior apostasía. Se levanta un nuevo índice de libros prohibidos; las madonas milagrosas reanudan sus audiencias, el culto se enturbia de fáciles supersticiones. Se abren nuevamente 2,436 conventos a cargo del Estado. El Cardenal Pacca prohibe la vacuna y el alumbrado público, peligrosas innovaciones liberales. Los altos puestos de la administración y la justicia, arrebatados a los laicos, se otorgan a los prelados, con funestas consecuencias por cierto. El bandolerismo corre los caminos, y de una sola vez se fijan en las paredes los retratos de setenta y cinco saqueadores. La arquitectura, la industria y el comercio declinan visiblemente. Pacca cierra el paso a los intentos "avanzados" del Cardenal Consalvi. La Curia, entretanto, celebra concordatos a más y mejor en Italia y fuera de Italia.

En Nápoles, aunque Fernando había conservado el sis-

tema administrativo de Murat, el clero llegó a crear un Estado dentro del Estado. Algo semejante acontece en Módena y en Parma, sometidas a la influencia austríaca. Pero, mientras en Parma la archiduquesa María Luisa, esposa de Napoleón, o acaso más bien el general Neipperg, gobernaba con benignidad, el duque Francisco en Módena extremaba las medidas despóticas. El gran duque Fernando III de Toscana, a emulación de Leopoldo su padre, ejercía un gobierno ilustrado; y Florencia, su capital, vino a ser un centro de cultura que sordamente pugnaba por emanciparse de la bota austríaca. Con todo, aun allí se dio al traste con las instituciones francesas y se volvió a las de Leopoldo, las cuales como quiera eran preferibles a las de los Estados Papales, las de Nápoles o las de Cerdeña. En Turín, según se ha dicho, Víctor Manuel regresa de Cerdeña como un Rip Van Winkle ignorante de lo que ha pasado en el mundo durante el destierro de la Casa de Saboya, y cancela de una plumada cuanto se ha hecho desde 1787. Sus celosos oficiales arrasan el Jardín Botánico, importación francesa, y se niegan a dar pasaportes para las rutas abiertas por Napoleón.

La verdad es que, en Milán y en Venecia, Austria procuraba tener contentos a sus vasallos; cuidaba la administración de los intereses materiales, sujetaba la altivez de la nobleza y el clero y, salvo para los más altos cargos, prefería a los nativos. Pero las Congregaciones Centrales permitidas a una y a otra provincia no equivalían a una plena representación nacional, pues eran de nombramiento gubernativo y de funciones muy limitadas. Para halagar a los milaneses y conforme a sus deseos, un archiduque con título de virrey tenía corte en Milán, pero el celoso emperador se cuidaba de que nunca ocupara el cargo ninguno de sus hermanos más eminentes y, desde lejos, mermaba su autoridad. Así pasó en Milán treinta largos años de su existencia, de 1818 en adelante, el Archiduque Raniero. Por otra parte, el sistema de policía era, en el reino lombardo-veneciano, tan odioso y poderoso como en todo el imperio, lo que bastaba para alejar a los hombres superiores de los cargos públicos, y los cargos venían a caer en las peores manos. Si la clase baja y los campesinos se conformaban con cierta

comodidad material, la población culta, repelida ya por la lengua extraña, padecía el sentimiento del vasallaje y veía a Austria con tan malos ojos como la antigua Liga Lombarda al gobierno de los gibelinos.

De todas suertes, todavía la corona austríaca no lanzaba el grito "germanicemos a Italia", y ya la palabra "Italia" había comenzado a sonar con insistencia. José Mazzini sueña con una Italia unida, libre de "bárbaros", como había dicho Maquiavelo. El movimiento crecía de modo subterráneo, en sociedades secretas de "carbonarios". Éstas aparecen hacia 1807, no se sabe cómo, y entonces más bien conspiraban contra Francia. Ahora, conspiraban por la independencia italiana; y simpatizaban con ellas, no sólo los patriotas, sino también los que habían perdido su situación con la caída del Imperio francés, ex-funcionarios de la era napoleónica y oficiales de su antiguo ejército. Lo que más temía Austria era que otras regiones de la Península hicieran algunas concesiones a los carbonarios, y el contagio de la libertad cundiera entre los lombardos y venecianos al punto de obligar a una franca y descarada acción represiva.

Por eso veremos a Metternich firmar con Fernando IV de Nápoles —que, al recuperar el trono, se llamó ya Fernando I, Rey de Ambas Sicilias— un tratado secreto en que éste se comprometía a no dar Constitución a su reinado, a no permitir en sus dominios instituciones más liberales que las correspondientes de Lombardía, a inspirarse en ellas y, en lo posible, a conservarse siempre algo más atrasado políticamente que Milán.

En lo que de él dependía, al Rey nada le costaba cumplir este pacto. Era un sujeto ignorante y débil, entregado al parecer de sus cortesanos y deseoso de que se le confirmara en la divinidad y el absolutismo de sus derechos monárquicos. Al recobrar la corona tras la caída de Murat, sólo conservó naturalmente aquellos elementos de la administración francesa que no embarazaban su política, aunque no se empeñó en deshacerlo todo, ni manchó de sangre sus presidios, ni le importaba ya el gobierno, que dejó en manos de Médici y Tommasi, quienes al cabo no eran malas personas. El Rey estaba achacoso y viejo, y ya no lo espoleaba

la influencia de su activísima esposa, María Carolina, fallecida poco antes en Viena. Casi en todo, dejó que la máquina rodara hacia atrás.

La mitad de sus dominios actuales no podía tener Constitución, y la otra mitad tenía ya una. Lo que le dio pretexto para abolir la Constitución Siciliana de 1812, proclamada bajo la influencia de Lord Bentinck, el representante inglés. De conformidad con el Concordato, entregó la educación escolar a los jesuítas. Entretanto, los bandoleros prosperaban tan a sus anchas (había unos 30,000 en 1817), que el gobierno compró a los capitanes para que éstos acabaran con sus antiguos compañeros. El ejército, donde era imposible evitar que se deslizaran los liberales, soportaba gruñendo la ofensa al espíritu nacional que significaba el tener por jefe al austríaco Conde Nugent, y los desaires a los antiguos soldados de Murat. Al calor de este descontento se preparan las futuras sublevaciones.

2. En Alemania, la guerra de liberación había dejado una inquietud no extinguida. Debido a los últimos acontecimientos, aquel polvo feudal, aquel centenar de antiguos Estados había quedado reducido a treinta y nueve entidades soberanas. Pero esta Constitución Federativa, establecida en Viena del modo que adelante veremos, no había apaciguado la lucha entre liberales y absolutistas. El Elector de Hesse se empeñará en extravagancias de anticuario, en tanto que Baden y Baviera, por otro lado, se entregarán a experimentos constitucionales arriesgados. Del lago de Constanza al Báltico, se dejaba oír el clamor por una organización constitucional, y el Acta Constitutiva que adelante estudiaremos ofrecía esto a todos los territorios alemanes, aunque sin precisar formas ni menos fijar fechas. El Gran Duque de Saxe-Weimar, Carlos Augusto, dio el primer paso con una Constitución liberal (mayo, 1816). Pero los demás príncipes septentrionales eran aristócratas a la antigua. Cuando mucho, toleraban un sistema de "pequeñas cámaras" con preponderancia de la nobleza. El antiguo régimen, a pesar de la flamante Confederación, seguía privando en Sajonia, Mecklemburgo, Hanover, Brunswick, Oldenburgo.

Entre estos residuos medievales, hay uno que llega a ser cómico. Lo representa el Elector de Hesse, Guillermo I, septuagenario que había sufrido el destierro de 1806 a 1813, y uno de aquellos que vieron sus tierras absorbidas en el reino de Westfalia. A su regreso, quiso volver las cosas al estado en que se encontraban por 1806. Ordenó aposentarse en sus primitivas barracas a los regimientos licenciados en noviembre de aquel año, y reprendió al comandante Henau por no tener preparados los informes trimestrales sobre las fortalezas a partir de aquella fecha vetusta. Los soldados volvieron a usar trenza y polvorín, los oficiales jubilados fueron llamados de nuevo a filas, las nuevas leyes quedaron abolidas, los compradores de las tierras de la corona vendidas por el gobierno de Westfalia fueron expropiados sin compensación alguna. Verdad es que el Elector ofreció a su país una Constitución bastante estimable, con plena representación del pueblo. Pero como era muy codicioso, como quería facultades absolutas en asuntos de hacienda y no distinguía entre su fortuna privada y la de su reino, los delegados fueron despedidos de mala manera, y Hesse se quedó sin Constitución. Aquí no había pasado nada desde 1806.

En el sur el espectáculo era muy diferente. Los príncipes, con la idea da amalgamar sus antiguas y sus nuevas tierras, y así quebrantar la resistencia de los nobles mediatizados, se lanzan a las Constituciones liberales. Era, al fin y a la postre, el camino para escapar a la garra de las grandes potencias y de los Estados alemanes más influyentes y poderosos, que yacían bajo regímenes reaccionarios.

Pero las medidas constitucionales de Baviera y Baden serán consideradas en su momento.

3. En España, en tanto, Fernando VII repudiaba desde Valencia la Constitución liberal que antes había firmado, y disolvía las Cortes. Poco después, España era teatro de persecuciones sin cuento contra los liberales. Su comercio casi se había paralizado. Las antiguas colonias de América se emancipaban una a una. Los salteadores de camino se confundían con las tropas del descontento. Los soldados

de ayer mendigaban la sopa boba a la puerta de los monasterios.

4. La situación de Francia era lo que preocupaba más a las potencias. De primer intento, contra la actitud conciliadora del Rey, grata sólo a los realistas moderados, se alzaban las pasiones de los partidos. El Canciller Pasquier, agudo memorialista, nos ayuda a representarnos las turbulencias del ánimo público.

Los ultrarrealistas, antiguos aristócratas emigrados, y los elementos clericales, suspiraban por la primacía de otro tiempo. El clero y la nobleza de la extrema reacción sólo querían venganza, y verdadera y absoluta restauración, como si pudieran borrarse de una plumada los cinco lustros en que se habían experimentado las vicisitudes de República, Directorio, Consulado e Imperio. Este partido, poco numeroso pero muy enconado, había encontrado un jefe en el hermano menor del Rey, el Conde de Artois. Su acción neutralizaba, en buena parte, la influencia saludable de los realistas moderados, verdadero partido del Rey y sostén de la monarquía. Los liberales, por su parte, aunque leales al Rey, consideraban escasas las libertades que les otorgaba la Carta; querían un acceso más franco al parlamento, un parlamento menos supeditado a la riqueza, y un Gabinete responsable.

Entre los irreconciliables que nada querían con los Borbones, estaban los soldados bonapartistas. Éstos no olvidaban las glorias de Austerlitz, de Wagram. Sufrían la afrenta de verse sustituídos por emigrados que habían hecho armas contra Francia, y con cuyo fausto —de tradición añeja— difícilmente podía competir un militar de fortuna. Los bonapartistas suspiran siempre por el regreso del Emperador, y a la muerte de éste (1821), volverán los ojos hacia Viena, donde el Aguilucho, el Rey de Roma, y luego duque de Reichstadt, el posible Napoleón II, vivió hasta 1832. Finalmente, los republicanos de pura cepa estaban contra todos, y detestaban por igual a Bonaparte y a los Borbones, fija la mente en los ideales de 1792.

Los ultras, capitaneados por Artois, se creían con dere-

cho a todo y pretendían forzar la mano del Rey. Pero los monarcas deben desconfiar de los monarquistas exagerados. Véase, además, cuál era la situación de Luis XVIII: después de la Batalla de las Naciones en que Napoleón fue derrotado (Leipzig, octubre, 1813), Talleyrand había persuadido al Senado para que los Borbones volviesen al trono de Francia (1814). Cuando los aliados, en su carrera victoriosa, llegaron a París, se encontraron allí a Luis XVIII, Rey de Francia, todavía "por la gracia de Dios", mas también "por libre elección de su pueblo". Pero después de los Cien Días y la final derrota de Napoleón en Waterloo, cuando los aliados vuelven por segunda vez a París, traen como parte de su equipaje a Luis XVIII. Su situación ya era muy otra.

Mientras que Luis XVIII procura aplacar con la moderación los irritados sentimientos del pueblo, los emigrados, ya de regreso, desatan el terror blanco en el sur de Francia e intentan propagarlo al norte. Los aliados esperan aún la apertura de las Cortes, prometida por la nueva Carta. La Cámara de los Pares, nombrada por el Rey, quedó constituída por moderados. La Cámara baja, elegida laboriosamente por una parte limitada del pueblo, entre los amagos del terror blanco al sur, y al norte, las amenazas del ejército aliado de ocupación, resultó una Cámara de ultras.

Pronto cayó el Ministro Fouché, que representaba un elemento de transacción, y que en vano procuraba hacerse indispensable a la Monarquía, valiéndose del miedo que inspiraban las conspiraciones jacobinas. Poco después, Talleyrand dejó la Presidencia del Consejo y la cartera de los Negocios Extranjeros y fue nombrado Gran Chambelán. Fouché sustituyó al prefecto de policía Decazes, y a Talleyrand el Duque de Richelieu (25 de septiembre a 29 de diciembre, 1815), quien, además de su nombre histórico, tenía el mérito de no haber hecho armas contra Francia como los demás emigrados, ni desear la restitución de los bienes de la aristocracia, aunque en ello le iba su fortuna.

Richelieu no era, pues, grato a los ultras; y, por otra parte, la nación desconfiaba de él por su amistad con el Zar de Rusia, a cuyo servicio había estado durante el des-

tierro. Richelieu, ministro de intenciones patrióticas, procuraba, entre el recelo de los partidos encontrados, hacer un bien a la nación: obtener la evacuación del ejército aliado.

El Rey y sus Ministros se esfuerzan por prolongar la continuidad de la política francesa, aceptando hasta las deudas creadas durante los Cien Días y proclamando la amnistía general; y aquella Cámara de nobles provincianos, llenos de prejuicios e ignorantes de los negocios (la *Chambre Introuvable*), resuelve poner término a la clemencia, persigue a los buenos soldados de Francia, logra la ejecución del ilustre Ney —a quien Luis XVIII hubiera deseado salvar— y destierra a muchos otros, como a Fouché y al propio Carnot, el "organizador de la victoria".

Al mismo tiempo, la reacción católica pretendía establecer la alianza del trono y del altar. La Universidad de Francia quedó sujeta al gobierno eclesiástico. Pero cuando se trató de devolver a la Iglesia sus propiedades territoriales, la monarquía no quiso ceder.

La monarquía tenía que luchar con la desconfianza del pueblo, a la izquierda, y con la oposición de la Cámara, a la derecha, y esto bajo la amenaza armada de los aliados. Los ultras, en su deseo de sitiar al Rey, llegaron a apoyar el principio parlamentario inglés, pidiendo un ministerio electo por mayoría en la Cámara y responsable ante ésta. Los liberales, a fin de mantener al Rey y las garantías otorgadas por la Carta, no vacilaron en declararse apologistas de la prerrogativa real, manteniendo que el Rey debía nombrar los ministros según su leal saber y entender. Hasta hubo un instante en que, al amparo de ciertas reformas, los ultras lanzaron un proyecto de ley encaminada a quebrantar la centralización que el Imperio había elaborado; lo cual, de hecho, ponía todas las regiones de Francia a disposición de la nobleza local. Los Pares negaron su aprobación a esta ley.

Bajo la presión de los aliados y el consejo de Wellington, deseoso el Rey de impedir las intrigas de la Cámara contra el Ministerio, aprovechó la crisis que sobrevino por la no aprobación de los presupuestos (asunto en que toda Europa estaba interesada) para disolver la *Chambre Introuvable.*

Y el mundo quedó en suspenso ante las probabilidades de la nueva elección.

La nueva Cámara resultó reducida de 400 a 258 diputados, todos de cuarenta años arriba, y superó las esperanzas del gobierno. El Rey no encontró ya obstáculo. El crédito comenzó a levantarse. El ejército de ocupación disminuyó de 150,000 hombres a 30,000. Finalmente, las potencias decidieron reunirse en Aquisgrán, a principios de noviembre, 1818, para devolver a Francia su categoría y asimismo decidir la suerte de Alemania (19 de junio, 1819).

# XII. LA RECONSTRUCCIÓN DE ALEMANIA

1. Tres habían sido para Alemania los principales efectos de la ocupación napoleónica. A fin de explicarlo, volveremos sobre algunos hechos ya referidos.

1) *Desaparición de la mayoría de Estados minúsculos.* La consolidación del territorio consecuente a la cesión de la margen izquierda del Rin a Francia acabó, en efecto, con los Estados Eclesiásticos, los territorios de los barones y demás tierras libres. Cuando ese cuerpo desintegrado comparece ante el Congreso de Viena, a procura de una Confederación Germánica que reemplace al Santo Imperio Romano, sólo hay ya unos treinta y nueve Estados, incluyendo a Austria y a las cuatro ciudades libres.

2) *Situación ventajosa de Prusia.* De tal suerte han mudado las condiciones internas y externas de Prusia, que se la ve como posible sustituto de Austria a la cabeza de los Estados germánicos.

*a) Condiciones externas.* Gran parte de las posesiones eslavas arrebatadas a Polonia en las dos últimas reparticiones se ha perdido, es cierto; pero, a título de compensación, Prusia ha recibido la mitad del reino de Sajonia, en el mismo corazón de Alemania, amén de las provincias occidentales del Rin, cuya población ha asimilado profundamente las doctrinas de la Francia revolucionaria. De modo que ahora Prusia junta una amalgama de varios tipos alemanes, mientras, por otro extremo, se ha desembarazado de muchos elementos no germánicos. Notable contraste con su rival, la heterogénea y disparatada Austria.

*b) Condiciones internas.* No son menores las mudanzas internas de Prusia. Las reformas posteriores a la batalla de Jena, obra del ministro Stein y su sucesor, Hardenberg, habían prestado a Prusia un servicio semejante al que significó para Francia la primera Asamblea Nacional. La abolición de las castas feudales y la liberación de los siervos hizo posible el desarrollo económico del país. La reorganización

completa del sistema militar abrió el camino de las futuras victorias (1866, 1870), que habían de rematar en la constitución del Imperio Alemán bajo la jefatura prusiana.

3) *Anhelo de un gobierno constitucional*. Las agitaciones del período napoleónico han levantado el espíritu nacional. El llamamiento hecho al pueblo para libertar al país de la opresión extranjera, y la idea de darle participación en un gobierno de código escrito, suscitaban el repudio de la monarquía absoluta.

Los liberales alemanes salieron de la lucha contra Napoleón llenos de esperanzas. Deseaban que los numerosos Estados germánicos se unieran en una verdadera y sólida nación, bajo un gobierno constitucional. Ante el Congreso de Viena, Prusia apoyará semejante plan; pero Austria, por obvias razones, lo impugnará. Y el Acta de la Confederación Germánica que en el Congreso se redacta resultará, al fin, como lo veremos, una alianza floja entre los varios príncipes soberanos, que seguirán tratando entre sí como gobernantes independientes. Con todo, esta Constitución le bastará a Alemania desde 1815 hasta 1866, y representa la transición del vetusto Santo Imperio Romano —destrozado por Napoleón— al moderno Imperio Alemán de fines del siglo XIX y principios del XX. En efecto, cincuenta años más tarde, Alemania, siguiendo su destino trágico de afianzarse a fuerza de guerras, logrará fincar su poder sobre una Austria enflaquecida y ya decadente.

2. El Santo Imperio había quedado reducido, pues, a una sombra, a un pasado de que sólo sobrevivía el nombre solemnísimo. Francisco, el Emperador austríaco —a quien conocemos ya tan realista—, prefería gobernar en paz su Austria, que era un hecho práctico, a habérselas con fantasmas históricos comprometedores. Austria comienza entonces la política que había de llevarla al desastre de Sadowa. Ayer cabeza del Santo Imperio, defensora efectiva de los intereses alemanes, hoy prefiere reducirse a sus intereses más propios y directos. Pero como, al mismo tiempo, Prusia comienza a crecer a modo de amenaza entre los Estados alemanes, Austria comete el error de mantenerse en riva-

lidad frente a Prusia. Le cede de hecho la defensa de los intereses alemanes —ya lo hemos visto—; pero aún pretende, de derecho, conservarse por encima de Prusia. Para lo cual, el ministro austríaco Metternich, jefe de la reacción en Europa, tiene que valerse, claro está, de la intriga.

Comienza Metternich en el Congreso de Viena por aplazar cuanto puede el examen y decisión del caso de Alemania. Pero un día llegan las noticias de que Napoleón regresa de Elba; urge tomar una decisión. Y en once apresuradas sesiones queda pergeñado un esbozo de Constitución alemana, algo caótica e incoherente, única liga entre aquellos Estados.

Así pues, cuando el caso de la reconstrucción germánica se presentó ante el Congreso, se enfrentaron allí dos planes: el prusiano, sostenido por los demás gobernantes germánicos y encaminado a una centralización que tuviese supremacía sobre los Estados particulares en todo asunto de trascendencia general; y el austríaco o de la Confederación floja, que fue el aprobado. El Estado Federal *(Bundesstaat)* fue derrotado por la Federación de Estados *(Staatenbund)*. Mal podía Metternich convenir en que las posesiones de Austria, en conjunto, quedasen incluídas en una bien ajustada unión germánica. Pues aun en la porción occidental del territorio austríaco había muchos elementos eslavos, y Hungría y las provincias del sur nada tenían de germánicas. Recuérdese que, en el seno de Austria, han quedado revueltas la Polonia culta y valerosa, la aristocracia magiar, los postrados servios y rutenos de Galitzia, la gente campesina de Transilvania.

Según el estatuto pergeñado en Viena, por razones tradicionales, Austria queda pues a la cabeza de la Confederación. La Confederación no era una unión de varios "países", sino de "los Príncipes Soberanos y las Ciudades Libres de Alemania". El emperador de Austria y el rey de Prusia entraban en ella por cuanto a sus posesiones incluídas en el antiguo Santo Imperio Romano; el rey de Dinamarca, por Holstein; el de los Países Bajos, por el ducado del Luxemburgo; y en principio al menos, no debe olvidarse que Hanover dependía de la corona de Inglaterra.

Los miembros de la Confederación se reservaban el derecho de formar toda clase de alianzas; pero se comprometían a no celebrar acuerdo alguno contrario a la seguridad de ninguno de ellos o de la Confederación en conjunto, y a no hacerse la guerra entre sí por ningún motivo. Punto grave: las potencias conservan el derecho de intervenir en Alemania siempre que parezca conveniente. Como lo hemos dicho, la intervención de las potencias en Francia era considerada como un acto excepcional, como un recurso extremo para combatir la crisis aguda de un Estado que tarde o temprano había de volver a la salud. La intervención de las potencias en Alemania aparecía, en cambio, como el acto inicial de un nuevo sistema. Pues Alemania había venido muriéndose de consunción, y cuando el ataque revolucionario pareció extinguir sus alientos, la pérdida pudo pasar, para muchos, inadvertida.

El derecho permanente de intervención, tan vejatorio para el patriotismo alemán, se explica porque los Estados alemanes más poderosos, Austria y Prusia, eran también potencias de primer orden en el concierto europeo, en razón de su población no alemana. Y entre los demás Estados del núcleo, ya hemos visto los casos de Holstein y el Luxemburgo. Lo cual daba a la Confederación Germánica cierto aire de amalgama internacional. Así convenía a Metternich: Austria estaba hecha de una minoría alemana —minoría, aunque directora— y una mayoría mezclada. Dar un carácter de coherencia nacional a la Confederación equivalía a expulsar de ella a Austria.

Así convenía también, en el fondo, a los pequeños Estados alemanes, que muy pronto lo comprendieron. Pues, por entonces, más que de la utópica unidad, comenzaron a preocuparse de no quedar absorbidos por la creciente Prusia. Para lo cual estaban dispuestos a acudir a todo auxilio extranjero: el de Rusia, el de la misma Francia (como en tiempos de Richelieu el de antaño), y con más razón al auxilio de Austria, cabeza tradicional del Santo Imperio.

Aquella Confederación había de gobernarse por una Dieta de representantes de todos los Estados alemanes, reunida en Francfort. Pero su mecanismo era absurdo. En

la llamada Asamblea Menor, los Estados más poderosos (Austria, Prusia, Baviera, Sajonia, Hanover, Wurtemberg, Baden, Hesse, Dinamarca, por el Holstein, y los Países Bajos, por el Luxemburgo) tenían otros tantos votos, al paso que los restantes Estados quedaban resumidos en seis "curias", con un voto para cada "curia". En esta Asamblea Menor, las decisiones se tomaban por mayoría. Y en la Asamblea Plenaria, destinada a negocios de mayor importancia, para aprobar un acuerdo era necesaria una mayoría de dos tercios. Y el derecho de voto no estaba tampoco uniformemente distribuído. Austria, por ejemplo, tenía una capacidad de voto cuatro veces mayor que el principado de Liechtenstein. Finalmente, para tocar la organización misma de la Dieta o del sistema federal, se exigía unanimidad de votos. Así se remachaba el absurdo.

Ya se ve: los representantes que integraban la Dieta no eran diputados del pueblo que pudieran tomar decisiones bajo su propia responsabilidad, sino que eran plenipotenciarios de los gobiernos que formaban la Confederación, obraban según las instrucciones de éstos, y a éstos tenían que acudir en consulta para todo negocio de bulto. Los poderes de la Dieta eran limitadísimos; no podía intervenir en los asuntos interiores de cada Estado asociado. Y tanta debilidad de fondo y tantas trabas de procedimiento pronto convirtieron a la Dieta en el hazmerreír de Europa.

3. Aquel sistema estaba, pues, condenado a vivir de la rivalidad entre Prusia y Austria. Prusia lo comprendió así y buscó un arreglo con Austria. Sólo este arreglo particular entre los dos colosos —se decía Hardenberg— podía hacer de la Confederación un sistema eficaz. Metternich recibe las proposiciones de Prusia. Y ¿qué hace? Las delata, las comunica a los demás Estados alemanes, a fin de avivar su desconfianza contra Prusia y su confianza en Austria, asegurándoles a la vez que no será Austria la que se atreva a tocar un solo rasgo del sabio organismo de la Confederación, inventado en Viena para felicidad de los pueblos alemanes. En cuanto a la forma protocolar, Austria iba logrando tam-

bién incluir los acuerdos de la Dieta en una como sección de su cancillería.

A poco de funcionar, la Dieta demostró su completa ineficacia. Ya hemos visto cómo el Elector de Hesse anulaba de pronto la confiscación de las tierras enajenadas bajo el gobierno de Westfalia, al que había venido a suceder. Una de sus víctimas se quejaba ante la Dieta, y obtenía acuerdo favorable... Pero, al punto, el emperador de Austria recordaba la conveniencia de irse con pies de plomo. Y los encargados de ejecutar los acuerdos de la Dieta se guardaban las instrucciones y dejaban pasar el tiempo, alegando mil imposibilidades reglamentarias.

Pronto el pueblo alemán, desengañado, abandona el antiguo sueño de la unidad, que tan disfrazada y adulterada le habían ofrecido, y comienza a desear, con sentido práctico, el desarrollo autonómico de sus Estados. Y Prusia en primer término, por ser la más fuerte. El sentimiento nacionalista era menos popular de lo que se cree, y casi se limitaba a las clases universitarias. Los oficiales prusianos, seducidos durante la guerra por el ensueño pangermanista, se replegaban ahora en sus celos de casta armada. Los mismos liberales, más que unidad nacional, deseaban libertad constitucional.

Recordemos que Carlos Augusto, Gran Duque de Saxe-Weimar, el soberano de Goethe y Schiller, da a su pueblo (mayo, 1816) una Constitución liberal que la Dieta aprueba.

Ahora bien, el artículo XIII del Acta de la Confederación prevenía que en todos los países del sistema había de reunirse una asamblea que asegurara, en cierto modo, las libertades constitucionales del pueblo. Ante el ejemplo de Weimar, toda Alemania comienza a pedir a la Dieta que se cumpla con el artículo XIII. Metternich se alarma: no sea que cunda el veneno liberal y unitario. Y, al fin, en diciembre, 1817, se declara que cada Estado tiene libertad de interpretar el dichoso artículo de acuerdo con sus necesidades. De este modo, el liberalismo vendrá a servir de fermento a las tendencias autonómicas.

Las monarquías de segundo orden —Wurtemberg, Baden, Baviera— estaban dispuestas a ganarse el favor po-

pular concediendo constituciones, por temor a Prusia y aun a las pretensiones posibles del Gobierno Federal. Hasta aquí, pues, la libertad constitucional quedaba convertida en fuerza contraria a la unidad nacional. ¿Hasta cuándo, hasta dónde, podía mantenerse este conflicto?

Todo dependerá, como vamos a verlo, de la actitud de Prusia.

4. El Rey de Prusia, Federico Guillermo III, estaba indeciso. En el entusiasmo del triunfo sobre Bonaparte, había prometido a su pueblo una Constitución, y en dos ocasiones había reiterado su promesa. Como ahora iba aplazando el cumplirla, los demás Estados alemanes lo consideraban con recelo. En la Alemania del sur se exacerbaba el antagonismo tradicional contra Prusia.

En el fondo, Federico Guillermo estaba dispuesto a cumplir su promesa, a poco que viera libre el camino. Había nombrado, al efecto, una comisión para reunir materiales. Pero surgían mil obstáculos. Si el nacionalismo alemán era un sueño, la idea de la nacionalidad prusiana no existía. Las fuerzas unificadoras de Prusia consistían en el prestigio de la Casa Real, la fe en el sistema administrativo, y las ligas creadas por el servicio militar. Pero el hombre de Brandeburgo no sentía ninguna comunidad con el prusiano propiamente dicho, semi-eslavo por la raza; los pomeranios y los silesios se consideraban naciones aparte. Y las diferencias de raza se complicaban con diferencias políticas, sociales, religiosas. Así, al norte, el luteranismo y las costumbres feudales; y en las provincias del Rin anexionadas a Prusia por el tratado de Viena, el catolicismo matizado de liberalismo francés. Era Prusia un Estado en metamorfosis; y la combinación de elementos tan heterogéneos —pensaba el monarca— requería, antes que ceder prerrogativas de la Corona, la voluntad vigilante, única del príncipe. El pueblo ignoraba las cuestiones políticas. La nueva organización militar y provincial, el sistema reformado de impuestos, la cristalización plena del Estado dentro de sus nuevos contornos, no eran cosas para abandonarlas a los azares de una oposición constitucional. Y Metternich tenía buen cui-

dado de exagerar las dificultades a los ojos del monarca prusiano. De una investigación en las provincias prusianas, resultó que éstas no deseaban una representación parlamentaria central; cuestión que podía preocupar a las ciudades, pero ya nada a la masa del pueblo, sólo atenta a los negocios inmediatos de la localidad. Según esto, no hacía falta una verdadera Constitución, sino un sistema especial de Estados provinciales.

La hora, además, estaba llena de enseñanzas terribles. En Wurtemberg, Federico II había abolido la antigua Constitución, con su aparejo clerical y feudal, para dictar otra mucho más democrática. Pero el pueblo se declara por la antigua ley y, entre terquedades y falsas concesiones, Federico acaba por reasumir el poder absoluto, ante los lamentos de la prensa liberal.

En Baviera, el Rey Max José y su ministro Montgelas, antiprusianos llenos de simpatías francesas, se habían negado a aceptar ciertas decisiones del Congreso de Viena, que les arrebataban, en provecho de Austria, algunos distritos. Y mediante las compensaciones que les proporcionó para resolver el conflicto del tratado de Munich (14 de abril, 1816), aspiraban a realizar planes secretos (la anexión de Baden sobre todo), en virtud de los cuales Baviera podría presentarse como tercera potencia germánica de primer orden. En tales condiciones, Baviera deseaba ganar, con la bandera liberal, las voluntades que Prusia perdía. El 26 de mayo, 1818, dictó el Rey de Baviera una Constitución basada en la división tradicional de sus Estados, que reconocía los derechos del pueblo y lo invitaba a participar en el gobierno creando un parlamento.

No es seguro que Austria estuviera resuelta a favorecer los planes de Baviera. Ello es que dejó traslucir las ambiciones de Baviera sobre Baden. El Gran Duque de Baden se puso en guardia, asegurando la sucesión a sus herederos legítimos. Al mismo tiempo, para ganarse la voluntad popular y la del Zar Alejandro, que a la sazón pasaba por una etapa de liberalismo agudo, otorgó una Constitución, una Constitución tan liberal que eclipsaba a la de Baviera. De suerte que la mayoría de los Estados que antes

formaban, en el sur, la Confederación del Rin, estaba por el liberalismo, frente a las tendencias reaccionarias del norte.

5. En Prusia, mientras Hardenberg iba trazando, lentamente, un plan constitucional, las fuerzas del gobierno se aplicaban sobre todo a la cristalización administrativa, militar, financiera, del nuevo Estado, que era, como sabemos, un montón informe de territorios. La línea de frontera formaba un largo perfil quebrado. De aquí la necesidad de un sistema aduanero que había de resultar decisivo en el porvenir de Europa.

Prusia, convencida de que aquí, como en todo, la Dieta no podía hacer nada, a pesar de sus poderes expresos, para arreglar el comercio interior de la Confederación se decide a obrar por su cuenta, y crea una liga aduanera o *Zollverein*, mediante pactos separados con los distintos gobiernos de Alemania. Es decir, identifica con los propios los intereses materiales de la mayoría de Alemania. ¡Gran paso hacia la unidad imperial! Motz, uno de aquellos burócratas inteligentes de Berlín que merecieron el elogio de Hegel, había comenzado las negociaciones desde 1829. Un poeta, Hoffmann de Fallersleben, cantará esos "regateos mercantiles que prepararon la unidad de la patria". Pero Von Massen, el ministro de Hacienda, heredero de Motz, sólo pensaba, al crear este sistema, en las necesidades del momento. Los Estados turingios y el Ducado de Anhalt, ahogados dentro del territorio prusiano, tuvieron que someterse. Hasta Metternich favoreció los trabajos de Prusia, en que no veía nada sospechoso, aunque Austria quedaría excluída de esa liga aduanera, capitaneada por Prusia (1833).

6. Los sueños de la unidad germánica, fecundados con el entusiasmo que había dejado la guerra de liberación, exaltados en el aura de gloria de los voluntarios que volvían de Francia, comenzaban a incorporarse en la juventud de los gimnasios, instituciones patriótico-deportivas fundadas por Jhan, héroe de las recientes luchas. La propaganda se hacía activamente en las universidades. Llegó hasta Prusia. Los gobiernos la consideraban con inquietud, maldiciendo del

liberalismo de Carlos Augusto, que había hecho de Weimar un foco revolucionario. El 18 de octubre, 1817, en el castillo de Wartburgo, Meca de los luteranos, el Gran Duque Carlos Augusto permitió una reunión para celebrar la batalla de Leipzig y el tricentenario de la Reforma. La fiesta, que empezó con discursos patrióticos sobre los héroes de la guerra contra Napoleón, degeneró en mitin contra los gobiernos reaccionarios. Lutero había quemado la bula del Papa: los estudiantes, en recuerdo, dieron a las llamas un Código de Policía prusiano y algunos emblemas militares. Esta travesura estudiantil produjo verdadero pánico. El rey Federico Guillermo disolvió las asociaciones universitarias de Prusia. Metternich, que sólo una ocasión esperaba, manifestó al embajador prusiano que había llegado la hora de sofocar el espíritu del jacobinismo. El Rey de Prusia, el Emperador de Austria, el Gobierno francés y aun el Zar protestaron ante el Gran Duque de Weimar, que en vano les aconsejaba no perder la cabeza. El Emperador Francisco y el Rey de Prusia invitaron al Zar a una intervención conjunta. El Zar opinó que los gobiernos alemanes se bastaban solos, y que, de necesitarse intervención, ella correspondía al concierto europeo. Metternich se propuso sacar partido de la situación en el próximo Congreso de Aquisgrán, atemorizando al Zar Alejandro. La amistad del Zar haría inevitable el predominio de Austria en Alemania; es decir, en Europa.

De paso por Francfort, Metternich logró que la Dieta estableciera en dos sesiones los principios de la organización militar germánica. El ejército de la Confederación quedaba dividido en diez cuerpos: tres austríacos, tres prusianos, uno bávaro, uno para Wurtemberg, Sajonia y Baden, uno para ambos Hesses y Turingia, uno para Hanover y los Estados menores de Alemania.

*3 y 31 de julio, 1919.*

# XIII. AQUISGRÁN (1818). CARLSBAD (1819). VIENA (1820)

1. EN SEPTIEMBRE, 1818, cuando los soberanos se reunieron en Aquisgrán (Aix-la-Chapelle), todo parecía favorecer los planes de Metternich. El emperador Francisco se había encaminado de Viena a Aquisgrán, tocando todos los sitios donde la tradición del Santo Imperio conservaba todavía, a los ojos del pueblo, un brillo romántico. Fue su viaje una carrera triunfal. Y hasta se dio ya, en Aquisgrán, un caso que los historiadores consideran como simbólico de las relaciones entre los Habsburgos y los Hohenzollerns durante una era de medio siglo; es decir, hasta el día de Sadowa. Ello es que Francisco, siguiendo una vetusta costumbre cesárea, en cuanto llegó a Aquisgrán, se dirigió a orar a la tumba de Carlomagno. El pueblo, el pueblo alemán, al verlo arrodillarse, cayó de rodillas, como cediendo a un vago impulso inexplicable. Y entonces, como la espiga de Heine que el segador ha olvidado en mitad del campo, se destacó de pie entre aquella multitud implorante la figura del rey Federico Guillermo de Prusia, el monarca luterano, que no hallaba dónde poner los ojos.

La suerte de Austria, hemos dicho, dependía del Zar. El gobierno *Tory* de Inglaterra le era simpático. Prusia, por ahora, padecía el terror reaccionario. Francia era potencia sujeta. Pero el Zar coqueteaba constantemente entre actitudes liberales y actitudes evangélicas, bajo las cuales el político de Austria, y toda Europa por algún tiempo, creían descubrir maniobras interesadas. No sería la primera vez, ni la última, que un profeta místico encaminara sus visiones y éxtasis hacia el logro de tal o cual conquista de orden material. Pero un día el Zar descubrió una sociedad secreta entre sus oficiales. Otro día, en el camino de Aquisgrán, le contaron que había un complot contra su vida. Todo esto parecía hecho para quebrantar su fe en los principios liberales. Los monarcas aceptan difícilmente la bondad de una

causa que exige el sacrificio de sus personas. Y en esto se parecen a todos los jefes de partido.

2. El 1º de octubre, 1818, a proposición de Metternich, las fuerzas de ocupación abandonaron el suelo de Francia. El 4 de noviembre, Francia fue invitada a unirse a las deliberaciones de Europa. Le devolvían su mayoridad, que ella ya se había apropiado casi totalmente. El 15 de noviembre —tras algunas discusiones en que el Zar intentó otra vez adueñarse del Congreso de las Cuatro potencias, llamado Santa Alianza, a lo que se opusieron, sobre todo, Austria e Inglaterra— se firmaron dos documentos: uno, secreto, renovaba la Cuádruple Alianza y preveía la colaboración militar en caso de que Francia se desmandase; el otro era una declaración de fraternidad cristiana, que Francia fue invitada a firmar, en que se hablaba del derecho, de Dios, de la paz y de la justicia, del respeto a los tratados, etc.

3. En general, el Congreso de Aquisgrán mantuvo un frente unido ante ciertas cuestiones abstractas y ante ciertos puntos esenciales, como el caso de Francia. Pero donde el miedo apremiaba menos, no hubo posibilidad de arreglo. Así, cuando se trató de los piratas bárbaros del Mediterráneo y de la necesidad de una acción marítima conjunta, Inglaterra vio con horror la idea de que apareciera en aquel mar una flota rusa, y todo quedó como estaba. (Desde 1814, Austria había puesto su comercio marítimo en aquella región bajo el amparo del pabellón otomano.)

Otra cuestión que no se pudo resolver fue la del tráfico de esclavos, teóricamente abolido por el Congreso de Viena, pero nunca suprimido de hecho, entre otras cosas por la dificultad de echar mano a los barcos que a ese tráfico se dedicaban. Inglaterra se ofreció bondadosamente a acabar con ellos, siempre que se la autorizara a detener en alta mar todo barco mercante y proceder a una investigación sobre su carga y condiciones... No lo aceptaron los demás. No había mucha confianza mutua entre los hermanos.

4. Dentro de la misma Europa, se había levantado alguna protesta contra la dictadura de los aliados, con motivo

de ciertas disensiones entre los países de Escandinavia. El Rey de Suecia, Bernadotte, llamado al orden, obedeció, pero refunfuñando contra los Estados mayores en nombre de los Estados menores. Con todo, los soberanos aliados estaban satisfechos y aun soñaban con extender su influencia más allá de Europa.

5. La agitación de las universidades y los gimnasios alemanes preocupaba al Zar. Para que el anhelo de Metternich se cumpliera, había que lograr que aquella agitación se trocara francamente hostil al Zar. Y este sueño se realizó, en efecto, cuando cierto joven válaco llamado Stourdza, a quien el Zar había comisionado para estudiar la opinión alemana, publicó un folleto acusatorio contra los jóvenes revolucionarios, que a éstos les pareció una manifestación directa del criterio del Zar. Al menos, así lo había declarado Kotzebue, poeta y periodista que pasaba por estar a sueldo de Rusia.

¿Era la hora de Metternich? Metternich quería asegurar la paz de Europa, y envejecía en medio de un mundo que se renovaba por instantes. Político para generaciones tímidas, había logrado dar a Austria, en su lucha final contra el Imperio francés, una dirección precisa y certera, cuando todo era vacilaciones. Ahora no veía peligro mayor que el espíritu revolucionario. Y erigía en doctrina política perenne un transitorio reglamento de policía para los días de asonada. Pero si la revolución le alarmaba en Francia, "cosa alada y ligera", muchísimo más en Alemania, donde la imaginaba robustecida a través del tiempo por la proverbial constancia germánica. Sofocar la revolución en Alemania era para él asegurar la paz del mundo.

Y en tanto, ¿cuál era la actitud de Federico Guillermo de Prusia? Las ruidosas demostraciones de los estudiantes tenían alarmada a la autoridad. Y la causa de estas demostraciones —el anhelo de una Constitución liberal— aparecía cada vez más desacreditada a los ojos del monarca por el ejemplo de los Estados alemanes del sur. Ya hemos hablado de la lucha entre la Corona y los Estados de Wurtemberg. En Baden, los diputados se habían dedicado a imitar a la Asamblea Nacional francesa de 1789. Y en tres meses de

fecunda oratoria, habían acabado, teóricamente, con los títulos y aun los privilegios del monarca; se habían opuesto a la Dieta Germánica, y habían perorado de lo lindo. Un día, el Gran Duque se cansó y les cerró la casa. En Baviera, donde ardía al rojo vivo el liberalismo, la Cámara pidió que el ejército jurase lealtad a la Constitución. Max José lo consideró demasía, pensando en las conspiraciones militares de Italia, de que le habían contado horrores. Pidió el auxilio de Prusia y Austria. Ambas se lo negaron. El ejemplo era edificante para el monarca prusiano.

Finalmente, para coronarlo todo, Karl Sand, un fanático, dio muerte, el 23 de marzo, 1819, a Kotzebue, el poeta y polemista señalado al odio revolucionario por sus simpatías y compromisos con Rusia. El asesino se había preparado para la hazaña comulgando previamente. Gran parte de la opinión culta aprobó el motivo, aunque condenando el hecho. El predicador de Wette, en carta a la madre del asesino, declaraba que el que cree hacer bien hace bien, como en el caso. Los estudiantes hablaron de Bruto, Harmodio y Aristogitón. La ejecución de Karl Sand, al año siguiente, dio motivo a una manifestación popular. La plaza en que murió fue llamada la plaza de la Ascensión de Sand. Poco después hubo otro atentado . . .

Ya no vaciló el Rey de Prusia. No se detuvo, dice un historiador, a considerar el aspecto cómico de la cuestión, donde Kotzebue pasaba a la categoría de Julio César. Cerró la Universidad y el Gimnasio, pidió a la Dieta una intervención conjunta de los poderes germánicos. Lanzó contra los agitadores al ministro de policía, Kamptz, cazador de demagogos. Hubo una era de terror en Prusia. El poeta de la Guerra de Liberación, Arndt, fue perseguido por haber escrito un libro a encargo del mismo Gobierno. El corte del nuevo uniforme estudiantil fue materia de un grave Consejo. Y Alemania, en tanto, comparaba el frenesí de Prusia con la somnolencia de Austria, y confundía la somnolencia con la plena felicidad.

6. Cuando la muerte de Kotzebue, Metternich y el Emperador Francisco, que estaban en Italia, se reunieron rápi-

damente con el Rey de Prusia en Teplitz, para preparar las bases de un Congreso Germánico que había de celebrarse en Carlsbad (agosto, 1819). Metternich dio el golpe de muerte al viejo ministro prusiano Hardenberg, ocupado hasta entonces con santa paciencia en reunir materiales para la futura (la ex-futura) Constitución de Prusia. Austria y Prusia convinieron entonces en operar como amos de la Dieta Germánica, en deshacer las representaciones parlamentarias que algunos Estados alemanes habían logrado, e intervenir en los Estados menores para el bien de la Confederación. De hecho, Austria había asegurado así, por un instante, su predominio.

Las resoluciones de Carlsbad, convenidas por los primeros Estados germánicos, resultaron un conjunto de medidas policiales y de precaución contra los focos revolucionarios estudiantiles, y contra la libertad de opinión; y respecto al famoso artículo XIII que prometía una Constitución a los pueblos, se decidió no dictar estatuto alguno contradictorio del principio monárquico. El voto de la Dieta tenía que ser unánime. Pero Metternich no se paró en formas. Comenzó por no contar con el voto de los pequeños Estados (¡aquel Gran Duque de Weimar todavía protestaba en nombre de la libertad universitaria!), y todo lo hizo apresuradamente y atropellando por todo y a todos. Los decretos de Carlsbad, publicados en 20 de septiembre como voto *unánime* de la Dieta, marcaban la nueva era: el predominio absoluto de Austria.

7. Seis días después, como protesta contra las dos potencias germánicas, publicaba el Rey de Wurtemberg una nueva Constitución, y apelaba al apoyo de su primo el Zar. Éste, como de costumbre, temía la revolución; pero también temía la reacción. Y además, temía la formación de un vasto poder germánico bajo la influencia de Austria. El Zar hizo una manifestación de liberalismo templado, y reprobó la actitud de la Dieta, que se mostraba dispuesta a entrometerse en los negocios interiores de los Estados alemanes, sólo para servir los fines del poder absoluto. Al mismo tiempo, Inglaterra hacía manifestaciones parecidas.

Metternich, inquieto, prefirió ceder parte a perderlo todo. Para el 20 de noviembre estaba concertado un Congreso alemán en Viena, cuyo objeto era completar el Acta Federal redactada por el anterior Congreso de Viena, y definir el alcance del artículo XIII y las facultades de la Dieta.

En Viena, los Estados menores, bajo la jefatura de Wurtemberg, se agruparon en una masa de oposición contra Metternich. Contaban con las simpatías de Rusia y, en parte, de Inglaterra. Prusia, que había comenzado a tejer entre los Estados alemanes su admirable maraña aduanera, comenzaba también —repuesta del primer sobresalto— a mirar con recelo todo aumento del poder federal. Resultado: el acta final del 15 de mayo, 1820, poco después sancionada por la Dieta, contenía el principio de la no intervención, y renovaba la cláusula sobre la imposibilidad de alterar la Constitución Federal, a no ser por unanimidad de votos. De hecho, Metternich tuvo que ceder, y se abstuvo de discutir el artículo XIII o pedir la revisión de las Constituciones sudalemanas. El temor de las turbulencias de España e Italia hizo resolver que las Constituciones sólo podrían alterarse por medios constitucionales. Metternich pensó que su actitud le devolvería la confianza de los Estados menores. Además, poco le importaba la eficacia de la Dieta, mientras los decretos de Carlsbad funcionaran regularmente.

8. Y, en efecto, en la práctica aumentaron las represiones y persecuciones. Bien es verdad que la Comisión policial radicada en Maguncia, y que había de operar sobre toda Alemania, no pudo llevar adelante sus procesos, porque el mismo Rey de Prusia, por ejemplo, se negaba celosamente a entregar a sus súbditos. Pero los distintos gobiernos germánicos se bastaban para encarcelar y desterrar. Todo era sembrar vientos para cosechar tempestades de 1830 a 1848.

Y con todo, el rey Federico Guillermo quería mantener su palabra, quería dar una Constitución a su pueblo. Hardenberg y Humboldt se pusieron otra vez a la imposible tarea. Un día el Rey entregó su esperanza a cierto cuerpo parlamentario que se proponía crear. ¡Ay, nunca pudo crearlo! De España, de Italia, llegaba un trueno prolongado. El

Gran Duque de Darmstadt se vio obligado a dictar a sus súbditos la Constitución española de 1812, que los periódicos habían publicado. Y el monarca prusiano, atemorizado, se refugió otra vez en la tela de la administración interna, cuyos hilos lazaba y ataba con famosa paciencia. Al mismo tiempo, la red aduanera de Prusia iba captando nuevos Estados.

Federico Guillermo III tenía para Austria un respeto tradicional. Austria pudo todavía meter la mano, una y otra vez, en la Confederación Germánica, desoyendo a los pequeños Estados liberales. El pueblo, dice amargamente Gervinus, se dedicaba al cultivo de la música: ¡su mayor gloria!

*7 de agosto, 1919.*

# XIV. REVOLUCIONES Y REACCIONES: FRANCIA, ESPAÑA, LOS NUEVOS ESTADOS AMERICANOS. PORTUGAL Y BRASIL. ITALIA Y NÁPOLES

1. Los DECRETOS de Carlsbad, aunque inmediatamente aplicables a Alemania, eran el anuncio de una política de reacción para toda Europa, bajo las inspiraciones de Austria. La misma Inglaterra se vio envuelta en la onda reaccionaria. El malestar económico se resolvió allá en motines sangrientos. Hoy se descubre un complot contra el príncipe, y mañana otro contra los ministros. El Gobierno —conservador— acabó por suspender las más caras libertades inglesas.

2. En Francia se dibujaba un movimiento de amplio liberalismo. Sonaban otra vez los nombres de Lafayette, Manuel, Constant y, poco después, el del abate Grégoire, enemigo jurado de la Monarquía. Richelieu, que en Aquisgrán logró mucho en bien de Francia, gracias a su amistad con el Zar, volvió de Aquisgrán con la consigna de torcer el cuello al liberalismo. La actitud del rey Luis XVIII y los demás ministros le obligó a renunciar. No pasó mucho sin que el mismo Rey, amenazado de una nueva invasión por parte de la Cuádruple Alianza, intentara, temerosamente, sofrenar el liberalismo.

Los radicales se exaltan. Truena Chateaubriand. En enero de 1820 llegan de España las nuevas de otra revolución. El 13 de febrero, un hombre llamado Louvel asesina, al salir de la Ópera, al duque de Berry, presunto heredero del trono puesto que se prescindía de la odiada línea de Orléans. La furia de los ultras se alzó en marea y derribó al Ministerio Decazes. Casi se felicitaron de aquel derramamiento de sangre que había hecho "resbalar al ministro". Volvió Richelieu, y —como verdadera fuerza gubernamental— apareció el legitimista Villèle. La influencia de éste, la ve-

jez del Rey, los consejos de la favorita Mme du Cayla, todo inclina a la reacción. De aquí una era que determinará la revolución de 1830 y el destronamiento definitivo de los Borbones. Richelieu, que estaba por el término medio, de nuevo se retira. El descontento, privado de expresión, estalla a veces en motines. Nace un hijo póstumo, del duque de Berry, que alivia un instante el temor de la vuelta de Napoleón. Y cuando Villèle aparece a la cabeza del gobierno francés, Francia merece tratamiento de igual por parte de las conservadoras potencias, y en tal categoría intervendrá ya en los negocios de España. Los aliados habían temido que el espíritu revolucionario renaciera en Francia o en Alemania. Lo cierto es que fue a reaparecer en España e Italia.

3. Entre las restauraciones dinásticas a que se entrega Europa después de la inmensa aventura napoleónica, la restauración en España asume un relieve singular. Napoleón se había empeñado en sostener a su hermano José ("Pepe Botellas") en el trono de España. El pueblo español se lo sacudió de encima con trágica fiereza. En el otoño de 1812, Wellington y sus tropas británicas obligaron a los invasores a cruzar de nuevo los Pirineos. Las Cortes se mantenían fieles, en principio, al monarca destronado o cautivo de Napoleón, el Borbón Fernando VII. Pero, durante la ausencia de éste, habían dictado una Constitución liberal (Cádiz, 1812). Fernando VII, tras seis años de vivir en Francia rodeado por la guardia napoleónica, regresa a España, reasume el trono por la fuerza de las armas inglesas (1814), y anula la Constitución liberal, considerándola un acto de usurpación y un documento infestado del virus revolucionario. En su manifiesto de Valencia (4 de mayo, 1814), declara traidores, reos de lesa majestad y pasibles de la pena de muerte a los sostenedores de la Constitución de Cádiz, y clama iracundo contra la prensa que se ha atrevido a juzgar la conducta del monarca. Obrando con poder absoluto, restaura la Inquisición (12 de julio, 1814), los privilegios feudales, las órdenes religiosas y las propiedades monásticas; autoriza el regreso de los jesuítas, dicta la censura de la prensa,

suprime la libertad de opinión, y procede a aprisionar y a ejecutar a los liberales.

4. Hacía unos diez años, desde que la aventura napoleónica en España dio la ocasión, las antiguas colonias hispanoamericanas se empeñaban en romper el lazo con la Metrópoli, encendidas por los ideales franceses y alentadas por el ejemplo de las colonias norteamericanas. La lucha, que parecía al principio una guerra de castas en busca de un fin vagamente percibido, acabó por orientarse hacia el logro de la independencia. España había impedido todo comercio extranjero con sus colonias: México, Nueva Granada (Colombia), Perú, Buenos Aires, Chile. Desde el día en que el anhelo de independencia comenzó a alentar y fue, con varia fortuna, adelantando, las naciones extranjeras, e Inglaterra principalmente, pudieron establecer un comercio más o menos activo con las antiguas colonias amuralladas. En América, como es natural, se reflejaban las vicisitudes de la política española y, en general, de la europea.

García Calderón resume así el movimiento de la independencia hispanoamericana: en 1783, Carlos III, a pesar de los consejos contrarios del conde de Aranda, reconoce la independencia de los Estados Unidos. Este hecho servirá de precedente a las propias colonias de España contra la Metrópoli. Las provincias sajonas del Norte se separan de Inglaterra por razones prácticas. En las luchas del Sur se advierte el doble carácter económico y político. En el Plata, por ejemplo, domina el primero; en Venezuela, el segundo. El movimiento (1810-1825) tiene tres fases: una colonial, otra monárquica, otra republicana.

*1)* Durante la primera, las Juntas coloniales se levantan contra el sistema político de España, contra la máquina virreinal, pero se ofrecen al rey de España en calidad de reinos independientes. Y lo propio pasa en Buenos Aires que en Venezuela, en La Paz, en Quito, en México.

*2)* Pero el rey de España abdica, acepta el destierro y, después de las Cortes liberales de Cádiz, restablece el gobierno despótico. La lealtad de las colonias no podía ya mantenerse. El movimiento cobra conciencia de sus fines. La

autonomía política se va realizando al paso de los triunfos militares contra los ejércitos de España. Los criollos, directores de la sociedad hispanoamericana, son monarquistas. Los caudillos buscan una corona. Iturbide se hace Emperador de México. Los tenientes de Bolívar le ofrecen el trono reiteradamente. Él lo rehusa, pero anhela, para Colombia y la América española en general, monarquías constitucionales con príncipes extranjeros. Los grandes fundadores de la independencia americana comprendían la necesidad de un gobierno fuerte, unitario y estable. Con todo, nace del pueblo el anhelo republicano.

*3)* Y entramos en el tercer período. Alberdi asegura que la República, en los pueblos hispanoamericanos, tuvo un origen involuntario, debido a la indiferencia europea y al egoísmo de los Estados Unidos. No involuntario, sino espontáneo, rectifica García Calderón. Y entonces las nacientes repúblicas ruedan por una pendiente de guerras civiles, en busca del cauce de su vida autonómica.

España había comenzado por desterrar o degollar a los precursores de la independencia: Zela, en el Perú; el doctor Espejo, en el Ecuador; Gual y España, en Venezuela; los sacerdotes Hidalgo y Morelos, en México; el padre Camilo Henríquez y el doctor Martínez de Rosas, en Chile; Mariño, en Colombia. El venezolano Francisco de Miranda, hombre de extraordinario relieve, recorre Europa, habla con Pitt, logra unir el destino de Hispanoamérica a los intereses de Inglaterra. Después de los precursores, los libertadores: Belgrano y San Martín, en la Argentina; el doctor Francia, en el Paraguay; Artigas, en el Uruguay; Iturbide, en México; Morazán, en Centroamérica; Bolívar, finalmente, libertador de cinco repúblicas. El Brasil, en tanto, pasando de Tiradentes al rey Pedro I, recorría un ciclo paralelo, aunque ciertamente más continuo que el de las repúblicas hispanas.

5. En 1819, España se encuentra con que Inglaterra se inclina a dejar nacer las nuevas repúblicas. El Zar, en cambio, proporciona a España barcos de guerra con pretexto de que se van a emplear contra los piratas del Mediterráneo. Pero el 9 de julio, 1819, se levantan en Cádiz los 19,000

hombres que habían de embarcar para América. O'Donnell, en el secreto de la conspiración, la denuncia a última hora y hace prender a los jefes. La expedición española fue pospuesta hasta enero de 1820. Y entonces se levantaron en España los coroneles Riego y Quiroga.

Los sublevados proclaman la Constitución de 1812. La breve fortuna de Riego bastó para desencadenar la tormenta. Galicia, Ferrol, Murcia, se alzan. El general Mina atiza el fuego en Navarra, Aragón, Cataluña. Fernando VII también se subleva, o más bien la multitud rodea el palacio y lo obliga a jurar la Constitución el 9 de marzo y a suprimir la Inquisición. El ministro norteamericano, con pasmo de los reservados diplomáticos europeos, ofrece al Rey sus congratulaciones. La nueva Junta de Madrid trata de poner orden en el caos económico y dicta medidas liberales contra los bienes del clero, medidas que pronto provocan la reacción. Se forma una Junta contraria. De 1820 a 1822, moderados, exaltados, absolutistas y serviles desgarran a España.

¿Qué hacía a esto el gran tribunal de la paz europea? Cada uno proponía su remedio. El Zar Alejandro soñaba con enviar 15,000 rusos en apoyo del oprimido monarca español. Esto suponía el paso de un ejército ruso a través de Austria, cuando Austria espiaba celosamente la actividad de ciertos agentes rusos en Italia. Metternich se opuso; declaró que no había para qué alarmarse. "España —dijo— sufre de un mal material; y el mal que aflige a Europa, y contra el que hay que prevenirse, es un mal moral." (No se entiende, pero tanto mejor.) En Francia, Luis XVIII no se sentía inclinado a aprobar una Constitución impuesta por la fuerza a un monarca; pero la crisis provocada por la muerte del duque de Berry y los celos de Inglaterra le impidieron tomar la menor iniciativa respecto de España. Inglaterra, ya se sabe, era enemiga de intervenir en los asuntos interiores de una nación, sobre todo cuando le iba mal a un gobierno hostil (francamente hostil en punto a la libertad del comercio americano). España quedó, pues, entregada a sus propias fuerzas.

6. El contagio cunde a Portugal, donde las condiciones eran favorables para una revolución. Cuando la invasión francesa de 1807, el rey Juan VI se había refugiado en el Brasil. En 1815 declaró, desde allá, la Unión del Reino del Brasil, Portugal y Algarbe, nombrando regente en Lisboa al mariscal inglés Beresford. Los portugueses quedaban reducidos al papel de colonia de su antigua colonia, y sujetos a los beneficios del comercio brasileño; además, pasaban a manos de los ingleses. Beresford fue al Brasil en 1820. En agosto, ante los desafueros de Beresford, Sepúlveda se levantó en Oporto. Los sublevados pedían el regreso de la familia real refugiada en el Brasil, y además, una Constitución. La Regencia ofreció convocar Cortes para noviembre y solicitó la vuelta del Rey. Pero a poco la revolución improvisaba en Lisboa un gobierno según el modelo español. Beresford, a su regreso, ya no pudo desembarcar en tierra portuguesa. El Rey consintió en volver, dejando en el Brasil como regente a su hijo Pedro. Éste quedaba advertido de que, si sobrevenía en el Brasil un movimiento de independencia, antes debía aceptar la corona para sí mismo que no dejar a la antigua colonia en manos de un aventurero. Y, en efecto, el 12 de octubre de 1822, la Junta de Ríojaneiro proclamaba la independencia del Brasil, y Pedro I era coronado Emperador.

El rey Juan, de regreso a Portugal, jura la nueva Constitución redactada por las Cortes. La Constitución reducía su poder a un símbolo. Entre los festejos de Lisboa, un incidente de Embajada, una miseria diplomática de esas que sirven de pretexto a los príncipes para hacer que se maten los pueblos, da ocasión a Metternich para romper las relaciones con el nuevo gobierno de Lisboa. Prusia y Rusia siguen su ejemplo.

7. Italia, según la palabra de Metternich, había quedado reducida por el Congreso de Viena a una mera "expresión geográfica". En el norte, la Lombardía y el Véneto quedaban en manos de Austria; Parma, Módena y la Toscana habían pasado a la familia austríaca. En el sur, el

reino de Nápoles era dominio de una rama de los Borbones españoles. En el centro, los Estados Papales partían en dos la península y subían hasta el Po. ¿Cómo hacer una nación unida con estos miembros inconexos? Napoleón, déspota en Italia, no había dejado de introducir allá útiles reformas y había arrasado los vestigios feudales. Sus abusos y su descaro en el afán de provechos personales acabaron por enajenarle la simpatía de los mismos que lo habían recibido con esperanza. El rey de Cerdeña, Víctor Manuel I, entró en Turín saludado por el regocijo popular (20 de mayo, 1814), y de una plumada echó abajo las reformas que la Revolución había traído al Piamonte durante su prolongada ausencia; devolvió sus privilegios a la nobleza, sus propiedades y sus fueros a los eclesiásticos, y prohibió la libertad religiosa. Los Estados de la Iglesia, en tanto, adoptaban igual política y desterraban la mala yerba traída de Francia (1814), llegando en su extremo, como lo hemos dicho, a prohibir la vacuna y el alumbrado público como peligrosas innovaciones. En los dominios austríacos o de influencia austríaca, ni qué decir que se abolieron todas las leyes napoleónicas, creándose además una policía especial que intervenía en las vidas privadas del modo más arbitrario. Fernando de Nápoles estaba ligado al emperador de Austria por una alianza ofensiva y defensiva. Sólo Cerdeña (con el Piamonte) y los Estados Papales resultaban gobernados por príncipes nacionales, y libres, relativamente, del dominio germánico. A pesar de todo, la Italia de 1815 no era ya la que Napoleón encontró en 1796, cuando por primera vez se acercó a ella a la cabeza de sus soldados franceses. En leyes, hábitos e ideas quedaban por todas partes simientes revolucionarias. La policía austríaca no lograba sofocar los anhelos nacionales. Y aunque los italianos execraban la memoria de Napoleón, apreciaban las reformas francesas. La crisis se deja sentir en las páginas de Farini, patriota e historiador italiano de la época, quien lamenta la penetración de las doctrinas de la Enciclopedia —amenaza para la autoridad de Roma—, y la corrupción de la mentalidad y la lengua nativas por influencia de la mentalidad francesa y "la lengua meretricia de los conquistadores".

Algunos gobernantes extranjeros de Italia hubieran podido ganarse la simpatía de los reformistas, con un leve esfuerzo de liberalismo. Así Francisco IV en Módena, pero acabó por traicionar a los patriotas; o Fernando el de Ambas Sicilias (de 1830 en adelante), pero defraudó las esperanzas. Y el Papa, prestigio mayor que el rey de Cerdeña, representaba una fuerza religiosa internacional: mal podía ella servir a la unidad italiana.

En Nápoles en tanto, la agitación liberal subterránea de las sociedades secretas estalla por julio, 1820, como al estímulo de las revoluciones de España. El general Pepe obliga al rey Fernando a jurar la Constitución española de 1812. Grave problema para Metternich, que era el protector del rey Fernando. ¿Alegaría el principio de no intervención, como en el caso de España y Portugal, para un negocio que tan de cerca afectaba a la política austríaca? ¿Lo sometería, siendo cosa tan suya, a los azares de un Congreso europeo? No: puesto que Prusia tenía graves cuestiones internas que resolver, e Inglaterra parecía alejarse poco a poco de la política continental, lo mejor sería que el emperador Francisco se las arreglara a solas con consejo del Zar. Pero el Zar persistía en ver la salud de los pueblos en la Santa Alianza. ¡La Santa Alianza de que sólo Rusia era el sostén, por culpa de las intrigas de Austria, la debilidad de Prusia y la indiferencia de Inglaterra! Pero también Francia pedía un Congreso que pusiera freno a la excesiva influencia de Austria sobre Italia. Metternich cedió: convocóse un Congreso para Troppau, que había de reunirse el 20 de octubre, 1820.

*28 de agosto, 1919.*

## XV. AUSTRIA E ITALIA. ESPAÑA Y AMÉRICA

1. El programa de Metternich para el futuro Congreso de Troppau era éste: convencer a las potencias de que a toda Europa era provechosa la intervención de Austria en Nápoles. Federico Guillermo de Prusia se mantenía fiel al Zar, como de costumbre. El zar Alejandro, aleccionado por la reciente actitud arisca de la Dieta polaca, volvía de su sueño liberal; y cuando, después de reunidos los príncipes, llegaron nuevas del levantamiento de unas tropas de Semonowsky, acabó de entregarse en brazos de Metternich.

Pero no era igualmente fácil convencer a Inglaterra y a Francia. Comenzaban a dividirse las potencias liberales del oeste y las potencias conservadoras del este. Inglaterra sólo admitía intervenciones, no como principio general, sino como excepción ante una posible violación de los arreglos territoriales convenidos en 1815. El ministro inglés, Castlereagh, a pesar de las protestas y explicaciones del Zar, se opuso a toda intervención en cuestiones domésticas, como las de España y Nápoles. Si los sucesos de Nápoles perjudicaban a Austria, que Austria se las arreglara con Nápoles en buena hora, bajo su propia y absoluta responsabilidad. Francia era de la misma opinión. Resultado: el protocolo de Troppau (19 de noviembre, 1820) —en que se expulsaba de la Alianza a todo Estado que hubiera admitido cambios revolucionarios— sólo fue firmado por Austria, Prusia y Rusia. Por ahora, los disidentes se conformaron con protestar: Francia, con mesura; Inglaterra, con energía. Fue éste el primer paso hacia la disolución de la Santa Alianza. Los signatarios se vieron en el caso de dar explicaciones públicas sobre el alcance de sus arreglos, mal síntoma. (Troppau, 8 de diciembre, 1820.)

2. Entretanto, las potencias signatarias hacían manifestaciones ante el Gobierno de Nápoles, y el Zar pedía al Papa que interviniera con su autoridad moral y sus consejos. Los

napolitanos no cedían. El Congreso, suspendido en Troppau, había de reanudar sus sesiones en Laibach. El rey Fernando de Nápoles obtuvo la autorización constitucional necesaria, y partió para Laibach, no sin que antes el pueblo lo obligara una vez más a jurar la Constitución. Esta exigencia del pueblo vino a pesar en el Congreso como un argumento más en pro de la política austríaca. Fernando, en cartas a los soberanos de Europa, desconoció todas las promesas que había hecho a su pueblo. El mismo Metternich deploraba que Fernando se hubiera visto en el caso de acudir a procedimientos "tan poco recomendables". El Congreso de Laibach, en todo caso, aceptó la restauración de Fernando como monarca absoluto, y la ocupación de Nápoles por fuerzas austríacas, ocupación para la cual Austria se había estado preparando durante ocho meses.

Y con todo, cuando las fuerzas austríacas llegaron a Roma, venían tan mal equipadas, que el general en jefe tuvo que pedir dinero prestado a Niebuhr. Pero todavía estaban peor los ejércitos napolitanos. Pepe fue fácilmente derrotado en Rieti por el general Frimont. No hubo tiempo de que toda Italia se conmoviera. Y el terror cayó sobre Nápoles.

3. El 10 de marzo, 1821, estalla una revolución en el Piamonte, donde ya la oficialidad —llena del recuerdo de Napoleón— comenzaba a soñar con una Italia unida, bajo la monarquía de Saboya. Los carbonarios, en su propaganda antigermánica, estaban también por la monarquía. El joven príncipe de Carignano, Carlos Alberto, aceptó un día ponerse a la cabeza de la revolución; pero al otro día se arrepintió y previno del peligro al gobierno. Con este tira y afloja, la revolución comenzó como a contratiempo y abortada. La guarnición de Alessandria proclamó la Constitución española (1812) y al rey Víctor Manuel de Italia. A los dos días la agitación se extendió a Turín. El Rey, no muy enemigo de la reforma, pero comprometido con los aliados, abdicó, dejando el trono provisionalmente a Carlos Alberto, mientras llegaba su verdadero sucesor, Carlos Félix, duque de Génova. El regente provisional, que se sentía

amigo de todos, inventó una fórmula para aquietar los ánimos: aceptar la Constitución española, bajo la reserva de sujetar el acto a la aprobación de Carlos Félix. Éste, en cuanto vino, se manifestó poco dispuesto a ceder un adarme de la prerrogativa real, y ordenó a Carlos Alberto que se pusiera al frente de las tropas de Novara, únicas que no se habían pronunciado. Así pues, a los liberales no quedaba más que combatir. Santa Rosa propuso anticiparse a la probable intervención de la Alianza, e invadir la Lombardía con la bandera italiana desplegada. No fue oído, ni era tiempo aún.

En tanto, los aliados, desde Laibach, se aprestaron a conjurar el nuevo peligro. Ochenta mil austríacos, con una reserva de cien mil rusos, se unieron a los piamonteses de Novara. Los liberales fueron derrotados. Los austríacos ocuparon Alessandria; Génova se rindió. Y empezó aquel difícil gobierno de Austria sobre Italia, aquella absurda campaña para "germanizar a Italia", que más bien serviría para despertar en ésta, hasta los últimos fondos populares, la conciencia étnica y nacional. Las "congregaciones" provinciales —sombra de autonomía que Austria concedió a los pueblos de Italia— no bastaban a ofuscar esta conciencia naciente. Italia se llenó, por una parte, de sociedades secretas; por otra, de policía secreta. Austria desconfiaba de todo el mundo, y acabó por organizar una contrapolicía. Todos tenían encargo de vigilar a todos. Malavisi vigilaba a Brambilla, y éste a Strassoldo. Y sobre este sistema absurdo, otro absurdo más: la crueldad. Los patriotas lombardos llenaban las cárceles de Spielberg.

4. Hemos dejado a España entregada a sus propias fuerzas. Sobrevino el triunfo de los liberales, que impuso de nuevo a Fernando VII la Constitución de 1812. Además, era arduo el problema de las emancipaciones americanas. Fernando no era hombre para resolver por sí tamaños conflictos. Los dejará enredarse más y más, entre raptos de cólera y asombrosos rasgos de indiferencia. Y al fin, valiéndose del pretexto de las emancipaciones americanas, solicitará del rey de Francia la intervención de las potencias aliadas, más

que nada por ver si los libertaban del cerco en que los constitucionales lo tenían cogido.

Acaso para esta fecha la independencia de las antiguas colonias era ya inevitable. De todos modos, salta a la vista que España —aunque algunos diputados invocaron con gran sentido el ejemplo, no muy lejano, de Inglaterra y sus antiguas colonias americanas— no hizo lo que podía por salvar lo poco que le quedaba. Y no lo hizo, por negarse a toda transacción. Pasma, en efecto, ver al propio conde de Toreno entregarse a declamaciones huecas, ante los argumentos sobrios y realistas del mexicano Lucas Alamán.

Veamos cuál era la nueva situación. Al triunfo de los liberales con la revolución de Cádiz (enero de 1820), parecía que el conflicto entre España y los países americanos podría arreglarse por caminos pacíficos. Bolívar, en Colombia, se manifestaba dispuesto a entrar en negociaciones. También San Martín, en el Perú. En México la situación era igualmente propicia a un arreglo, aunque por otras razones y en virtud de circunstancias muy especiales.

El general Morillo, comandante del ejército español en Colombia, solicitó de Bolívar una tregua. Para ello había recibido órdenes especiales de Madrid. Y Morillo se apresuraba a resolver de un modo honorable la campaña, que ya consideraba perdida. En Trujillo, del 25 al 26 de noviembre, 1820, los dos generales pactaron un armisticio, y se despidieron con nobleza para nó verse más. Este pacto era, de hecho, un reconocimiento de la independencia de Colombia, y de su presidente, Bolívar.

A poco empezaron a llegar a América comisionados españoles. Manuel Abreu, en el Perú, conferenció con el general San Martín, quien propuso el reconocimiento de la independencia peruana y la fundación de una monarquía bajo un príncipe español de la casa reinante. Pero la intervención del virrey La Serna hizo fracasar estos tratos.

En México, donde el levantamiento popular se tornó republicano, el alto clero y los criollos pudientes habían luchado, durante diez años, por España. Pero al triunfo de los liberales españoles, en 1820, aquella clase conservadora midió el riesgo que corrían sus prerrogativas y antiguos pri-

vilegios (que la desenterrada Constitución española de 1812 aniquilaba o reducía), y pensó sacar más ventaja de una completa desvinculación administrativa entre España y México. Su órgano fue el coronel Agustín de Iturbide, que había ganado cierta fama en sus campañas contra los insurgentes. Como gozaba de la confianza del virrey Apodaca, logró armas y recursos, so pretexto de combatir a las tropas de Guerrero —último campeón de la causa independiente—, hombre inculto y bravo, que se había refugiado, como una fiera, en las montañas del sur. Iturbide y Guerrero pactaron una alianza en Iguala, e hicieron la declaración de la independencia de México (22 de febrero, 1821), conviniendo en que el nuevo Estado se organizaría en monarquía moderada bajo Fernando VII o cualquiera de los dos infantes (Carlos o Francisco de Paula), o en su defecto, el archiduque Carlos, u otro miembro de la Casa reinante española. Guerrero cedió el mando a Iturbide, y así, para el logro de la independencia, se pusieron un instante de acuerdo los representantes de dos partidos enemigos —el liberal y el conservador—, que en adelante nunca dejarían ya de combatirse.

5. En tanto, llegaban a España los comisionados especiales de América. Se abrían las Cortes, y en sesiones extraordinarias los diputados americanos trataban de convencer a los liberales españoles de la conveniencia de aceptar el nuevo estado de cosas. Se formaron comisiones mixtas. Se discutió mucho. Hubo derroches de elocuencia. Por un momento, la opinión de las Cortes giró en torno al proyecto del mexicano Fagoaga: dividir la América española en tres reinos: uno al norte (la Nueva España) y dos al sur: el nuevo Reino de Granada y Tierra Firme, con capital en Santa Fe de Bogotá, y el Reino del Perú, Buenos Aires y Chile con capital en Lima. Los tronos se darían a los príncipes españoles.

Pero, a todo esto, no se contaba con la opinión del Monarca, que no hacía gran caso de América ni veía más allá de las intrigas de palacio; que por nada del mundo hubiera consentido en separarse de D. Carlos y que le tenía a D.

Francisco de Paula una desconfianza singular. Hasta las altas horas de la noche, Quiroga —un general mexicano— charlaba secretamente con D. Francisco y lo había embriagado con la idea de coronarse rey de la Nueva España. Fernando temía que, una vez coronado, se declarara independiente al modo de lo que aconteció en el Brasil, donde estas evoluciones siguieron una marcha más regular.

Y así fue como se pasó la hora de las posibles negociaciones pacíficas. La zona dominada por Bolívar no parecía ya captable para ningún príncipe español. El armisticio de Trujillo no había podido mantenerse, por mil razones de orden militar y diplomático, y entre otras cosas, porque Bolívar se dio cuenta de que el nuevo Estado liberal español no lo era tanto como para resolverse a reconocer la independencia de los países ya emancipados de hecho. Y la campaña de Bolívar siguió adelante, hasta la victoria definitiva de Carabobo. San Martín, por otra parte, se había apoderado de Lima. Iturbide obligaba al nuevo virrey enviado de España —O'Donojú— a aceptar la independencia de México. Y los Estados Unidos se aprestaban a reconocer a los nuevos Gobiernos hispanoamericanos.

Fue por entonces cuando Fernando VII, sólo atento a lo mucho que le importunaban los liberales dentro de casa, pidió al rey de Francia que interviniese en su ayuda.

*4 de septiembre, 1919.*

# XVI. LOS CONFLICTOS IBÉRICOS. LA CUESTIÓN DE ORIENTE. PRIMERA GUERRA TURCO-RUSA (1828-1829). LA REVOLUCIÓN DE JULIO Y SUS EFECTOS (1821-1832). BÉLGICA INDEPENDIENTE Y POLONIA REDUCIDA

1. El Congreso de Laibach suspendió sus sesiones en la primavera de 1821, para reanudarlas en Verona, en el otoño de 1822. En el intervalo, dos conflictos amenazarían la paz de Europa: la cuestión de España y la cuestión de Oriente. La primera sería el tema principal del Congreso de Verona. La segunda apareció en marzo de 1821, con un levantamiento en los principados del Danubio, bajo Alejandro Hipsilanti, levantamiento encaminado a libertar a Grecia del dominio turco, aprovechando la rebeldía de Alí, el bajá de Yanina, —"César Borgia de Albania" y bandolero en jefe de los montañeses salvajes— contra el Sultán.

Los griegos, ortodoxos por la religión, dependían, más que del Sultán, del Patriarca de Constantinopla. Y cuando el Zar apareció como cabeza de la Iglesia Ortodoxa, pensaron que contarían con el apoyo de Rusia. En el interior, el movimiento tenía, sobre todo, razones religiosas; pero a los ojos de Europa, merced en gran parte a las campañas literarias de Adamantios Korais, aparecía como una gloriosa resurrección del antiguo helenismo.

Los conflictos entre la Cruz y el Creciente datan de los días de Mahoma; pero la Europa sudoriental sólo comenzó a sufrir la amenaza de la invasión mahometana en el siglo XIV. Bajo Otmán (muerto en 1326), una tribu turca del Asia occidental se estableció en el Asia Menor, cruzando el Bósforo desde Constantinopla. De su jefe, se les da el nombre de turcos otomanos, para distinguirlos de los turcos selyúcidas, con quienes ahí mismo se enfrentaron los Cruzados en siglos anteriores. Estos turcos otomanos, bajo sucesivos sultanes, se extendieron sobre el Asia Menor, Siria,

Arabia y Egipto, y en el oeste, conquistaron los Balcanes y Grecia.

En 1453, la capital del Imperio Oriental, Constantinopla, cayó en sus manos. Durante doscientos cincuenta años la fuerza otomana fue un peligro para toda Europa. Entrándose por el valle del Danubio, los turcos llegaron casi hasta las marcas del Imperio Germánico, y por cerca de dos siglos, la república de Venecia y la Casa de Habsburgo se ven comprometidas en constantes luchas para atajarlos. En 1683, ponen sitio a Viena, y son derrotados por el rey polaco Juan Sobieski, que acude en ayuda de los austríacos. Al siguiente año, el Emperador, Polonia y Venecia crean una Santa Liga que sostiene durante unos tres lustros la guerra contra los infieles, a la que se une Pedro el Grande. La Liga, en 1699, logra expulsar definitivamente a los turcos de Hungría.

Pero si Turquía deja de ser en adelante un peligro de agresión, todavía resiste por varias décadas los empeños de Rusia y Austria para arrebatarle otros pedazos de su territorio. En 1774, la reina Catalina logra apoderarse de Crimea y de la zona del Mar de Azof, dando así a Rusia un asiento permanente sobre el Mar Negro. Además, la Sublime Puerta (el gobierno turco) concedió a Rusia el protectorado sobre sus propios súbditos de confesión cristiana, cuya mayoría pertenecía a la Iglesia Griega Ortodoxa, religión oficial de Rusia.

Estos y otros motivos parecían autorizar ciertas intervenciones de Rusia en los asuntos de Turquía, y creaban una inquietud crónica entre los súbditos cristianos del Sultán. En 1812, justamente antes de que Napoleón marchara sobre Moscú, Alejandro I obligó a los turcos a entregarle la Besarabia sobre el Mar Negro, extrema avanzada de las conquistas rusas. Poco después del Congreso de Viena, los servios, que llevaban años de vivir en constante sublevación contra Turquía, lograron prácticamente su independencia (1817); y Servia, con capital en Belgrado, quedó sólo como principado tributario, primero entre los varios Estados que, durante el siglo XIX, se van libertando del puño mahometano. El segundo Estado que logró emanciparse fue Grecia, hecho que corresponde ya al período que aquí historiamos.

Ahora bien, la integridad de Turquía había venido a ser un dogma de la paz europea. A todos inquietaban las posibles expansiones de Rusia. Con alivio de las potencias, el Zar reprobó el levantamiento de Hipsilanti. Sin el apoyo ruso, la aventura, comenzada en marzo, acabó en junio, aunque la llama quedaría viva.

Por desgracia, los turcos fueron demasiado lejos en sus represiones, ya capturando barcos que navegaban bajo el pabellón ruso, ya ejecutando al Patriarca de Constantinopla, que era responsable ante la Puerta por la conducta de los súbditos ortodoxos. Esta doble injuria, al sentimiento religioso y al nacional, hizo que el Zar enviara un ultimátum a Turquía, exigiendo la desocupación de los principados del Danubio. Pero el Zar no quería romper su juguete, su Santa Alianza. Más que reivindicador de sus propios derechos, quiso aparecer como representante de la paz europea. Una presión diplomática de las potencias, solicitada por Metternich, obligó a Turquía a transigir. Y, por el momento, la cuestión de Oriente quedó como adormecida.

2. En vísperas del Congreso de Verona, a Castlereagh —que se suicida— sucede Canning, no-intervencionista radical y campeón de talla para Metternich. Canning, en el fondo, sólo procurará defender los intereses de su país: no era un caballero andante. Pero resulta que tales intereses coincidían entonces con la causa del liberalismo.

En el Congreso de Verona (octubre, 1822), Inglaterra se niega a discutir la posible intervención en España. Aquí se rompió el concierto europeo. Las potencias continentales autorizaron la intervención de Francia (sin duda pensando que la complicidad afianza las amistades), dizque por corresponder a Francia "el sostener a los descendientes de Enrique IV en el trono español". De aquí una pugna entre Francia e Inglaterra, que repercutirá sobre la suerte de Portugal y de España. La actitud del realista Canning no es fruto de un amor ideal por la autonomía de los pueblos, sino de las poderosas ligas comerciales que Inglaterra empieza a crear con las antiguas colonias hispanoamericanas, ligas que, de recobrarse España, no podrían menos de padecer.

La actitud en apariencia caballeresca de Canning tiene la misma inspiración que el ruego dirigido a la Casa de los Comunes por un inmenso grupo de comerciantes de Londres, a cuyos intereses conviene el mercado libre con Hispanoamérica.

El 7 de abril, 1823, noventa y cinco mil franceses cruzan el Bidasoa, al mando de Angulema. Éste —según dicen, aconsejado por Wellington— resiste la tentación de combatir a las guerrillas, y rápidamente avanza hasta Madrid. El rey Fernando VII y las Cortes, refugiados primero en Sevilla y después en Cádiz, capitulan en septiembre. El 1º de octubre, Fernando VII, apoyado por sus supuestos vencedores, repudia todos sus actos a partir de 1820, e inicia otra era de terror reaccionario. La ocupación francesa duró hasta 1828, e indignó a los liberales franceses, quienes veían a su país hacer para España lo que Prusia y Austria pretendieron hacer para la Francia de Luis XVI en 1792. Salvo que el comandante francés tuvo un éxito militar que no soñó antes el duque de Brunswick, éxito que manchó con sangrientos desmanes, escándalo de los propios aliados.

A la muerte de Fernando VII, la lucha entre cristianos liberales y reaccionarios carlistas hunde a España en un abismo de revoluciones. Pero ya Europa se desentiende de ella. Sólo en dos ocasiones los asuntos de España afectarán ya la marcha general de Europa: una, cuando los "matrimonios españoles" inquietan a Inglaterra y al gobierno de Luis Felipe; otra, cuando la candidatura de Leopoldo de Hohenzollern para la Corona española da pretexto a la guerra francoprusiana de 1870.

3. El 2 de diciembre de 1823, el presidente Monroe presenta su célebre mensaje, en que manifiesta que los Estados Unidos considerarán como un acto hostil toda intervención de Europa en los negocios de América. De aquí la doctrina Monroe —"América para los americanos"—, cuyo alcance no pudo apreciarse de pronto. Canning se decide a contestar al éxito de la expedición francesa en España, reconociendo a los Estados hispanoamericanos (año de 1824: en julio, al Brasil; en diciembre, a México y a Colombia).

4. A la sombra de la intervención francesa en Portugal, donde reinaba Juan VI constitucionalmente, su hermano Miguel arriesgó con fortuna un golpe de Estado. Pero aunque Juan VI transige, pronto trata de formular otra nueva Constitución. Austria, Prusia y Rusia se oponen. Y, a solicitud de Portugal, Inglaterra manda un escuadrón al Tajo, a título de simple "apoyo moral". D. Miguel intenta otro pronunciamiento (30 de abril, 1824); pero esta vez su aventura acaba en el destierro. Luchan en Lisboa la influencia francesa y la inglesa. Ésta padece un tanto cuando Canning reconoce la independencia del Brasil. Pero pronto el mismo rey Juan también la reconoce (Conferencia de Londres, 29 de agosto, 1825). A los seis meses, muere el rey Juan. Pedro, el rey del Brasil, llamado a sucederle, comienza por dar a Portugal una Constitución a la inglesa, y después renuncia al trono europeo en su hija María, a quien se propone casar con D. Miguel para reconciliar a las facciones. Pero esto suscita una nueva revolución en Portugal, apoyada por Fernando VII. Con ayuda de Inglaterra, triunfa la causa de D. Pedro, y D. Miguel acepta la regencia constitucional y el matrimonio con María. Por 1831, el emperador don Pedro I abdica la corona imperial del Brasil en favor de su hijo don Pedro II, quien se conserva en el trono hasta el advenimiento de la República Brasileña, que aconteció sin violencia en 1889.

5. La revolución griega, sólo momentáneamente aplacada, continúa. El movimiento que estalla en Morea, el antiguo Peloponeso (1821), provoca un desenfreno de atrocidades en que Turquía y Grecia parecen emularse. El 27 de enero, 1822, la Asamblea Nacional de Grecia proclama la independencia, en Epidauro. Esta proclama está redactada en términos de desusada nobleza. La guerra de Grecia produjo entre los liberales de Europa un entusiasmo romántico. A la causa griega se dieron el poeta Byron y antiguos oficiales de Napoleón, como el coronel Gordon y sir Richard Church. Los griegos no eran ya los mismos del tiempo de Pericles. En carta del 26 de febrero, 1824, Lord Byron des-

cribe la situación con ecuanimidad y sencilla simpatía para el dolor de los griegos.

Canning reconoce la beligerancia de Grecia (25 de marzo, 1823), y con esto transforma la situación. La superioridad marítima de los griegos era, al principio, manifiesta. Pero cuando aparece la flota egipcia de Alí, los griegos comprenden que, sin el auxilio europeo, están perdidos. El zar Alejandro se muestra celoso de la intervención inglesa en cuestiones que consideraba como propias de Rusia; pero tampoco puede ponerse de parte de Turquía. De aquí una pugna entre Inglaterra y Rusia: aquélla desea la independencia de Grecia, pero no quiere usar de medidas violentas contra Turquía. Rusia, enemiga en el fondo de la independencia griega, quiere aprovecharse del momento para atacar militarmente a Turquía y avanzar hacia el sur. Austria, temerosa de la influencia rusa sobre un Estado griego vasallo, pide, o la sumisión de Grecia, o su absoluta emancipación.

A veces, Rusia amaga con resolver el problema según sus conveniencias propias, tentación que conservará a lo largo del siglo. Y poco después, el rey de Francia —ahora lo es Carlos X el antiguo Conde de Artois— se pone al lado de Inglaterra para procurar que Rusia no intervenga sola en la cuestión de Oriente. Por un momento, Austria y Prusia quedan descartadas. Y los otros tres poderes aliados celebran pactos y conferencias.

A la muerte de Alejandro, tras una breve revolución militar, asciende al trono de Rusia Nicolás, tan resuelto y práctico como el otro era soñador e indeciso. Las intenciones de Francia, Rusia e Inglaterra quedan, más que definidas, comprometidas para ayudar a Grecia, poniendo fin a la anarquía de la Europa Oriental, en el tratado de Londres (6 de julio, 1827). Entretanto, ya las fuerzas egipcias, disciplinadas y superiores a las griegas, se habían adueñado, bajo el mando de Ibrahim, de casi todo el Peloponeso. Pero el 20 de octubre, 1827 —muerto ya Canning, y cuando sus tímidos sucesores comenzaban a vacilar, dando tiempo a que Metternich amenazara con su amistosa mediación— las flotas francesa e inglesa, al mando del almirante Codrington, arries-

gan, en favor de los griegos, la batalla de Navarino, que resulta una gran victoria.

No hubo más remedio que romper con Constantinopla. El Sultán declara la guerra a las potencias cristianas (20 de diciembre, 1827), en términos tales que justifican ya la inmediata acción militar de Rusia. Wellington, que ahora gobierna la política inglesa, es enemigo de las audacias de Canning, y quiere a toda costa mantener la integridad de Turquía, como baluarte contra Rusia. Pero Rusia tranquiliza a todos, asegurando que sólo desea imponer a Turquía el tratado de Londres, en nombre de las tres potencias signatarias y que, desde luego, asegura la neutralidad del Mediterráneo. Idéntica táctica la veremos seguir medio siglo más tarde.

6. La guerra turco-rusa comenzó en mayo, 1828. Los rusos encontraron una resistencia inesperada. Aprovechando los momentáneos reveses de Rusia, los otros dos poderes tratan de ver si, antes de la victoria definitiva, logran establecer la independencia de Grecia. Francia envía una expedición para hacer evacuar a las tropas egipcias de Morea. No hacía falta: ya Codrington lo había hecho todo.

En el verano de 1829, Rusia, exasperada, declara —rompiendo su promesa sobre la neutralidad del Mediterráneo— el bloqueo de los Dardanelos. Nuevo comadreo diplomático, de que sale el reconocimiento de un Estado griego tributario, pero autónomo, bajo la soberanía de un príncipe hereditario que designarán las potencias (Protocolo del 22 de marzo, 1829).

De pronto, más por estrategia que por fuerza, Diebitsch logra la capitulación de Adrianópolis. La paz turco-rusa del 14 de septiembre, 1829, no supone aumentos territoriales para Rusia; pero ésta logra incluir en los pactos el tratado de Londres, captando de esta suerte para sí propia la gloria —y la consiguiente influencia política— de haber logrado la independencia griega. En nueva conferencia (Londres, 3 de febrero, 1830), Wellington —deseoso de no desagradar a Turquía, la antigua aliada— obtiene el que se reduzcan notablemente las fronteras del nuevo Estado grie-

go. Leopoldo de Coburgo, candidato al nuevo trono, renuncia su candidatura. Y Capo d'Istria —o Capodistrias, como ahora se hacía llamar, que era de hecho el dictador de Grecia desde el día de Navarino— rechaza este arreglo de las potencias. Las potencias se ven obligadas a hacer más concesiones. Nuevos problemas aparecen, y hay que resolver de cualquier modo la cuestión griega: en Francia, sobreviene la revolución que destrona a Carlos; en Londres, el gobierno *Tory* de Wellington deja el puesto al gobierno *Whig* de Palmerston. En Grecia, al asesinato de Capodistrias sobreviene la anarquía. El 7 de mayo, 1832, las potencias declaran al fin la independencia de Grecia bajo el rey Othón, hijo segundo del rey Luis de Baviera.

7. ¿Qué había pasado en Francia? La marea reaccionaria, que ya venía creciendo en los días de Luis XVIII, alcanza su máximo con su hermano y sucesor Carlos X (Artois) "el Rey de los Emigrados" (1824). Carlos X prefería el oficio de leñador al de monarca constitucional a la inglesa. Lo primero que hizo fue despilfarrar los dineros públicos para indemnizar a los nobles despojados por la Revolución. Se entregó a la Iglesia y a los jesuítas. Y aunque no se atrevió a devolver al clero las propiedades que Napoleón le arrebató al restaurar el culto —convirtiéndolo de propietario en asalariado del gobierno—, le dio entrada en el poder por todos los medios indirectos que tenía a su alcance: defensa de objetos sacros y templos bajo penas severas, admisión del alto sacerdocio en la Casa de los Pares, ensanche de la influencia eclesiástica en la sociedad. El clero se convirtió en factor político de primera fuerza y, desde el púlpito, en constante defensor del absolutismo. La Escuela Normal es clausurada como centro de sedición. La Guardia Nacional, disuelta. En 1827 se restablece la estricta censura de la prensa. La inquietud del pueblo aumenta de día en día.

Como respuesta, según cuenta Tocqueville en carta a Lord Radnor, reapareció entonces el espíritu volteriano, se difundieron libros filosóficos del siglo anterior en ediciones baratas, y la gente comenzó a mostrar una saña singular contra el sacerdocio, hasta en los jurados públicos. La gran

mayoría liberal consideró la irreligiosidad como una forma natural de la oposición al régimen. El gran historiador de la democracia americana está convencido de que las nupcias del Estado y la Iglesia son funestas y determinaron la nueva caída de los Borbones.

En abril de 1830, Carlos X trajo al ministerio a Polignac, encarnación del clericalismo a la antigua. El gobierno busca una poca de gloria militar en una expedición contra el Rey de Argel, que había insultado al cónsul de Francia (mayo-junio, 1830).

Los ministros, en un memorial, denuncian excesos de la prensa contra el Rey, el régimen, el clero y la nobleza. El mismo día (25 de julio, 1830), el Rey dicta una ordenanza contra la libertad de prensa, otra para disolver la Cámara recién electa y que aún no entra en funciones, y otra para modificar el reglamento electoral en favor de las clases conservadoras. Para mantener estos extremos, que toda Europa censuró, no se tomaron siquiera disposiciones militares. Una minoría republicana encendió la revolución, y del 27 al 29 de julio, lograda la fraternización parcial de las tropas, todo quedó hecho, y Carlos X perdió el trono.

La Revolución de Julio duró tres días. Carlos X abdicó en su nieto el duque de Bordeaux, encargando a Luis Felipe (nombrado Teniente General del Reino) que lo proclamara rey bajo el nombre de Enrique V, y escapó a Inglaterra. Este plan pudo haberse realizado y hubiera contado con suficiente apoyo nacional. Pero Luis Felipe tenía otros planes, y al instante se acercó a los republicanos, capitaneados por el anciano Lafayette, a quien fácilmente ganó a su causa. Ambos, en el Hôtel de Ville, se abrazaron a la vista del pueblo. El duque de Orléans desplegó el lienzo tricolor de la Revolución que no se había visto ondear desde los días napoleónicos, y que vino a sustituir a la bandera blanca de los Borbones. Bajo esta apariencia de victoria, los republicanos asistían a los funerales de su sueño político.

Los diputados y periodistas, agrupados bajo el mando del banquero Laffitte, formaban un núcleo monarquista; pero deseaban una monarquía que aceptara los ideales de la Revolución y pusiera a la clase media en el sitio del clero

y de la antigua nobleza. Sin monarquía, aseguraban, Francia corre el riesgo de sufrir una intervención por parte de la Alianza. Y también estaban por el duque de Orléans. Luis Felipe convocó a la Cámara de Diputados, anunció la abolición de Carlos X y calló cuidadosamente el hecho de que éste había designado sucesor (3 de agosto, 1830). A los cuatro días, la Cámara de Diputados dictó una resolución, después aprobada por los Pares, llamando al trono a Luis Felipe, y éste declaró que no podía desoír el llamado de su país. Antes de aceptar la corona, debió aceptar modificaciones constitucionales. El preámbulo y ciertos artículos fueron retocados, en cuanto "concedían" a los franceses los derechos que éstos consideraban como su patrimonio natural. El Rey lo sería, no sólo "por la gracia de Dios", sino además "por la voluntad de la nación". Se restableció la libertad de prensa y se estableció la responsabilidad ministerial ante el Parlamento. Por último, se abolió la religión de Estado.

El nuevo Rey era hijo de aquel duque de Orléans que apoyó a los reformistas a comienzos de la primera revolución y luego, durante el Terror, fue ejecutado por sospechoso. Había combatido en las filas de la República en Valmy y en Jemappes y contaba con simpatías jacobinas. Aunque desterrado un tiempo en Inglaterra, a su regreso, con la Restauración, se había hecho popular manifestando opiniones democráticas, conduciéndose como sencillo ciudadano y enviando a sus hijos a las escuelas oficiales en vez de ponerlos, a la manera aristocrática, bajo la guarda de tutores privados. Era célebre, en las calles de París, la modesta sombrilla con que solía pasear el Orléans.

Debía la corona a un entusiasmo del pueblo, y procuraba vivir y portarse muy a lo burgués. Las potencias, algo alarmadas al principio, al fin prefirieron aceptar los hechos. Ya sólo el zar Nicolás seguía soñando en la Santa Alianza; pero sus ministros le hicieron comprender que valía más conservar la amistad francesa. El nuevo rey debía también la corona al consentimiento de las potencias. Tenía que dar al pueblo una cara —la revolucionaria—, y otra —la conservadora—, a las potencias. En su contra se alzaban los legi-

timistas, los bonapartistas y los republicanos; pero éstos estaban desorganizados del todo. Y Luis Felipe gobernaba, de hecho, "por la gracia de Lafayette", como él decía.

El cambio era escaso, fuera de cierto matiz algo más liberal en el gobierno. La democracia verdadera no aparecía por ninguna parte. El voto continuaba en manos de los pudientes: el clero y la nobleza, simplemente, dejaron el sitio a los banqueros, especuladores, industriales y comerciantes. Francia seguía siendo una monarquía, y la burguesía moderada escamoteó el fruto de las conspiraciones republicanas.

El pueblo pedía la cabeza de Polignac y los otros ministros de Carlos X. En octubre hubo que abrirles proceso. Un motín popular estuvo a punto de invadir la prisión de Vincennes y acabar con ellos. El jefe de la fortaleza, el general Daumesnil —un inválido—, logró contenerlos, amenazando con poner fuego al almacén de pólvora si entraban los amotinados. Los miembros moderados del ministerio se retiraron. Formóse, bajo la presidencia de Laffitte, un ministerio radical. Talleyrand, consejero del Rey, le ayudaba a tranquilizar a las potencias. El proceso de los ministros de Carlos X fue una verdadera pugna entre el gobierno y el pueblo amontinado. A duras penas se logró sacarlos ilesos de París. Lafayette pudo preciarse de haber salvado a la monarquía. Pero tanto él como la monarquía perdieron algo en el ánimo popular. El 23 de diciembre, la Cámara decidió separar la Guardia Nacional de París de la del resto de Francia. Lafayette lo interpretó como un medio para disminuir su poder. El Rey lo dejó renunciar. Cayó Laffitte. Y bajo el honrado y enérgico Casimir Périer (marzo, 1831) la monarquía burguesa de Julio dejó ya ver claramente su carácter moderado.

La Revolución de Julio es acaso menos importante dentro de la historia particular de Francia que en la historia general de Europa, como etapa de progreso en las ideas nacionales.

8. Entretanto, en los grandes centros industriales de Europa había nacido un nuevo partido que ya no se satisfacía

con meras rectificaciones de las reglas electorales. Sus miembros habían visto sucederse la República, el Imperio y la monarquía borbónica sin mejorar en nada la suerte de los obreros, reducidos al hambre. Por otro lado, habían visto a los nobles perder sus privilegios, y al clero perder sus propiedades. ¿Por qué la clase media, vencedora y enriquecida en el comercio y las nuevas fábricas, no había de deshacerse a su turno de una parte de sus riquezas y fueros en favor de las clases trabajadoras? Desde la Revolución Francesa, y aun antes, había habido denuncias contra la propiedad privada y quejas contra la mala distribución de la riqueza, pero no se las había escuchado. Baboeuf (1760-1797) había declarado, en pleno Terror, que las revoluciones meramente políticas dejaban al pueblo como antes. Lo que hacía falta era una revolución económica, afirmaba. "El gobierno sigue siendo una conspiración de los pocos contra los muchos", bajo nueva forma. Baboeuf propone ya la economía dirigida por el Estado, y la entrega de todas las propiedades al Estado. Esta idea encontró partidarios y, para fomentarla, se formó una sociedad. La sociedad fue pronto disuelta, y Baboeuf, ejecutado. Pero sus escritos seguían circulando. Después de la Revolución de Julio, aparecieron varios grupos de "socialistas", que así se llamaban los partidarios de estas reformas.

Entre los socialistas, que proponían "utopías sociales", algunos eran soñadores, como Fourier, quien deseaba establecer núcleos y cooperativas de trabajadores en moradas especiales, donde pudieran cuidar de su felicidad común ("falansterios"). Fourier, como el gran precursor industrial, Robert Owen, confiaba en la filantropía para echar a andar su reforma. Otros tenían miras más prácticas. Así Louis Blanc, cuya obra *La organización del trabajo* (1839) daba precisión a los vagos anhelos de los reformistas. Blanc mantenía que todo hombre tiene derecho al trabajo, y que es deber del Estado el proporcionárselo. Sugería que el Estado proveyese los capitales para crear talleres nacionales cuya gerencia quedaría en manos de los obreros. Éstos se repartirían entre sí las ganancias, y la clase del empresario o patrono sería abolida. Aunque tales nociones se filtraron

hasta en la Cámara de Diputados, aún no había un verdadero organismo bien preparado que luchara por ellas.

9. Por la reconstrucción general de Europa llevada a cabo en 1815, los Países Bajos austríacos habían sido unidos a las provincias de Holanda, bajo la corona del Príncipe de Orange, que tomó el nombre de Guillermo I. Esta unión nunca fue agradable a los interesados. La Revolución de 1830 en Francia avivó el ánimo de los descontentos. Guillermo había dado una Constitución parecida a la Carta francesa, pero muchos le objetaban que hubiera hecho a los ministros responsables ante la corona y no ante el parlamento, así como el limitar el sufragio a las clases adineradas. Aunque las provincias meridionales superaban a Holanda en más de un millón de habitantes, ambas naciones tenían igual número de diputados. Los holandeses monopolizaban los altos cargos, y allí atendían de preferencia a sus intereses regionales. El sur era católico; protestante el norte. Los conflictos entre estos dos hermanos disidentes habían sido constantes a partir de 1815. El Rey, protestante, quiso convertir a sus súbditos católicos. Bélgica, sometida de mala gana a la corona de Holanda, dividida de ella por la religión y la lengua, había formado una unión de sus dos partidos, el católico y el liberal, contra el predominio político de Holanda y las propagandas protestantes del rey Guillermo.

El 5 de agosto, 1830, el movimiento separatista estalló en Bruselas. El 4 de octubre se declara la independencia. Luis Felipe tuvo el valor de anunciar que contestaría con la movilización a cualquier movilización de Prusia, y que era partidario de que la cuestión belga se sometiese al Congreso de las potencias, de acuerdo con los tratados. En el Congreso reunido en Londres para discutir la cuestión griega, la alianza anglofrancesa se impuso a propósito de la cuestión belga. Los poderes orientales sufrieron, además, una súbita parálisis: en noviembre sobrevino, para Rusia, la sublevación de Polonia; Prusia tuvo que cuidar sus fronteras en el este. Austria, entre el conflicto de Polonia y el de Italia, renunció a la cruzada legitimista en el occidente. Se reconoció la separación belga (30 de diciembre, 1830), pero el

nudo no se deshizo: el Luxemburgo, que como parte de Alemania estaba sometido al rey Guillermo, se había unido a Bélgica y era la manzana de la discordia. El 20 de enero, 1831, se firmó un nuevo Protocolo, que dejaba al Luxemburgo en manos de Guillermo.

Ni Bélgica ni Francia se sometieron. (Francia había pedido ya, para sí, la entrega de ciertas fortalezas.) Bélgica ofreció la corona a un hijo de Luis Felipe; pero las potencias habían resuelto excluir a los príncipes de las cinco principales dinastías, y Luis Felipe no se atrevió a desafiarlas. Al fin, Leopoldo de Coburgo, tras de haber exigido que se aclarara la situación del nuevo reino (Constitución de "Los Dieciocho Artículos"), fue coronado y reconocido rey de los belgas (16 de julio, 1831).

Pero el rey Guillermo de Holanda invade y empieza a derrotar a los belgas. Éstos acuden a Francia. Francia envía tropas a Bélgica, cuya presencia basta para que los holandeses se retiren. Obtenido esto, las fuerzas francesas tienen que evacuar ante los apremios de Palmerston, el ministro inglés. Al fin (4 de mayo, 1832), la neutralidad de Bélgica queda garantizada por las grandes potencias. El rey Guillermo de Holanda, bajo el peso de mil coerciones, cedió al fin en el año de 1839, y abdicó inmediatamente después.

10. En tanto, Alemania había sufrido varios levantamientos locales de espíritu liberal, justificados aun a los ojos de las potencias (Brunswick, Hesse y, más importantes, Hanover y Saxe).

11. También hubo sublevaciones en Italia, coincidentes con la muerte del papa Pío VIII; pero Austria las aplacó fácilmente. El levantamiento de Bolonia (1831) proclamaba la creación de un nuevo Estado: las Provincias Unidas de la Italia Central. Contaba con la ayuda de Francia, que no pudo obtenerse. Lafayette no tenía ya bastante fuerza para cumplir sus promesas. Laffitte fue atajado prontamente por la declaración de Casimir Périer: "La sangre de los franceses pertenece a Francia". El fracaso de los patriotas les dejó una doble enseñanza que inspirará a Mazzini: no con-

tar con el extranjero, educar políticamente al italiano. Poco después se celebró en Roma un congreso en que las potencias pidieron al Papa el establecimiento de ciertas reglas constitucionales en sus Estados. Gregorio XVI hizo todo lo contrario. Nueva sublevación en enero de 1832, y nueva intervención de Austria, acogida esta vez como una garantía contra los abusos de los bandidos mercenarios del Papa. Ante la amenaza de una ocupación permanente de Roma, Francia ocupa Ancona; pues ahora no se trataba de favorecer la fundación de una república italiana, sino de sostener el prestigio de Francia contra Austria, de suerte que Périer pensaba no ser contradictorio respecto a sus propios principios. Era la vieja pugna entre los Borbones y los Habsburgos sobre los derechos de Italia. Pero en 1838, austríacos y franceses se retiraron.

12. Los polacos, que habían visto desaparecer poco a poco las relativas libertades obtenidas para ellos por el zar Alejandro, se levantaron en Varsovia (29 de noviembre, 1830), esperando que contarían con el apoyo de Francia. Faltó dirección. La gente armada se derramó a matar judíos. Constantino, comandante en jefe de Polonia, aconsejaba a Nicolás la represión inmediata, fingiendo parlamentar con Polonia. El 25 de enero, 1831, la Dieta proclama la independencia de Polonia. A las tres semanas, doscientos mil rusos atacaron a unos cuarenta mil polacos. Francia e Inglaterra intervinieron tímidamente y sin resultado. Austria se mantuvo neutral. Polonia combatió heroicamente y con varia fortuna. El cólera diezmaba los ejércitos. En septiembre, 1831, Polonia estaba derrotada.

La Institución Orgánica, dictada en febrero del siguiente año, anuló todas las garantías constitucionales que el tratado de Viena había concedido a Polonia. En vano protestaría Palmerston. Un "úkase" de diciembre de 1847 acabaría de borrar la frontera rusopolaca. Entretanto, la cuestión de Oriente renacía; pero ahora el zar Nicolás tenía manos libres.

## XVII. EFECTOS DE LA GUERRA DE GRECIA. PREDOMINIO DE RUSIA. REFORMAS INGLESAS (1832-1845)

1. LA GUERRA de Grecia hizo ver al Sultán de Turquía la conveniencia de reformar y europeizar su Estado. Para esto, con disgusto de los fanáticos musulmanes, se decidió a secularizar su gobierno.

Su vasallo Mehemet Alí de Egipto comenzaba a ser muy poderoso. Sólo la intervención de las potencias había logrado impedir que se adueñara de Morea, cuando acudió en auxilio del gobierno otomano para combatir a los griegos. A cambio de este auxilio, Mehemet Alí había pedido al Sultán el bajalato de Siria y Damasco. Como ahora el Sultán se negara a dárselo bajo el pretexto de que la expedición de Alí había fracasado, éste encontró a su vez un pretexto para invadir a Siria en 1832, aunque protestando lealtad al Sultán. Pronto los ejércitos de Ibrahim llegaban hasta el muro de montañas que limita el Asia Menor y avanzaban después hacia Constantinopla. Los musulmanes ven en Ibrahim al campeón del Islam contra el Sultán reformista y "joven turco". El Sultán tuvo que aceptar los auxilios del Zar de Rusia. Éste deseaba apoyar a Turquía, pero manteniéndola bajo su tutela.

Francia había comenzado a apoyar a Mehemet Alí en Egipto. Inglaterra sólo quería un poder fuerte en Constantinopla, como barrera contra Rusia, y le daba lo mismo que fuera el del Sultán o el de Alí. Francia, Inglaterra, Rusia y Turquía conciertan en Kiutayeh (8 de abril, 1833) una paz con Alí, entregándole los bajalatos que ambicionaba, y nombrando a Ibrahim gobernador de Adana. Poco después, Rusia y Turquía forman una alianza ofensiva y defensiva (Unkiar Skelessi, julio, 1833). Rusia se reserva el derecho de intervenir en los negocios turcos, y aun de pedir, en caso dado, que los Dardanelos se cierren a la navegación inter-

nacional. Francia e Inglaterra aceptaron de mala gana este tratado. Los intereses de Inglaterra y los de Rusia en el Oriente podían chocar en cualquier momento.

2. En tanto, y con motivo de la cuestión de Bélgica, Rusia, Prusia y Austria crean una liga frente a las tendencias liberales de Francia e Inglaterra (Berlín, 9 de marzo; Münchengrätz, 18 de septiembre, y Berlín, 15 de octubre, 1833). Esta liga es una especie de renovación de la Santa Alianza. La triple liga había de estar, en Portugal, por D. Miguel; en España, por D. Carlos. En cambio, Francia e Inglaterra estarían, en Portugal, por María Gloria; en España por Cristina e Isabel. Pero Palmerston, el ministro inglés, desconfiaba de Francia en estos negocios, y la excluyó del convenio que llegó a pactar con los liberales de la Península ibérica. Francia se hizo admitir al fin, y así, entre España, Portugal, Inglaterra y Francia, se formó una Cuádruple Alianza de nuevo cuño (22 de abril, 1834). Con todo, los dos poderes protectores nunca lograron entenderse para apoyar a sus protegidos.

La posibilidad de un choque entre Rusia e Inglaterra, con motivo de sus intereses en el Asia Central, iba poco a poco caminando hacia un arreglo. Por otra parte, la *entente* entre Inglaterra y Francia tenía algo de artificial y violento. Además, Luis Felipe de Francia experimentaba la necesidad de sentirse plenamente aceptado por los poderes continentales. El zar Nicolás se propuso acabar de abrir esta hendedura en la *entente* anglofrancesa.

3. Y a todo esto, el creciente poder de Mehemet Alí cortaba a Inglaterra los dos caminos principales de la India: el valle del Éufrates y el istmo de Suez. En 16 de agosto, 1838, Inglaterra celebró un tratado mercantil con Turquía, que fue impuesto a Egipto, en calidad de vasallo de Turquía. Al año siguiente, para contrarrestar la influencia francesa en Egipto, sobrevino la ocupación de Aden. El Sultán, que había estado reorganizando sus ejércitos, sediento de venganza, precipitó la crisis y desafió otra vez a Mehemet Alí. Pero Ibrahim derrotó al ejército turco el 24 de junio, 1839, en Nessib. Poco después murió el Sultán, y

el bajá Ahmed se unió a Alí. Ante la amenaza de una intervención aislada de Rusia, los poderes se coaligan, se declaran protectores de Abdulmeyid, el sultán heredero, y amenazan a Alí. Ahora bien, Alí está apoyado por Francia. Inglaterra vacilaba entre Rusia y Francia, y al fin optó por la primera. Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia, sin notificarlo siquiera a Francia —que entretanto había intentado un arreglo separado con la Sublime Puerta— firman, en favor del Sultán y en contra de Alí, la convención de Londres (3 de julio, 1840). La convención ofrecía a Alí el gobierno del sur de Siria y el bajalato de Acre, siempre que consintiera en rendirse antes de diez días.

Esto despertó en Francia un ánimo belicoso. Francia, engañada por las demás potencias, quedaba desligada de los compromisos de 1815.

Hay que saber que el poder político, en Francia, se repartía por aquel entonces entre dos grupos, capitaneados por dos eminentes estadistas e historiadores: Thiers y Guizot. El primero deseaba una Constitución a la inglesa, donde "el monarca reina, pero no gobierna". El segundo estaba por el gobierno efectivo del Rey y no quería que el trono fuera "un sillón vacío".

Ante los desaires sufridos por Francia en la cuestión de Oriente —y no hay que olvidar que Francia heredaba de Francisco I la misión histórica de defensora del Sultán en Europa—, hubo que saciar de algún modo simbólico la vaga inquietud bélica que se apoderó del pueblo. Thiers hizo construir las fortificaciones de París, que sólo habían de utilizarse en 1870. Palmerston se decía tranquilamente que esta Francia de Luis Felipe, llena de burgueses sostenidos por las rentas de la paz, no era ya la Francia de Napoleón, donde la casta militar vivía del saqueo de las guerras. Luis Felipe no quiso ir demasiado lejos y sustituyó el Gabinete Thiers por el Gabinete Guizot (1840). Pero continuó la movilización, porque —explicó a las potencias— era la mejor forma de disciplinar a los *sans-culottes*. Guizot gobernaría mano a mano con el Rey durante ocho años. Aunque persona honorable, fundó su gobierno en principios más que discutibles, procedió a persecuciones de policía y reprimió

a la prensa. Se negó a favorecer al obrero, y también a extender el sufragio, alegando que en toda Francia no había cien mil personas capaces de votar con discernimiento. Así se planteó un futuro levantamiento popular.

El Zar, en tanto, procuraba robustecer la alianza anglorrusa. Y los ejércitos europeos pronto redujeron a Mehemet Alí, obligándolo a renunciar a sus pretensiones sobre Siria, y ofreciendo usar su influencia ante la Puerta para asegurar, a él y a sus herederos, el gobierno de Egipto (25 de noviembre, 1840).

Francia no pudo hacer nada por Mehemet Alí, aunque trató después de ser incluída en la convención, con el apoyo de Metternich, ya muy celoso al ver que las cosas se resolvían en Londres y no en Viena. Por convención del 1º de julio, 1842, los estrechos del Bósforo y los Dardanelos quedaron cerrados a los barcos de guerra de todas las naciones. Esta convención fue renovada más tarde. La preponderancia de Rusia aumentó, y Metternich quedó sustituído por el Zar Nicolás.

4. Austria, donde a Francisco había sucedido Fernando (1835), se encontraba también apocada ante la política prusiana. La Unión Aduanera de Prusia, el *Zollverein,* triunfaba sobre la Dieta, como triunfa el interés sobre las instituciones convencionales. Entre 1834 y 1836, se habían unido al *Zollverein* —bajo Prusia—, Baviera, Wurtemberg, Sajonia, Turingia, Baden, Nassau, la ciudad de Francfort. Y lo que Prusia ganaba, lo ganaba por el momento Rusia, porque la influencia del Zar fue grande sobre Federico Guillermo III y su sucesor, Federico Guillermo IV. Y el Zar contaba también con Inglaterra en los primeros años de la era victoriana.

Inglaterra, cortejada por Rusia, lo era también por Francia, que empezaba a sentirse sola. A esto, el Zar, tratando de tranquilizar por completo al gobierno inglés respecto a sus miras en Oriente, sólo consiguió ponerlo de nuevo desconfiado (1844). Entonces Luis Felipe se resolvió —año de 1845— a sacrificar su política sobre el norte de África, en aras de la amistad inglesa. (Porque la cuestión de Ma-

rruecos había sido causa de ciertos rozamientos entre Inglaterra y Francia.) Al año siguiente, Palmerston inicia una política antirrusa, cuyo término será la invasión de Crimea. Con todo, no puede decirse que renaciera la *entente* franco-inglesa. Luis Felipe sobreponía sus conveniencias familiares a las de Francia, y su actitud habrá de ser contraria a Inglaterra cuando el asunto de los "matrimonios españoles". Algún documento contemporáneo presenta el "sistema" de Luis Felipe como una corte disoluta e hipócrita. Su resistencia a escuchar los anhelos del trabajo lo hizo singularmente impopular. Louis Blanc, al organizar su programa socialista, presta armas al descontento.

5. Conviene recordar lo que venía aconteciendo en Inglaterra, cuya historia interior, durante el siglo XIX, es una serie ininterrumpida de reformas, gracias a las cuales se sorteó acaso una revolución súbita como la francesa. Sus seculares instituciones habían quedado, en efecto, quebrantadas por la tempestad napoleónica. Si desde fines del siglo XVIII estadistas como Burke y Pitt (Chatham), o agitadores radicales como Paine y Wilkes abogaban por los cambios políticos, los excesos del Terror, en Francia, habían hecho bajar los bonos de la democracia.

Pero la nueva clase de manufactureros y comerciantes suscitada por la revolución industrial se encaraba ahora con la vieja aristocracia de terratenientes, apoyada hasta cierto punto por los trabajadores en su lucha para obtener el voto. Con la obtención del voto, decía el periodista Cobbett, se obtendrán automáticamente todas las demás conquistas anheladas. El malestar económico que sucedió a las guerras napoleónicas fue canalizado hacia la pugna en favor de la reforma parlamentaria por los radicales Cobbett, Place y Owen.

El malestar y los desórdenes callejeros ya habían obligado al gobierno a suspender en 1817 el derecho de *habeas corpus*, garantía constitucional de la persona. A los dos años, la fuerza disolvió una manifestación popular en la plaza de St. Peter (Matanza de Manchester, o Peterloo), a la que sucedieron las Seis Actas, que reducían los derechos de expresión y reunión política. El partido gobernante, *Tory*, des-

oía las peticiones de reforma. La Revolución de Julio pudo contagiarse a los descontentos de Inglaterra, quienes soñaban ya con barricadas callejeras a la francesa.

Jorge IV murió en 1830 y fue sucedido por su hermano Guillermo IV. En las elecciones que siguieron al coronamiento, el partido *Tory* salió muy desmedrado. El jefe del Gobierno, Wellington, se opuso decididamente a toda reforma y se declaró pesimista respecto a la educación política de las masas humanas. La coalición del descontento lo echó abajo, y el gobierno pasó a manos de los *Whigs* (1831), con Grey a la cabeza, quien en vano quiso hacer aprobar un *Reform Bill* contra la conjuración de los *Tories,* y tuvo que disolver el parlamento.

Las nuevas elecciones son famosas en la historia inglesa. Significaron un triunfo aplastante de los *Whigs.* Lord John Russell presentó el Acta de Reforma a los Comunes, que la aprobaron. Los Lores, por supuesto, la rechazaron. La indignación nacional estuvo a punto de desatar una revolución. El Rey se negó a la maniobra que se le aconsejaba: nombrar un número suficiente de nuevos pares, a fin de hacer pasar el Acta en la Alta Cámara. Grey renunció. Wellington fracasó en su intento de crear otro gobierno. El Rey se resolvió a usar del subterfugio, pero apenas tuvo tiempo para anunciarlo: los pares prefirieron ceder, ausentándose voluntariamente un centenar de opositores. Y la Reforma fue aprobada el 4 de junio, 1832. Es un hito de la historia británica, tan importante como la Revolución de 1689. Una nueva clase entra en el gobierno de la nación, para mantenerlo en sus manos hasta comienzos del siglo XX. Una vez admitido un cambio, la aristocracia inglesa no vuelve más sobre sus pasos: es conservadora, no reaccionaria.

Este acto abre una era de transformaciones: abolición de la esclavitud (1833), leyes sociales de la pobreza (1834), Acta de Reforma Municipal (1835), leyes sobre prisiones, leyes del correo barato (1840), reformas educativas, fabriles, mineras, sin las cuales el trabajo hubiera muerto de extenuación.

*18 de septiembre, 1919.*

# XVIII. LAS REVOLUCIONES DE 1848

## A. Antecedentes

1. Los treinta años de paz producían sus frutos. El desarrollo material había sido enorme, y todo crecimiento era entonces un progreso del espíritu revolucionario. Metternich, como es sabido, no temía ya tanto a "la ligera Francia" como a "la perseverante Alemania", y ésta comenzaba ya a ponerse amenazadora. De Italia, Metternich no hacía caso. Y fue en Italia donde el entusiasmo y la constancia se unieron, haciendo de ella, más aún que de la misma Francia, el verdadero foco revolucionario de 1848.

El año comenzó con novedades en toda Europa. En enero, Palermo se alza contra el Rey de Ambas Sicilias; Milán se inquieta con "la querella de los cigarros" (cuando los soldados reciben orden de echar bocanadas de humo a la cara de los pasantes, que se negaban a fumar tabaco venido de Austria); el 9 de febrero, Munich está en ebullición a causa de la bailarina Lola Montes, promovida al rango de Condesa de Lansfeld por su enamorado el Rey Luis I de Baviera, pronto obligado por la opinión a expulsarla de la corte. Pero fue la caída de Luis Felipe lo que trastornó al mundo, poniendo de paso en gran peligro la suerte de Austria. Ésta dominaba y oprimía a Alemania y, sobre todo, a Italia. Alemania quería su unidad, primero incluyendo en ella a Austria, y luego, sin contar con Austria. Italia anhelaba librarse del yugo austríaco: ¡la Italia limpia de bárbaros, que ya decía Maquiavelo! En los dominios de los Habsburgos, la revolución liberal, que paralizó algún tiempo al gobierno vienés, dejó libre juego a las nacionalidades de aquel imperio mal fraguado. Sus distintas nacionalidades, en lugar de entenderse, lucharon unas contra otras; y el antiguo amo se aprovechó de sus disidencias.

En Italia, la inquietud tenía muchos nombres: cosmopolitismo, nacionalismo, socialismo, liberalismo. Pero había

un punto en que todos los revolucionarios se ponían de acuerdo: el anhelo de la unidad italiana, calentado al fuego del odio por el tudesco. En este descontento mudo, todos creían ver complots, y como explicaba el Embajador Chateaubriand, no había más que el malestar engendrado por la pugna entre una sociedad decrépita y una sociedad nueva (1827). La Revolución de Julio había exaltado los ánimos. El Presidente del Gobierno de Bolonia pronto se atrevería a comparar "las seis memorables jornadas de París" con los Seis Días de la Creación. Mazzini logrará comunicar a las esperanzas políticas una dignidad y una intensidad religiosas. Contra la presión conservadora de los gobiernos, Mazzini suscita el fermento revolucionario de toda Europa. Su joven Europa comprende una Joven Italia, una Joven Suiza, una Joven Polonia, y acaso confía en la alianza de los eslavos del sur contra Austria. En Italia, provoca agitaciones constantes (1833, 1834, 1837, 1842, 1843, 1844).

Como cada nuevo levantamiento no hace más que sacrificar patriotas y exacerbar las crueldades de la policía, se formó un nuevo partido, también patriótico, bajo la capitanía de Gioberti. Éste, inspirado en la resignación de Silvio Pellico, el mártir de Spielberg, buscaba más bien la liberación a través de un papa capaz de ponerse al frente de la confederación italiana y mediante arreglos y procesos legales. Por otra parte, la confederación soñada por Gioberti se oponía también a la república unitaria que concebía Mazzini. En todo caso, polémicas como las encarnadas en estos dos nombres, y también el de Balbo —que procuraba morigerar el celoso sentimiento antifrancés de Mazzini y la desatada furia antifrancesa de Gioberti—, así como las reuniones anuales de sabios inauguradas en Pisa el año de 1839 (geógrafos, economistas, agrónomos, filólogos y hasta financieros) ciertamente cumplían el propósito de ir preparando la educación política del pueblo italiano.

Las reformas ofrecidas por el Papa Gregorio XVI no habían sido cumplidas. Cuando, en 1837, franceses y austríacos desocupan a Italia, la Santa Sede se queda sola ante el sentimiento general. Las sociedades secretas se desarrollan activamente, pues el sentimiento de la conspiración fas-

cina a los hombres y parece dar a su existencia un objetivo superior que la alivia del aburrimiento cotidiano. De 1843 en adelante hay un estado de insurrección latente. En 1846, a la muerte de Gregorio XVI, Pío IX aparece a los ojos del pueblo como un papa liberal y es acogido con entusiasmo. Este papa concede en efecto algunas reformas. Pero Austria no quería ver a Italia reconstruída, y sus tropas, con cualquier pretexto, ocupan Ferrara (27 de julio, 1847). El Papa protestó. Inglaterra y Francia, interpretando su protesta, enviaron en su auxilio varios escuadrones a la bahía de Nápoles. También Carlos Alberto, en el Piamonte, se manifestará dispuesto a ayudar al Papa y a prescindir de su aversión a los métodos constitucionales en bien de Italia.

2. En Austria, bajo el cetro de los Habsburgos, había venido a reunirse hasta una docena de naciones, representantes de media docena de razas por lo menos. Su política ideal era la estabilidad absoluta, política grata al temperamento del Rey Francisco y sostenida cuidadosamente por Metternich, pero que acabaría por alejar a Austria del resto de Alemania. El poder central, por su mismo empeño de estabilidad absoluta, se fue debilitando, y ante él comenzaban a alzarse los nacionalismos hasta entonces sujetos. El Rey Francisco había ponderado en estos términos maquiavélicos las ventajas de un Estado heterogéneo, ante cierto embajador francés: "Pongo a húngaros en Italia y a italianos en Hungría. Cada uno vigila a su vecino. No se comprenden, y se detestan entre sí. De sus antipatías nace el orden; y de sus odios recíprocos, la paz general". Pero esta declaración engañosa apenas precedió unos años a la aparición de negros nubarrones en los horizontes del Imperio.

En Hungría, el sentimiento magiar se mezclaba con el liberalismo a la inglesa. La población mixta de Transilvania simpatizaba con Hungría. Las Dietas proponían y a veces lograban reformas inspiradas por el antiguo y ya imposible sistema. Luis Kossuth, periodista y orador, propagaba las ideas occidentales. El movimiento húngaro encarnó en la lucha contra el sistema austríaco de tarifas. En Bohemia, cundían el movimiento checo y los ideales paneslavos pre-

dicados por Carl Havlicek. Los servios, eslovenos, cróatas y dálmatas intentaban fundir sus anhelos en el ilirismo de Ljudevit Gaj, y se oponían a las pretensiones magiares del mismo modo que los magiares se oponían a Austria. Los alemanes de Austria, por su parte, eran conservadores y sólo admitían la unificación de Alemania en el supuesto de que ella quedara bajo el cetro de los Habsburgos de Viena. Su política era, hasta aquí, la de Metternich. Pero, en lo interior, también se había apoderado de ellos el "demonio constitucional", y aunque toleraron el antiguo régimen bajo el "buen Kaiser Francisco", no así bajo su sucesor y la Regencia que lo asesoraba. Metternich no percibió este cambio hasta el 13 de mayo, 1848, cuando en Viena misma estalló la revolución. La agitación agraria había de ser el motor revolucionario más intenso.

Por lo pronto, Metternich jugaba a la balanza entre el magiarismo de unos y el eslavismo de otros. Y el propio Gran Magiar, Conde Szechenyi —aunque se daba cuenta de que los húngaros estaban solos en el mundo, mientras que "casi todas las poblaciones que forman parte políticamente de Hungría cuentan, allende las fronteras, con hermanos y simpatizadores"—, reconocía ante la Academia Húngara que el eslavismo era una reacción legítima contra los excesos del magiarismo. Pocos sospechaban que el despertar eslavo entrañase un peligro intelectual para la influencia alemana o un peligro político para la dominación austríaca.

En 1846, los polacos se levantaron en Galitzia. En vez de seguir el camino de sus triunfos, quisieron forjar una república en Cracovia. El Coronel Benedek los derrotó casi por su cuenta. En esta corta lucha, el rencor de los campesinos rutenos hacia la nobleza polaca demostró que existía ya un sentimiento consciente de las clases sociales. Parece que solamente en Tarnov los labriegos mataron a mil quinientos nobles y, naturalmente, se declararon después resueltos a no trabajar más bajo el sistema feudal en que vivían. El Emperador tuvo que abolir las cargas más graves que pesaban sobre los rutenos, lo que equivalía a premiar sus atrocidades y matanzas a ojos de las clases conservadoras, que manifestaron inmensa alarma. El gobierno, ante esto,

retiró todas sus concesiones, y los labriegos rutenos quedaron en categoría de "pólvora seca" (lenguaje que usará un día Guillermo II de Alemania), para arder a la menor chispa. La unión del movimiento agrario y el nacionalista determinaron la ruina del antiguo sistema austríaco.

3. En Alemania, los sucesivos intentos para aplacar el espíritu liberal —que intermitentemente se confundía con el espíritu de unificación nacional— sólo habían logrado mantener el ánimo despierto. En la fiesta de Hambach (Baviera renana, 1832), se produjo algo semejante a lo acontecido en Wartburg, 1817, y el pabellón negro, rojo y oro fue aclamado por 25,000 asistentes. Ante la audacia de los radicales, los gobiernos se pusieron alerta. Y un buen día, de común acuerdo, decidieron emprender, contra toda ley, una campaña de represiones. La Dieta dejó entonces de constituir un organismo aparte, para transformarse en agencia de los príncipes alemanes y utensilio de sus gobiernos. Los liberales Boerne y Heine emigraron a París. En 1837, el Rey de Hanover suspendió su Constitución. Los liberales solicitaron en vano de la Dieta la intervención de las fuerzas confederadas, y entonces pensaron en acabar con la Dieta y sustituirla por un gobierno avanzado para toda la nación. El nacionalismo, en su forma antifrancesa, tuvo un despertar cuando, en 1840, la prensa parisiense, exasperada por el tratado de Londres, habló de recuperar la margen izquierda del Rin. (Este tratado, entre Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia, para oponerse a las pretensiones de Mehemet Alí, apoyado por Francia, determinó de parte de ésta un resentimiento que estuvo a punto de quebrantar la paz de Europa.) El nuevo monarca de Prusia, Federico Guillermo IV, de quien dependía esa faja del Rin, ganó popularidad para su naciente gobierno con sólo apoyar estos sentimientos antifranceses y felicitar a Becker, autor del *Rin alemán,* una de las canciones patrióticas que salieron por esos días. Otra, *La Guardia del Rin,* de Schneckenburger, sería el canto nacional de 1870; y otra en fin, *Alemania sobre todo,* de Hoffmann de Fallersleben, el de 1914.

Aunque entre la clase muy respetada de los profesores

universitarios las ideas nacionalistas solían asumir un sesgo liberal, el imperialismo filosófico de Hegel prestaba armas al otro imperialismo futuro. Y aunque Ranke, con ser conservador, era demasiado buen historiador para poner la historia simplemente al servicio de las propagandas, ya su discípulo Sybel pretendía escribir la historia *cum ira et studio* y con miras a los problemas del país; y Droysen, otro historiador, tras de examinar el imperialismo macedónico, soñaba con la unificación de todos los alemanes del mundo. Gervinus, en su célebre *Historia de la literatura poética de los alemanes*, quería que las letras fueran, sobre todo, instrumento de la idea nacional. A una inspiración semejante obedecieron los diversos congresos científicos y filosóficos (1822, 1828), y el de germanistas (juristas, historiadores, lingüistas) reunido en Francfort bajo la ilustre presidencia de Grimm.

Por esos años, la disputa sobre la sucesión de los Ducados de Schleswig y de Holstein —que tenía también su fondo de rivalidad lingüística entre el alemán y el danés— apasionaba a Alemania, por una parte; por otra, excitaba hasta la fiebre los sentimientos escandinavos.

A fines de 1845, Federico Guillermo IV, sin percatarse de que el momento era inoportuno, había querido hacer un experimento constitucional, formando una Asamblea Central con sus Dietas provinciales. El 13 de febrero, 1847, a pesar de los consejos en contrario del Zar y de Metternich, convocó la Dieta unida. Pronto se vio que ni el Rey era capaz de dar lo que pedía el pueblo, ni éste parecía dispuesto a ceder. Y la Asamblea sólo sirvió para preparar el terreno a la revolución. Sólo faltaba la chispa de París.

4. La Gran Bretaña, en tanto, a pesar de haber concedido la emancipación católica en 1829, seguía a vueltas con el problema de Irlanda. En 1840, O'Connell reclamó de nuevo el Parlamento autónomo para Irlanda. Pero el viejo tribuno acaso no respondía ya a la nueva temperatura romántica de la política, ni acertaba a reclutar las voluntades de los elementos no católicos. Las letras evocaban recuerdos de la pasada grandeza, y los periódicos marcaban pers-

pectivas al porvenir. La Joven Irlanda, del poeta Thomas Osborne Davis, se alejaba de O'Connell adoptando un paso más resuelto. Unos estaban por la acción legal; otros, por la acción física.

En la isla mayor, en cambio, ingleses, escoceses, galeses, marchaban a un paso y, a pesar de la miseria de su proletariado, merecían la admiración de los continentales. Los ingleses vivían algo desentendidos del resto de Europa, a la que consideraban a través de una lente de prejuicios más o menos justificados. Ofrecían refugio y tranquilidad a los desterrados, pero los abandonaban a sus fuerzas. Por excepción, el prestigio personal de Mazzini había logrado fundir el cerco de hielo. "Los radicales ingleses, a ejemplo de su maestro Bentham, mezclaban el ardiente patriotismo británico y el odio al imperialismo." Y el ministro Palmerston encarnaba aquel sentimiento de ensanche mundial en que se juntaban el interés económico y quién sabe qué vaga poesía. La estrella de Palmerston comienza a ascender en 1840, a pesar de que la Reina Victoria no lo veía con buenos ojos, y culmina en 1846. Palmerston consideraba con desdén las cosas continentales; pero, ante la actitud poco amistosa de Francia, que coqueteó con Austria en el asunto de "los matrimonios españoles", fue capaz de movilizar contra ambos gobiernos todas las fuerzas hostiles, en Italia, en Suiza, aunque sin comprometer ninguna ayuda militar, lo que aprobaban todos los partidos ingleses.

5. Lo curioso es que Luis Felipe de Francia, en vísperas de la revolución que había de costarle el trono, se creía más seguro que nunca. Desde los días de Guizot (1840), el gobierno francés procuraba la paz en el exterior, y asimismo en el interior, sofocando todos los intentos de reforma. Todavía Casimir Périer defendía a Bélgica contra los holandeses (4 de agosto, 1831), u ocupaba Ancona para detener el avance austríaco (febrero, 1832). Pero Guizot asumió el aire de enemigo de los movimientos nacionales en Italia y en Suiza. Y esto, en plena primavera de entusiasmos nacionalistas, filosóficos y literarios. Por aquellos días, en efecto, los grandes países europeos eran exaltados a la categoría

de "pueblo elegido" por sus respectivos escritores. Tal hacían Michelet, para Francia; Mickiewicz —desde su reciente cátedra del Colegio de Francia—, para Polonia; Hegel, entre otros, para Alemania; Gioberti y Mazzini, para Italia; Karamzine y los Kirieyevski, para Rusia; Carlyle, para el laborioso John Bull, heredero del silencio de los romanos. Aun Rumanía evoca la sombra de Trajano, y Portugal reclama su sitio por boca de Alejandro Herculano.

Poco a poco, Guizot se hizo impopular. Luis Felipe nunca había sido Rey de los franceses, sino de una clase social. Périer, cuando la huelga de Lyon (1835) —primeros pasos del socialismo—, perdió la oportunidad de unir a la corona los intereses de los obreros. Entonces el comunismo se convirtió en fuerza popular. Saint-Simon y Fourier acaso no ejercieron acción directa sobre las masas, pero sí Louis Blanc con su "organización del trabajo" y el "derecho al trabajo". Ya no era aquél un movimiento puramente político, sino una revolución social.

Y el Rey sólo tenía ojos para ver su pequeña intriga parlamentaria, y sólo tenía manos para procurar, a través de ella, el gobierno personal. Tal había sido la causa de su rompimiento con Thiers; tal es la causa de todos los cambios sobrevenidos en el ministerio de 1836 a 1840. La "monarquía revolucionaria" no tendría en adelante más política que la resistencia, y trataría de mantenerse en las tradiciones dinásticas de Luis XIV. Así pudo verse cuando la cuestión de los "matrimonios españoles". La alianza francoinglesa, mantenida a pesar de todo durante cinco años, se quebró entonces.

6. La Reina Isabel de España y su hermana Luisa eran, para 1846, jóvenes casaderas. La Reina Regente —Cristina— deseaba casarlas con príncipes franceses. Pero las potencias, sobre todo Inglaterra, insistían en la inconveniencia de crear una unión familiar demasiado estrecha entre las coronas de España y Francia, que ya se había convenido en separar permanentemente según el tratado de Utrecht (11 de abril, 1713). Inglaterra se manifestaba dispuesta a tolerar que uno de los Borbones, descendientes de Felipe V,

contrajera matrimonio con Isabel; y, en caso de que este matrimonio tuviera un hijo, no pondría obstáculo al enlace de Luisa con el Duque de Montpensier, enlace que Luis Felipe deseaba. Al fin, rechazados algunos candidatos para Isabel, quedaron solamente dos: Francisco de Asís, Duque de Cádiz, patrocinado por Francia, y su hermano Enrique, patrocinado por Inglaterra.

Es creíble que Isabel prefiriera a Enrique; pero su madre veía con recelo las relaciones de Enrique con los "progresistas", y ahora comenzaba a inclinarse por un tercer candidato: el Príncipe Leopoldo, un Coburgo. Inglaterra prefirió dejar que la misma Reina Regente, Cristina, eligiera entre los tres candidatos. Guizot aprovechó el instante para declarar que la convención semi-privada con Inglaterra quedaba rota, dada la neutralidad de ésta ante la candidatura del Coburgo, y logró el matrimonio simultáneo de Isabel con Francisco y de Luisa con el Montpensier. De Francisco nadie esperaba herederos, era cosa sabida. La dinastía francesa había dado un paso adelante; pero la *entente cordiale* entre Inglaterra y Francia se deshizo, con desmedro para los intereses del pueblo francés. Ridículos azares impidieron que se realizara la maniobra de Guizot, pues, por lo pronto, Francisco de Asís no pudo consumar el acto que lo establecía en sus derechos —la diplomacia no había contado con la naturaleza—, y dejó el sitio al hermoso General Serrano. Isabel se inclinó entonces al lado de los progresistas y restauró la influencia inglesa. Palmerston, el Ministro inglés, quedaba en guardia para devolver la jugada a Luis Felipe.

7. Pronto se presentó la ocasión. Suiza se había organizado en República Helvética desde 1798. Pero la reacción contra las teorías francesas, también contra las tentativas militares y el espíritu napoleónico, hacen que Suiza vuelva al fraccionamiento cantonal. Su Constitución reposaba en la garantía de Europa, según los tratados de Viena que ya conocemos. Los trastornos internos podían dar pretexto a una intervención de las potencias. Luis Felipe, aislado en razón de su enfriamiento con Inglaterra, trata de acercarse a Aus-

tria y a los poderes conservadores para intervenir en Suiza. Aquí la lucha entre liberales y conservadores se había exacerbado, y se complicaba con una pugna religiosa entre los cantones católicos y el partido liberal centralizador. En 1843, siete cantones católicos se unieron, bajo la capitanía de Lucerna *(Sonderbund)* para resistirse por las armas contra las reformas liberales.

Se trató de expulsar entonces a los jesuítas, que habían preparado esta reacción, y en 1845 la guerra civil se hizo general. A los dos años, los cantones católicos piden auxilio a Europa contra la Asamblea Federal de Berna, fundándose en los pactos de Viena. Luis Felipe toma bajo su protección el movimiento ultramontano. Y ya trataba de intervenir, de acuerdo con Austria, cuando la diplomacia de Palmerston da esperanzas a los liberales suizos. La Asamblea disuelve la Liga Cantonal y expulsa a los jesuítas; pero Luis Felipe no se atreve a hacer nada, y Metternich, sin Luis Felipe, tampoco. En tanto, la Asamblea Federal condena formalmente a los cantones refractarios, que de nuevo acuden a las potencias. Guizot pide una conferencia europea. Palmerston se da cuenta de que los liberales suizos representan el partido más fuerte, y deja pasar diez días antes de contestar la invitación de Guizot. Al fin contesta haciendo contraproposiciones, y al mismo tiempo su representante en Berna aconseja al Gobierno suizo que proceda con la mayor prontitud. El 26 de noviembre Palmerston accede a la invitación de Francia. Pero ya dos días antes Lucerna había caído en poder de los liberales. El *Sonderbund* había pasado a la historia. La "Monarquía liberal" de Francia no había hecho más que exhibirse en falsa postura, obrando contra los únicos principios que hubieran podido fortalecerla. Como, ante la presión de las potencias continentales en favor del *Sonderbund*, la Asamblea había contestado orgullosamente, declarando que resolvería tanto mejor sus propios problemas cuanto más se respetase su independencia, se desarrolla, fortalecido por el éxito, un sentimiento patriótico que contribuirá no poco a vencer los obstáculos originados por las diferencias de lengua, religión y política.

## B. Las Revoluciones

8. En tanto, cundía en Francia el movimiento social. La Monarquía de Julio sólo había accedido a tres reformas: los Consejos de Distrito, la educación primaria, el sistema carcelario. La mayoría parlamentaria era fruto de la corrupción. El Rey, seguro de su Parlamento, no veía la agitación creciente en las calles. La comenzaron los burgueses, todavía leales a la Corona. Pronto, con la celeridad ordinaria en estos casos, la encabezaban ya republicanos y socialistas. La revolución se inició con un motín en torno a un banquete prohibido por la autoridad (22 de febrero, 1848). La Guardia Nacional fraternizó con el pueblo. Cayó Guizot y hubo iluminaciones en París.

Pero los republicanos no podían desperdiciar tal ocasión, y el 23 atacaron el Ministerio de Negocios Extranjeros, donde vivía Guizot. Hubo algunas muertes: sirvieron para propagar la causa con su patética elocuencia. En vano el Gobierno se apresuró a hacer concesiones. Medio París pedía la República Social. El 24, el Rey abdicó en favor de su nieto, el Conde de París, y abandonó las Tullerías. La Cámara, ya sin poderes, proclamó Rey al Conde de París. El pueblo invadió la Cámara gritando: "¡Abajo la Monarquía!" Los diputados republicanos propusieron un gobierno provisional. Entretanto, un gobierno rival se había instalado ya en el Hôtel de Ville o palacio municipal. Ambos se pusieron de acuerdo. Se proclamó la República y se convocó una Convención Nacional.

Los burgueses liberales veían ahora con respeto el advenimiento de la República, y los republicanos temblaban ante el socialismo. Por el momento, la bandera tricolor de Lamartine parecía ganar sobre la bandera roja de Louis Blanc, pero los republicanos socialistas obtenían triunfos. Pronto se decretó el establecimiento de los Talleres Nacionales. El 28 hubo un motín que exigía la "organización del trabajo" y la creación de un Ministerio del Progreso. La onda creciente del socialismo comenzó a ser contenida hacia mediados de abril. La Convención Nacional resultó formada por una mayoría de moderados y una escasa minoría

de socialistas, aunque aún quedaban reaccionarios. El Duque de Wellington se decía que, a haber otro Napoleón, aquél era su momento. La lucha del gobierno republicano moderado y del socialismo continuó entre accidentales choques.

Los Talleres Nacionales se vieron atestados con más de cien mil obreros, a los que no era posible dar trabajo. Pronto se reclutó así un ejército de descontentos que, aunque pensionados a franco diario por el Gobierno, vagaban por el Campo de Marte en espera de un audaz que los azuzara. En junio, la Asamblea ordenó salir de París a los obreros provincianos y declaró cerrados los Talleres. Del 24 al 26 de junio la cuenta se liquidó sangrientamente. El socialismo quedó derrotado. La Asamblea se consagró a redactar una nueva Constitución, que fue proclamada en noviembre. Aunque ella establecía la división de poderes, todavía dejaba mucha fuerza al Presidente, como jefe administrativo y militar, sobre todo si el cargo llegaba a recaer en un nombre ilustre. Y, en efecto, fue electo Luis Napoleón, hijo del Rey de Holanda y sobrino de Napoleón el Grande. Tenía un nombre ilustre; ofrecía restaurar el orden; Francia le dio la bienvenida. (Diciembre de 1848.)

9. La revolución de Francia comenzada en febrero, 1848, fue un simple episodio de la conmoción que agitó a toda Europa, desde Irlanda hasta el Danubio. La habían precedido y acompañado como hemos visto el triunfo de los liberales en Suiza y las revoluciones de Nápoles y Palermo. Pronto sobrevino la proclamación de una nueva Constitución en el Piamonte. En Austria, y aun en Alemania e Italia, la historia de este movimiento es la historia del fracaso austríaco ante los anhelos liberales y nacionales, y de la inesperada reorganización de los reaccionarios, debida a la rivalidad entre las distintas masas revolucionarias.

En Viena, los levantamientos de Galitzia hacían que la opinión prefiriera ya "un infierno constitucional a un paraíso absolutista". En Hungría, donde a la sazón la Dieta de Presburgo discutía un plan de reformas moderadas, Kossuth pronunció un discurso por la autonomía que produjo un

efecto eléctrico. Ahora se hablaba de fraternización entre las distintas nacionalidades austríacas, nuevo ideal que luchaba contra el antiguo principio de la germanización. Este principio, en rigor, había perdido su valor para Austria, por cuanto las tendencias nacionales de la misma Alemania hicieron al fin de la germanización un dogma más propiamente alemán que austríaco.

En Bohemia (Praga, 11 de marzo, 1848), hubo un motín nacionalista. Al mismo tiempo, los representantes del Austria inferior pedían en Viena que se convocara a los delegados de las Dietas provinciales para que interviniesen en las finanzas del Imperio. El Gobierno accede tímidamente, lo que fue dar un incentivo a los inquietos. Entonces estalló en Viena un alzamiento de obreros y estudiantes (13 de marzo). La turba invadió la Sala de la Dieta; Kossuth pronunció otro discurso. La Dieta, apremiada, aceptó el programa popular. El alzamiento creció en revolución. El 13 de mayo, Metternich presentó su renuncia y escapó a toda prisa. Con él cayó un régimen, pero él ya no hubiera sido capaz de salvarlo. De sus antiguas dotes sólo le quedaba ya la facultad de hacer buenas frases.

En Pest se había organizado un Comité de Salud Pública, y las recién dictadas Leyes de Marzo eran un resumen de las aspiraciones magiares; es decir, que separaban de hecho a Hungría de Austria. Formóse allá un gabinete húngaro, y Hungría sólo quedó unida a Austria por el azar de que su Palatino fuera al mismo tiempo un Archiduque de Habsburgo.

Bohemia siguió el ejemplo de Hungría. En Bohemia, la oposición entre aristócratas y revolucionarios se complicaba con la oposición entre checos y germanos. Pero el terrorismo del populacho en Praga creó cierta concordia momentánea y, al calor de ella, los diversos partidos pidieron y obtuvieron de Viena el reconocimiento de la igualdad entre la lengua alemana y la checa. El 8 de abril se proclamó la nueva Constitución en Praga. Croacia intentó, sin éxito, su separación de Hungría. El gobierno de Viena, que operaba en medio de un equilibrio difícil e inestable, no podía aún atreverse a jugar con las mutuas rivalidades entre magiares

y eslavos. Hungría, además, favorecida entonces por la democracia armada de Viena, contaba con un valimiento de que carecían los cróatas.

10. En Italia, la caída de Metternich precipitó la crisis. La noticia de la revolución vienesa del 13 de marzo cruzó los Alpes, y a los cinco días se produjo en Milán, contra las autoridades austríacas, la Batalla de los Cinco Días. Aunque el comandante austríaco Radetzky había previsto las cosas, no pudo, sorprendido por esta guerra de barricadas, contener la explosión y, de momento, se retiró a Verona. Toda la Lombardía siguió a su capital y reconoció un gobierno de emergencia. Venecia, sublevada desde el 17 de marzo, consumó su liberación también en cinco días. Los patriotas militantes, Manin, Tommaseo, se pusieron al frente de la nueva República de Venecia. En el Piamonte, donde nadie deseaba permanecer pasivo, Cavour propone, contra las maniobras de los Luis Felipe y los Guizot, la política única de los Federico, Napoleón y Carlos Manuel. El Piamonte declara la guerra a Austria, vencidas las indecisiones de Carlos Alberto, y sus fuerzas entran en Lombardía. Carlos Alberto se atreve a enarbolar el pabellón rojo, blanco y verde de los liberales, y da una Constitución al Piamonte el 4 de marzo, 1848, la que aún regía al estallar la guerra de 1914. Toda Italia envía voluntarios. Parma y Módena establecen gobiernos provisionales, ante la precipitada fuga de los Duques. El Gran Duque de Toscana promete soldados a Carlos Alberto. El Rey de Ambas Sicilias, el Borbón Fernando II, obligado a dar una Constitución a su pueblo, envía al norte una escuadra con tropas en ayuda de la causa común. La agitación cunde hasta el Tirol italiano. Durando, General de los ejércitos pontificales, anuncia la guerra de independencia contra Austria. El ejército sardo obtiene sus primeras victorias, lo que robustece la esperanza de los patriotas. Los poetas cantan los sueños de la nación. Verdi compone un himno, con letra de Goffredo Mameli, a "la Italia una de los Alpes al Mar".

Sólo la perspicacia del comandante Radetzky —que aconsejó esperar y, por lo tanto, evacuar el norte de Italia

aun a riesgo de dejar por lo pronto libre campo a la revolución— pudo preservar por algún tiempo todavía a Austria el dominio sobre sus antiguos vasallos. Mientras cundía la llama, Radetzky se mantuvo a la ofensiva y en espera de refuerzos.

11. Volvamos a Alemania. Allá la acción liberal sabemos que estaba preparada desde antes de la revolución de febrero. Cuando llegó la noticia de París, el gobierno se encontró ante la opinión organizada y sin la posibilidad de recibir ningún auxilio de Viena. En Heidelberg, un mitin de notables pide la convocación de un Parlamento Germánico. Una comisión de siete delegados, presidida por Von Gagern, traza un proyecto constitucional republicano para toda la Confederación Germánica. El Rey de Baviera se oponía, y el Rey de Prusia permanecía mudo. En este momento llegaron las nuevas de la revolución vienesa, y a los dos días había barricadas por las calles de Berlín (14 de marzo, 1848). Los príncipes alemanes estaban espantados ante el hecho de que la revolución de París (24 de febrero) hubiera acarreado tan prontamente la vienesa (13 de marzo), y ésta, a los cinco días, se reflejara ya en Berlín.

El Rey de Prusia tuvo que ceder; aceptó las proposiciones de los liberales y convocó para abril una Dieta unida. Pero no fue posible evitar el derramamiento de sangre y hubo encuentros en el mismo patio del Palacio. Con todo, Federico Guillermo no tuvo ánimo para reprimir la revolución por la fuerza. Abrió negociaciones, hizo que las tropas regulares salieran de Berlín y quedó de hecho a merced de los revolucionarios. El 21 de marzo, mientras su hermano, el futuro emperador Guillermo, marchaba al destierro, el Rey de Prusia encabezaba por las calles una procesión popular y se dejaba llamar jefe de la Alemania Unida. Esta actitud nacionalista del Rey, sincera o fingida, no despertó la unánime aprobación con que él contaba. El sur de Alemania no estaba dispuesto a aceptar tan fácilmente la jefatura de Prusia. El Zar se mostraba iracundo, y Austria protestaba de antemano contra toda pretensión de Prusia a asumir el mando de Alemania.

Pero la verdad es que, por el momento, la revolución alemana hacía tan poco caso de Prusia como de Austria. La Dieta tuvo que consentir en todo lo que pedía la revolución, y el 18 de mayo se inauguró en Francfort el primer Parlamento Nacional. Esta asamblea, inexperta y tumultuosa, entró en largos debates sobre cuestiones de técnica constitucional. Pero los graves problemas de la nacionalidad levantaron allí la cabeza amenazadora.

De tiempo atrás, los liberales, guiados por Rotteck, admitían que la Lombardía y el Véneto debían pertenecer a Italia, y la Galitzia a Polonia. Tales ideas no podían menos de aparecer en Francfort, sostenidas por los demócratas. Pero entre la mayoría más bien se deja sentir la creciente ambición germánica, provocada por las turbulencias. Así cuando, ante la perspectiva de que se deshiciera la Confederación, los Países Bajos, en La Haya, declaran la anexión de la provincia holandesa de Limburgo, Francfort consideró esto contrario a la nueva Constitución del Reich. Y cuando Windischgraetz hubo reducido a cañonazos el levantamiento de Praga, la asamblea de Francfort le dio las gracias "por su vigorosa defensa de las fronteras alemanas". El diputado prusiano Radowitz fue ovacionado cuando declaró que el Mincio marcaba el límite meridional de Alemania. Otro recordó a "los hermanos de Alsacia". Con todo, la galofobia, de momento, parecía adormecida por las simpatías revolucionarias para la Francia democrática. Pero, en el asunto del Schleswig-Holstein y en otros, pronto veremos manifestarse ya el naciente impulso imperialista.

12. Así, dos meses después de la caída de Metternich la revolución parecía triunfar por todas partes. Esta misma facilidad fue su mayor obstáculo. Los revolucionarios se adueñaron del poder por sorpresa, sin aniquilar al enemigo, y se dividieron antes de tiempo sobre sus despojos. Pronto, en Austria, por ejemplo, la marea reaccionaria se dejará sentir. El peso de su tradición imperial pudo todavía detener por dieciocho años la creación de la unidad alemana. La fuerza de su ejército, en cuanto logró libertarse de la carga de Italia, vino a ser un instrumento poderoso en ma-

nos de la reacción; y, contenido un día el desorden interno, la suerte de la nación dependerá del éxito o del fracaso de sus armas ante la nunca completamente extinta efervescencia de los italianos.

Pues ¿qué ha pasado ahora en Italia? Allá, el triunfo de los revolucionarios parecía seguro al principio. Todos los celos locales se aplacaron en los primeros momentos. Nadie pensaba más que en la liberación de Italia. Ante los éxitos de Carlos Alberto, Radetzky parecía hallarse en situación desesperada. Pero ciertas vacilaciones por parte de los vencedores dieron tiempo a que los austríacos tomaran la ofensiva. Por un instante, sin embargo, el Gabinete de Viena estuvo dispuesto a sacrificar la Lombardía y a solicitar la mediación amistosa de Lord Palmerston. Pero Radetzky siempre aseguraba que, por la paciencia, llegaría al éxito.

Los príncipes italianos, que nada ganaban con el encumbramiento de Carlos Alberto, sólo esperaban la ocasión para dejar sentir sus recelos. El Papa que, como príncipe italiano al fin, anhelaba la libertad de Italia, en cuanto era jefe de la Iglesia temía la guerra con Austria, potencia católica, y ya había desautorizado los arrebatos patrióticos de Durando. Finalmente, se decidió contra la guerra, y ese mismo día puso término a su popularidad. Los ejércitos del Papa, que ya habían sido llevados al frente, allí permanecieron, pero inactivos. A la defección de Pío, siguió naturalmente la de Nápoles o mejor dicho la de su monarca. El Rey de Nápoles se aprovechó de un motín para declarar nula la Constitución que acababa de promulgar. El General Pepe y sus tropas tuvieron que abandonar el frente, llamadas a toda prisa para sofocar la rebelión siciliana, con excepción de unos 2,000 hombres que desobedecieron y se unieron a los piamonteses. Todo cambió en un par de semanas.

Carlos Alberto, por lo pronto, sólo pensó en consolidar la unidad del norte italiano. Lombardía, Parma, Piacenza, Módena y poco después Venecia, estaban prontas. Pero este movimiento aumentó los temores del Papa y de Nápoles y despertó los de Francia y Suiza, a quienes no convenía un Estado poderoso en la Italia septentrional. Con todo, y a

pesar de la tendencia a aislarse, los liberales sicilianos ofrecieron la corona a un hijo de Carlos Alberto. En esta hora crítica, Radetzky redobla su actividad y obtiene algunos éxitos, ante la pasividad inexplicable de Carlos Alberto. Los lombardos comienzan a desconfiar de éste, y Mazzini maldice la hora en que Italia puso su confianza en los príncipes. Pero el haber acudido a Carlos Alberto tenía una explicación muy clara: de los nueve distintos Estados o semi-Estados italianos, Carlos Alberto era el único monarca italiano y laico. Los otros ocho Estados, para recordación, se distribuían de esta forma:

*1)* Estados Papales, regidos por el Papa;
*2)* Nápoles y Sicilia, por el Borbón español;
*3)* Toscana, por un príncipe austríaco;
*4)* Lucca, por un Borbón español;
*5)* Módena, por un príncipe austríaco;
*6)* Parma, por un príncipe austríaco;
*7)* Lombardía y Venecia que eran parte del Imperio Austríaco;
*8)* La minúscula República de San Marino, jueguecillo de la geografía política, con la que no era posible contar como foco de una revolución nacionalista.

Al fin los austríacos vencen a los piamonteses en Custozza (24 de julio, 1848), y el 5 de agosto Carlos Alberto capitula, retirado en Milán. El 9 de agosto se firmó el armisticio de Vigevano (seis semanas). La Lombardía había sido reconquistada. La República de Venecia comienza, sola, una heroica lucha. Pero no todo se ha perdido. Austria, aunque triunfadora, atraviesa tan honda crisis que todavía Italia puede esperar . . .

¿Cómo organizar la Italia independiente? —se preguntaban los patriotas. La mayoría de los notables italianos estaban por una Confederación, pero no llegaron a entenderse respecto a los lineamientos de ésta. Tras el desastre de Custozza, el gobierno piamontés, por su parte, había encargado a Rosmini, un sacerdote filósofo caro a las clases cultas, que propusiese a Roma una unión entre Cerdeña, Toscana y el Estado romano, bajo la presidencia del Papa. Pero en tanto Gioberti, en el apogeo de su popularidad, empren-

de un viaje a la Italia Central para pedir una Confederación de toda la Península. Montanelli, profesor demócrata de Pisa, lo apoya, a condición que se establezca un código constitucional. Algunos piamonteses, desesperados de todo trato con el Papa y con el Rey de Ambas Sicilias, insistían en la creación de un reino de Italia Superior acrecido con las provincias arrebatadas a Austria. Pellegrino Rossi, antiguo embajador de Francia, recobró su nacionalidad italiana y, ante las instancias de Pío IX, se dejó nombrar jefe del gobierno romano. Además, autorizó a su hijo a embanderarse como voluntario contra Austria; pero, a la vez, como ministro de un papa adverso a la guerra, tuvo que presentar un proyecto para la creación de una Liga muy flexible y nada belicosa, y dejó publicar por un periódico romano un ataque en forma contra las pretensiones del Piamonte a la hegemonía. Tal fue el origen de su creciente impopularidad, que al cabo lo llevaría a morir asesinado el 14 de noviembre, 1848.

Todos los proyectos federativos chocaban con el espíritu de particularismo municipal. Pero estos proyectos también tenían un formidable enemigo en el propio Mazzini, partidario de la unidad absoluta. Mazzini no había cesado en su propaganda desde los primeros días de 1848. Ya antes de aquel 24 de febrero en que Guizot compareció ante el Parlamento francés para defender su política, Mazzini le había reprochado el no entender una palabra de la cuestión italiana. Después de la revolución, Mazzini se presentó en París y puso en manos del Gobierno francés una memoria de la Asociación Nacional Italiana en favor de la unificación política de toda la Península, con apoyo en la autoridad de "todos los grandes italianos, desde Arnaldo de Brescia hasta Maquiavelo, desde Dante hasta Napoleón, tan nuestro como vuestro". (22 de marzo, 1848). Después Mazzini regresó a Italia; entró triunfalmente en Milán, se inscribió con los garibaldinos, y luego se dirigió a Suiza que poco tardó en expulsarlo. Su periódico denunciaba la traición de Carlos Alberto contra la unidad, por la ambición de ceñir la corona de la Alta Italia, y reprochaba a Milán la tentación de entenderse con el Piamonte. Lo seguían los

radicales y los republicanos desengañados de los príncipes. Cuando Pío IX se refugió en Gaeta el 24 de noviembre, los amigos de Mazzini empuñaron bravamente el gobierno, y la Constitución de enero, 1849, suprimió el poder temporal de los papas y creó la República Romana. En tanto, los radicales toscanos, con Montanelli y Guerrazzi, seguían igual camino en Florencia. El propio Gioberti, ahora jefe del Ministerio en Turín, hacía ya ofrecimientos a los radicales y favorecía la elección de una Cámara democrática; pero, antes que unirse a Mazzini y declarar la guerra a Austria, prefirió dejar el Gobierno. Carlos Alberto, anheloso de borrar hasta el recuerdo de sus pasadas vacilaciones, hizo punto de honra el no retardar más esta guerra, a pesar de los prudentes consejos de Cavour. Y fue la derrota de Novara (23 de marzo, 1849), seguida de la abdicación de Carlos Alberto y del armisticio del 26 de marzo, concluído dos días antes de la sesión en que el Parlamento de Francfort ofreció la corona imperial a Federico Guillermo IV. Pocas semanas después (11 de mayo, 1849), la sumisión de Palermo ponía término al alzamiento siciliano.

13. Austria, fortalecida en Italia, se ha debilitado en el interior, donde las caídas de los ministerios eran un termómetro respecto a la suerte de los ejércitos. El Comité democrático de Viena, inexperto aún, no comprendió que su causa y la de los patriotas italianos eran la misma, y embriagado por el ideal germánico, apoyó al Gobierno imperial en la campaña de Italia. La revolución de Berlín, y el aparecer Prusia como probable campeón de los Estados alemanes, exacerbaron todavía más los sentimientos germanistas de los austríacos. El Gobierno, a regañadientes, cedió a la opinión y permitió que fueran electos algunos representantes de Austria en el Parlamento de Francfort. A la vez, anunció que la soberanía y la integridad austríacas nunca serían sacrificadas a la unidad alemana. Las elecciones para el Parlamento Germánico se realizaron el 24 y el 29 de abril. El 25, el Gobierno vienés promulgó una Constitución para la Monarquía austríaca, exceptuando a las provincias italianas y húngaras. Los checos y los polacos protestaron contra todo

plan de centralización bajo el poder germánico. Por aquellos días se trataba de nombrar ministro de Instrucción Pública a un checo y, con tal pretexto, estalló un motín. La agitación se iba haciendo crónica en Viena. El 15 de mayo, el Gobierno se vio obligado a convocar a una Asamblea Constituyente, electa por sufragio universal, y el Emperador se trasladó a Innsbruck, y desde allí confirmó algunas de sus anteriores concesiones, aunque protestó contra la presión que el pueblo venía ejerciendo sobre el Gobierno. Los vieneses rogaron al Emperador que regresase a Viena y tratara de restablecer la tranquilidad en el ánimo público. El Ministro intentó cerrar la Universidad, fuente y origen de turbulencias. Los estudiantes se resistieron, apoyados por algunos inquietos. Entonces el Gobierno abandonó a la ciudad la empresa de restaurar el orden, y sancionó el establecimiento de un Comité de Seguridad Pública.

La democracia, triunfante en Viena, pretendió entonces imponerse a todo el Imperio, como se imponía sobre toda Francia la voluntad de París. Pero el caso era muy distinto. Francia era una nación homogénea. En Austria, las razas sometidas vieron llegada su hora, y comenzaron a aparecer en Innsbruck innumerables comisiones de todos los puntos del país. El Emperador apeló a la lealtad de sus amadas provincias para contener los desórdenes de la capital. La inquietud cundía lo mismo entre los dominios hereditarios que en los de la Corona de San Esteban (Hungría).

14. Bohemia ha tomado la iniciativa. Sabemos que las noticias de París habían ya hecho adoptar en Praga (11 de marzo, 1848), por una numerosa asamblea, una petición de reformas liberales, la igualdad entre checos y alemanes y la equiparación de la lengua vernácula. Después del 13 de marzo, este memorial todavía reclutó firmas a millares. El Gobierno vienés acabó por soltar promesas, anunciando la restauración del reino autónomo de Bohemia (8 de abril). Los burgueses de Praga veían con agrado que la aristocracia bohemia, de mucho tiempo atrás favorable al movimiento literario checo, apoyara ahora esta acción política. El Gobernador de Bohemia, Conde Stadion, confió el puesto

de Burgrave de Bohemia al Conde León Thun, popular eslavista. "Aquí —se ha dicho—, como en Francfort, como en Viena, la revolución tuvo su luna de miel."

Acabados los trabajos del Parlamento de Alemania, el Comité de los Cincuenta, encargado de preparar las elecciones, invitó a Palacky, figura la más eminente del eslavismo checo, a que colaborase en la obra. El historiador de Bohemia abandonó su quieto refugio de estudioso para convertirse en líder político de su pueblo. La carta abierta que dirigió a Francfort circuló en millares de ejemplares. "No me siento alemán; soy checo —venía a decir—, y lo poco que valgo, lo pongo al servicio de mi nación." Esta nación tenía un sitio dentro del Estado austríaco, que, "de no existir, habría que crearlo para bien de Europa y de la humanidad"; pero tal Estado sólo podría vivir conforme al principio de su existencia: la igualdad absoluta de todos los pueblos que él abarcaba. El efecto fue inmenso: "¡No haya electores para Francfort!", clamaba la hoja periódica de Havlitchek. Y los mismos alemanes residentes en Praga —que oían por todas partes cantar tonadas antialemanas— no se atrevieron a concurrir a las urnas. De toda Bohemia sólo acudió al Parlamento de Francfort un grupo minúsculo de diputados. Esto no podía desagradar al Gobierno vienés, que consideraba la nueva Constitución alemana con suma desconfianza. Y como, por su lado, los vieneses exigían una Asamblea Constituyente austríaca, al Gobierno le convenía movilizar, contra los demócratas germanos de sus provincias, a los checos, dirigidos por una aristocracia leal y cuyo cuerpo de electores estaba formado por dóciles campesinos. El actual jefe del Gobierno vienés, el Conde Pillesdorf, hasta pensó en llamar a Chafarik, y ante la negativa de éste, Palacky entró en el Ministerio. Tras la primera fuga de la corte imperial que luego veremos, una manifestación de lealtad en nombre de los checos le fue presentada en Innsbruck.

Entretanto, como respuesta al Parlamento Germánico de Francfort, el periodista Saczinsky logró propalar la conveniencia de un congreso paneslavo. Éste, en efecto, se reunió en Praga el 31 de mayo, 1848. En él se trataba de expulsar de Bohemia toda influencia del Parlamento alemán. La

proclama, redactada el 1º de mayo por Chafarik, Palacky, el príncipe polaco Lubomiosky, el Conde Matías de Thun y otras eminencias del eslavismo, declaraba su fidelidad al Emperador. De Rusia a los Balcanes, el eslavismo pretendía formar una liga poderosa.

El Congreso Eslavista de Praga se inauguró el 2 de junio, 1848, en medio de un gran entusiasmo. Los diputados lucían sus trajes nacionales: colores deslumbrantes, pantalones rojos, capas de terciopelo violeta y blanco, escarapelas, estandartes. El Congreso se dividió en tres grupos: checos y eslovacos, el grupo más numeroso, bajo Chafarik; polacos y rutenos, bajo un eslavo extranjero, el posnanio Libelt; y los eslavos del sur, bajo el Arcipreste de Neusatz. Entre los huéspedes, pronto se destacó, por su ardor oratorio y su talla corpulenta, un hombre llamado Bakounine. Las ceremonias religiosas hicieron patente el hecho de que todos los eslavos —católicos romanos o "uniatas", ortodoxos griegos, protestantes— prescindían de sus querellas confesionales. Palacky, electo Presidente, pidió la restauración de Polonia. Los polacos reconocieron a los rutenos la igualdad jurídica en Galitzia: "para que no haya más una Irlanda en Polonia", dijo Lubomiosky. No dejó de ser difícil entenderse, porque cada grupo de hermanos hablaba una lengua eslava distinta; y, tras de intentar sin éxito el francés, hubo alguna vez que recurrir al alemán, lengua común de cultura entre estos pueblos. La impresión general fue de cordura y moderación. Stur y sus amigos eslovacos, por ejemplo, aunque reivindicaban sus derechos frente a los magiares y deseaban una relación más estrecha con los checos, no exigían como condición inmediata el que Eslovaquia se separase de Hungría. Por su parte, las autoridades austríacas procuraban valerse del Congreso de Praga contra la democracia vienesa.

Pero en Praga tampoco escaseaban los radicales violentos, singularmente entre las legiones checas de la Guardia Nacional: los *svornost* y los *slavia.* La alianza entre los nacionalistas eslavos y los conservadores no podía durar, y la atmósfera se hizo al fin irrespirable para los reaccionarios, aliados de un día, cuando el Presidente del Congreso decla-

ró, el 10 de junio, que la raza eslava suscribía el credo liberal. A pesar de los esfuerzos de León Thun, los Guardias Nacionales entraron en conflicto con el ejército mandado por el Príncipe Windischgraetz. El pueblo no quiso esperar concesiones, impaciente ante los lentos trámites parlamentarios. El 12 de junio hubo algunos choques armados por las calles. El Príncipe salió de la ciudad con sus tropas, la bombardeó desde afuera y volvió como vencedor el día 27. Su victoria, entendida como un triunfo alemán, le ganó las felicitaciones del Parlamento de Francfort. Y el Congreso Eslavo, ya sospechoso, tuvo que suspender sus sesiones desde el 26 de junio. El jefe militar barrió con Congreso Eslavo, Comité Nacional, Clubes Democráticos y demás instituciones liberales, e impuso la ley marcial. Fue la primera victoria de la reacción.

En otras regiones eslavas de los dominios hereditarios, también hubo manifestaciones locales al calor de la idea nacional; pero, con excepción de un motín pronto sofocado en Cracovia, no fueron violentas. Los treinta diputados rutenos, en Kremsier —unos campesinos y otros sacerdotes—, todos eran devotos del Emperador. Adelante nos explicaremos sobre estos acontecimientos.

El Congreso Eslavo no produjo, pues, resultados prácticos, salvo el fijar un recuerdo deslumbrante en el corazón de los eslavistas.

Entretanto, la consecuencia inmediata de la represión de Praga por Windischgraetz fue precipitar la guerra de razas. Los liberales alemanes, olvidándose por lo pronto de sus principios, aclamaron al dictador militar de Praga, al que había conjurado el fantasma del paneslavismo. Al mismo tiempo, los éxitos de Italia fortalecían el militarismo imperialista de Austria. Por su parte, los checos, en su odio para la democracia germánica, se manifestaban ahora dispuestos a sacrificar su liberalismo en aras de su nacionalismo, y a colaborar con la reacción, esperando así hallar el camino de su independencia.

El 10 de junio se abrió el Reichsrath austríaco, y resultó una mayoría checa. En el Constituyente del 15 de julio, el diputado checo declarará: "Los eslavos somos aquí la

mayoría, aquí y en el Estado. Sobre nuestros hombros reposa la integridad del Imperio". Este falso orgullo era el disfraz de la sumisión al espíritu conservador de Viena. A su turno, los diputados austroalemanes tratan ahora de apoyarse en el populacho de Viena. Y de aquel caos parlamentario sólo sale al fin una reforma, sobre un punto en que los radicales insistían por principio y los conservadores cedían por cálculo: la reforma agraria, la emancipación de los labriegos, la abolición de los servicios feudales (7 de septiembre). Esta reforma alejaba el principal motivo de la revolución. Ahora el Gobierno contaba con tropas victoriosas y con una población rural agradecida. Los eslavos del sur lo apoyarían en adelante contra el nacionalismo magiar y el liberalismo alemán.

15. Esta acción de los eslavos del sur, que decidió la suerte de la revolución, parece compendiada en la conducta del Virrey de Croacia, Jellacic. Los países de la Corona de San Esteban se vieron, en efecto, agitados por luchas mucho más graves. El pueblo dominante, el de los magiares, pareció, tras la caída de Metternich, dispuesto a encaminarse pacíficamente por la senda que ya había emprendido años atrás. La Dieta de Presburgo, con apresuramiento febril, votó una tras otra todas las leyes que habían de constituir la Hungría moderna: parlamento periódico renovable cada tres años y con sede en Pest; extensión del sufragio; abolición de privilegios nobiliarios, igualdad de religiones. Un nuevo ministerio, presidido por un señor liberal, el Conde Batthyány, logró reunir a los hombres más importantes del país, con olvido de las antiguas rencillas: Szechenyi y Kossuth, Eötvös y Deák. El Gobierno de Viena, paralizado por los trastornos de la capital, tuvo que aceptarlo todo. Desde luego, dio al Palatino, representante del Soberano, los poderes necesarios para rectificar en su caso las resoluciones de los magiares.

Hasta aquí todo llevaba un paso medido. Las verdaderas dificultades vinieron de la resistencia opuesta por los pueblos extraños que Hungría llevaba en el seno. Los magiares habían logrado asimilarse una buena parte de la no-

bleza. Pero la oposición cundió y encontró jefe entre las clases bajas despertadas por la revolución. Los eslovacos del norte habían aprendido a conocer la obra de sus compatriotas Chafarik, Kollar, Stur. El Congreso Eslavo de Praga se ocupó en ellos y decidió a los polacos a defender la causa de este pueblo oprimido, pasando sobre sus reconocidas simpatías húngaras. Más tarde, al aproximarse los ejércitos austríacos, los eslovacos, alentados por Stur y Hurban, empuñaron las armas y aportaron una legión auxiliar. En sus filas se incorporaron voluntarios de otros países eslavos, entre ellos el aventurero Zach, un checo de Moravia que ya había combatido por Polonia en 1830 y que llegó a ser más tarde General en Servia.

Pero el caso de los eslavos del sur era mucho más peligroso para los magiares, pues los eslavos del sur poseían una organización autónoma y proveían al Emperador de Austria los mejores contingentes para sus ejércitos. Después del 14 de marzo, los croatas presentaron al Gobierno húngaro ciertas peticiones que fueron mal recibidas. Entonces se dirigieron a Viena, pidiendo el apoyo del centro contra Pest. En cierto altivo manifiesto, declaraban al Emperador que, si eran desoídos, conquistarían por sí mismos su libertad, pues preferían morir eslavos a vivir sujetos a una horda asiática. Agram fue centro de una nueva asamblea que, entre otras cosas, pidió el nombramiento del Barón Jellacic, Coronel de "confinarios", como Ban o Virrey de Croacia. Ahora bien, en Viena se le acababa de escoger precisamente para tal cargo, por su reconocida lealtad al Emperador. El nuevo Ban, en efecto, fue siempre partidario de la restauración militar e imperial en Austria, y sólo se identificó con los ideales eslavistas para mejor destruir el poder revolucionario magiar y germánico. En cuanto tomó posesión del Virreinato (14 de abril), se enfrentó con la Dieta de Pest, se puso contra Hungría, afectando un ardiente federalismo eslavo, y proclamó, en Eslavonia y Croacia, la ley marcial. Pronto dirigió un mensaje amistoso al Tilo, sociedad paneslavista formada en Praga para continuar la obra interrumpida del Congreso de 1848.

El Emperador, refugiado en Innsbruck, le ordenó, a pe-

tición del Gobierno magiar, que desistiera de sus planes separatistas y se sometiera a Hungría (7 de mayo). Jellacic, por toda respuesta, convocó a una Dieta nacional croata (Agram, 5 de junio), y declaró que el Triple Reino —servios, croatas y eslovenos— se separaban de Hungría, a la vez que anunciaba la anexión de Görz, Carniola, Carintia, Istria y la Estiria inferior. Respecto al Austria misma, Jellacic se conservaba en dependencia, sólo en lo que atañe a finanzas, relaciones exteriores y guerra.

Conviene saber, para explicarse la acción del Ban, que los vecinos de los croatas, los servios, también habían presentado sus peticiones a Pest. Kossuth, al discutir con ellos, les dio esta respuesta: "El sable decidirá". Ellos, entonces, se unieron bajo la autoridad religiosa del metropolitano Rajacitch y bajo la autoridad del Coronel Suplicak, otro "confinario", y pidieron a Viena la formación de una provincia distinta, de una "Noivodina" que comprendiese a los países servios de Hungría. Esto trajo la guerra con los magiares.

Por lo demás, todo esto era una maraña de tendencias contradictorias, que aún enredaba más la maquiavélica política de Jellacic, a quien le importaba, no tanto la unión de los eslavos, cuanto la derrota de los húngaros y los germanos, en servicio del militarismo vienés, aunque su camino tortuoso más de una vez haya hecho que Innsbruck lo considerara con recelo. El pueblo eslavo del sur era inculto y, como decía un observador polaco, tan virginal en punto a política que, enamorado de la nacionalidad, la raza eslava y la religión, creía poder conciliar estos sentimientos con la lealtad al Imperio Austríaco.

También había cundido la fiebre entre los labriegos rumanos de Transilvania. Avran Ianco los convocó un día (Blai, 24 de abril), y Barnut les expuso sus ideas de redención. El 15 de mayo, en el Campo de la Libertad, el Obispo ortodoxo Saguna y el "uniata" Leményi bendijeron a 40,000 valientes que juraban, sí, lealtad al soberano Habsburgo, pero pedían la igualdad de la nación "rumana" (ya no "válaca") respecto a las "tres naciones privilegiadas" (Austria, Hungría, Bohemia). La Dieta de Transilvania, en que domina-

ban los nobles magiares, manifestó su desdén votando la unión de Transilvania con Hungría (24 de mayo). De aquí el levantamiento rumano.

El 10 de junio, el Emperador destituyó a Jellacic y condenó el movimiento ilirio. Pero Jellacic iba ya camino de Innsbruck, a la cabeza de una delegación, y pronto logró convencer a su soberano, haciéndole comprender su hábil política. Todo dependía del ejército; y el ejército, a la sazón, era la campaña de Italia. Y la campaña de Italia fracasaría si se mandaban retirar del frente lombardo las fuerzas croatas y magiares. Por otra parte, la situación de Hungría pronto hizo perder toda esperanza de valerse de los magiares como arma contra los revolucionarios de Viena. Y Jellacic acabó de afianzar su alianza con las nacionalidades eslavas, invitando a los ejércitos croatas a permanecer en el frente italiano, luchando por la causa común. Cuando, poco después, Jellacic se declaraba por la unidad imperial, obtenía del Gobierno vienés la manifestación de que el Estado austríaco reconocía la igualdad de derechos para todas las nacionalidades: obvia concesión a los eslavos, y reto a los orgullosos magiares y alemanes.

El 2 de julio se reunió la Dieta húngara, y el clamor de la Hungría nacionalista se levantó contra los croatas. La Dieta se negó a dar provisiones a las tropas de Jellacic, y aun hubo oposición respecto a los refuerzos para Radetzky, a menos que se procediera antes a "pacificar" a Hungría. Se decretó un reclutamiento de 200,000 hombres, un impuesto de guerra y una reforma nacionalista del ejército.

Entretanto, los disturbios se dejaban ya sentir en el sur. El Emperador se mantenía neutral. La victoria de Custozza, en Italia (25 de julio), devolvió a Austria un ejército adicto a la Casa Imperial. Las esperanzas de los reaccionarios aumentaron. En el Parlamento austríaco se alzaron voces contra la separación de los magiares, y los ministros se atrevieron a protestar contra los intentos del Gobierno de Pest para domeñar a los eslavos. Al fin, el Gobierno Imperial reta abiertamente a Hungría, devolviendo a Jellacic todos sus honores. Éste, el 11 de septiembre, invade a Hungría a la cabeza de sus tropas croatas. Los liberales alemanes

de Austria se unen a los magiares para luchar contra los eslavos. Tenían para ello buenas razones: el Reichsrath austríaco amenazaba la preponderancia germánica al poner en pie de igualdad todas las lenguas del Imperio. Los eslavos venían a ser el apoyo del Gobierno Imperial. Éste hizo un último esfuerzo para evitar la lucha entre eslavos y magiares, enviando al General Lamberg con instrucciones de negociar un armisticio y tomar el mando de unas y otras tropas contrarias. Pero el populacho húngaro destrozó, en el puente de Buda, al desdichado General (28 de septiembre). Las hostilidades comenzaron. El Gobierno puso a Hungría en estado de sitio y dio a Jellacic el mando de todas las fuerzas (3 de octubre). Varios regimientos de Viena se negaron a marchar contra los magiares. Fue muerto el General Latour, Ministro de la Guerra. El Emperador retiró su decreto del 3 de octubre y huyó nuevamente, refugiándose ahora en el distrito eslavo de Olmütz. La mayoría eslava del Reichsrath también se retiró de Praga.

16. Era llegada la hora para el partido militar. Windischgraetz apela a la lealtad de sus checos y anuncia su propósito de atacar a Viena. El 16 de octubre, el Emperador lo nombra comandante en jefe de los ejércitos de Austria, con excepción de los de Italia. El 28 comenzó el ataque de la ciudad. A los dos días, Viena capituló. Pero los jefes revolucionarios habían recibido aviso de que las fuerzas húngaras venían en su auxilio y se negaron a reconocer la capitulación. El auxilio húngaro fracasó y Windischgraetz entró en Viena el 1º de noviembre, dejando sentir al instante el peso de sus vengativas represiones y haciendo ejecutar a Roberto Blum, miembro del Parlamento de Francfort, y a Messenhäusser, ambos representantes del liberalismo nacionalista alemán.

La caída de Viena, precursora de las caídas de Pest y Francfort, inaugura un régimen militar. El nuevo Gabinete de Viena está presidido por un discípulo de Metternich, el Príncipe Schwarzenberg, dispuesto a acabar con las concesiones constitucionales y a aplacar la revolución húngara. La nueva Dieta fue convocada en el poblacho de Kremsier. A

poco, el Emperador Fernando abdicó en su sobrino Francisco José, que a la sazón tenía dieciocho años (2 de diciembre, 1848). Fernando tenía con los húngaros obligaciones que no pesaban sobre su sucesor. El primer paso del nuevo Gobierno fue anunciar una Constitución común para todo el Imperio. Los húngaros declararon que la abdicación era nula y que Francisco José no tenía derechos sobre Hungría, como no jurara la Constitución húngara y recibiera la corona húngara. Y, al entrar en guerra, manifestaron que combatían por las libertades magiares y por su legítimo Rey Fernando.

La guerra de Hungría se inició con éxitos austríacos. Los servios, en el sur, aprovecharon el momento para derrotar a las tropas húngaras que no salían al encuentro de los austríacos. En Transilvania, los labriegos rumanos se declararon por Austria. Por otra parte, los magiares sufrían los renovados ataques de Jellacic. Por un instante, el pánico se apodera de Pest. Se trata ya de negociar con Windischgraetz, pero éste se niega altivamente a tratar con los "rebeldes" y continúa su avance. La Dieta húngara huye a Debreczin, y las fuerzas austríacas entran en Pest (5 de enero, 1849). Comienza la represión militar y parece que la guerra ha acabado. Sin embargo, antes de un mes, el General Klapka obtiene un triunfo sobre los austríacos que levanta el ánimo de los magiares. Pero éstos no aciertan a aprovechar su victoria y pronto sufren un serio descalabro en Kapolna (27 de febrero, 1849). Schwarzenberg cree llegado el momento de desenmascarar su política: disuelve la Dieta austríaca (7 de marzo); proclama una nueva Constitución, en que queda comprendida Hungría, y pide la inclusión de esta nueva Austria centralizada en la Confederación Germánica. Los eslavos del sur, sintiéndose traicionados en sus anhelos de autonomía, desmayan. Los magiares, viéndose perdidos, redoblan su esfuerzo. Y la fortuna de la guerra cambió.

Los austríacos tuvieron que solicitar el auxilio de las tropas rusas, que se habían mantenido en la frontera para evitar contaminaciones. Bem, guerrillero incansable, se las arregla para repeler a rusos y austríacos hacia Valaquia. En

Servia, Perczel, y en el teatro principal de la guerra, Görgei, van anulando los éxitos austríacos. Finalmente, el ejército de ocupación en Pest tuvo que evacuar la plaza para acudir en alivio de Viena, amenazada ya por los húngaros. El 14 de abril, 1849, Kossuth hace declarar la independencia de Hungría en Debreczin, excluyendo a los Habsburgos del trono. Pero Görgei había cometido el error de detener su avance sobre Viena. Francisco José tuvo tiempo de solicitar el auxilio del Zar, quien sólo esperaba la ocasión para intervenir. Los austríacos adelantaron otra vez hacia el este, y por otro lado, 200,000 rusos cruzaron la frontera en sentido inverso. Los húngaros lucharon desesperadamente, invocando en vano el auxilio de los turcos y aun de los eslavos. Finalmente, tuvieron que capitular en Vilagos (14 de agosto, 1849), ante las fuerzas rusas de Paskievitch. El Zar Nicolás entregó la tierra conquistada a Francisco José, sin exigir compensaciones. Schwarzenberg, incapaz de términos medios, ahogó en sangre los rescoldos que aún quedaban, secundado activamente por el General Haynau. La suerte de Hungría despertaba la compasión de Europa. Los turcos, apoyados por Inglaterra y Francia, acogían a los prófugos y se negaban a entregarlos al Gobierno de Viena.

*2 y 9 de octubre, 1919.*

## XIX. AUSTRIA Y PRUSIA

1. HEMOS visto cómo se restauró el régimen de Metternich en Austria. Reunióse un consejo de obispos para condenar como pecado la idea misma de la nacionalidad. Rusia era amistosa; Francia, bajo el "pequeño" Napoleón, vacilaba, se ponía reaccionaria. Sólo dos obstáculos había en el camino de Schwarzenberg, el director de la política austríaca: uno era Alemania; otro, Italia.

En Italia, tras el desastre de Custozza, los peores enemigos de Austria, los radicales, fueron, en rigor, por su conducta excesiva, los mejores aliados de Austria, justificando las represiones de ésta a los ojos de la reaccionaria Europa. Un día mataron a Rossi, ministro del Papa; otro día asaltaron casi el Quirinal, y el Papa tuvo que huir a Gaeta, donde el cardenal Antonelli acabó de convencerlo al partido de la reacción. Austria y España se ofrecieron a intervenir, con protesta del Piamonte, mantenido por Francia. El 9 de febrero, 1849, las Cámaras romanas declaran abolido el poder temporal del Papa y proclaman la república, rompiendo así, de paso, con las monarquías italianas. Poco después se declaró la república toscana, y el Gran Duque de Florencia fue a reunirse en Gaeta con el Papa, para llorar sus penas comunes. Así, Italia sola se destrozaba cuando más unida debiera estar. En el Piamonte, donde había pocas simpatías republicanas, el político Gioberti procuraba una Confederación de Estados italianos, pero sin éxito. El Piamonte se quedó un momento solo en Italia, frente a Austria. La opinión piamontesa, excitada por los fugitivos de Lombardía, estaba por la guerra. El mismo Carlos Alberto quería volver por sus laureles. Y, al fin, contra los consejos de Cavour, en marzo, 1849, se denunció la tregua de Vigevano, y la guerra recomenzó. Las tropas piamontesas, al mando del polaco Chrzanowzky, pronto quedaron derrotadas por Radetzky, en la batalla de Novara (23 de marzo). Carlos Alberto abdicó en su hijo Víctor Manuel y huyó al destierro. Este sacrifi-

cio final borró, a los ojos del pueblo, el recuerdo de las flaquezas de Carlos Alberto, y convirtiéndolo en héroe de la unidad italiana, dio a la derrota una eficacia ideal. El nacionalismo italiano podía ya confiar en las testas coronadas. Y mientras el Austria vencedora podía desentenderse de las cosas de Italia para preocuparse de Alemania, Italia forjaba, en silencio, las armas de su futura victoria.

2. En Alemania, el Parlamento de Francfort había aceptado como obvia la idea de la unidad nacional. Pero ¿dentro de cuáles límites? Y en qué relación con Austria, con Prusia? Como república o como imperio? Unos, ante la actitud recelosa de Austria, estaban por excluirla; otros —el partido "idealista"— querían incluir al Austria, apropiándose de pasada a Bohemia, el Schleswig y las provincias eslavas de la Prusia Oriental. Federico Guillermo de Prusia, siempre soñador, hablaba de resucitar, bajo los Habsburgos, el Santo Imperio: él se conformaría con el mando de las tropas no austríacas y el título de Rey de Alemania. Aunque disgustaba así a los polacos de Posen, admitía la inclusión de Prusia en el nuevo Estado germánico, exponiéndose a parar en simple vasallo de Austria. Pero Bohemia no quiso acudir al Parlamento, y la cuestión del Schleswig se presentaba como una amenaza de la paz. ¡Y los profesores reunidos en Francfort no tenían la menor experiencia de la política!

Por junio del 48 lograron trazar un gobierno provisional, con un poder ejecutivo que obrara de acuerdo con la Confederación. El ejecutivo no participaría en la elaboración del nuevo plan constitucional, y desempeñaría el cargo un Regente del imperio, electo por el Parlamento, irresponsable, pero auxiliado por ministros responsables. Fue electo el archiduque Juan de Austria; todos los soberanos de Alemania lo reconocieron; también la Confederación, que aún arrastraba una vida pobre y ociosa, en el honroso papel de quinta rueda.

Y el Parlamento de Francfort se puso a formar la Constitución. Y la discusión sobre los derechos del pueblo se alargaba en interminables alardes de sabiduría, mientras la

crisis de la vida general ponía al pueblo en trances de hambre y de miseria. Y el pueblo comenzaba a desesperar de aquella prometida Constitución, y al mismo tiempo renacía cierta fe en la fuerza militar, apta al menos para aplacar motines. Federico Guillermo libertó a sus tropas de la obligación de jurar obediencia al Regente; y el mismo Archiduque Juan, como Regente de Austria, se vio en el paso de protestar contra sus propios actos como Regente de Alemania. Y el Parlamento carecía de apoyo militar. Todo dependía de las fortunas de Prusia y Austria. Semejante falso equilibrio se descubrió claramente con motivo de la cuestión del Schleswig-Holstein.

3. Los Ducados de Holstein y Schleswig estaban unidos a la corona danesa desde 1460, pero nunca habían perdido cierto grado de autonomía. Ya el preparlamento había decidido que, aunque extraño a la Confederación Germánica, el Schleswig podría enviar diputados a Francfort, lo que anunciaba un propósito de anexión. Mientras Holstein formaba cuerpo con el antiguo Santo Imperio Romano, Schleswig —aunque muy unido a Holstein— era tierra aparte. En Dinamarca la ley sálica había sido abolida; no así en los Ducados. Los intentos para incorporar los Ducados a Dinamarca habían tropezado con la oposición de los herederos de la casa de Augustemburgo. En 1846, la casa de Dinamarca no tenía herederos varones. Cristián VIII declaró que consideraba probado el derecho de su hermana Carlota sobre Schleswig y Lauenburg. El Holstein apeló inútilmente a la Dieta Germánica. Federico VII, sucesor del rey Cristián, proclamó en 1848 una Constitución para el reino danés, con inclusión de los Ducados. La opinión alemana se inclinó a favorecer a Holstein. El duque de Augustemburgo solicitó la ayuda de Prusia, y ésta, a comienzos de abril, intervino militarmente, poniendo a Schleswig, en nombre de los intereses marítimos de Alemania, bajo un gobierno provisional sancionado por la Dieta. Las potencias intervinieron, y Prusia abandonó la presa; al menos, el Rey de Prusia ordenó al general Wrangel evacuar los territorios ocupados por las tropas prusianas. Pero ya el Parlamento de Francfort toma-

ba cartas en el asunto, dispuesto a apoyar la intervención, impulsado por Dahlmann, apóstol germánico. Y Wrangel desobedeció al Rey de Prusia, declarando que obraba en nombre del Parlamento, de toda Alemania. El Rey de Prusia —cogido entre la amenaza de las potencias y la voluntad del Parlamento— optó por desoír a éste y a su Regente, y obrar por cuenta propia. Las tropas prusianas desocuparon la tierra discutida, y Federico Guillermo cedió los puntos a los daneses (Malmoe, agosto, 1848). El Parlamento de Francfort descubrió así su impotencia para gobernar las decisiones de los distintos Estados alemanes. Tras largas discusiones, aprobó la conducta del Rey de Prusia. Esto provocó motines en Francfort, y las mismas tropas prusianas tuvieron que salvar al Parlamento de la furia del populacho. El prestigio de esta asamblea de teóricos había cesado para siempre. La cuestión de los Ducados seguirá candente por todo el período revolucionario.

4. Era también apremiante la cuestión de la Polonia prusiana. Por odio a Rusia, no faltaban patriotas bien dispuestos para Polonia. Ya en 1846 uno de los jefes radicales, el diputado Hecker, declaraba indispensable la unidad alemana como muro al paneslavismo ruso. Se temía una intervención de Nicolás I contra la Alemania liberal. Y el preparlamento, el 31 de marzo, 1848, declaró que el pueblo alemán ayudaría la reconstrucción del Estado polaco. Por entonces, uno de los capitanes del movimiento nacional, Max de Gagern, fue a Berlín para solicitar la ayuda del Rey de Prusia en la creación de una Colonia independiente, aun al precio de una guerra con Rusia. La opinión prusiana estaba muy dividida. Nicroslawski, detenido y condenado a muerte, había sido puesto en libertad entre las aclamaciones del pueblo. Después del 18 de marzo, el nuevo ministro del exterior, Barón von Arnim, adoptó una política hostil al Zar. Y el rey dictó el decreto de 24 de marzo sobre la "reorganización nacional" de Posen, cuyos habitantes se aprestaban jubilosos para una posible guerra contra Rusia, tanto más cuanto que Prusia acababa de enviarles a un propolonés, el general Willisen, como comisario real. Pero todo este en-

tusiasmo liberal chocó con la resistencia de los conservadores prusianos, con el temor de los que consideraban peligroso el provocar las iras de Rusia, y con la creciente antipatía que, en Posen, se manifestaba entre las dos razas rivales. Se hablaba de partir a Posen en una zona polaca y otra alemana, que se incorporaría al nuevo Reich reconstituído. Y un general prusiano, encargado de trazar la línea de demarcación, se las arregló para dejar del lado alemán los dos tercios del territorio. Al fin, estalló la revolución polaca, sangrientamente reprimida por Prusia.

Varias veces propuesta en Francfort, la cuestión polaca fue objeto de un debate decisivo en julio de 1848. Blum y otros diputados de izquierda defienden los derechos del pueblo desmembrado. El relator, que lo era el historiador Stenzel, se esforzó por manifestarse moderado y solicitar la conciliación entre las dos razas. La mayoría se inclinó al campeón del germanismo, Jordan el poeta, "Jordan de Berlín", electo como diputado de izquierda, cuyas manifestaciones fueron crueles, belicosas. En vano protestó Karl Vogt; en vano quiso hacerse oír el diputado polaco Janiszevski: "Habéis devorado a los polacos —dijo— pero no los digeriréis."

5. La Asamblea o Dieta de Francfort consagró buena parte de sus empeños a crear una flota de guerra en el Báltico, donde se aseguraba que los barcos daneses perseguían a los navíos mercantes alemanes. Todo era poco junto a los sueños de los pangermanistas extremos Arndt y Jahn, supervivientes de la edad heroica de 1813, viejos románticos. Pero el asunto por excelencia fue el escoger entre la Gran Alemania, con Austria, o la Pequeña Alemania, sin Austria.

Los partidarios de la Gran Alemania tenían mayoría al principio. El respeto a Viena contaba con la autoridad de los siglos. Fue designado Regente, por unanimidad, el Archiduque Juan, el más popular de los príncipes austríacos. A la derecha, aristócratas y católicos veneraban la dinastía tradicional de los Habsburgos. A la izquierda, los radicales admiraban a la gran urbe que acababa de derribar a Metternich y pronunciarse por la democracia. Los brillantes diputados austríacos arrebataban y persuadían con su fácil

elocuencia y su mucho mundo. La Pequeña Alemania seducía en cambio a la mayoría de los protestantes y liberales del centro. Aunque pedían éstos la capitanía de Prusia, a condición de que ésta quedara bien compenetrada con Alemania, procuraban no herir a Austria, cuyo destino, según Gagern, era redimir en nombre de la civilización alemana a los bárbaros danubianos y orientales. La verdad es que reinaba cierta indecisión, y Viena misma no declaraba netamente sus deseos. Pero las represiones militares en Viena y la ejecución de Blum, el delegado del parlamento alemán, enajenaron a Austria muchas voluntades.

6. Austria, cuyo poder militar estaba en plena reorganización para fines de noviembre de 1848, se manifestó resuelta a no aceptar el menor compromiso que mermara su libertad de acción. Ante esta actitud, la mayoría parlamentaria volvió los ojos a Berlín. En Berlín, un nuevo ministro, el conde de Brandenburgo, inauguraba contra las agitaciones del pueblo una política dura: era un prusiano a la antigua. Pronto disolvió por la fuerza la Dieta prusiana y declaró a Berlín en estado de sitio. Federico Guillermo, envalentonado, desoyó a una comisión que el Parlamento de Francfort enviara a Berlín para averiguar qué sucedía; y a poco empezó a tratar de robustecer la antigua Confederación de los príncipes alemanes. Antes de fin de año, Schwarzenberg, por su parte, pidió desde Austria la disolución del Parlamento de Francfort.

Y aquí comienza un juego complicado entre el Parlamento, Federico Guillermo y Schwarzenberg. El Parlamento sondea al Rey de Prusia para saber si estaría dispuesto a aceptar la corona imperial de Alemania; el Rey de Prusia se deja querer; Schwarzenberg hace que lo apoya, con la idea de restablecer la antigua Confederación, en forma de un colegio de reyes y, de hecho, procura atizar la sospecha de los príncipes alemanes contra el ambicioso prusiano, y ganárselos con ofrecimientos. El 13 de enero de 1849, la Dieta aceptó un compromiso entre la Grande y la Pequeña Alemania que, en el fondo, era ya sólo una concesión verbal a Austria. Cuando la victoria de Kapolna redobló las fuerzas de

Austria, Schwarzenberg pidió abiertamente que la nueva Constitución del Imperio austríaco (4 de marzo, 1849) fuera incluída en la Confederación Germánica, y ésta modificada en bien de Austria, sustituyendo al Emperador por un Directorio de siete miembros, y al parlamento de elección popular por una comisión de delegados de los Gobiernos y Dietas. En la mecánica de la reforma, Austria se las arreglaba para contar, dentro de esta comisión, con una necesaria mayoría de votos. El partido prusiano del Parlamento de Francfort contestó a esta proposición eligiendo Emperador al Rey de Prusia, Federico Guillermo. Pero éste, después de un mes de indecisiones, no aceptó la corona imperial: Austria protestaba, y los demás príncipes alemanes no parecían del todo satisfechos. Y entonces el Parlamento se deshizo. A poco, había revoluciones en Dresde y Baden, aplacadas por las consabidas tropas prusianas. En Berlín hubo que disolver la Dieta.

7. Y de nuevo el Rey de Prusia se puso a soñar en una Constitución para Alemania más de acuerdo con el "derecho divino". No pudo contar para esto con Austria, y sólo logró formar una liga ofensiva y defensiva con Hanover y Sajonia, que la aceptaron con poco ánimo de cumplirla. Las relaciones entre Prusia y Austria fueron cada vez más difíciles. Aunque disuelto el Parlamento, el Regente Archiduque Juan y el ministro imperial seguían en Francfort y protestaban contra todos los actos del Rey de Prusia. Éste resucitaba ahora la cuestión de los Ducados daneses; pero Austria, robustecida por el fracaso definitivo de la revolución magiar a fines de agosto, se opuso a sus planes, secundada por Baviera y Wurtemberg. Como, por lo demás, Austria no se sentía, por el momento, con fuerzas para oponerse a Prusia, poco después firmaron un pacto ambos poderes, conforme al cual el Archiduque Juan renunciaría la regencia. Y la rivalidad entre Austria y Prusia se disfrazaba de proyectos, ya para resucitar la antigua Confederación, ya para robustecer la nueva Liga. Pronto Hanover y Sajonia abandonan la Liga creada poco antes con Prusia. Los pequeños Estados buscaban, sin embargo, la protección de ésta, al paso

que los cuatro grandes reinos se valían de Austria. Schwarzenberg propone un día la partición de Alemania entre los grandes Estados, bajo un Directorio central en que Austria llevaría la voz. Y Prusia, al siguiente, procura consolidar la Liga de los pequeños Estados, y convoca a su Parlamento.

Éste se reunió en Erfurt (marzo, 1850) y aceptó en bloque la nueva Constitución de la Liga prusiana. A lo cual respondió Schwarzenberg resucitando la vieja Constitución germánica de 1815. Alemania vacilaba, así, entre dos centros de atracción. Y la actitud del Zar, muy importante en tal extremo, era decididamente favorable a Austria —la que apelaba a los antiguos tratados de Viena— y contraria a Prusia, la que se empeñaba en intentos revolucionarios.

Además, la actitud de los poderes para con Prusia resultaba afectada muy de cerca por la cuestión del Schleswig-Holstein. Al Zar Nicolás preocupaba el asunto, por relaciones familiares con la casa danesa reinante. Los sentimientos de Inglaterra estaban también por Dinamarca. En una conferencia de Londres (octubre, 1848), Prusia había aceptado un compromiso fundado en la separación de los Ducados, mediante el cual Holstein, como miembro de la Confederación Germánica, podría recibir una Constitución aparte. A última hora, Dinamarca se declaró por la indisoluble unión de ambos Ducados, y recomenzó la guerra con Prusia (abril, 1849). Federico Guillermo prefirió prestarse a un nuevo arreglo. En julio se firmó una tregua. La opinión nacionalista alemana la consideró como una traición a la fe que los alemanes de los Ducados tenían en la madre patria. En abril de 1850 se firmó una paz que dejaba simplemente para mañana la resolución de todos los puntos controvertidos. Pero el Zar estaba más resuelto a mantener los derechos de Dinamarca que el propio monarca danés, y amenazaba con intervenir. Austria aconsejó a Prusia que cediera, para evitar "una guerra fratricida", y Prusia cedió. Sólo Luis Napoleón se ofrecía a ayudar a Prusia, a cambio de ciertas compensaciones sobre el Rin. Federico Guillermo, ante la disposición favorable de Luis Napoleón, se sintió horrorizado de su propia audacia, y se entregó en brazos de Rusia. La paz definitiva entre Prusia y Dinamarca se firmó el 2 de

julio, 1850. El Rey danés, en calidad de Duque de Holstein, quedaba autorizado para restablecer el orden en el Ducado, con o sin el auxilio de la Confederación Germánica.

8. Austria ganó, pues, un paso sobre Prusia. Pero Schwarzenberg no quiso aprovecharse con imprudencia de la ventaja. Antes bien, deseaba agotar los recursos diplomáticos. Y, en efecto, los últimos desarrollos de la cuestión danesa le permitieron dejar a Prusia aislada frente a las grandes potencias. Por el momento, Shwarzenberg convocó la reunión del Comité ejecutivo de la antigua Dieta, cuidándose de no mencionar la Liga prusiana. Y Federico Guillermo, en tanto, afectó ignorar la resurrección de la Dieta. Y entre Prusia y Austria, disidente de la Liga y solícito del favor de la Dieta, iba y venía, embrollando voluntades, el Elector de Hesse. Prusia no estaba preparada para la guerra, y Federico Guillermo era la indecisión misma. El 11 de octubre, 1850, Schwarzenberg, en nombre de Austria, firmó, con Baviera y Wurtemberg, una Liga antiprusiana.

Las tropas prusianas recibieron orden de marchar sobre Hesse para someterla a los compromisos de la Liga, de que trataba de sustraerse, pero esta acción era más bien una respuesta a la ocupación de Hesse por tropas bávaras. La guerra pudo todavía evitarse. Los príncipes se reunieron en Varsovia. Prusia se sometió de nuevo. El 15 de noviembre, Federico Guillermo anunció solemnemente a la Dieta que la Liga del Norte estaba disuelta. Las fuerzas prusianas desocuparon Hesse. Prusia reconoció a Austria el derecho de protección sobre Hesse, y todavía accedió a solicitar, conjuntamente con Austria, que las fuerzas de Holstein abandonaran el territorio de Schleswig. Y cabe decir, a pesar de tanto triunfo para Austria (Olmütz, 29 de noviembre, 1850), que Schwarzenberg no obtuvo de Berlín todo lo que entonces pudo haber obtenido. Confiado en su éxito, permitió que Austria y Prusia se unieran para convocar un nuevo Congreso Constituyente en Dresde, y en el seno de éste, dejó ver con toda claridad las ambiciones austríacas sobre Alemania. Francia e Inglaterra se inquietaron. El Zar de Rusia, amigo de Austria, defensora de los antiguos tratados, no se sen-

tía ya amigo de esta nueva Austria, abierta atrevidamente al porvenir. Prusia aprovechó el momento y, apoyada por los pequeños Estados alemanes, ganó la mayoría en el Congreso, donde se opuso sistemáticamente a Austria. El conflicto era agudo y la solución fue ridícula: Alemania volvió a quedar como en 1815, con su máquina mohosa en Francfort. Habían sido inútiles los dos años de revolución.

*16 de octubre de 1919.*

## XX. ANTECEDENTES DE LA GUERRA DE CRIMEA. NAPOLEÓN III

1. AL DISIPARSE el humo de la revolución en 1848, dos poderes sobresalen, ambos reaccionarios, pero opuestos por el temperamento, los principios y la política que habían de seguir: el de Luis Napoleón y el del Zar Nicolás. Éste apelaba al terror; aquél, al poder adormecedor de las buenas palabras. Luis Napoleón se propuso convencer al mundo, en tres años, de que el orden político y social dependía en gran parte de su persona. Francia tenía confianza en él, y las Cámaras se plegaban a sus deseos, aunque aquí y allá estallaran algunos motines socialistas. Uno de estos motines (junio, 1849) hasta sirvió de pretexto a Luis Napoleón para substituir un ministerio por otro más apropiado a sus deseos. Hizo de su nombre una bandera; procuró que la represión de los radicales pareciera obra de sus ministros, en la que él no intervenía; dejó que las Cámaras lanzaran una ley restrictiva del voto (mayo, 1850); viajó por el país, proponiendo casi su reelección, y permitió que, de paso, las tropas lo saludaran al grito de "¡Viva el Emperador!" Pronto, ante sus descubiertas ambiciones, las Cámaras le eran hostiles.

A principios de 1851, queriendo ahorrarse las molestias de un golpe de Estado, propuso la revisión de la Constitución. La propuesta no obtuvo la mayoría suficiente. Luis Napoleón quiso entonces pedir la anulación de la ley restrictiva del voto: si, con ayuda de los radicales, lograba derrocarla, se aseguraba varios millones de votos; si fracasaba, quedaría justificado a los ojos de los votantes por las medidas violentas que adoptara entonces contra las Cámaras. Esto último fue lo que aconteció. El Parlamento rechazó la proposición para anular la ley restrictiva del voto, y quedó, inerme y desacreditado, a merced de Luis Napoleón. La noche del primero de diciembre de 1851, Luis Napoleón dio el golpe de Estado. Setenta y ocho diputados fueron encarcela-

dos, y al otro día París —sorprendido— amaneció bajo un nuevo régimen. El resto de la Cámara y el Tribunal Superior fueron disueltos por las armas. Victor Hugo y Jules Favre se echaron a la calle, arengando a la multitud contra el tirano. Hubo barricadas y combates, en que las tropas salieron victoriosas. Y en dos días se venció toda resistencia.

La proclama presidencial anunciaba la restauración del Consulado, régimen que había precedido al Primer Imperio. El presidente sería elegido para diez años; trabajaría con un ministerio sólo responsable ante él; un Consejo de Estado se encargaría de preparar las leyes, y una Cámara Legislativa y un Senado cuidarían de preservar el orden establecido. Las Cámaras existentes fueron disueltas. París y sus alrededores quedaron en estado de sitio; se restauró el sufragio universal, citándose al pueblo para el 20 y 21 de diciembre, a fin de ratificar estas medidas. Pero antes se tomó el voto del ejército, que fue unánime y favorable. El pueblo confirmó el cambio por una mayoría abrumadora. Luis Napoleón, salvo el nombre, era ya, de hecho, Emperador. En 14 de enero de 1852 proclamó la nueva Constitución, en la cual se había reservado facultades amplísimas. El 7 de noviembre, el Senado acordó —sin que a nadie causara ya la menor sorpresa— transformar la Presidencia de diez años en un Imperio hereditario. El 21 del propio mes, el pueblo lo aprobó. El 2 de diciembre, 1852, el Imperio fue proclamado solemnemente, y unos cuantos meses después los principales Estados europeos lo habían reconocido también.

2. El concierto europeo no tenía ya solidez. Austria se preocupaba a la sazón de consolidar sus victorias; Prusia no era una fuerza europea bajo Federico Guillermo IV; las relaciones entre Rusia e Inglaterra eran difíciles; la actitud de Palmerston durante la crisis de 1848 había puesto muy receloso al Zar Nicolás, y más todavía el bloqueo que Inglaterra decidió en 1850 —sin consultarlo con Rusia y Francia, que eran los otros valedores del reino helénico— sobre la costa griega, para la reparación de ciertos ultrajes a un súbdito británico. Por un momento, la fuerza de Palmerston vaciló, y los consejeros del Zar pudieron creer llegado el

momento de reanudar con Inglaterra relaciones cordiales; pero, en 1852, aunque el jefe nominal del gobierno inglés era Lord Aberdeen, era otra vez Palmerston quien dictaba la conducta política, hostil a Rusia. El Zar pensó entonces en reconocer el gobierno de Napoleón, para evitar la posible renovación de la *entente* anglofrancesa; pero, por la rigidez de sus principios, lo hizo con restricciones, declarando que sólo accedía a tal reconocimiento por razones de Estado y deseos de paz, y sin querer conceder el dinástico número III que Napoleón añadía a su nombre, número que significaba la anulación del sistema creado en 1815. Napoleón fue muy sensible a estas restricciones, como verdadero "arribista", y sólo esperaba la ocasión del desquite. Pronto se la procuró la política de Oriente.

3. ¿Qué pasaba en Oriente? Por las capitulaciones de 1740, Francia había obtenido el derecho de proteger a los latinos cristianos del imperio turco, y el reconocimiento de ciertas pretensiones sobre negocios de Jerusalén. Pero sobrevino la Revolución, y distraída la Iglesia latina, el clero griego de Jerusalén ganó terreno sobre sus rivales, ayudado por Rusia. Ahora bien, Napoleón III quería propiciarse al clero francés, y su embajador requirió de la Puerta la restitución de las propiedades y derechos arrebatados a los latinos. El Gobierno turco propuso crear una comisión mixta de investigación, con el propósito de dar largas al asunto. Francia aceptó condicionalmente; pero aquí se opuso el Zar Nicolás, declarándose enemigo del menor cambio. Esta pugna por la preponderancia en el Oriente inquietó a Inglaterra. Intervino, pues, y en marzo, 1852, se logró forjar una transacción que a los mahometanos y a los protestantes podía parecer satisfactoria. Pero Napoleón necesitaba una guerra, y no quería perder el pretexto. La presencia de un sacerdote griego, para celebrar la misa anual de la Ascensión, le pareció cosa intolerable. Nicolás, por su parte, deseaba una guerra que diera por resultado la expulsión definitiva de los infieles europeos y permitiera el fácil arreglo de la cuestión de Oriente, que para él era una incumbencia doméstica. Rusia se disponía a su última cruzada. No temía una liga tur-

cofrancesa, y contaba, si no con la cooperación, con la neutralidad de los otros poderes. Austria le debía los auxilios del año 49; Federico Guillermo IV era piadoso, y estaría con la santa causa. Sólo la actitud de Inglaterra era un problema, aunque por el momento los informes parecían tranquilizadores para Rusia. En enero, 1853, el Zar le habló claro al embajador inglés: Turquía, le dijo, es un "hombre enfermo", y hay que ponerse de acuerdo para repartirse la herencia. Y he aquí, a grandes rasgos, el acuerdo que propuso: 1º, la creación, en la península balkánica, de Estados cristianos, al modelo de los Principados del Danubio, bajo la protección de Rusia; y 2º, compensaciones para Inglaterra en Egipto, Chipre y Creta. En cuanto a Constantinopla, quedaría libre de ambos poderes: Rusia había abandonado ya los proyectos de Catalina II. Estas claridades del Zar (el Zar tenía la franqueza desdichada) produjeron un efecto contrario al propuesto. Inglaterra las tomó como prueba de la hipocresía del Zar, negó que Turquía estuviera a punto de deshacerse, y reafirmó la doctrina de que toda diferencia con la Puerta había de ser objeto de una intervención conjunta de los poderes. Y de nuevo apareció el fantasma de un posible arreglo entre Austria y Rusia para la partición de Turquía.

4. En febrero, 1853, el embajador inglés en Constantinopla trataba de que Francia morigerara sus pretensiones, y Turquía cediera en lo que parecía más justo ceder, para excusar así todo pretexto de intervención rusa. Pero Nicolás, impaciente, ordena la movilización del ejército ruso. A fines de marzo, el embajador del Zar presenta a la Puerta las exigencias de Rusia: mantener el estado actual de las cosas, y sobre todo, reconocer a Rusia el derecho de protección sobre los súbditos ortodoxos de Turquía. Esta última concesión significaría que la Puerta renunciara a más de la mitad de sus súbditos europeos. Además, el embajador ruso, Menschikoff, subrayó, con su actitud insolente, la insolencia de las pretensiones del Zar. Los ministros turcos imploraron el auxilio del representante de Inglaterra, y éste —provisionalmente el coronel Rose— ordenó al almirante Dundas que

trajera su escuadrón de Malta a la bahía de Vurla. Con todo, el gobierno inglés confiaba en poder evitar la guerra. Pero no pudo impedir que la marina francesa se agitara en el Archipiélago.

Stratford de Redcliffe, el embajador de Inglaterra, llegó a Constantinopla al principio de abril, y trató de distinguir al instante lo razonable y lo absurdo en las exigencias rusas. La cuestión puramente religiosa sólo tenía positivo valor a ojos de Rusia, y no había para qué negarle ciertos puntos relativos a la retórica de los Santos Lugares. Otra era la situación en cuanto al protectorado sobre los cristianos de Turquía. Rusia alegaba que sólo pedía respecto a los griegos lo que a Francia se había reconocido ya cien años atrás respecto a los latinos. Pero el embajador inglés no quiso ceder, y menos cuando vio que los mismos ministros del Zar dudaban ya si habían hecho bien en procurar que se definiera diplomáticamente la situación. En efecto, la situación era ésta para Rusia: los cincuenta millones de ortodoxos cristianos de Rusia no podían ser indiferentes a la suerte de los doce millones de ortodoxos súbditos del Sultán. Esto daba a Rusia una supremacía de hecho, que más valía no definir, exponiéndose a perderla en los azares de una guerra. El representante ruso acabó por acceder a las peticiones del inglés, y presentó a la Puerta, por separado, las dos demandas de Rusia. En el punto de los Santos Lugares, Francia, Rusia e Inglaterra pronto se pusieron de acuerdo. El otro punto fue negado por el gobierno otomano, y Lord Stratford apoyó la negativa, con aplauso de las demás potencias. Menschikoff presentó entonces un ultimátum (mayo 5, 1853), que fue rechazado. Y poco después, los diplomáticos rusos salieron de Constantinopla: antes de fin de mes —anunciaron— las tropas del Zar cruzarían la frontera.

5. En verdad, esto sucedió a mediados de junio. Lord Aberdeen hizo, desde Londres, esfuerzos por la paz, sin apaciguar el ánimo popular, que era francamente belicoso. Turquía, aconsejada por Inglaterra, no se opuso por la violencia a la invasión rusa, y esta táctica tuvo por efecto que la invasión rusa provocara la protesta de toda Europa. La acti-

tud de Austria y de Prusia fue, particularmente, una penosa sorpresa para el Zar. Federico Guillermo hizo lo único que sabía: vacilar. Temía, en efecto, un avance francés sobre el Rin. Además, sólo podía obrar de acuerdo con Austria. Y Austria, aunque muy agradecida a Rusia, tenía más miedo que gratitud. Temía a su vez por la seguridad de la ruta del Danubio, y ante el avance ruso sobre los Principados, concentró fuerzas en la frontera de Servia. Por lo demás, mejor que guerrear, se proponía ofrecer su mediación amistosa.

Francia, Inglaterra, Prusia y Austria, reunidas en Viena (agosto, 1853), propusieron a la Puerta los términos del arreglo con Rusia. Este documento suponía la confirmación de algunos derechos rusos. El rito griego gozaría de iguales privilegios que otras iglesias, y las instituciones religiosas de Jerusalén quedarían bajo la jurisdicción de los cónsules rusos. Esta nota era la concesión de cuanto Rusia podía apetecer lógicamente. El Zar la aceptó. Por el momento, el problema parecía resuelto.

*30 de octubre, 1919.*

## XXI. LA GUERRA DE CRIMEA

1. No HABÍAN contado las potencias con la voluntad de Turquía. La población musulmana estaba indignada por la invasión de los Principados. La nota de Viena fue aceptada, desde luego, por Rusia. El embajador inglés Stratford de Redcliffe, aconsejó al Sultán que la aceptara, "reservándose el derecho de interpretarla". Pero el Sultán propuso una modificación, según la cual se reservaba el derecho de protección sobre los rajaes. Ahora fue el Zar quien rechazó la nota así modificada. La guerra parecía, pues, inevitable.

Y mientras el Zar procuraba reducir al mínimo el número de sus enemigos posibles, las flotas francesa e inglesa aparecieron en los Dardanelos (22 de octubre, 1853), con pretexto de proteger al Sultán contra un probable levantamiento de los musulmanes, y con propósito efectivo de contestar a la agresión rusa. Inglaterra se mantendría en paz, en tanto que Rusia no cruzara el Danubio o atacara por el Mar Negro. Rusia se lanza sobre la bahía de Sinope; las escuadras aliadas pasan entonces el Bósforo y entran en el Mar Negro (3 de enero, 1854); y tras algunos dimes y diretes, Francia e Inglaterra se ponen francamente del lado de Turquía y declaran la guerra a Rusia (27 de marzo, 1854).

Diplomáticamente, la situación era comprometida para Rusia. Las otras dos potencias —Austria y Prusia— estaban igualmente interesadas en que Rusia abandonara la región ocupada sobre los Principados del Danubio, dejando libre la navegación de este río. Ambas potencias parecían dispuestas a pedir a Rusia que abandonara sus ambiciones extremas sobre los súbditos cristianos de la Puerta, y a mantener la integridad de Turquía. Con todo, el rey Federico Guillermo de Prusia temía aparecer como aliado de Napoleón III y enemigo del Zar. Bismarck, además, le hacía entender que a Prusia importaba muy poco el que Rusia conquistara a Turquía, puesto que Austria y Prusia eran cosa distinta. Lo mejor —aconsejaba Bismarck— es concen-

trar 100,000 prusianos en la Alta Silesia, para poder dictar condiciones a ambos contrincantes. Y Austria, que era así, para Rusia, el más temible de los dos poderes germánicos, no estaba aún resuelta a embarcarse en la aventura con Inglaterra y Francia. Estas naciones aliadas sólo deseaban que Rusia se debilitara para mucho tiempo en una guerra.

2. He aquí, a grandes rasgos, lo que sucedió en Crimea: rusos y turcos estaban frente a frente, divididos por el Danubio; al lado de Rusia, Austria vigilante. Turquía había declarado la guerra el 5 de octubre, 1853. Durante el invierno, combates indecisos por la ribera del Danubio. Entran las flotas aliadas en el Mar Negro, y entonces los rusos avanzan sobre el río, y son detenidos ante la fortaleza de Silistria. Desembarco de anglofranceses en Varna. El 3 de junio, 1854, Austria pide a Rusia que abandone los Principados. Veinte días después, los rusos levantan el sitio de Silistria, y van retrocediendo ante los reiterados ataques turcos. A medida que retroceden los rusos, los austríacos, de acuerdo con la Puerta, ocupan los Principados, garantizándolos con su protección. El objeto inmediato de las potencias no beligerantes estaba logrado. Pero la debilidad de Rusia anima a Francia y a Inglaterra, y en cierto modo a la misma Austria, recelosa, a arreglar de una vez la debatida cuestión de Oriente. Inglaterra y Francia formulan sus "Cuatro puntos": 1º, abolición del protectorado ruso en los Principados del Danubio y en Servia; 2º, libre navegación del Danubio; 3º, revisión del Tratado de julio, 1841, relativo a los Dardanelos y el Mar Negro, en vista de mejorar la "balanza del poder", y 4º, renuncia, por parte del Zar, de toda pretensión sobre los súbditos ortodoxos del Sultán. Austria aprueba (agosto, 1854), pero no se decide a compartir fortunas con Francia e Inglaterra, ante la actitud de Prusia. Prusia, según el consejo de Bismarck, debiera haber movilizado sus hombres en Silesia, imponer los términos de la paz y declararse en guerra contra cualquiera de los dos bandos que se manifestara reacio. Pero Federico Guillermo no podía atreverse a tanto: simplemente aseguró la neutralidad de la Confederación, y pidió al Zar encarecidamente que

aceptara los Cuatro puntos. Y, en efecto, el Zar los aceptó a fines de noviembre, 1854.

Era algo tarde: Austria, envalentonada, firmó el 2 de diciembre una alianza ofensiva contra Rusia. ¿Qué había pasado? Francia e Inglaterra habían invadido a Crimea en 14 de septiembre del mismo año, y seis días después, derrotado al ejército ruso que mandaba el príncipe Menschikoff, en la batalla de Alma. Y sobrevino el sitio de Sebastopol, no sin que los aliados dieran tiempo a que se reorganizaran los rusos. El bombardeo de los aliados resultó ineficaz. Menschikoff atacó de nuevo. Y vinieron las costosas batallas de Balaclava (25 de octubre) y de Inkermann (5 de noviembre). Y el invierno se presentó amenazador, anunciándose con un huracán, ante tropas no preparadas para invernar. Aseguran los historiadores que el pueblo inglés no ha olvidado los sufrimientos —inútiles en gran parte— impuestos a los expedicionarios británicos durante el sitio de Sebastopol, en el invierno de 1854 a 1855. Cayó el Gobierno de Aberdeen, volvió al poder Palmerston... Pero si mucho sufrían los aliados, más sufría Rusia: aquéllos podían cruzar el mar en busca de provisiones, y ante los ejércitos rusos se extendía, cubierta de hielo, la inmensa y desoladora estepa. No había medio de alimentar el extremo atacado de aquel gigantesco organismo reumático. Y por eso el Zar se sometió y aceptó los términos del enemigo. Dicen que contaba con el auxilio de los "generales Enero y Febrero"; pero éstos azotaron a los de allá y a los de acá imparcialmente: cargadas de muertos quedaron las trincheras frente a Sebastopol, pero también sembrada de huesos la ruta de Crimea. El hombre ungido por Dios no pudo soportarlo: el zar Nicolás murió el 2 de marzo, 1855.

3. Le sucedió Alejandro II, quien subió al trono invocando los nombres de Pedro el Grande y de Catalina. Pero lo cierto es que el acercamiento de Austria a los enemigos aliados del imperio ruso decidió a Alejandro II a aceptar la invitación de discutir los términos de la paz. En marzo se reunieron las potencias en Viena. Prusia, a fuerza de ser neutral, quedó excluída. De los cuatro puntos, pronto se lle-

gó a un arreglo sobre los dos primeros: abandonar el protectorado de Servia, etc., y dejar libre la navegación del Danubio. El tercer punto (revisión del tratado sobre el Mar Negro y los Dardanelos) abrió una divergencia entre los aliados: Francia e Inglaterra pedían la estricta neutralización del Mar Negro. Pero Austria se inclinó a la proposición del príncipe Gortchakof: permiso igual para que los barcos de guerra de todas las naciones cruzaran los Estrechos. Aquí los poderes occidentales se mostraron reacios, y aquí Austria rompió su alianza con ellos, reasumiendo la neutralidad. Con esto, Austria sólo logró aislarse: era la suya una grave deserción a los ojos de los aliados; y a los ojos de Rusia, era un paliativo muy débil para los daños que de ella había recibido.

Y es que la política externa de Austria se había resentido de los males de su política interna: Austria había temido constantemente un ataque de Cerdeña sobre Lombardía, a poco que se distrajera en los negocios de Oriente, y había avanzado contra Rusia "llevando un absceso en la espalda", para decirlo en el lenguaje de 1914-18. Francia e Inglaterra procuraron ahorrarle enojos, pidiendo al Gobierno piamontés que también se uniera a la alianza. Y Cavour aceptó, tanto por ganarse a Francia e Inglaterra, como por impedir que Cerdeña se quedara sola entre voluntades hostiles (7 de enero, 1855). Cerdeña envió a Crimea 15,000 hombres.

4. La guerra continuaba. Napoleón quería ir, en persona, a recibir los honores de la victoria. Al comandante francés, Mariscal Canrobert, sucedió el General Pélissier, que ya no quiso esperar más tiempo. El 18 de junio comenzó el ataque en forma. Los aliados obtuvieron éxitos sucesivos (16 de agosto: batalla de Chernaya; 8 de septiembre: puerto Malakof; al día siguiente, cayó Sebastopol; 8 de noviembre: caída de Kars en poder de los rusos). Inglaterra se empeñaba en proseguir la lucha, para restaurar su gloria militar. Pero Napoleón estaba satisfecho con el triunfo de Malakof, y aceptó la proposición que ahora presentó Austria, a hurtos de Inglaterra, para entrar en negociaciones.

Napoleón quedaba encargado de obtener el consentimiento de Inglaterra, y una vez obtenido éste, Austria presentaría a Rusia una nota con los preliminares de la paz. Esta nota contenía, desde luego, los famosos cuatro puntos. Pero ahora Inglaterra pidió la introducción de ciertas precisiones, amén de una cláusula adicional sobre la abstención de Rusia a fortificar las islas Aland, del Báltico. La nota, así modificada, fue presentada por Austria al Zar en diciembre, 1855, pero con intimación de guerra por parte de Austria, en caso de que la nota no fuere aceptada. Contra la opinión de Gortschakof, el Zar accedió al ultimátum.

Y los representantes de los poderes se reunieron en París. El Tratado de paz fue firmado el 30 de marzo, 1856. La neutralidad del Mar Negro significaba ahora la libertad para los buques mercantes —y la prohibición para los de guerra— de todos los países. Una comisión europea aseguraría la navegación del Danubio. Y, lo más importante, Turquía fue recibida en el concierto europeo, mediante el cambio de mutuas promesas.

Pudo creerse que, contenido el peligro ruso, Turquía entraba en una franca era de reformas europeas, pero no fue así. Por otra parte, a la primera ocasión, Rusia rechazaría el sistema de neutralidad establecido para el Mar Negro. Quince años más tarde, en premio de la neutralidad rusa durante el sitio de París, la triunfante Prusia apoyaría esta actitud del Zar. Entretanto, la fuerza de expansión rusa se derramaría por el Asia Central, hacia la frontera de la India. Además, la Turquía debilitada le era una barrera mucho menos infranqueable que los pequeños Estados resultantes de la desintegración de Turquía.

5. Y este acaso no se hizo esperar. Napoleón III había propuesto la revisión de los tratados de 1815, en vista del principio de las nacionalidades. Y, desde luego, en el Congreso de París, sugirió la unión de Moldavia y Valaquia en un Estado rumano, bajo un príncipe electo por las potencias. La misma Rusia había aceptado el plan. Pero Inglaterra no consentía en que el poder del Sultán padeciera la menor merma, y a Austria no le convenía que se inquie-

taran los rumanos de Transilvania. Se aplazó, pues, la cuestión para una futura conferencia. Sin embargo, ya anteriormente los representantes de los Estados discutidos se habían declarado por la unión (octubre, 1857). La conferencia, al fin reunida en París a principios de 1858, no se decidía a aceptar una situación tan revolucionaria, e inventó un sistema de *Hospodares*, judicaturas y asambleas legislativas separadas, con una comisión común para los negocios de común interés en ambos Principados. Con todo, los rumanos eligieron un *Hospodar* común: el príncipe Alejandro Couza; y para 1862, con cierto disimulo, lograron la unión definitiva de Rumania. Cuatro años después, expulsado el Couza, fue electo como príncipe hereditario Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen, a quien toda Europa reconoció, en mucho por influencia de Napoleón III.

La guerra de Crimea acabó con el predominio de Rusia, descubriendo la íntima flaqueza de aquel aparato de poder. De la guerra de Crimea —en que Francia e Inglaterra se unieron para quebrantar definitivamente a su futura aliada— es responsable, más que la misma Inglaterra, su embajador en Oriente, Stratford de Redcliffe. Para Napoleón III, la guerra de Crimea vino a ser la cruzada que estaba haciendo falta al apetito de gloria del pueblo francés. El pueblo francés había aceptado a Luis Napoleón con entusiasmo, aun saludando con aplauso sus violaciones, porque veía en él al heredero del testamento de Santa Elena, al representante de la idea napoleónica, esperanza de las libertades populares. Pero el embajador francés en Viena, Drouyn de Lhuys, no lo había entendido. Cuando abogó por la alianza anglo-franco-austríaca, lo hizo en estos o parecidos términos: "Europa, antes de la guerra de Crimea, sólo puede escoger entre Rusia o la Revolución; la guerra de Crimea —aparte de resolver la cuestión de los Santos Lugares, que, en rigor, se puede resolver sin la guerra— acercará a Francia hacia el centro de gravedad de Europa, robustecerá el gobierno del orden en París, y Francia no será más el foco de las revoluciones". Por eso Drouyn de Lhuys fue depuesto: la guerra había pasado sobre él. Napoleón III no sólo trataba de halagar los sentimientos del pueblo francés en aquella época,

sino que, realmente, compartía sus ambiciones y sueños. El antiguo conspirador de Estrasburgo y de Boulogne, que había sorprendido al auditorio por su acento extranjero la primera vez que habló en público, venía a ser el representante de la fiebre política de Francia, en un sentido que nunca percibió Victor Hugo, desde su destierro. Pero he aquí que, así como Rusia, en 1850, había perdido la ocasión de aplastar al militarismo prusiano, ahora Francia, al contribuir a la decadencia de Rusia, trabajaba acaso para Berlín. Como Austria, en la hora de Sadowa, pagaría con la soledad su ingratitud para con Rusia (que la había salvado de la revolución húngara), así Francia, a la hora de Sedan, buscaría en vano un auxilio poderoso en Rusia. Hubo un instante en que el Zar alargó la mano a Napoleón III; pero éste, siguiendo las inspiraciones democráticas de la hora, se negó. Otra vez, Austria propuso a Francia una alianza perpetua. Napoleón III vaciló quince días —el 1914 dependía de aquella vacilación— y al fin se negó a aceptar una alianza contraria a las engañosas perspectivas populares de entonces.

6. Entretanto, dos pueblos se aprovecharon de la guerra de Crimea. Cavour, haciendo intervenir al Piamonte, trabajó por la futura unidad italiana. Bismarck, manteniendo la neutralidad de Prusia, trabajó por la futura unidad alemana. Y en el Congreso de París estaban ya todos los gérmenes de la historia futura.

*6 de noviembre, 1919.*

## XXII. HACIA LA UNIDAD ITALIANA

1. EN EL Congreso de París que siguió a la guerra de Crimea, hemos dicho que estaban los gérmenes de la historia futura. El resto del siglo, en efecto, lo llenan dos hechos fundamentales, con sus consecuencias directas y distantes: la unidad de Italia, la unidad de Alemania.

El mundo está acostumbrado a interpretar los hechos del último siglo en torno a la palabra de Francia, sea con ánimo propicio o adverso. Ahora bien: desde el día de la Revolución, el pueblo francés vive con los ojos puestos fuera de Francia, trabaja o cree trabajar para la humanidad entera. El carro de fuego del Bonaparte lo deslumbra un momento, y Francia acepta el despotismo interior, a cambio de la propaganda liberal exterior y, sobre todo, a cambio de gloria. Después, caído Bonaparte, todavía, desde Santa Elena, inventa, reorganiza, dicta las esperanzas de Francia: "Francia —dice— llevará a los pueblos la libertad". ¿Reconciliar a Francia con los Borbones? ¡Vano empeño! Mientras éstos procuran una política de prudencia, en muchos sentidos muy nacional, el pueblo sueña en la política aventurera (es "el mal de 1815", como se ha dicho, tan parecido a la dolencia romántica de 1830); sueña en salir de sí, en vivir para todos, en redimir naciones, en transformar el mundo. La revolución de 1848 comienza, bajo las ventanas del ministerio de Negocios Extranjeros, a los gritos de "¡Viva Polonia!" y "¡Viva Italia!" Y Michelet, recordando sus emociones del 4 de marzo, escribe estas líneas, claro indicio de la mentalidad francesa de entonces, al ver desfilar las banderas de los tristes pueblos oprimidos:

> El gran pabellón de Alemania, tan noble (negro, rojo, oro), el santo pabellón de Lutero, Kant y Fichte, Schiller y Beethoven, junto al hermoso tricolor de Italia. "¡Qué gran emoción! —escribía veinte años después—. ¡Cuántos votos hicimos entonces por la unidad de ambos pueblos! ¡Dios nos conceda —decíamos— ver una Alemania grande y poderosa, una gran-

de y poderosa Italia! El concilio europeo seguirá siendo incompleto, inarmónico, sujeto a crueles caprichos, a las guerras impías de los monarcas, mientras estos pueblos geniales no sean admitidos a él, en plena majestad, añadiendo un nuevo elemento de sabiduría y paz fraternal al equilibrio del mundo.

La pugna por redimir a ambos pueblos fue el efecto principal de las aspiraciones liberales de la época. Si estas aspiraciones parecieron quedar derrotadas respectivamente en el Parlamento de Francfort y en Novara, ahora las veremos renacer con mayor impulso. Y conviene notar que, en uno y otro pueblo, la redención había de operarse al arrimo de la fuerza más conservadora y tradicional que existe: la unidad monárquica; y que los pueblos así redimidos no saldrían a la vida precisamente a cantar las delicias de la concordia universal.

2. En 1850, después de la batalla de Novara, Italia pareció perder toda esperanza de sacudir el yugo austríaco. El rey de Nápoles retiró la Constitución que había concedido. El Papa, con auxilio de Francia, Austria, Nápoles y España, deshace la República romana y restaura el poder eclesiástico. En el norte, Módena, Parma, Toscana, yacen bajo el poder de Austria. Los patriotas, perseguidos, desterrados, tienen que esperar mejores tiempos.

Entre éstos había tres grupos: *1)* Unos eran republicanos. El más ilustre de los republicanos era José Mazzini (1805-1872) que, niño aún, había aprendido de labios paternos las glorias de la Revolución Francesa. Se hizo más tarde carbonario. En 1830 estuvo prisionero en Savona y Génova. Organizó el movimiento de la "joven Italia", cansado un día de la puerilidad de las sociedades secretas, y dio a la tendencia unionista, como hemos dicho, calor de religión. *2)* Otros confiaban en la federación de los príncipes italianos, bajo la tutela del Papa: hombres de término medio, inútiles a la hora de la acción. *3)* Y, en fin, los más prácticos, ven en el rey de Cerdeña el jefe de la emancipación futura. La Constitución de Cerdeña (la futura Constitución de Italia, que había sido mantenida contra la voluntad de Austria), y aun su monarca joven y enérgico, eran

frutos de la crisis de 1848. Víctor Manuel era el único capaz de expulsar al austríaco, condición previa para todo progreso italiano. Su ministro, Cavour (1810-1861), estaba por la unificación constitucional de Italia; pero no creía posible tal unificación sin algún apoyo extranjero.

Cerdeña era un reino diminuto dentro de Europa, con cinco millones de habitantes y cuatro regiones distintas llenas de rivalidades mutuas. Pero, al sobrevenir la guerra de Crimea, curada ya de anteriores males económicos, Cerdeña busca una alianza por inspiraciones de Cavour. ¿Con Austria? Austria era el enemigo. Inglaterra no parecía por ahora dispuesta a intervenir en el continente; Prusia se había declarado neutral. Cerdeña se hizo aliada de Francia. Y así pudo Cavour tener sitio en la paz de París (1856). Allí convenció a Napoleón III, y trató de hacer entender a Europa que el Gobierno de Austria sobre la Italia del Norte era una perenne amenaza para la tranquilidad del Continente. Napoleón, de parentela italiana, había sido carbonario en su juventud. Se acordaba siempre de Italia. En enero de 1858, un fanático italiano llamado Orsini estuvo a punto de matarlo con una bomba. Murió mucha gente. Corrió por Francia una vaga ola de sentimiento contra Italia. Napoleón se acercó al Gobierno piamontés para reclamar, y de aquel acercamiento hostil, ¡oh prodigio!, brotó el acuerdo. El mismo Orsini, desde el cadalso, imploraba de Napoleón la salvación de Italia. Y esa mezcla de ideal, miedo y conveniencia, decidió a Napoleón. Usurpador en el fondo, a falta de "derecho divino" necesitaba éxitos y hazañas. Italia era la hermana latina. La emancipación de Italia bien podría operarse bajo la vigilancia y poder de Francia, proporcionando a ésta, de paso, algún medro territorial. Napoleón, en el interior, procuraba el régimen de respeto, grato a los conservadores; y, por otra parte, satisfacía a los liberales desarrollando, en el exterior, la política de las nacionalidades.

3. No sabemos lo que hablarían a solas Cavour y Napoleón (Plombières, 20 de julio, 1858). Pero éste se comprometió a prestar su ayuda contra Austria, si aquél encon-

traba buena coyuntura para la guerra. El pretexto de la guerra, estipuló Napoleón, no había de ser "revolucionario". Napoleón enviaría 200,000 hombres, con sólo que Cerdeña levantara unos 100,000. No habría paz hasta la completa expulsión de Austria. Italia quedaría constituída por la Confederación de cuatro Estados: el lombardo-véneto y los Ducados, acercándose a los dominios del Papa todo lo que la firmeza de Cavour pudo triunfar sobre el temor de Luis Napoleón, formarían el núcleo del Norte, bajo el Gobierno piamontés; Umbría y Toscana, bajo Parma, en el centro; después, Nápoles; y, finalmente, Roma y su distrito, bajo el gobierno del Papa, protegido por una guarnición francesa. En caso de éxito, Italia cedería a Francia el territorio de Saboya (más tarde se añadió Niza), desposándose una orgullosa heredera de dieciséis años con un libertino vástago napoleónico. Esto devolvería a Francia su "frontera natural" de los Alpes y era un calculado ataque al despojo de la frontera del Rin implícito en los tratados de 1815.

Víctor Manuel se las arregló para ponerse en guerra con Austria. Veamos cómo: Cavour tenía que apresurarse. Inglaterra vio con malos ojos la movilización del Piamonte. Austria había puesto la zona lombardo-veneciana bajo el popular Maximiliano, y la ocasión no parecía justificada para un rompimiento. Pero el ciego gobierno austríaco deshizo, con un par de leyes inoportunas, aquel efímero equilibrio. Víctor Manuel dijo claridades ante su Parlamento. Napoleón dejó traslucir sus intenciones. Austria, alarmada, acumuló tropas en Lombardía. En febrero, Napoleón parece resuelto. Ya en marzo, vacila y ofrece componendas. El Piamonte se mantiene firme; Víctor Manuel amenaza a Napoleón con abdicar, dando así suelta al temido espíritu revolucionario, al que sólo sofrenaba la fe en la persona del joven monarca de Cerdeña. Napoleón, por sugestión de Rusia, propone un Congreso internacional. Cavour adivina en este Congreso la trampa donde ha de caer toda su política y no lo acepta: amenaza, ruega, domina a Napoleón. Y, sobre todo, Austria, siempre ciega, exige que Cerdeña se desarme y que no sea admitida al Congreso. ¿Cómo podría aceptarlo Cerdeña? Finalmente, el partido de la guerra se impacienta en

Austria, y Viena presenta a Cerdeña un ultimátum (23 de abril, 1859). No pudo Viena haber hecho más en favor de la política de Cavour. El pretexto diplomático —un pretexto excelente— estaba logrado, y la actitud de Austria era poco airosa. El inepto comandante austríaco Guilay pierde el tiempo en marchas y contramarchas. Los franceses se unen a los piamonteses, y triunfan en Montebello. En Palestro hay una victoria italiana. Sufre Austria un gran revés en Magenta (4 de junio). El 8 de junio, Napoleón y Víctor Manuel entran en Milán aclamados. A los dieciséis días, Austria se deja vencer en Solferino . . .

4. Pero he aquí que, inesperadamente, Napoleón propone una tregua, cuando todavía Venecia está en manos de Austria (6 de julio). Las proporciones de la guerra, y aun el espectáculo de la sangre, habían comenzado a alarmarlo. Temía un despertar del sentimiento germánico (Prusia, en efecto, se conmovió); y también temía las poderosas señales de la Italia a medio nacer. Y Napoleón retrocedió ante la posible aparición de un coloso. Dejar a Venecia como estaba, conceder al Piamonte la incorporación de la Lombardía, Parma, Módena, y nada más, ¿no sería lo mejor? No. Italia estaba ya evocada, y ningún conjuro diplomático de última hora podía contener el milagro. Además, Inglaterra previó, con agrado, la creación de una Italia fuerte junto a Francia y Austria.

Napoleón, al firmar la tregua, no había contado siquiera con Italia. Víctor Manuel, dominándose, pensó que sería imposible continuar la guerra sin el auxilio francés, y habló de aceptar la "nefanda tregua". Cavour perdió los estribos, se exaltó, casi injurió a su Rey; finalmente dimitió, y con él cayó la política fundada en solicitar el auxilio extranjero. No importaba ya. Tal política había servido, en su momento, para desperezar a Italia: ahora el prodigio nacional obraría de suyo. Los términos de la tregua fueron letra muerta. Italia no quiso recibirlos, y nadie podía obligarla a ello. Desde el belvedere de su isla, Palmerston era favorable.

5. Parma, Módena, la Toscana y Romaña piden su anexión al Piamonte o, mejor dicho, a Italia (agosto-septiem-

bre, 1859). Y una asamblea en Romaña se declara contra el poder temporal del Papa. Cavour vuelve al Gobierno (enero, 1860): hacía falta. Napoleón naufraga entre compromisos contrarios; pero todavía, aceptando la anexión de los Estados centrales al Piamonte ("Emilia", o sea Romaña, Bolonia, Módena, además de Toscana), obtiene la cesión de Saboya y Niza (24 de marzo, 1860).

Pero aquello sólo era un paso. "Me han impedido —dijo Cavour— hacer a Italia desde el Norte, mediante la diplomacia. Hagámosla, pues, desde el Sur, mediante la revolución." Venecia podía esperar, pero había que ganar a Roma. Roma se defendía de los liberales, sobre todo, con el auxilio del catolicismo extranjero. Francia, Bélgica, Irlanda, enviaban voluntarios al Papa. En cuanto a la Italia católica, ya había aprendido a distinguir entre la religión y el gobierno teocrático. Otra dificultad era Nápoles, cuyo rey, Francisco II (que gobernaba desde 1859) se mantenía reacio. Pero el pueblo estaba ya por Italia, en Nápoles como en Sicilia.

Y aquí aparece Garibaldi (1807-1882) para preparar la conciliación del sur de Italia y Sicilia con Cerdeña. Marino, guerrero, revolucionario, figura que alcanza dentro de la realidad proporciones casi mitológicas de héroe epónimo, se echa al dorso, como el piadoso Eneas, los dioses de su patria. Donde él estaba, estaba Italia. Para bien de Italia, Garibaldi acepta la alianza con Víctor Manuel. En 1860, sus mil "camisas rojas" derrotan ¡en un mes! al Rey de Ambas Sicilias y a sus 24,000 hombres de tropa regular. La campaña de Garibaldi es como un éxtasis romántico de la historia. Garibaldi trabajaba con ánimo revolucionario; pero, por lo pronto, sus éxitos tienen que aprovechar al Rey, bajo cuyo cetro Italia se está redimiendo. Para lograrlo así, Cavour despliega todas sus artes. "Es una fatalidad —decía ante el ímpetu de Garibaldi— que Italia tenga que salvarse por obra de los extranjeros o de los locos." Garibaldi continúa su campaña, y Nápoles lo vitorea en su calles el 6 de septiembre.

Entonces hubo una hermosa competencia entre Garibaldi y Cavour. Ambos trataban de ocupar los Estados Papales:

aquél, en nombre del ideal revolucionario; éste, en nombre del principio monárquico. Y cada uno procuraba llegar antes que el otro. La última resistencia del Rey de Nápoles detuvo a Garibaldi. Cavour invadió, pues, los Estados Papales, rindiéndolos uno a uno, con excepción del recinto sagrado de Roma: el patrimonio de San Pedro. Las contaminaciones de Napoleón, que mantenía en Roma una guarnición francesa, impiden que la cabeza de Italia sea sumada al cuerpo unificado. Víctor Manuel acaba de reducir a Nápoles. Garibaldi depone su autoridad a los pies del Monarca.

6. El primer Parlamento italiano se reunió en Turín (febrero, 1861). Había que amalgamar los metales. Roma, Venecia, quedaban aún por conquistar. Semejante fracaso parcial no desalienta a los patriotas de Italia. Sólo perjudica la política de Napoleón III.

Éste, ejecutor del testamento de Santa Elena, venía metódicamente aniquilando los tratados de 1815. Primero, la derrota de Rusia en Crimea; después, la derrota de Austria en Magenta y Solferino. Pero Crimea abrió los ojos a Bismarck, y Bismarck concibió entonces una nueva política para Prusia: abandonar la Santa Alianza; aprovecharse de cuanto hiciera Napoleón contra los tratados de 1815, que tenían a Prusia encadenada. Y así, a la célebre frase de Metternich —que el tiempo después ha hecho ridícula—: "Italia ha pasado a la categoría de simple expresión geográfica", contestó Bismarck, al apreciar la conducta de Napoleón en Italia con otra célebre frase, que el tiempo ha llenado de sabor: "Si Italia no existiera, habría que inventarla". Bismarck acababa de ver la posibilidad de expulsar a Austria de Alemania, aliándose con el nuevo Estado italiano.

Pero Napoleón había retrocedido a medio camino. De pronto, ante la amenaza germánica, ante el problema católico de Roma, se sintió prudente. Dejó una Italia a medio hacer. Firmó con Austria los preliminares de Villafranca. Y aquí comenzó a declinar su astro. En adelante, todas sus empresas quedan truncas. Lo mismo su intervención ante el Zar en pro de los eslavos balkánicos o por la causa de Polonia en 1863, que su vergonzosa expedición a México, de

que más allá trataremos. Inglaterra ve con desconfianza tanta inquietud de Napoleón. Ya se ha ganado Napoleón la hostilidad de los Estados Unidos. ¿Qué nueva fortuna intentar? Ahí queda aún otro pueblo por redimir, por unir: ¡Alemania! ¿Se decidirá Napoleón? Bismarck adivina sus deseos, y helo que se acerca, las manos cargadas de promesas.

*30 de noviembre, 1919.*

## XXIII. HACIA LA UNIDAD ALEMANA. SUBLEVACIÓN DE POLONIA

1. SE RECORDARÁ que, en Francfort (1848), los liberales fracasaron en su empeño de unificar a Alemania. Y fracasaron ante la celosa resistencia de los príncipes, aferrados a sus soberanías locales. Con todo, hechos del orden material iban lentamente convirtiendo el sueño político de la unidad alemana en realidad práctica (el telégrafo, la locomotora, el desarrollo mecánico general, la Unión Aduanera). El arreglo de 1815 todavía dejó a Alemania convertida en semillero de Estados. Los historiadores dan un ejemplo clásico: para ir de Fulda a Altenburg (algo más de 200 kilómetros), había que cruzar treinta y cuatro fronteras y los dominios de nueve monarcas diferentes. Cada alto en el viaje significaba una interrupción aduanera y suponía un pago de derechos conforme a una práctica distinta. Para remediar este mal, se forma desde 1834 una Liga Aduanera o *Zollverein* entre diecisiete Estados (23 millones de población total), cuyas bases eran: libre tránsito interior, y frontera exterior común protegida por tarifa común. Austria quedó fuera del *Zollverein.* Prusia se convirtió en centro de esta Liga. Bajo Federico Guillermo todo era aún vacilación, y Federico Guillermo era caprichoso e indeciso. Temía a la revolución (a Inglaterra, a Francia), y a este temor sacrificaba hasta las legítimas aspiraciones de Prusia. Bismarck sabía que con aquel Monarca no era posible atreverse a una empresa audaz, y había preferido su vida diplomática en Francfort a la cartera de Ministro. Pero un día el Rey acabó de volverse loco, y le sucedió, como Regente, su hermano Guillermo. Bajo Guillermo I (1858-1861), la política prusiana se dibuja muy claramente en un doble sentido: primero, expulsar a Austria de la Confederación Germánica; segundo, preparar la guerra.

Medio siglo atrás, Scharnhorst (1814), para oponerse a

Napoleón I, había creado el sistema de servicio militar obligatorio entre todos los ciudadanos aptos, seguido de la reserva y disponibilidad para en caso necesario. Guillermo I aumentó el reclutamiento de cuarenta a sesenta mil hombres por año, y estableció tres años de servicio activo y dos de reserva, que más tarde se aumentaron.

2. Bismarck entró al Gobierno en 1862, a los cuarenta y siete años, y se empeñó tenazmente en la política de armamentos, sin dar muchas explicaciones a la opinión, ni respetar mucho a la Cámara Baja. Así inauguró un régimen despótico, cuyas razones secretas, al descubrirse algunos años más tarde, lo justificaron ante la conciencia de su pueblo. Guillermo I, de por sí, hubiera modificado la Constitución en un sentido reaccionario; pero Bismarck lo refrenaba, aconsejándole sacrificar el ideal abstracto a la necesidad actual del país. Era mejor no levantar en contra de su política al liberalismo alemán; era mejor contar con él. Y Guillermo comprendió; se deshizo de Manteuffel, el Ministro "feudal", y llamó al poder (acto sin precedente) a los liberales moderados. No significaba esto un triunfo de los liberales, sino un cambio de política.

Este cambio de Berlín se sintió en Viena durante la guerra de Italia y después de ella. Austria, que al fin se da cuenta de la importancia del *Zollverein*, quiere entrar en la Liga, pero poniendo sus condiciones. El elector de Hesse, siempre inquieto, provoca una nueva dificultad, y Viena y Berlín toman actitudes contrarias. Todo esto mantiene en continua tensión las relaciones austroprusianas.

Cuando Bismark se consideró bastante fuerte, aprovechó el primer pretexto para comenzar la campaña contra Austria. El pretexto fue la cuestión del Schleswig-Holstein. Estos Ducados, aunque en parte poblados ahora por alemanes, habían pertenecido al Rey de Dinamarca. En 1847, el Rey de Dinamarca anunció su propósito de incorporar estas posesiones de la corona al reino danés, lo cual sublevó a la población alemana de la región y, en general, a toda Alemania. La controversia se alargó hasta 1863, año en que el Ducado de Schleswig fue definitivamente incorporado al

reino danés. En 1864, puede decirse que el pueblo alemán deseaba que el Schleswig-Holstein fuera unido a la Confederación Germánica, tal como entonces existía. Pero ya el pueblo alemán era un instrumento en manos de Bismarck, y éste deseaba la incorporación más o menos directa del Schleswig-Holstein a Prusia, como medio para destruir el actual sistema federal y lograr la expulsión de Austria.

3. Examinemos de cerca los sucesos, retrocediendo un poco. Al comenzar la guerra de Italia, Prusia, cada vez más opuesta a Austria, está en situación comprometida. Austria busca aliados por cielo y tierra. Prusia se arma, pero en actitud de reserva. El armisticio de Villafranca —derrota para Austria, humillación para Napoleón III, desazón momentánea para los patriotas de Italia— es, a todas luces, un triunfo para Prusia: Napoleón III se había detenido en el camino de sus victorias, entre otras cosas, por temor a la amenazante Prusia, cuya actitud de centinela alerta era un enigma terrible. Y así, Austria quedaba obligada a Prusia, su rival. Italia, por su parte, pudo adivinar en Prusia un futuro aliado contra Austria. Prusia había logrado un jaque triple.

Austria prefirió, pues, ceder terreno en términos apresurados, a verse salvada militarmente por el auxilio de Prusia. Y Prusia activó sus reformas militares, segura ya de que iba por buen camino. Pero la Constitución era un obstáculo, y el Gabinete —liberal y apoyado por mayoría liberal— continuaba las tradiciones oratorias del Cuarenta y Ocho. El 12 de enero, 1860, Guillermo abrió las sesiones parlamentarias con un discurso en que trataba de justificar su nueva política de armamentos. Un mes más tarde, la Cámara liberal se oponía a todas las reformas, y Guillermo se decidió entonces a continuar su política por su cuenta y riesgo. En 1861, el día de Año Nuevo, se hizo la entrega solemne de banderas a los nuevos regimientos. Al día siguiente murió Federico Guillermo. Y el rey Guillermo I se encontró solo frente a una crisis constitucional.

Austria vio la ocasión, y se declaró por el liberalismo alemán, aunque con miras muy austríacas. El desastre de

la guerra italiana había dejado a Austria en completo desorden. El Emperador quiso reconquistar su fuerza por el camino de las concesiones constitucionales. Con tal fin, había formado un Consejo Central desde marzo, 1860. Este Consejo vino a ser, naturalmente, el campo de guerra entre los liberales germánicos (unitarios), los eslavos y los magiares nacionalistas. El Emperador cedió al nacionalismo magiar, restauró la antigua Constitución húngara (20 de octubre, 1860), y concedió legislaturas locales a los demás Estados. Los magiares exigían la Constitución de 1848: se sublevaron. Y el Emperador buscó entonces el apoyo del partido germanista. Se pregonó en Hungría la ley marcial. Y se reunió en Viena un Parlamento de todo el Imperio (mayo, 1861). Así, por el momento, Austria pareció el campeón germánico liberal, en tanto que Prusia parecía sumirse en la reacción.

4. El nuevo Parlamento prusiano (1862) tampoco podía entender el sentido de las reformas militares de Guillermo. Era un Parlamento liberal; veía en el Emperador de Austria, por el momento, un campeón liberal, y no comprendía que Prusia se armaba contra Austria con miras a la unidad de Alemania. El Rey Guillermo tuvo que disolver las Cámaras el 11 de marzo. Cayó un Gabinete liberal; subió un Gabinete conservador. La opinión se hizo cada vez más hostil al Gobierno. Las nuevas elecciones trajeron una Cámara más extremada en su liberalismo que las anteriores, una Cámara que decidió tachar del presupuesto la partida de las reformas militares. El Gabinete se declaró inepto y renunció. El Rey llamó entonces a Bismarck (septiembre, 1862).

Bismarck era el hombre que necesitaba Guillermo. Sus nueve años de trabajo en la Dieta de Francfort, como delegado de Prusia, le habían permitido adquirir un conocimiento cabal de las fuerzas de Alemania; además, había seguido paso a paso la política doble de Austria para con Prusia. Austria era, a sus ojos, el enemigo. Bismarck declaró su propósito francamente. Sólo disimuló los medios con que se proponía realizarlo.

5. En 1841 había sido imposible admitir a Austria en el *Zollverein,* por la imposibilidad de incluir o excluir a Italia y a Hungría. En 1853, se había hecho con Austria un trato por siete años. En 1860, el *Zollverein* se reorganiza sobre la base del libre cambio. Ahora bien, el sistema austríaco era estrictamente proteccionista. Esta prueba de que Prusia no estaba dispuesta a desviarse para complacer a Austria fue robustecida por las facilidades con que Prusia abordó el tratado comercial con Francia. Austria protestó, y no le faltó apoyo dentro de la misma Liga Aduanera. Pero Prusia sólo aspiraba a la justificación final de su política. El 29 de mayo, 1862, se firmó el tratado comercial con Francia. Austria sigue protestando. Y Prusia contesta reconociendo el nuevo Reino de Italia.

Bismarck procuró en vano entenderse con los antiguos liberales. Pero el presupuesto de reformas militares, rechazado por la Cámara Baja, fue aprobado por la Alta Cámara. Eso bastó a Bismarck. La política prusiana no podía ya rectificarse. Es posible que Bismarck lamentara de veras tener que desafiar a la opinión liberal. Pero el caso era urgente. "Nuestras relaciones con Austria —decía— tienen que mejorar o empeorar." Y añadía que, o Austria se replegaba hacia Budapest, como centro de gravedad del Imperio, o Prusia no podría menos de entenderse con los enemigos de Austria. "No será con bellos discursos y votos por mayoría como se decidan las cuestiones que nos preocupan —tal fue el error de 1848 y 1849—, sino por medio del hierro y la sangre." (Discurso de Bismarck en el Parlamento, el 30 de septiembre, 1862.)

La política del hierro y la sangre suponía, además de las reformas militares, un hábil manejo de la diplomacia. Desde el Congreso de París, Napoleón trataba de acercarse a Rusia. Una *entente* franco-rusa, aunque ayudaría a Prusia en la derrota definitiva de Austria, arrebataría a Prusia los frutos de la victoria. Este temor se disipó por sí solo: a principios de 1863, el levantamiento de Polonia deshizo las probabilidades de semejante alianza. Y Europa se dividió en dos bandos, quedando Prusia y Rusia a una parte, y Austria y Francia a otra.

6. El ucase de diciembre, 1845, había barrido los últimos despojos de la independencia polaca. Polonia no se había resignado nunca. Entretanto, el Gobierno ruso había tratado de maniobrar en la masa del pueblo polaco contra la casta de los señores. Bajo Nicolás, la opresión de Polonia fue absoluta. No así bajo Alejandro, a cuyo coronamiento se dictó una amnistía que devolvió a Polonia una multitud de desterrados. Los desterrados venían hablando de la simpatía de París. Y la esperanza renació. Y la Sociedad Agrícola vino a ser un centro de organización patriótica. En 1861, la Sociedad, comprendiendo la necesidad de contar con los labriegos, pidió al Zar la emancipación de los siervos. El Gobierno ruso se inquietó. El ucase que dio libertad a los siervos rusos (19 de febrero, 1861) no libertó a los siervos polacos. A poco, la Sociedad Agrícola fue disuelta, y la guarnición rusa de Polonia recibió refuerzos. En mayo, 1862, el Zar nombró virrey de Polonia a su hermano Constantino. Unidos entonces los "blancos" (nacionalistas conservadores) y los "rojos" (revolucionarios radicales), pidieron la restauración del antiguo régimen constitucional y la devolución de las provincias arrebatadas. El Zar promulgó leyes de reclutamiento (octubre, 1862, y enero, 1863), a fin de someter a la disciplina militar a los sospechosos, recurso viejo. La gente huyó al campo. Y los reclutas de Varsovia provocaron un motín militar. Y el motín se convirtió en revolución: una revolución sin pies ni cabeza. Los sublevados, en rigor, todo lo esperaban de la intervención de las potencias simpáticas a la causa de Polonia. En Francia, los liberales estaban, desde luego, por aquel pueblo que aspiraba a su emancipación, y los clericales estaban por aquellos católicos que se alzaban contra la persecución de la Iglesia Ortodoxa. En Inglaterra, la sublevación polaca era un grito del pueblo. Austria veía con agrado el conflicto del Zar, vecino todavía poderoso. Bismarck aprovechó la ocasión para romper la posibilidad de una alianza franco-rusa, substituyéndola con una alianza ruso-prusiana. La sublevación polaca afectaba a Prusia, porque los "rojos" reclamaban la devolución de la Prusia occidental, Posen y

parte de Pomerania. El 8 de febrero se firmó la alianza ruso-prusiana.

7. Napoleón estaba ocupadísimo: por una parte, planteaba la desdichada expedición a México; por otra, trataba de contener la furia de Garibaldi, que amenazaba a Roma. Pero la opinión le obligaba a hacer algo en bien de Polonia. Y Napoleón envió una nota a San Petersburgo quejándose de que la alianza ruso-prusiana era contraria a los tratados de 1815. ¿Napoleón, campeón de los antiguos tratados? Austria, a pesar de su interés manifiesto en dividir a Francia y a Rusia, consideró con desconfianza esta inesperada salida de Napoleón. Pero la opinión y las conveniencias políticas de Austria estaban de parte de Polonia. Inglaterra, Francia y Austria podían, pues, entenderse. En junio, 1863, presentaron a Rusia tres notas separadas. Rusia se negó rotundamente a tratar de la cuestión polaca con ningún poder extranjero. Napoleón, metido en el laberinto de México, manifestó deseos de someter la cuestión polaca al Tribunal de Europa, añadiendo que los tratados de 1815 habían dejado de existir. Esta declaración, con sus consecuencias de nuevos arreglos territoriales —no sólo para Polonia, sino para toda Europa—, alarmó a las potencias. Inglaterra prefirió no comprometerse. Austria recordó que su verdadero peligro era, más que Rusia, el nacionalismo napoleónico. Y se deshizo la alianza efímera. Y Polonia quedó abandonada a su suerte.

8. La guerra de Polonia duró, indecisa, más de un año. El general Langiewicz condujo al principio a los polacos. Derrotado éste en Grokowiska (19 de marzo), se formó en Varsovia un Gobierno secreto y terrorífico. El 1º de abril, el Zar prometió la amnistía a los que rindieran las armas. No hubo un solo polaco que quisiera atenerse a la amnistía. La guerra fue degenerando en matanzas y emboscadas, y hacia marzo, 1864, el fuego se fue extinguiendo solo.

*4 de diciembre, 1919.*

# XXIV. HACIA LA UNIDAD ALEMANA. SCHLESWIG-HOLSTEIN

1. AUNQUE la sublevación de Polonia acabó sin resultado ninguno para aquel país, produjo efectos considerables sobre las relaciones mutuas entre las potencias.

Napoleón III, que tanta importancia había adquirido desde la guerra de Crimea, quedó en ridículo ante las otras potencias, por su abandono de la causa polaca, y en no mejor situación a los ojos de su propio pueblo. La ambigüedad de su conducta pronto le ganó la desconfianza de Inglaterra. Napoleón se iba quedando solo, y esto en vísperas de acontecimientos transcendentales.

Austria, por su parte, disgustó a todos por no decidirse ni en pro ni en contra de Polonia, y también había de encontrarse sin amigos a la hora decisiva.

Prusia, en cambio, salió de la crisis con renovado prestigio. En sólo cinco años, su intervención había sido definitiva para los dos conflictos de Europa (Villafranca, Polonia). El Zar hasta llegó a proponer a Guillermo I una ofensiva común contra Francia y Austria. Guillermo era demasiado prudente para aceptarlo: le bastaba asegurar, por el momento, la neutralidad rusa ante el inminente choque austroprusiano. Porque el choque se podía ya prever: la cuestión del Schleswig-Holstein era cada vez más embrollada.

2. El 14 de agosto, 1863, contra la voluntad del Rey de Prusia, el emperador de Austria logró reunir en Francfort un Congreso de príncipes alemanes, bajo pretexto de reformas a la Constitución Federal.

En este Congreso sólo faltó la representación de cuatro Estados: Anhalt-Bernburg, Holstein, Lippe y Prusia. El Príncipe de Sajonia en persona se dirigió entonces a Berlín para invitar a Guillermo, en nombre de todos los soberanos

reunidos. Todos habían comprendido que la sola ausencia de Prusia anulaba los acuerdos de Francfort. Bismarck amenazó al Rey Guillermo con renunciar al instante si él consentía en asistir al Congreso; Bismarck vio claramente que este Congreso era un ataque de Austria, sostenido de lejos por las potencias occidentales. "Si el Rey así me lo manda —dijo—, iré allí y defenderé su causa; pero no regresaré a Berlín como Ministro."

En el Congreso de Francfort, pensaba Bismarck, la rivalidad austroprusiana quedaría convertida en una acción común para combatir la revolución y el constitucionalismo, y Prusia continuaría siendo lo que antes era. Es decir: quedaría obstruído el camino de la unidad nacional bajo la tutela de Prusia.

El Rey de Sajonia parece haber sido el más apto para la misión que se le confiara, y Guillermo I estaba indeciso. A todas las razones de Bismarck, Guillermo contestaba: "¡Treinta señores reinantes, y un Rey como correo!"

> Por fin —escribe el Canciller de Hierro—, por fin, a media noche, logré arrancar al Rey la firma para el documento en que se excusaba de acceder a la demanda del soberano de Sajonia. Cuando me separé del Rey, uno y otro estábamos extenuados, casi enfermos, a consecuencia de la tensión nerviosa.

3. El Congreso de Francfort se llevó, pues, a cabo, sin la concurrencia de Berlín. Austria proponía una reconstitución de la Confederación Germánica, bajo un Directorio, con una Asamblea de delegados de los distintos parlamentos, una Corte de apelación y un reglamento de sesiones periódicas entre los príncipes.

La proposición fue aceptada el 1º de septiembre. Pero todo dependía de la actitud de Prusia, y los Estados germánicos no querían someterse incondicionalmente a Austria ni a Prusia. El 22 de septiembre, Prusia contestó, declarando que en toda reforma de las bases federales, Prusia, al igual de Austria, se reservaba el derecho de prohibir la guerra y el de ser admitida a la presidencia, también al igual de Austria. Finalmente, Prusia —con inesperado aliento demo-

crático— declaraba que sólo sometería sus derechos a un Parlamento que representara a toda la nación alemana. En suma: que Prusia hizo fracasar la maniobra austríaca de Francfort. Además, la actitud de Prusia y de Austria en este asunto engañó completamente a Napoleón, quien sólo vio en Austria (y lo vio con el mayor recelo) el propósito de crear una liga sudgermánica, y sólo vio en Prusia (y lo vio con cierta complacencia) el propósito egoísta de mantener la debilidad de Alemania. Este error determinó la conducta inmediata de Napoleón para con Prusia.

Prusia era fuerte. Bismarck, al acentuarse el conflicto de los Ducados daneses, pensó en resolverlo de un modo definitivo. De paso, ello serviría para solventar de una vez el gran conflicto germánico. Austria había quedado teóricamente encargada de arreglar la cuestión de Schleswig-Holstein, después de la "humillación de Olmütz", 1850, en que Prusia tuvo que someterse a todas las exigencias de Austria. Pero Austria, en verdad, estaba poco dispuesta a sacrificar a Dinamarca las aspiraciones germánicas.

4. Entretanto, los radicales de Copenhague se enajenaban, por sus violencias, la simpatía de los poderes de Europa. En la Conferencia de Londres (1852), el Rey de Dinamarca había cedido hasta conceder a los Ducados un Gobierno autonómico, bajo la dependencia de la Corona danesa. El 31 de marzo, 1852, el Duque de Augustemburgo había renunciado a sus derechos sobre Dinamarca, y esto allanaba el punto de la sucesión considerablemente. El Protocolo de Londres (8 de mayo, 1852) afirmó la integridad de Dinamarca, reconoció el derecho de sucesión de la heredera danesa, y declaró respetables los derechos de la Confederación Germánica sobre Holstein y Lauenburg. Pero este protocolo, firmado en nombre de Europa, prescindía del punto de vista germánico, y tampoco aseguraba a Dinamarca contra agresiones posibles, que sólo la debilidad de Alemania había aplazado. El 31 de julio, 1853, la nueva Constitución danesa fue impuesta a los Ducados; pero todavía los nacionalistas daneses la consideraron como una transacción con las exigencias germánicas, y así, en 2 de octubre, 1855,

se dictó una nueva Constitución, en virtud de la cual los "Ducados de la Discordia" quedaron plenamente sujetos a la mayoría de Copenhague, y las contribuciones del Schleswig-Holstein —antes aplicadas a objetos locales— quedaron sumergidas en el Tesoro general del país. Holstein apeló a la Dieta Germánica; ésta, en 1858, declaró que la Constitución danesa era aplicable a Holstein y a Lauenburg, pidió al monarca danés que manifestara sus intenciones y, a instancias de Bismarck, amenazó con la intervención federal. Federico VII cedió algo en el punto de Holstein, y la Dieta —distraída por asuntos internos— se conformó por el momento.

Pero en el verano de 1860, el Parlamento danés estaba otra vez en pugna con los Ducados. La Confederación Germánica se preparó entonces para intervenir militarmente. Dinamarca, por consejo de Inglaterra, emprendió negociaciones directa y separadamente con Prusia y con Austria. El resultado fue otro embrollo más. Las respuestas de Austria y de Prusia, al paso que llevaban la cuestión lejos de la competencia de la Liga germánica, pedían que se restaurara la unión indisoluble entre Schleswig y Holstein. Dinamarca se niega entonces a admitir intervención alguna en su política de Schleswig. Y Austria protesta altivamente, deseosa de captarse la simpatía de los Estados alemanes.

5. En este punto interviene el ministro inglés Russell (24 de septiembre, 1862), y propone la independencia de los Ducados, bajo la Corona danesa, con un presupuesto decenal de gastos comunes, aprobado por las cuatro Asambleas, y un Consejo Supremo, formado por partes iguales de alemanes y daneses. Esta proposición de Inglaterra fue aceptada por los Estados germánicos —incluso Austria y Prusia— y por Rusia. Dinamarca no cedió. La revolución polaca estaba en pleno furor, Francia amenazaba el flanco de Prusia, Austria y las potencias occidentales reñían una batalla diplomática contra Rusia. El momento no era propio para una nueva lucha europea. Dinamarca lo comprende, y afronta la resolución de las potencias, negándose abiertamente a prescindir de su derecho exclusivo sobre el Schleswig. El 30 de

marzo, 1863, el Rey de Dinamarca repudia los arreglos de 1852, declara que Holstein ocupa una posición aparte en los dominios de la Corona danesa y rechaza toda pretensión germánica sobre Schleswig. Ante las protestas de la Confederación Germánica, el Rey danés proclama una nueva Constitución para el reino de "Dinamarca-Schleswig" (28 de septiembre, 1862). La Dieta Germánica decreta la guerra (la "ejecución federal"), pero Inglaterra media, y Bismarck advierte que no ha llegado aún la hora de la acción. El danés se crece; a fines de 1863, la nueva Constitución es aprobada en Consejo. Muere Federico VII; le sucede Cristián IX.

6. Firmar la nueva Constitución era para Cristián IX tanto como anular el Protocolo de 1852, al cual debía la Corona. No firmarla era ponerse contra su pueblo. Cristián IX optó por firmar. Hubo un estremecimiento en toda Alemania. El nuevo Duque de Augustenburgo, Federico —aunque su padre había renunciado sus derechos—, alega pretensiones sobre los Ducados daneses. Holstein está por el Augustenburgo, y esta simpatía se comunica, en parte, a Schleswig, en cuanto se firma la nueva Constitución. Los príncipes alemanes, el pueblo alemán, apoyan al Duque Federico. La Dieta de Francfort, aunque contra los prudentes consejos de Viena y de Berlín, resuelve no seguir adelante con la "ejecución federal" ya decretada —pues ello equivaldría a admitir el derecho de Cristián IX a la Corona danesa—, sino ocupar los Ducados simplemente, a reserva de ventilar el punto relativo a la sucesión de Dinamarca.

Tropas de Sajonia y Hanover entran en Holstein (Navidad de 1863), en nombre de la Confederación Germánica, y el Augustenburgo asume el gobierno, bajo el nombre de Federico VIII.

Prusia y Austria, deseosas igualmente de evitar los pretextos de una intervención europea en incumbencias de la Confederación Germánica, se habían manifestado enemigas de medidas violentas. Bismarck sostuvo que Austria y Prusia deberían mantener el Protocolo de 1852 y, en consecuencia, aceptar a Cristián IX como soberano legítimo; pero que,

considerando cómo la nueva Constitución por éste firmada violaba el Protocolo de 1852, Austria y Prusia quedarían justificadas a los ojos de Europa para intervenir en Dinamarca, como potencias signatarias de tal Protocolo. El Rey Guillermo de Prusia vacilaba; tenía simpatía por el Duque de Augustenburgo; no entendía. Sólo Bismarck, desde el primer instante, había visto la posibilidad de una conquista, y trabajaba en ese sentido. Ello es que, de pronto, Austria y Prusia se pusieron de acuerdo contra el Augustenburgo y contra los demás Estados germánicos.

7. Napoleón, complicado en México, y habiendo fracasado en Polonia, busca un éxito y propone un Congreso (5 de noviembre, 1863). Ya se ha dicho que en esta proposición declaraba inexistentes los tratados de 1815 y pedía la reorganización de Europa, con lo cual produjo el pánico en las cancillerías. ¿Luego Francia volvía a sus sueños de expansión? ¿O tal vez —caviló Austria— Napoleón quiere desquitar su fracaso diplomático de Polonia resucitando la cuestión italiana? Y Austria, en busca de ayuda, comprende que sólo puede obtenerla de Prusia, la rival.

Austria y Prusia se conciertan para evitar que los demás Estados germánicos continúen protegiendo al Augustenburgo, contra lo cual ya Inglaterra y Rusia habían protestado. Hacen un último intento para convencer a la Dieta (28 de diciembre, 1863) de que la Confederación Germánica sólo debe ocupar los Ducados para obligar a Dinamarca al pacto de 1852, es decir, aceptando la legitimidad del Rey Cristián IX. La Dieta rechaza con indignación este plan. Y entonces los representantes de Austria y de Prusia informan a la Dieta de que sus respectivos Gobiernos obrarán independientemente de la Confederación, por su cuenta y riesgo. Austria y Prusia firman un Convenio (16 de enero, 1864) para intervenir en los Ducados. Ya el único temor de Bismarck era que los daneses se rehusasen a combatir, abandonaran el Schleswig y apelaran a las potencias. Para evitarlo, hizo correr rumores en Copenhague de que Inglaterra había amenazado a Prusia con la intervención, si Prusia rompía las hostilidades. Y Dinamarca se aprestó a reci-

bir con las armas a los austroprusianos. Éstos cruzaron el Eider el 1º de febrero, 1864.

8. En quince días los daneses fueron rechazados hasta la frontera de Jutlandia. La verdadera campaña —la diplomática— comenzó entonces. Inglaterra y Suecia eran simpáticas a Dinamarca. Napoleón vacilaba. Rusia habló de ratificar el Protocolo de 1852. Entretanto, las tropas prusianas tenían que penetrar en Holstein para sofocar la inquietud de los oficiales enviados por la Dieta Germánica. Se trató de si la invasión se limitaría a los Ducados o continuaría por toda Dinamarca. Por temor a complicaciones, Austria pidió que se limitara a Schleswig-Holstein. Prusia accedió por el momento. Pero ya estaban los destinos desatados. ¿Cómo contenerlos? Un día, un grupo de húsares prusianos salvó la línea marcada a la expedición punitiva, y Bismarck, con motivo de este incidente, se decidió a revisar la situación, con miras a la conquista. Austria anhelaba la paz; la agitación magiar y la ebullición de Italia la tenían paralizada. Bismarck la obligó a continuar la guerra: ¡había que acabar alguna vez! Un nuevo acuerdo austroprusiano deshizo para siempre el fantasma del Protocolo del 52. Ahora había que proseguir la conquista de Jutlandia. Y la guerra continuó, mientras una Conferencia de Londres (abril, 1864) ponía de manifiesto lo intrincado de la situación: a una parte, la Dieta Germánica apoyando las pretensiones del Duque de Augustenburgo; a otra, Austria, tímida partidaria del derecho de sucesión de Cristián IX, conforme a los arreglos de 1852; a otra, Prusia, ya resuelta a anexionarse los Ducados de Schleswig-Holstein. De lejos, Napoleón apoyaba a Prusia, proponiendo que la cuestión de los Ducados se decidiera por plebiscito, para que la mayoría germánica triunfase. Este plan convenía a Bismarck, y también al representante de la Dieta de Francfort; pero Austria no hubiera podido aceptarlo sin renunciar, tácitamente, a su dominio en Venecia, cuya población era sobre todo italiana. Los daneses, viendo la hendidura de la alianza austroprusiana, se mantuvieron firmes.

El antagonismo entre Prusia y Austria creció por instan-

tes. Ambas querían arrancar a Dinamarca los Ducados, pero Prusia ya dejaba ver sus ambiciones de dominarlos militarmente. Y Austria, antes que consentir en el crecimiento de su hermana enemiga, optó por apoyar al Duque de Augustenburgo. Bismarck lo había previsto, y ofreció al Duque de Augustenburgo apoyarlo en la Conferencia de Londres, si éste consentía en someter a Prusia los negocios de guerra y marina de los Ducados, en entregar a Prusia la bahía de Kiel y el protectorado del futuro canal del Mar del Norte, y en asociarse al *Zollverein*. Austria se opuso, y arrastró en su negativa al Duque de Augustenburgo. Y la Conferencia de Londres no pudo resolver nada. Y Bismarck quedó con las manos libres, sin temor a la intervención de las potencias. Austria y Prusia renovaron su alianza, sin disimularse ya que su objeto era arrebatar los Ducados a Dinamarca. La campaña continuó. Entre agosto y octubre de 1864, el Rey de Dinamarca tuvo que ceder los Ducados definitivamente a Austria y a Prusia.

9. En este instante, los austroprusianos ocupaban Schleswig, y Holstein estaba invadido por tropas de la Confederación Germánica, que luchaban por Federico de Augustenburgo. Una presión conjunta de Viena y Berlín sobre Francfort determinó la salida de estas tropas. Y Prusia ocupó al instante el Holstein. Y vino para las hermanas enemigas la hora de distribuirse el botín. El ministro austríaco propuso a Prusia la cesión de los Ducados daneses, a cambio de la Silesia inferior. Bismarck no aceptó. Austria entonces amenazó con apoyar otra vez al Augustenburgo, pero sin querer soltar la presa de los Ducados. En tanto, la opinión de la Confederación Germánica ganaba terreno en Holstein, y el Augustenburgo representaba el papel de "Federico VIII", con Corte en Kiel. Terrible hora para Bismarck: ¡hasta la opinión de Prusia se volvía contra él, y a la cabeza de la oposición estaba el príncipe heredero! Sólo una cosa le salvó: Austria no estaba preparada para la guerra. Así, la situación, con ser tan difícil, se prolongó algún tiempo, indecisa. Y, entretanto, Bismarck tuvo holgura para procurar la simpatía de Napoleón, asegurándose de paso la de Italia.

Moltke declaró que Prusia podía resistir la guerra. Prusia habló alto. Austria fue cediendo palmo a palmo. En Gastein (20 de agosto, 1865), el Rey de Prusia y el Emperador de Austria firmaron un convenio, según el cual Prusia se quedaría con Schleswig, y Austria con Holstein. Prusia, además, compró el pequeño ducado de Lauenburg. Este convenio fue sólo, para los propósitos de Bismarck, un compás de espera, y para su actual diplomacia, un triunfo, puesto que, al firmar el convenio, Austria desconocía otra vez los derechos del Augustenburgo, y de nuevo se ponía contra la Confederación Germánica.

*18 de diciembre, 1919.*

# XXV. GUERRA AUSTROPRUSIANA

1. En abril, 1866, Prusia e Italia convinieron en hacer armas contra Austria dentro del plazo de tres meses. En junio, Austria apeló a las fuerzas de la Confederación Germánica, pidiendo su protección contra las amenazas de Prusia. Prusia manifestó que por sólo este hecho la alianza austroprusiana quedaba disuelta, y declaró la guerra a Austria (14 de junio, 1866). Salvo Mecklemburgo y algunos pequeños Estados septentrionales, toda Alemania se puso al lado de Austria. Y Prusia comenzó la guerra invadiendo Estados alemanes. El 3 de julio, 1866, Austria quedó vencida en Sadowa, y la supremacía de Prusia en Alemania fue ya indisputable. Para entenderlo mejor, hay que estudiarlo más despacio.

2. La pasajera alianza austroprusiana había dado tiempo, por lo menos, para que Bismarck acabara de ganarse al Gobierno italiano de Turín, y para que estudiara cuidadosamente cuál podía ser, ante el conflicto futuro, la conducta de Napoleón. Finalmente, había que decidir al rey Guillermo.

De Napoleón dependía en mucha parte la resolución de Italia. Y Napoleón, en suma, deseaba mantener la discordia en Alemania, para conservar así, en el caos de pequeños Estados, la influencia preponderante de la política francesa. Si de paso acababa de aniquilar los tratados de 1815, no le sería difícil —pensaba— devolver a Francia su frontera "natural" sobre el Rin. La probable guerra austroprusiana no era, pues, contraria a sus planes. Napoleón suponía que, o Prusia había de sucumbir, o la guerra se prolongaría indefinidamente. Y, en ambos casos, esperaba que Francia pudiera quedar como árbitro de la situación. En tal supuesto, Francia modelaría a la nueva Alemania según la ley romántica de las nacionalidades y, por otra parte, redondearía la obra de Italia, arrancando al poder austríaco su última presa: Venecia. Las nuevas de la Convención austroprusia-

na de Gastein fueron, pues, singularmente ingratas a Napoleón: parecían, de pronto, alejar el fantasma de la deseada guerra y, de paso, con la repartición arbitraria de los Ducados daneses, significaban un ataque a la doctrina de las nacionalidades. Esto, y la indignación de la opinión parisiense, lo decidieron a protestar contra el pacto de Gastein (29 de agosto, 1865). Poco después, Inglaterra se une a su protesta. Bismarck se apresuró a dar ciertas explicaciones, y Napoleón se declaró satisfecho, en lo privado, y públicamente lamentó los términos violentos de su protesta anterior, "que —aseguró— había sido enviada sin su aprobación especial". Bismarck quiso afianzar su éxito, y se entrevistó con el Emperador de Francia en Biarritz (30 de septiembre). No se sabe bien lo que hablaron. Ello es que Napoleón creyó percibir en las palabras de Bismarck alguna promesa de rectificación sobre fronteras como precio de la neutralidad de Francia. Y Napoleón se manifestó favorable al desarrollo de Prusia en el norte de Alemania, pensando que ello contribuiría a hacer indispensable para los pequeños Estados sudalemanes la protección de Francia.

Entretanto, véase cómo funcionaba sobre los "Ducados de la Discordia" el maridaje político austroprusiano: Manteuffel, el prusiano, gobernaba el Schleswig con rigor militar; Gablenz, el austríaco, procuraba, en Holstein, continuar las tradiciones del Gobierno local. Y ni aquí ni allá se hacía ya el menor caso del pretendiente Augustenburgo, manteniéndose los dos vecinos en buenos términos. Pero la armonía fue muy efímera.

En efecto: el Gobierno de Turín, que no acababa de entenderse con Prusia, se acerca a Viena y propone la compra de Venecia en cien millones de liras. El Emperador austríaco contesta que sólo por la fuerza de las armas entregará a Venecia. Y mientras esto acontecía, Baviera, Sajonia y otros Estados alemanes, para quienes el pacto de Gastein había significado una deslealtad de Austria, se acercaban a Prusia en el orden de los intereses materiales, y, con pocas excepciones, eran favorables a un convenio entre Italia y el *Zollverein*, cuyo primer paso —claro está— sería el reconocimiento del Reino independiente de Italia. Como respues-

ta a semejante política, el Gobierno de Viena dispuso, para enojar de algún modo a Prusia, que se permitiera en Holstein libre juego a las aspiraciones del Augustenburgo. Y de aquí una pugna entre los pacíficos vecinos de ayer, Manteuffel y Gablenz, en que uno trataba de evitar el contagio, y el otro, de comunicarlo. En diciembre, Manteuffel se dirigió a Bismarck: ya había perdido la paciencia; ya era tiempo —alegaba— de que Austria decidiera entre Prusia o el Duque de Augustenburgo. Comunicada la queja a Viena, Viena contestó que también Austria tenía su queja: si las publicaciones de Holstein hablaban del Augustenburgo (cuyo título de Duque era por lo demás legal), en cambio las publicaciones de Schleswig ¿no hablaban de la anexión a Prusia? La cuestión de los Ducados era pues ya cuestión de guerra, y se identificaba con la gran pugna entre Austria y Prusia por ganar a Alemania. Y Prusia, al comenzar el año 1866, se acerca otra vez a Italia. Finalmente, el embajador austríaco en Berlín manifiesta que su Gobierno se adhiere nuevamente a la causa del Augustenburgo.

3. Esto decidió al Rey Guillermo, quien hizo notificar a Viena que, si el Gobierno austríaco no reprimía las agitaciones de Holstein, Prusia recobraría su libertad de acción (26 de enero). Ante la respuesta altiva de Austria, el pacto austroprusiano quedó deshecho.

Pero ni Austria estaba preparada militarmente, ni Prusia enteramente segura de la voluntad de Italia. El Gobierno italiano aún abrigaba esperanzas de obtener a Venecia por medios pacíficos. El 24 de febrero, el príncipe de Rumania fue depuesto, y Napoleón propuso a Viena la anexión de los principados del Danubio, a cambio de Venecia, que sería cedida a Italia. A ello se opusieron Rusia, Inglaterra y la misma Austria. No quedaba, pues, a Napoleón, en su política de protección a Italia, más camino que la alianza con Prusia.

Por marzo, Austria prepara la guerra; envía conminaciones a Berlín, y se cura en salud ante la Dieta Germánica, anunciando que quizá se verá en el caso de pedir la ejecución federal contra Prusia. A su vez, Bismarck, en circulares

a los príncipes, denunciaba los preparativos militares de Austria, advirtiendo que quizá se vería en la dura necesidad de defenderse. Y al mismo tiempo, proponía una transformación de la Confederación Germánica que implicaba la creación, por sufragio universal, de un Parlamento de todos los pueblos germánicos.

Esta actitud de Prusia le ganó el favor de Italia. Govone, el Embajador italiano, y Bismarck hicieron un proyecto de alianza. Prusia, si su proyectada reforma era rechazada por los príncipes alemanes, declararía la guerra, e inmediatamente después Italia se arrojaría sobre Austria. Prusia se obligaba a ir a la guerra antes de tres meses. En caso de triunfo, Venecia sería cedida a Italia, y Prusia se anexionaría una porción equivalente sobre la Alemania septentrional. El Tratado se firmó, como hemos dicho, el 8 de abril, 1866.

4. El problema para Bismarck se reducía a apresurar la guerra, sin perder por eso su compostura a los ojos de Europa. El 9 de abril presentó a la Dieta su proyecto de reforma constitucional. Hahn ha dicho que este proyecto trataba de exponer la necesidad de la unidad alemana, bajo la primacía de Berlín y sobre la base de las libertades políticas. Entretanto, Berlín y Viena discutían activamente sobre si era o no verdad que aquélla o que ésta estaban alistándose para la guerra. El 21 de abril, Austria moviliza el ejército del Sur, en vista de una concentración alarmante de las fuerzas garibaldinas. A los cinco días, Austria envía a Berlín su ultimátum, exigiendo que Prusia abandonara sus precauciones de guerra y se allanara a un arreglo en los "Ducados de la Discordia", so pena de someter el pleito a la Dieta. Pero el mismo día Italia movilizaba. Y Prusia, inútil decirlo, continuó con redoblada energía sus preparativos.

Todavía las vacilaciones de Napoleón retardaron el desenlace. Parte de la opinión francesa —la masa conservadora del *bon sens,* que también suele tener algunos aciertos— comenzó a ver con malos ojos el sacrificio utópico de los intereses de Francia en aras del engrandecimiento de

Prusia y de Italia. Thiers declaró que todo patriota francés debía oponerse a la guerra austroprusiana, de que había de resultar la Alemania unida bajo el cetro de Prusia. Para colmo, Prusia se negaba a todo compromiso sobre rectificación de fronteras en bien de Francia. Napoleón dudó: ¿no sería mejor saldar pacíficamente, mediante un arreglo con Viena, el pleito de Venecia? Proponerlo así a Viena era darle la posibilidad de consagrarse después, sin molestias, a la guerra con Prusia. Y ya, de estallar ésta, siempre le quedaría tiempo a Napoleón para hacer su aparición teatral ante la Dieta Germánica y dictar la "última palabra". Y Napoleón hace sus proposiciones y logra retardar unos días la guerra.

5. Austria, ante el temor de caer entre dos fuegos, y con la entraña siempre insegura por las inquietudes de Hungría, ofrece sin condiciones la cesión de Venecia. Italia pudo aceptar, y sólo lo impidió, realmente, un sentimiento extraordinario del honor y el compromiso adquirido para con Prusia. (¡Oh lecciones del tiempo! ¡Quién aprenderá a descifrarlas!)

Entonces, Napoleón buscó otro expediente: propuso un Congreso europeo para resolver las cuestiones de los Ducados daneses, Venecia y la Confederación Germánica. Rusia e Inglaterra se adhieren. Pero Austria teme la total revisión de sus supuestos derechos sobre Italia, y singularmente, teme las consecuencias de un debate fundado en la doctrina de las nacionalidades. Y aunque no se atreve a negarse, acepta poniendo tales condiciones que sólo por ellas resulta imposible el Congreso.

De modo que la intervención napoleónica sólo sirvió para dar mayor espacio a los preparativos de guerra. Napoleón, viendo que ésta era inevitable, se dispuso a ser el árbitro final; ofreció a Austria su neutralidad a cambio del compromiso, por parte de ésta, de no crear la unidad alemana. Y ofreció a Prusia su neutralidad benévola, al par que procuraba arrancar a Italia de la alianza, para que Prusia fuera derrotada más fácilmente. El 12 de junio anunció que Francia no aspiraría a medro alguno territorial, a menos que

alguna potencia vecina amenazara con adquisiciones nuevas la balanza del poder.

6. Cuando —por haber propuesto Austria que la cuestión de los Ducados fuera resuelta ante la Dieta, reunida en Holstein— Bismarck declaró que Austria violaba el pacto de Gastein, Prusia se consideró libre para invadir el Holstein; hizo manifestaciones ante la Dieta de Francfort, y acabó por anunciar que sólo aceptaría someter el asunto del Schleswig-Holstein a un poder federal reformado en el sentido de sus anteriores proposiciones. Y al declararlo así, Prusia apelaba al sentimiento democrático nacional, contra las tradiciones dinásticas locales. El plan de reforma de Prusia excluía a Austria de la Confederación, creaba una marina federal, cuyo mando se dividiría entre Prusia y Baviera; un parlamento alemán, por sufragio masculino, y la regulación de todo trato entre el nuevo núcleo alemán y el Austria alemana, mediante unas bases especiales.

7. Prusia, pues, invade el Holstein; ante lo cual se alza contra Prusia la opinión de una parte del pueblo alemán. Baviera se negó a considerar proyecto alguno de reforma que excluyera de la Confederación a una potencia de primer orden. Austria declaró que las proposiciones de Prusia la hacían merecedora, según el tratado de Viena, de la ejecución federal armada. En 12 de junio, sobrevino el rompimiento oficial. A los dos días, Prusia propuso a la Dieta de Francfort sus reformas, y Austria sus pretensiones sobre la ejecución federal. Prusia manifestó que, de aceptarse el punto de vista austríaco, la Confederación dejaría de existir, y de aceptarse su propio punto de vista, dejarían de existir como Estados independientes todos los que a la reforma se habían opuesto. La Dieta, por mayoría de nueve contra seis, votó por Austria, y Bismarck retiró a su representante.

Prusia invadió rápidamente los Estados alemanes. El general Benedek, que había ganado cierta reputación en Italia, sólo a regañadientes aceptó el mando de las fuerzas austríacas. El plan prusiano era todo de precipitación, a fin de evitar que se concentraran los diversos núcleos alemanes

y, además, a fin de evitar que los austríacos y los bávaros llegaran a reunirse. Moltke y Roon dirigían la campaña prusiana.

Tal campaña fue una serie de éxitos para Prusia. Al aproximarse el choque definitivo, el rey Guillermo, Moltke y Bismarck se dirigieron al frente. Vino la batalla de Sadowa. En adelante, las armas ceden el lugar a la diplomacia. Moltke se aleja, y Bismarck vuelve al primer plano.

Los militares piensan, naturalmente, en la parada militar de la victoria. Guillermo pudo imaginarse a caballo por las calles de Viena. Pero Bismarck, al día siguiente de Sadowa, sólo piensa ya en reanudar la antigua amistad entre Prusia y Austria. Ahora ya podían ser amigas. Bismarck contemplaba ahora la necesidad de un choque con Francia, y la conveniencia de la neutralidad austríaca. Resistió, pues, toda tentación de imponer a Austria humillaciones innecesarias.

Mientras Austria era atacada por los prusianos, por otra parte lograba derrotar al ejército italiano (Custozza, 24 de junio, 1866). Pero el desastre de Sadowa impidió a Austria aprovechar los frutos de su victoria. Además, hubo que retirar del frente italiano a unos 50,000 hombres para acudir en auxilio de Benedek; y esto dio ocasión a los italianos para avanzar sobre Venecia. Aún no acertaba el comandante italiano a desarrollar la menor iniciativa, cuando nuevos acontecimientos cambiaron el rumbo de la campaña.

8. Napoleón intervino. Sadowa fue para Napoleón un rudo choque. Él contaba con el triunfo austríaco o, por lo menos, con una pugna indecisa, en que la voluntad del Gobierno francés lo decidiera todo.

El 2 de julio, Austria, bajo la impresión del desastre, ofrece a Francia la cesión de Venecia, para que disponga de ella a su antojo, a cambio de que Italia abandone la guerra. Napoleón comienza a tratar con Viena y con Berlín. Para anular los buenos oficios de Napoleón, Bismarck decide acabar cuanto antes con Austria. Al mismo tiempo, Bismarck sonríe a Napoleón y procura levantar a Hungría contra Viena. Pero el director del sentimiento nacionalista húngaro

—Deak— consideraba ya que la unión con la monarquía austríaca y, por aquí, con la Confederación Germánica, era la mejor garantía contra la temible preponderancia eslava. Así, dice un historiador, el magiar se sentía enemigo de Austria en los asuntos húngaros; pero también enemigo de Prusia en los asuntos germánicos. Y Hungría optó por la paz con Austria.

Berlín aceptó, pues, la mediación amistosa de Francia, aunque advirtiendo que no podría concertarse la paz sin el expreso consentimiento de Italia. Esta salvedad deshacía, por el momento, todo programa de arreglo, porque Italia, ante la idea de recibir a Venecia como una limosna de Francia, había redoblado su furor bélico. Víctor Manuel cruza el Po (8 de julio) e invade a Venecia. Pero Napoleón le telegrafía prohibiéndole dar un paso más, recordándole que Venecia es ya territorio francés, y pidiéndole que acepte una tregua, de acuerdo con el Gobierno de Prusia. El Rey de Italia puso tres condiciones: primero, la cesión directa de Venecia; segundo, la cesión del Tirol italiano, y tercero, el no involucrar, en los términos de la paz, ningún acuerdo sobre la situación de Roma. Napoleón contestó amenazando con una alianza austrofrancesa. Pero, en el fondo, el ejército francés, en plena reforma de armamentos, no estaba preparado. Y Napoleón prefirió esperar las condiciones de Prusia.

9. Entretanto, el curso de los acontecimientos había permitido a Bismarck ver más claro en su propia política. Había ido a la guerra con el fin de afirmar sus pretendidos derechos sobre los Ducados daneses y obtener la reforma de la Confederación. Pero ahora, ante el temor de Francia por todo lo que tendiera a la unidad alemana, la unidad alemana bajo el cetro de Prusia le aparecía como una necesidad de la propia defensa. La opinión del pueblo alemán, ante los recientes éxitos, pedía que los Estados germánicos antes opuestos a Prusia fueran anexionados a Prusia; pero Bismarck comprendió que esta anexión traería como consecuencia inmediata una sed de "compensaciones" por parte de Francia, y prefirió dar tiempo al tiempo. En

cambio, haciendo creer a Napoleón que Prusia sólo deseaba la hegemonía de una Confederación que no incluyera a los Estados germánicos del sur, era posible obtener su apoyo. De aquí la moderación de Bismarck a la hora de la paz.

Napoleón, en efecto, se dejó llevar, y el 14 de julio aceptó, con leves modificaciones, las bases prusianas: exclusión de Austria del seno de la Confederación; anexión de los Ducados daneses a Prusia; división de Alemania en dos Confederaciones, separadas por el Meno (y ésta fue la trampa que Bismarck puso a Napoleón), en que la Confederación del Sur, sin perder su soberanía internacional, quedaba autorizada para entrar en combinaciones nacionales con la Confederación del Norte.

10. Hasta aquí los enemigos no habían tratado directamente, pero todos deseaban la paz. Austria estaba agotada; Hungría se mantenía neutral, en espera de que sus aspiraciones nacionales fueran satisfechas; los vieneses, amenazados de sitio, pedían tregua y deseaban la restauración de su antigua Constitución. Bismarck prefería evitar el desarrollo de nuevas complicaciones. Inglaterra y Rusia se habían declarado ya contra toda modificación de las bases federales germánicas que no reconociera por fuente un nuevo Congreso europeo, y ahora Rusia redoblaba en este sentido sus instancias. Ante esta intromisión de Rusia, Bismarck amenaza con encender la furia de polacos y magiares. Pero tampoco a Francia le convenía un Congreso en que había de tocarle, por fuerza, un puesto secundario. Finalmente, los representantes de Austria y de Prusia se reunieron en Nikolsburg (22 de julio). Los austríacos acudían a las negociaciones con cierto sentimiento de alivio, en virtud de un triunfo reciente sobre la flota italiana (20 de julio). Italia pedía el Tirol como precio de la paz, y se negaba a recibir a Venecia de manos de Napoleón. Éste, a su vez, consideró que la ocasión era propicia para renovar sus pretensiones sobre la frontera del Rin. El Zar, por su parte, se sentía herido en lo más vivo por el destronamiento de las dinastías germánicas, inconcebible ataque a la teoría de la legitimidad. Bis-

marck se desentendió del Zar, le llevó el humor a Napoleón, y no hizo caso de Italia.

La paz se firmó en Praga (23 de agosto, 1866). Austria quedó excluída de Alemania. Prusia se anexionó los Ducados, Hannover, Hesse, parte del Hesse-Darmstadt, Francfort, y quedó como cabeza de la Confederación del Norte. Austria, además de la indemnización de guerra, entregaría a Venecia en tal forma que, ni Italia había de recibir la entrega por conducto de Francia, ni Austria quedaba obligada a reconocer directamente el Reino italiano. Italia no pudo obtener la entrega del Tirol. El tratado de paz entre Italia y Austria se firmó el 3 de septiembre, 1866.

11. Austria y Prusia parecieron cambiar de puesto. La reconstrucción de Austria sería tarea ardua y penosa. De su derrota sacaba solamente una ventaja: al quedar Austria excluída de la Confederación Germánica, Hungría podía ya acercársele sin recelo, pues que ambas estaban igualmente interesadas en defenderse de la eslavización y conservar las tradiciones de su cultura. La futura solución del problema estaba en el dualismo.

Poco después de firmada la paz de Praga, se convocó una Dieta para arreglar el problema austrohúngaro. Los radicales húngaros no aceptaban más unión con Austria que la unión personal de una misma monarquía para ambas naciones. Deak, el jefe nacionalista, optó por la moderación, y admitió la posibilidad de un sistema común para el régimen de los intereses comunes, que eran muchos. Se redactó un proyecto en este sentido (noviembre, 1866), pero el proyecto tropezó con la oposición de los federalistas eslavos y los liberales germánicos. El Emperador convocó un Congreso (2 de enero, 1867). Los liberales, presintiendo su derrota, alzaron la voz. El ministro Belcredi presentó su renuncia y fue sucedido por el Barón Beust, ex ministro de Sajonia y antiguo antagonista de Bismarck. Éste logró aquietar los ánimos y encontró la fórmula de la monarquía dual. Naturalmente, hubo que resistir la oposición contra un sistema que subordinaba la mayoría eslava a la minoría germánica en una parte, y a la minoría magiar en la otra parte. La

fórmula dual rebajaba a cada nación un grado apreciable de independencia, y sólo las sometía a un régimen común en cuestiones de interés común: asuntos internacionales, finanzas, ejército. Estos tres departamentos formaban el único ministerio conjunto para ambos países, y dependían del canciller imperial. Sesenta delegados austríacos y sesenta húngaros se reunirían anualmente, una vez en Viena y otra en Pest; discutirían separadamente los negocios comunes, y se comunicarían por escrito sus decisiones. Si, después de tres comunicaciones, no se llegaba a un acuerdo, se reunirían a votar. Pero, para evitar el irritante problema de las lenguas, la votación se haría por escrito, en silencio. La contribución anual de ambos países al Tesoro imperial se arreglaría por un pacto renovable cada diez años.

En Pest (junio, 1867), el Emperador austríaco Francisco José recibió la corona húngara. Este sistema dual, a pesar de sus inevitables deficiencias, logró mantener intacto por más de cuarenta años, y sobre un caos de nacionalidades, el régimen de los Habsburgos.

*1º de enero, 1920.*

# SEGUNDA PARTE

## PÁGINAS INÉDITAS

# XXVI. INTERVENCIÓN NAPOLEÓNICA EN MÉXICO Y SUS ANTECEDENTES

1. El triunfo de Prusia sobre Austria, como hemos visto, desconcertaba los fáciles planes de Napoleón III. Su astro empezaba a declinar. Después de la campaña de Italia (1859), Napoleón había llegado a ser el centro de la política europea. Al técnico de la Santa Alianza —Metternich— había sucedido el técnico de las nacionalidades; a la aristocrática Viena, el París demócrata. Napoleón había logrado batir a Rusia en Crimea, a Austria en Italia. A pesar de los antiguos tratados, había logrado la anexión de Saboya y Niza. El gran charlatán del concierto europeo se había convertido en genio maléfico a los ojos de los gobiernos reaccionarios y tímidos. Pero tres factores precipitaron su caída: 1º la sublevación polaca (1863) de que ya hemos hablado; 2: la intervención francesa en México, y 3º la política de Bismarck y la estrategia de Moltke.

México, desde el día de la independencia, venía buscando entre convulsiones el ritmo de su vida. El fondo histórico es la disensión entre conservadores, más o menos monárquicos, y liberales, más o menos anárquicos. Y en el primer plano, las mutuas disensiones entre los caudillos de un mismo bando. Con Iturbide fracasa el empeño de fundar un imperio aventurero (1823). Comienzan entonces los ensayos republicanos: unos, como Ramos Arizpe, están por el federalismo, imitado de los Estados Unidos; otros, como el P. Mier, están por el centralismo, que le parecía ser la norma exigida por los antecedentes políticos de México. Resulta electo primer presidente "Guadalupe Victoria" (Félix Fernández), y entonces se inicia una era de pronunciamientos militares tan larga como la *pax augusta* que había de sucederla bajo el régimen porfiriano. El general Santa Anna es la encarnación de esta era anárquica: se alza en armas contra todos, y un día también contra sí mismo. Nadie ha ago-

tado aún la psicología de esta inquietud monstruosa. Los vicepresidentes pelean contra los presidentes. Se suceden, entre sobresaltos, los gobernantes militares; quienes, además de resistir las sublevaciones internas, tienen que defenderse contra descabelladas empresas de reconquista española. Tal, bajo el Presidente Guerrero, la intentona de Isidro Barradas, en cuyo séquito iba ese famoso Eugenio de Aviraneta e Ibargoyen que ha pasado a las novelas de Pérez Galdós y de Pío Baroja como representante de una época de conspiraciones continuas.

2. Un día, y a fuerza de machete, llegó al trono presidencial el funesto Santa Anna, el presidente del gran ceremonial y de las peleas de gallos, para quien el gobierno era como una orgía perenne. Pero el Vicepresidente, Gómez Farías, era un hombre honrado y sobrio. Trabajaba, de acuerdo con el Congreso, para lograr una magna reforma legislativa que nivelara el presupuesto del ejército, anulara los fueros militares y los eclesiásticos, arrancara a la administración clerical bienes territoriales que procedían de instituciones piadosas y de que el clero sólo era administrador —y administrador pésimo— y, finalmente, separara la Iglesia y el Estado. El ejército y el clero, en efecto, soberbios y poderosos, eran los principales impulsores de todo desorden.

Al grito de "¡Religión y fueros!", la casta armada y aquella parte aristocrática del sacerdocio que buscaba el reino de los cielos en este bajo mundo, se alzaron contra las reformas liberales. Y hubo epidemia de cólera y terremotos en que la superstición veía, con notable irreverencia, la mano de Dios. Y Santa Anna fingió que perseguía a los pronunciados y hasta se dejó aprehender por ellos. Y Gómez Farías y el Congreso liberal triunfaron, al fin, de la revuelta. Y al otro día, Santa Anna se puso de parte de los pronunciados y, derrocando, por decirlo así, su propio régimen, anuló todas las leyes y gobernó a su capricho.

Por 1836, Santa Anna tuvo que emprender una campaña contra los sublevados de Tejas. Tejas, fértil provincia del Norte separada del resto del país por grandes desiertos, estaba poblada realmente, más que por mexicanos, por an-

glosajones. Los tejanos buscaron un pretexto de disidencia, y se declararon independientes bajo la protección de los Estados Unidos, a cuyo pabellón se unieron al fin. Santa Anna, que aunque batió a los tejanos cayó prisionero, aceptó ignominiosamente cuanto le exigieron para recobrar su libertad, y así comenzó lo que se ha llamado "la primera desmembración de México".

3. Y vino otro Presidente, y una Constitución conservadora, en verdad bastante adecuada a su momento. Y vino la era de las reclamaciones e intervenciones extranjeras. El aventurero mercante sufría, en los días de tumulto y motín, el saqueo de su pequeña tienda: el inevitable y hasta justo saqueo, porque ¿quién puede quejarse de que lo sorprenda la lluvia por la calle? Y el saqueado, por conducto de sus diplomáticos que, muchas veces, compartían con él la ganancia, presentaba a su gobierno cuentas y cifras fabulosas, y su gobierno caía con voraz deleite sobre el desgarrado país. El cuadro es triste y verdadero. La mejor crítica que podemos hacer de la política del siglo pasado es presentar el espectáculo de las intervenciones europeas en los pueblos débiles: allí las potencias se quitaban la máscara con que solían operar en la misma Europa: allí sacaban, sin empacho, las garras. ¡Oh, quién pudiera abolir por siempre las culpas del mal gobernante, que tan injustamente redundan sobre los pueblos, siempre de suyo generosos!

En 1838, el gobierno francés mandó a México una expedición naval. Baudin cañoneó y desmanteló el llamado fuerte de San Juan de Ulúa y se apoderó de Veracruz. Ésta es la "guerra de los pasteles", así llamada porque la expedición tenía por fin cobrar las cuentas de un pastelero, cuentas que el gobierno de Bustamante ni siquiera se negaba a pagar: sólo había pedido discutirlas antes y rectificarlas de común acuerdo con Francia. Cuando ya los barcos franceses se retiraban, a Santa Anna, jefe de las defensas de Veracruz, se le antojó hacer un estúpido alarde militar. La marina francesa contestó con algunos disparos. Un metrallazo le costó el pie izquierdo a Santa Anna, y el pie de Santa Anna —que más tarde sería enterrado con honores oficia-

les— le costó a México mucha sangre y buena parte del territorio nacional. El gran farsante fue, desde ese día, el mártir —es decir: el árbitro— de la República. La mediación de Inglaterra puso fin al conflicto francomexicano, y México obtuvo una paz honrosa. Francia reconoció que sus exigencias habían sido excesivas, y todavía devolvió a México la tercia parte de las indemnizaciones que éste le había pagado.

4. Nuevas convulsiones, nuevas leyes, nuevos alzamientos. Otra vez Santa Anna sube al poder y cae del poder.

Tejas mantenía su independencia. México no la reconocía. Los Estados Unidos pactan con Tejas. México corta relaciones con los Estados Unidos. En 1845, Tejas se une a los Estados Unidos. Los tejanos pretenden que su territorio llega hasta la margen del Bravo. México quiere mantener como límite el río Nueces. Al comenzar el año de 1846, el ejército norteamericano cruza el Bravo. Superiores a las mexicanas, sobre todo por sus recursos de artillería, las tropas de Taylor iban avanzando sobre México. El general Arista ni siquiera podía contar con el auxilio de los demás jefes, divididos por hondas rivalidades. El 19 de septiembre, Monterrey se defendió heroicamente bajo el mando del general Ampudia. Su derrota fue un triunfo, porque los norteamericanos cambiaron de táctica y, en vez de continuar avanzando hacia el sur, prefirieron desembarcar fuerzas en Veracruz al mando de Scott, y subir por el flanco hacia la ciudad de México.

Entretanto, las disidencias internas continúan. Santa Anna es otra vez Presidente. Organiza un ejército numéricamente superior al enemigo, y se lanza a la desesperada, en pleno invierno, por una zona desierta que se extiende entre San Luis y el Saltillo. En la marcha perdió la cuarta parte de sus fuerzas y llegó, extenuado, a vista del enemigo, para soportar durante dos días un reñidísimo combate en la Angostura. No salió vencedor ni propiamente quedó vencido, pero su retirada a través del desierto era peor aún que una derrota (22-23 de febrero, 1847).

A la vez, los reformistas liberales se batían en la ciudad

de México contra los conservadores. A mediados de abril, Santa Anna se deja ganar la batalla de Cerro Gordo. Finalmente, tras de vencer una serie de defensas heroicas que a ellos mismos les conmovieron, los norteamericanos ocuparon la capital. Santa Anna demostró en esta campaña una actividad de reclutador sólo comparable con su absoluta ignorancia de la estrategia. Tuvo que abandonar el gobierno. El tratado de Guadalupe-Hidalgo (2 de febrero, 1848) puso término a la contienda. El tratado suponía la cesión de Tejas hasta el río Bravo, Nuevo México y la Alta California, a cambio de una indemnización. Esta indemnización tenía por objeto legitimar el despojo impuesto por la fuerza.

5. Hubo un descanso. Santa Anna estaba en el extranjero. Herrera y Arista, dedicados a moralizar el ejército, se trasmitían el poder pacíficamente. Pero la sorda corriente reaccionaria no había cesado. Cuando los conservadores encontraron un director —Lucas Alamán—, éste, que pasa por sensato en la historia, no discurrió mejor cosa que traer a Santa Anna.

Santa Anna volvió del destierro, desarrolló francamente sus anhelos despóticos, se hizo llamar "Alteza Serenísima"; creó, sobre los restos del antiguo ejército de pronunciados perpetuos, una corte de militarzuelos elegantes; inventó libreas e insignias para sus cortesanos; vendió a los Estados Unidos, con todo descaro, el valle de la Mesilla. Y desde entonces inventaron los conservadores la teoría de buscar, contra los liberales, la protección de Europa.

La vergüenza nacional reaccionó, desde el fondo de aquel caos de dolor. La sublevación de Comonfort tuvo éxito. Su Alteza Serenísima huyó a las Antillas. Por indicación de Comonfort, fue electo Presidente Álvarez. En su gabinete estaban Juárez, Ocampo, Prieto y el mismo Comonfort. Ocampo, intelectual orgulloso, se retiró. Juárez hizo votar la "ley Juárez", que abolía fueros militares y eclesiásticos. Las dos castas del privilegio se agitaron, amenazantes. Álvarez, ante el peligro, cedió a Comonfort la presidencia. Éste aplacó a los inquietos. Se votó la "ley Lerdo", o ley de desamortización que prohibía al clero la posesión de bienes

raíces. El clero volvió a levantarse y nuevamente fue derrotado. La "ley Iglesias" prohibió al clero la ingerencia en los cementerios. Entretanto, el Congreso liberal elaboraba la famosa Constitución de 1857, sustituída ahora por la de 1917.

La opinión elegante de México había dado en considerar con sorna aquella Constitución, sin duda por el poco caso que de ella se hizo durante mucho tiempo. Pero aquella Constitución representa, a pesar de sus defectos, un noble esfuerzo ideal. Limitaba el poder del Presidente a tal punto que Comonfort, mal aconsejado y vacilante, disolvió un día el Congreso y anuló la Constitución. Los liberales lo repudiaron. Las castas del privilegio quisieron convertirlo en instrumento suyo. El triste Comonfort, de arrepentimiento en arrepentimiento, abandonado por todos, huyó de la ciudad, ya en guerra (1858).

6. A Benito Juárez tocaba, conforme al sistema legislativo, hacerse cargo del gobierno. Ante la sublevación conservadora de México, Juárez peregrinó, llevando consigo, como Eneas, la conciencia de la patria. "La familia enferma" —Juárez y su gobierno— anduvo, trashumante, de ciudad en ciudad, corriendo peligros y resistiendo pobrezas con ejemplar estoicismo, mientras los caudillos liberales y conservadores se destrozaban en combates sin cuento. Juárez y sus hombres forman, en la historia, un grupo de bronces simbólicos. Entre ellos, el austero indio humanista, Ignacio Ramírez, raro ejemplo de armonía clásica que se recomponía sola entre las desgarraduras de la lucha civil. Entre ellos, el dulce cantor popular, Guillermo Prieto, el probo Ministro de Hacienda por cuyas manos, como decía Sánchez Mármol, pasó todo el Pactolo de la desamortización sin que se le pagara un grano de oro. Entre los jefes conservadores descollaban, por su indiscutible arte militar, Miramón y Márquez.

El Gobierno de Juárez dictaba la extinción de órdenes monásticas y la nacionalización de bienes eclesiásticos (Leyes de Reforma). Después de tres años de guerra, Zaragoza, Leandro Valle, González Ortega, y hasta el "héroe de las

derrotas", el "santo de la Reforma" —el general Santos Degollado—, lograron aplacar a los reaccionarios.

Juárez volvió a México. La reorganización exigía medidas violentas. Hubo que expulsar a algunos diplomáticos que, validos del privilegio, se mezclaban en los asuntos interiores, mal de todas las épocas y todos los climas. Hubo que expulsar a algunos mitrados. Hubo que decretar por dos años la suspensión del pago de la deuda extranjera (17 de julio, 1861). Inglaterra (setenta millones de pesos), España (nueve millones) y Francia (casi nada) reclamaron contra esta medida.

7. He aquí lo que pasaba en Europa: algunos reaccionarios mexicanos (Gutiérrez de Estrada el diplomático, José Manuel Hidalgo, el general Almonte) suspiraban, en el destierro, por un monarca. Las ranas pidieron Rey a Júpiter. Napoleón III empezó a tratar con los desterrados. La idea de fundar un imperio en México le gustaba: era teatral; y, de realizarse, prometía ventajas evidentes. A Eugenia "se le hacía agua la boca". La ocasión parecía oportuna: los Estados Unidos estaban en plena guerra de "Norte contra Sur". El poder de Francia, impuesto en México, sería el mejor dique contra la expansión sajona en el Nuevo Mundo.

El 31 de octubre, 1861, Inglaterra, Francia y España se unieron, por el pacto de Londres, para intervenir en México. Los representantes de las potencias desembarcaron en Veracruz a principios de 1862. Pronto el representante de España, Juan Prim, haciéndose cargo de la situación de México y de las maquinaciones de Francia, desistió de intervenir y arrastró consigo al representante de Inglaterra, a pesar de que éste defendía intereses tan cuantiosos.

Dubois de Saligny, el agente de Napoleón III (imposible llamarlo "representante de Francia"), reclamaba unos dos millones de pesos; y, además, catorce millones, a cambio de los setecientos mil pesos que Jecker, un banquero, le había prestado a Miramón, el general reaccionario, cuando éste, temporalmente, ocupó la presidencia de la República.

Los tres representantes firmaron en La Soledad un pacto de preliminares con el ministro mexicano Doblado. Según

este pacto, los aliados reconocían el Gobierno de Juárez y entraban con él en negociaciones pacíficas; como el clima de la costa era malsano, las tropas aliadas se situarían tierra adentro, en la inteligencia de que, si se rompían las negociaciones y la guerra era inevitable, las dichas tropas volverían a la costa, para que la licencia de internarse no constituyera ventaja militar.

Llegó, a poco, Almonte que, con el apoyo de Napoleón III, trataba de promover un alzamiento para derrocar al Gobierno mexicano. Éste reclamó contra los auxilios que Dubois de Saligny prestaba a Almonte, y que eran una violación a los preliminares de La Soledad. Los ingleses y los españoles optaron por retirarse, negando su apoyo a la empresa napoleónica. En cuanto a Dubois de Saligny, contestó que el pacto de La Soledad valía menos que el papel en que se había escrito. El noble pueblo francés ha juzgado ya a los mantenedores de esta teoría del *chiffon de papier*.

Y las tropas francesas comenzaron su avance desde el sitio en que la generosidad del gobierno de Juárez había permitido que se internaran.

8. Inútil recordar las peripecias de una guerra en que el intruso sufrió continuos reveses o pasajeros triunfos sin gloria, y en que se forjó una nueva generación militar, bajo los relámpagos del fuego enemigo.

El plan de Napoleón consistía, de acuerdo con los reaccionarios mexicanos, en llevar al trono de México al Archiduque Maximiliano de Austria, príncipe sobrante de Habsburgo a quien convenía alejar de su tierra. Maximiliano desembarcó en Veracruz en mayo de 1864, fiado a las promesas de algunos cuantos reaccionarios. Desde ese día, los reaccionarios, en México, perdieron su crédito nacional. El triunfo de la causa liberal podía ya ser definitivo: era ya un triunfo de absoluta justicia. Maximiliano, liberal por naturaleza, vino a ser instrumento de los enemigos de la libertad, con quienes no simpatizaba íntimamente. Su imposible sueño hubiera sido entenderse con Juárez.

9. En los Estados Unidos la situación había cambiado: la Guerra de Secesión acabó con el triunfo del Norte, y el

gobierno de Washington esgrimió la "Doctrina Monroe" contra la intervención napoleónica. Napoleón abandona a Maximiliano (5 de febrero, 1867). En continua actividad, las fuerzas liberales de Juárez habían logrado, además del éxito militar, despertar por todo el país el sentimiento de la unión nacional, tan quebrantado por las anteriores discordias. La simpatía por la causa mexicana se dejaba sentir de uno a otro extremo del Continente. En el Perú, en Chile, en los países del Plata, se reclutaban hombres, armas y provisiones para los ejércitos de Juárez. Y aunque D. Pedro II, en el Brasil, por consideraciones dinásticas y por la cuenta que le tenía no arrojar el guante al Gobierno francés —su vecino en las Guayanas—, se vio obligado a recibir a los representantes de Maximiliano, éstos encontraron en Río de Janeiro una cortesía tan helada y una opinión tan adversa que prefirieron abandonar la partida, dejando sus papeles confiados a la Legación de Austria.

El 19 de junio, Maximiliano, sitiado y derrotado en Querétaro, juzgado por una corte marcial, fue fusilado en el Cerro de las Campanas. La pobre víctima —víctima propiciatoria, ejemplo que acabó con muchas tentaciones— despierta hoy la compasión de todos, no su perdón. Y México recuerda con sincero dolor la imagen trágica de la infortunada Carlota, emperatriz de un día, blanca figura de implorante que en vano se postraba a los pies de los poderosos de la tierra, tratando de conjurar la cólera divina.

10. Permítase al narrador, que hasta aquí ha procurado siempre un tono neutro, hablando de su propio país como si se tratara de un *nomen incorporale*, el hacer alguna manifestación personal, donde ya la historia se confunde casi con sus recuerdos y, desde luego, con sus simpatías actuales:

En el comedor de la casa paterna, un veterano de México, que salió de la guerra contra el invasor con siete cicatrices, charla amigablemente con un veterano francés metido a carrocero, que se hizo, como muchos otros, mexicano, el mismo día en que la expedición francesa quedó derrotada. Juntos evocan las fatigas comunes, los lances en que uno y otro combatían por el bando opuesto. Una grave fraterni-

dad reina en sus palabras, y no cruza siquiera por su mente la idea de que hablar de la intervención napoleónica pueda despertar rencores. ¡Cuántas veces acude a nosotros este recuerdo como símbolo de una época que ha cosechado ya todos los dolores provechosos de la época que la precedió! El libro francés, verdadera emanación del pueblo, fue a lograr la conquista que las armas del aventurero coronado no merecían lograr. Aquí y allá se hizo justicia. El fuerte quedó respetuoso; el débil, respetado. Y una y otra vez los directores de un pueblo bravío vuelven hacia las normas latinas, de las cuales, hace tanto tiempo, es Francia la preservadora.*

* Sobre esta guerra que, por no ser guerra entre dos pueblos, no dejó siembra de rencores, me he explicado alguna vez ante los alumnos del seminario que desarrollaban en la Universidad de Stanford el historiador P. A. Martin, en 1941, de que doy noticia en el folleto A. 1. de mi Archivo, *Berkeleyana,* México, 1953, págs. 28-30.—1955.

## XXVII. LA GUERRA FRANCOPRUSIANA (1870-72)

1. La corriente de la historia europea, un instante desviada hacia América, vuelve a correr por su cauce continental. Sólo que aquí el cauce hace un recodo y tuerce de Francia hacia Alemania. El tercero y definitivo revés que precipitó la caída de Napoleón III (ya dijimos que los otros dos fueron la sublevación polaca y la intervención francesa en México) fue su choque contra un gigante de dos cabezas: Bismarck-Moltke; éste, la estrategia; aquél, la política. Napoleón III había sido por varios años la figura central de Europa. Pero ahora, mientras por un lado se le adivinaba notoriamente minado en su salud personal, por otro se presentía sordamente que la salud misma de su régimen no daba ya muchas esperanzas. En cuanto alcanzó su meta, que era el trono, quedó entregado al azar de inspiraciones oportunistas y contrarias. Muerto Morny, sólo le rodeaban mediocres, propia pensión de los tiranos. Él necesitaba una guerra victoriosa: a grandes males, grandes remedios. La necesitaba, en el orden personal, para mantener su imperio ("Sin una guerra, mi hijo no será nunca Emperador", había dicho Eugenia). La necesitaba, en el orden público, porque Francia, como dijo Randon, se sentía derrotada desde Sadowa, y temía la expansión prusiana sobre las provincias germánicas del sur.

Pero he aquí que Bismarck también necesitaba una guerra. Sólo el fuego de un gran movimiento nacional podría fundir, en el crisol de Prusia, los metales hasta entonces irreconciliables de las dos Alemanias, la del norte y la del sur, permitiendo así la realización del sueño unitario. Paul Claudel asegura que, para quien examina de cerca los despachos de las Cancillerías, el estallido de la guerra en 1914 aparece como uno de esos sucesos que, aunque preparados por los hombres, escapan de pronto a su iniciativa y se echan a andar solos, por cuenta y riesgo del propio mecanismo ya armado; pistola que se va del seguro, muñeco mágico que

desobedece a su creador. Piénsese de esto lo que se quiera, no podría decirse lo mismo en cuanto al estallido de la guerra en 1870, pues éste fue calculado por Bismarck a toque de reloj.

La guerra austroprusiana, descartando piezas del tablero, dejó frente a frente a Bismarck y a Napoleón. "El que una guerra con Francia había de suceder a una guerra con Austria —ha dicho Bismarck— estaba escrito en la lógica de la historia." El desaprensivo y grande canciller prusiano, consciente ya de su superioridad laboriosamente preparada, aunque tan fulminante en su revelación exterior que el mundo mismo no acababa de darle crédito —pues tal es siempre el efecto de las fuerzas que nacen—, dejaba al adversario los honores del desafío: esperó tres años, tan ansioso como seguro, a que el fatal impulso histórico de Luis Napoleón se manifestase. Entretanto, el gigante de dos cabezas preparaba su acción: Bismarck, el arte política; Moltke, el arte militar.

2. La preparación política de Bismarck supone, en parte, una creación de nuevas circunstancias internacionales; en parte, es un mero aprovechamiento de las circunstancias en que se encontraba ya el Imperio Francés, por su propia declinación. El país, en efecto, resentido en su economía, no ofrecía suficiente resistencia para sostenerse entre los estragos de la hora. El aislamiento iba creciendo en torno a Luis Napoleón, a medida que la nebulosa de sus vastos proyectos para una nueva distribución del mundo se iba resolviendo en el sistema egoísta de sus ambiciones personales.

En el interior, los franceses no olvidaban las sangrías del golpe de Estado; los católicos, especialmente, no perdonaban la política italiana; las grandes poblaciones se iban volviendo socialistas. En el exterior, el Emperador se había enajenado a la Gran Bretaña (Orsini, 1858), la cual, además, entregada a las delicias de su auge económico (1850-1875), prefería contemplar de lejos el crecimiento de la "cara Germania", como decía la Reina Victoria. Italia, desde la ocupación de Roma en 1860, no veía ya a Luis Napoleón como un salvador, sino como un traidor, transfiriendo

ahora a Prusia el encargo de auxiliarla contra las amenazas austríacas en los Alpes. Y lo cierto es que el incidente de Mentana (1867), donde las tropas napoleónicas, acudiendo en ayuda del Papa cuando ya sus fuerzas estaban derrotadas, detuvieron el avance de Garibaldi, no era para favorecer las simpatías franco-italianas. Austria, por su parte, consideraba al "pequeño Napoleón" como un peligroso liberal aliado a los revolucionarios. Para la naciente Prusia, aquel hombre era el obstáculo natural. Rusia le desconfiaba como a un grosero advenedizo, mientras, por su parte, se entregaba a su incontenible expansión por el norte de Europa. Y, para colmo, las tropas expedicionarias regresaban, humilladas, de México.

3. Y Bismarck iba atando sus cabos, con aquella seguridad y tenacidad de artista inconsciente que están en la base de su grandeza. Durante las negociaciones de la paz austroprusiana, había logrado atajar, como hemos visto, la sed de compensaciones de Napoleón III, desairándolo en todas sus proposiciones diplomáticas. Cuando, singularmente, rechazó, en 1867, toda idea de cederle poderes sobre el Luxemburgo —al fin declarado territorio neutral bajo la garantía de las potencias—, se produjo entre ambos una tensión que se alargaría por tres años: los tres años de vida que le quedaban aún a la Europa liberal, los tres años de la vigilante espera prusiana.

Paso a paso, Bismarck —el hombre voluminoso y fiero que paseaba entre dos mastines con los que parecía asociarle algo como un aire de familia—, tras de haber sido la figura más impopular de Europa, había logrado transformarse en el imán atractivo de las mayores confianzas. En lo interior, había sellado las paces con el liberalismo, pues le interesaban más las fuerzas sociales que el nombre con que se las bautiza, y aun había pisado para este fin el manto sagrado de las prerrogativas divinas de la monarquía, desarmando, con manejos hábiles, la "oposición progresista" dentro del parlamento prusiano. En lo exterior, Bismarck tenía que tomar en cuenta las obligaciones de Italia para con Francia; pero poco le quedaba que hacer en tal sentido,

puesto que el Emperador de los franceses ya había hecho bastante por su propio descrédito a los ojos de los italianos, sin contar con que la cuestión papal preocupaba a éstos demasiado para que pudieran distraerse en guerras ajenas. Bismarck tenía también que tomar en cuenta la posible ayuda de Austria a Luis Napoleón, pero Austria temía a los rusos, ahora ganados por Prusia, y de esta suerte había de quedar neutralizada a la hora del conflicto. Aparte de que Italia y Austria, aquélla empeñada en su lucha por Roma y ésta en su lucha por el Oriente, habían firmado ciertos arreglos de mutua seguridad para el posible evento de una guerra francoprusiana. El Emperador descontaba la ayuda de los daneses, pero éstos —aunque resentidos por la cuestión del Schleswig-Holstein— no se movieron, declarándose por la neutralidad bajo la presión de Inglaterra y de Rusia. El Emperador descontaba la ayuda de los alemanes del sur, pero Bismarck acababa de atarlos a la Alemania del norte por pactos aduaneros y militares, y los había puesto en guardia contra las compensaciones sobre el Rin que Napoleón III había reclamado en 1866. Bismarck, además, al estallar el conflicto, trabajó el ánimo de Inglaterra, revelándole las pretensiones de anexión del Luxemburgo que, a petición suya, el Embajador francés, Benedetti, había tenido el candor de darle por escrito. Ante esto, al sobrevenir la guerra, Inglaterra se apresuraría a construir una garantía de inviolabilidad para Bélgica, que fue firmada en Berlín y en París. De suerte que todas las cartas habían de fallarle a Napoleón III, y las declaraciones de neutralidad de todas las potencias habían de llover una tras otra, dejándolo solo frente a Bismarck. Tal fue la preparación política de Bismarck.

4. El pretexto que éste necesitaba lo ofreció, inesperadamente, la sucesión del trono español. Distraída en sus tempestades carlistas, enflaquecida con sus expediciones de América, España, se había puesto fuera de la conversación europea. Prim destrona a Isabel II (29 de septiembre, 1868), que rueda al suelo con su pintoresca corte de placer, su camarilla, su caballero de alcoba —Marfori—, su monja Patrocinio y su Mosén Claret, el confesor complaciente. Bajo

el gobierno provisional de Serrano, las Cortes votan por la monarquía constitucional. De los candidatos a la vista, ni siquiera se podía mencionar a Carlos VII, nieto del pretendiente. Traer a un Orléans, como el duque de Montpensier, sería ofender a Luis Napoleón. El rey de Italia renunció al honor tan peligroso de hacer coronar en España a su segundo hijo. Con anuencia de Guillermo de Prusia, por sugestión de Bismarck y entre las furiosas protestas de Francia, protestas que ya el gobierno prusiano preveía y deseaba, el Parlamento español considera entonces la posibilidad de ofrecer el trono a Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen (el "¡Ole, ole, si me eligen!" del siempre chocarrero pueblo andaluz). La candidatura de Leopoldo sólo duró una semana, pues él mismo la retiró, espantado. Bismarck no veía cuajar su anhelada guerra.

Pero entonces sucedió algo increíble: España estaba llamada a ser la ocasión del gran duelo europeo, como lo sería otra vez en 1936, aunque esta vez padeciéndolo en su propia carne. Cuando ya el triunfo diplomático de Francia parecía asegurado, cuando aún no se apagaban los ecos de las declaraciones con que Grammont, desde la Cámara francesa, había sacudido al mundo, el embajador francés, Benedetti, recibió orden —no se sabe si inspirada por Luis Napoleón o por la Emperatriz Eugenia, pero es cierto que inspirada en todo caso por la locura— de insistir ante el Rey Guillermo para que éste se comprometiera a no sostener en lo futuro ningún intento de resucitar la candidatura de Leopoldo al trono español. La entrevista irritó a Guillermo, quien se negó a hablar más del asunto y, encontrándose en Ems, dio cuenta de ella a Bismarck en un mensaje dirigido a Berlín, mensaje cuya publicación autorizaba en caso preciso. Tal fue el célebre "telegrama de Ems", verdadero martillazo del destino. El mensaje exponía las exigencias de Francia, y hacía comprender que el Rey, aunque no deseaba tratar más de aquel desgraciado caso, tampoco cerraba definitivamente las puertas a una posible negociación ulterior. Bismarck lo leyó una y otra vez. Moltke y Arnim estaban a su lado. La política preguntó a la estrategia si se sentía dispuesta para la guerra, y la estrategia dijo que sí. Y entonces, sin

añadir una palabra aunque tachando mañosamente alguna que otra, como se descifra un acertijo para descubrir su sentido oculto, Bismarck pasó el lápiz azul sobre esta y aquella frase, transformó la sobria negativa del Rey en algo que equivale a dar con la puerta en las narices, descarnó las exigencias del Embajador francés hasta darles el aire más crudo y contundente, y publicó a los cuatro vientos el mensaje así redibujado. El lápiz azul de Bismarck había operado el prodigio. Vinieron las contestaciones iracundas. La declaración de guerra de Francia llegó a Berlín —esperada mensajera de la discordia— el 19 de julio, 1870.

En cuanto al arte militar de Moltke, ella se asienta toda en la superioridad de la educación y los armamentos; en treinta años de preparación sobre un pueblo que se multiplica, al paso que decrece el francés. En cambio, al comenzar las hostilidades (agosto, 1870), Francia se presenta con una preparación de tres semanas a lo sumo. Mientras aquí apenas se procuraban posiciones, desde allá avanzaban los alia dos germánicos en tres ejércitos compactos. Niel, llamado a ser el reformador militar de Francia, acababa de morir. Los generales eran ineptos. Los ferrocarriles, inadecuados. Francia sólo podía confiar en los milagros de la flamante ametralladora y del rifle *chassepot,* ya ensayado en México. Alemania era superior en su artillería, y contaba con el rifle que se carga por la culata, el cual tanta superioridad reveló, pocos años antes, contra el fusil de boca de los austríacos.

5. El plan francés consistía en concentrar el grueso de las tropas sobre el Rin superior y en invadir la Alemania meridional. Ciento cincuenta mil hombres en Metz, 100,000 en Estrasburgo, un derrame por el Rin en Maxau, 50,000 de reserva en Chalons, y 30,000 embarcados hacia Dinamarca para crear una diversión de las fuerzas, formarían los elementos distintos de la campaña. Por su parte, Moltke, durante el invierno de 1869, había previsto un plan de concentración de 300,000 hombres sobre el Rin medio, que le permitieran, según el caso, atajar la posible invasión de Francia por el sur de Alemania, o arrojarse él mismo sobre el terri-

torio francés. En 18 días, la movilización alemana estaba acabada hasta sus últimos detalles, desde el Saar hasta Saarlouis. Ochenta y cinco mil hombres al mando de Steinmetz formaban el primer ejército. El segundo, bajo Carlos Federico, el Príncipe Rojo, se extendía desde Saarlouis hasta Saargemünd, pasando por Saarbrücken. Y el tercero, destinado a proteger el sur de Alemania, y compuesto por 200,000 hombres al mando del Príncipe heredero de Prusia, se concentraba entre Laudau y Carlsruhe. Pero mientras el plan germánico se desarrolló con pasmosa exactitud, el francés quedó en el papel, y los efectivos nunca fueron cubiertos de acuerdo con las previsiones teóricas. El Imperio francés sólo alcanzó una pequeña victoria inicial en la escaramuza de Saarbrücken, donde el Príncipe Bonaparte recibió el bautismo de sangre. Una semana después, batidas en Weissenburg y en Wörth, las tropas francesas retrocedían hacia Chalons y Metz. Caen Alsacia y Lorena, y cae en París el gabinete Ollivier, dejando las iniciativas en manos de Eugenia y del pobre Conde Palikao, sexagenario pagado de sus triunfos en China. Bazaine se encierra en Metz, Bazaine cuya aptitud militar había dado la medida en México. Mac-Mahon y el Emperador en vano querían refugiarse en París, que era lo prudente: Eugenia no lo permitía, considerando sin duda que aquella retirada no era teatral. Y el 1º de septiembre, las fuerzas del Emperador quedan derrotadas en Sedan. Los bravos defensores sólo contaban con sus pechos contra los 500 cañones prusianos. Es la primera aplicación de la guerra mecanizada. Napoleón, disimulando los achaques de su salud para llegar dignamente a la muerte, tuvo la desgracia de ser respetado por las balas. Los prusianos creyeron haber ganado la guerra en un mes.

6. Y en efecto, habían derrotado al Emperador. Faltaba derrotar a Francia, la heroica Francia que aún arrastró tanto tiempo su agonía. El 4 de septiembre, París erigió un nuevo Gobierno de la Defensa Nacional, en tanto que Eugenia escapaba hacia Inglaterra con ayuda de un personaje propiamente cinematográfico: un dentista norteamericano. Trochu, Jules Favre, Gambetta, quedaban al frente de la

nación. El venerable Thiers recorría Europa implorando alianzas.

Bazaine se rindió en Metz el 27 de octubre, con más de 170,000 hombres, a las tropas numéricamente inferiores del invasor. Su rendición había de costarle un proceso, una sentencia de muerte conmutada por pena de prisión, y finalmente, una fuga a Madrid, donde fue a morir tratando siempre de justificar sus maniobras políticas. Seducido por la idea de ser el restaurador imperial, él mismo había apresurado su derrota. Las tropas prusianas que esta derrota dejaba en libertad de acción hicieron ineficaces los esfuerzos de Gambetta, quien había escapado en globo del sitio de París para organizar la defensa. Con todo, su genio se hizo sentir. Su ardiente palabra, en Tours, en Burdeos, hacía brotar de la tierra las legiones armadas. Chanzy vino a ser su colaborador militar por excelencia. La entrada en acción de los civiles o franco-tiradores quitó a la guerra su apariencia de choque entre ejércitos, descubriendo su verdadero carácter, implacable y cruel, de choque entre pueblos, con larga siembra de rencores y larga cuenta de venganzas. Aunque todavía Francia logró rescatar Orléans el 9 de noviembre, y aunque por el sudeste todavía acudieron en su auxilio algunos románticos de la vieja guardia garibaldina, cayó el ejército del Loira. París, sitiado, desde el 19 de septiembre, se entregó, el 28 de diciembre, tras incontables heroicidades.

7. Inútil narrar uno a uno los múltiples episodios de esta guerra. Los críticos militares resumen así los caracteres de la campaña: en las condiciones de los dos adversarios, Moltke no necesitaba astucia ninguna. Su estrategia, de corte clásico, se fundaba toda en el choque directo y en la superioridad de las masas. De las dos victorias decisivas, Sedan y Metz, la segunda se obtuvo antes de tiempo por una artería de Bazaine, que quiso rendirse para salvar después el Imperio. En cuanto a la primera, no estaba en los planes originales, y fue creada por los inesperados azares de la campaña. Moltke sólo pensaba en pulverizar al adversario con sus tres ejércitos concentrados en el Sarre. Pero este plan tan elemental quedó estorbado, no por la acción, sino por

la parálisis misma del adversario. Ella permitió, en efecto, que el tercer ejército se fuera internando por el territorio francés sin grande obstáculo. Y, puesto que así sucedía, se le dejó avanzar. Esto explica que el tercer ejército haya quedado fuera de las batallas de Vionville y Gravelotte que, por lo demás, se asegura que fueron muy mal dirigidas. Pero esto explica también la única maniobra indirecta de Moltke, pues el tercer ejército se encontró de pronto en la posibilidad de atacar por otro lado, torciendo del todo la primitiva dirección de su marcha, a las fuerzas de Mac-Mahon, cuando éste, como quien cae en la trampa, acudía en socorro de Metz.

8. Favre y Bismarck firmaron el armisticio el 28 de enero, 1871. La economía (decrecimiento de población y recursos), el arte militar (falta de equipos y dirección), la diplomacia (aislamiento internacional), la política (disputa interior entre imperialistas, monárquicos, republicanos y comunistas), todo contribuyó a la derrota de Francia, derrota cuyas proporciones se aprecian en los documentos de la Paz de Francfort, ratificados el 10 de mayo, 1871. La Alsacia y la Lorena, manzanas de la discordia tradicional entre ambos beligerantes, cuya importancia creció al descubrirse sus yacimientos de hierro y carbón, pasaron a poder de Alemania, que, con excepción de Belfort, ya tenía ligas consanguíneas con la primera, aunque no con la segunda. Las fortalezas de Metz y Estrasburgo pasaron a Alemania. Tropas de ocupación garantizarían el pago de la indemnización de guerra (cinco mil millones de francos), indemnización que, por un ejemplar esfuerzo del ahorro francés, fue, como todo el mundo sabe, pagada en un término muy inferior a los tres años estipulados.

Una semana antes del armisticio, el 18 de enero, 1871, el Imperio Germánico fue fundado en la Galería de los Espejos, de Versalles, la misma Galería de los Espejos donde, cuarenta y ocho años después, el Imperio Germánico sería sentenciado por sus vencedores. Se establecieron bases con los Estados del sur, y a los pocos meses se dictó una nueva Constitución. Excluída Austria, Prusia asumía la jefatura

de las Germanias, considerándose la heredera del Santo Imperio. El sistema era democrático sólo en el nombre.

Bismarck gobernó, en total, unos veintiocho años; y a los veintiocho años de su retiro, la dinastía a la que él sirvió se vino abajo, pero no así el edificio nacional por él construído.

9. Entre la exasperación de la derrota, la extenuación nacional y el miedo a la restauración monárquica, de repente se abrió paso en París un movimiento inspirado en la nunca extinta tradición de Louis Blanc y en las enseñanzas de Karl Marx. Precisamente cuando los derrumbamientos son mayores, es grande la tentación de hacer de una vez tabla rasa con todo un pasado de equivocaciones y fundar las bases de una nueva felicidad. La ciudad conoció una hora de comunismo (18 de marzo, 1871). Pero se cumplió el principio de Engels, según el cual un alzamiento armado que se mantiene a la defensiva está condenado de antemano. Y aun en el supuesto de que la Guardia Nacional de París hubiera atacado a Versalles con fortuna (que no era difícil) y, apoderándose de la Asamblea, diera tiempo a la organización de la Comuna en la capital, ¿no estaban a la vista las victoriosas fuerzas de ocupación, resueltas a todo antes que perder las posibilidades de la indemnización de guerra?

Bismarck, juzgando la situación de París, se pregunta por qué la provincia no secundó el movimiento de la capital (las tentativas de Lyon, Marsella y Saint-Etienne carecen de importancia) y trata de explicarse el hecho en esta forma: no puede decirse que el gobierno de Versalles haya sofocado en germen la insurrección de París, porque carecía de fuerzas para ello. Ahora bien: si se comparan los periódicos de las provincias con los decretos de la Comuna y los carteles y hojas volantes publicados en los departamentos —los del sur sobre todo— y que constituyen el último manifiesto de la Internacional, se advierte que había en París dos tendencias simultáneas, y si en París habían logrado ponerse de acuerdo, al contrario en las provincias se neutralizaban y contradecían. El desacuerdo se fundaba en una doble causa: *1)* Unos pedían la independencia contra las oli-

garquías aristocráticas de las ciudades, insistiendo en cierta preponderancia de las comunas rurales; pero los obreros revolucionarios urbanos, por su parte, tendían hacia la centralización del Estado, hacia la absorción de la propiedad privada y hacia la reglamentación del proletariado rural dentro del movimiento comunista. *2)* Unos creían que la Comuna de 1871 quería arrogarse poderes ilimitados para salvar a la patria, y la Comuna sólo pretendía ser el núcleo de una autoridad central, legislativa y ejecutiva, que había de integrarse por los mandatarios revocables de todos los distritos. Estas divergencias sobre la interpretación y los propósitos hacían que, mientras la Comuna reclutaba algunos elementos de las provincias, perdía el concurso de otras.

> En París —escribe Bismarck— la pequeña burguesía, doblada bajo el peso de los grandes capitales y sufriendo las consecuencias de la mala administración del Imperio, estaba ganada de antemano a la alianza con la Internacional obrera y a la nueva forma de gobierno que ésta intentaba fundar, gracias a las medidas comunistas en materia de alquileres y a las relativas al indulto. Pero en las provincias ¿cuándo se habrá llegado a tal acuerdo? De esto depende la futura historia de Francia, mucho más que de las luchas parlamentarias o las intrigas dinásticas.

Esta vez París, a presencia de las tropas prusianas, tuvo que sufrir el bombardeo de los propios cañones franceses. Mac-Mahon atacó, y las provincias no secundaron a la capital. La guerra de clases se alargó, entre crueldades y horrores, por más de dos meses. Y de aquel tumulto salió Thiers, Presidente de la Tercera República. Entretanto, Napoleón moría en Inglaterra, siempre entregado a su juego de proyectar fórmulas internacionales. Entre ellas, una verdadera Sociedad de las Naciones que aseguraría la futura paz entre los pueblos.

10. Mientras se desenvolvía la guerra francoprusiana, las potencias habían formado una liga de neutrales a la que Austria sólo acudió en el último momento. Los italianos ocupaban a Roma; el Papa, que por entonces había formulado la doctrina de la infalibilidad, se encerraba —falible—

en el Vaticano; y Rusia se despachaba a su gusto en el Mar Negro, a reserva de que los acuerdos de Londres sancionaran las violaciones ya consumadas contra el Tratado de París. ¿Y la sucesión de España? ¡Quién pensaba ya en ella! Los españoles se la habían entregado a D. Amadeo de Saboya, mientras Europa se ocupaba en cosas más serias. A la renuncia de D. Amadeo (1873), vendrá la república efímera, a que pone fin la restauración monárquica con Alfonso XII (1874).

# XXVIII. DESPUÉS DE LA GUERRA FRANCOPRUSIANA CONSIDERACIONES GENERALES

1. PARA orientarnos por la maraña de hechos que ahora vamos a reseñar conviene hacer algunas consideraciones generales. Es tal la complejidad de los hechos en que ahora entramos, que no queda más remedio sino el aplicar en adelante el sistema de la pintura por capas sucesivas, contando una y otra vez la misma historia, cada vez con nuevos detalles, como se hace en los sucesivos cantos del *Ramayana*.

En la Europa de Metternich habían dominado los esfuerzos por la supresión de las nacionalidades (1815-1848). En la Europa de Napoleón III, dominan los esfuerzos por la formación de las nacionalidades (1848-1870). Con la Europa de Bismarck, después de la guerra francoprusiana, presenciamos la vida y vicisitudes de los Estados nacionales (1870-1890). Sobreviene luego la era de la expansión imperial; y el tira y afloja de los intereses económicos y coloniales conduce a la guerra europea (1890-1914).

El espejismo de la confederación europea, después de la guerra francoprusiana, se ha disipado una vez más. El criterio de la conducta política no es ya el consenso internacional sino, otra vez, la fuerza. El derecho de conquista se disfraza irónicamente bajo el manto de las doctrinas liberales del 48. En nombre del principio de las nacionalidades, los italianos ocupan a Roma, Alemania ocupa a Alsacia y Lorena. Los tratados de Viena y la Santa Alianza procuraban frenar la rivalidad de los reyes. Las nacionalidades, ahora, desatan la rivalidad de los pueblos. De aquí los comienzos de la carrera armamentista —pronto fomentada por las competencias coloniales— cuya primera definición se encuentra en estas palabras de Moltke: "Lo que nuestras armas han conquistado en seis meses, nuestras armas tendrán que defenderlo durante cincuenta años".

2. Bismarck ha venido a ser el eje de Europa, a pesar de la supremacía económica de Inglaterra. Tiene ante sí veinte años de poder. Por un lado robustece al Estado germánico; por otro, procura mantener a Francia en su aislamiento, bien que sin dejarse llevar por los impulsos agresivos que habían arruinado a Napoleón III. Esta doble guardia lo orillará a intervenir, por entre el dédalo de las potencias, en las pugnas del Cercano Oriente.

Durante la primera fase de estos conflictos (1874-1877), Bismarck se mantiene en una actitud de árbitro desinteresado, lo que prepara el terreno al futuro acercamiento de Alemania y Turquía. La segunda fase, la guerra turco-rusa de 1877-1878, se liquida en la Conferencia de Berlín, donde todavía se allana más el camino al acercamiento con Turquía, porque Alemania es la única potencia que no pide nada en el reparto. Pero en la Conferencia de Berlín queda ya demostrada la imposibilidad de reconciliar a Rusia con Austria sobre las cuestiones del Cercano Oriente. Aquella liga, sombra de la Santa Alianza, que desde 1871 se había creado entre Alemania, Prusia y Austria-Hungría, se cuartea definitivamente a pesar de todos los intentos por reajustarla.

3. Con la caída de Bismarck (1890), cae el último lazo de la ya precaria amistad entre Alemania y Rusia. Este hecho trascendental para el futuro de Europa es uno de los factores de aquella recomposición diplomática que dará su fisonomía característica a la "pre-guerra", y que agrupará de un lado a Alemania, Austria-Hungría e Italia (la Triple Alianza), y de otro a Rusia, Francia e Inglaterra (la Triple *Entente* o *Entente Cordiale*). El proceso de estos sistemas de alianzas y la gestación de la revolución diplomática en que vino a parar se estudiarán más adelante, así como los principales rasgos de la expansión y la competencia imperial que acompañan y determinan tal proceso y tal revolución. La Alemania de Bismarck y la Alemania de Guillermo II que la sucede ofrecen entre sí algunas diferencias esenciales, además del paulatino alejamiento de Rusia, que al fin será captada por Francia. Estas diferencias se refieren

singularmente a la tendencia imperialista de Guillermo II, que no estaba en las tradiciones de Bismarck. Los pequeños ensayos imperialistas de éste no pasaban de ser meros movimientos de maniobra para su política europea.

4. Y ahora veamos el espectáculo de los dos Estados rivales, Francia y Alemania, que, tras de la guerra, se han quedado todavía frente a frente, sin que haya sido posible reducirlos a una reconciliación, como la que pronto sobrevino entre Alemania y Austria.

He aquí lo que por entonces aconteció en Francia:

Bismarck no había contado, ni en lo económico ni en lo militar, con el tremendo poder de resurgimiento que escondía Francia, en los resortes entrañables de su ahorro campesino y de su espíritu nacional. A la retirada del ejército de ocupación, se dicta en Francia el servicio obligatorio calcado del de Prusia, y a los cuatro años, Francia posee un ejército de dos millones y medio de hombres. El acuerdo era general en cuanto a pagar el rescate que evitara al suelo francés el aprobio de las fuerzas de ocupación; lo era también en cuanto a servir a la patria con las armas ante un nuevo peligro; pero no así en los demás problemas interiores. La asamblea de representantes elegidos durante el sitio era marcadamente realista, y podía esperarse —y aun se premeditaba— una restauración monárquica en cualquier instante. Pero el temor al comunismo por una parte, y por otra la repugnancia del pretendiente Enrique, Conde de Chambord, a adoptar los tres colores nacionales en lugar del pabellón blanco de los Borbones, prestaban paradójicamente cierto equilibrio a la República. El mismo Presidente Thiers, más que republicano, era por su origen un monarquista constitucional; aunque poco a poco, por la misma fuerza de los hechos, lo vemos aficionarse a una forma de república conservadora, que le parecía ser el término medio de la reconciliación nacional, "el régimen que menos nos divide".

Bismarck, por su parte, no tenía el menor propósito de oponerse a la orientación republicana de Francia, pues una Francia republicana estaba aún más aislada entre las

monarquías de Europa, y le parecía menos amenazadora que una Francia legitimista, la cual arrastraría a los católicos contra la Alemania protestante.

Bajo la presidencia de Mac-Mahon —que comenzó también borbonista y acabó republicano— se da forma definitiva a la República. La Constitución fija en siete años el período presidencial, restringe las funciones del primer mandatario, establece la elección directa de diputados, ante los cuales son responsables los ministros, y la elección indirecta de senadores. Sin embargo, los elementos monarquistas aún abrigaban esperanzas; la Constitución dejaba abiertas las puertas a una revisión posible, y sólo en 1884 se declaró que no serían elegibles para la Presidencia los miembros de las antiguas familias reinantes y que la forma republicana sería intangible. Los grupos —que no partidos— parlamentarios forman y reforman constantemente pasajeras alianzas, determinando una sucesión de crisis de gabinetes: a la derecha, borbonistas o legitimistas, orleanistas, bonapartistas; al centro, los republicanos escalonados por matices; a la izquierda, los socialistas. Poco a poco, tanto por la prudencia con que la República procedía con respecto a Bismarck como por su actitud de acatamiento simpático ante la ocupación de Roma por el rey de Italia, los republicanos liberales pasaron a representar la garantía del orden pacífico, y los monárquicos católicos, la amenaza del desorden bélico contra Alemania o contra Roma.

5. Por 1875 aparecen juntos dos peligros: la misteriosa epidemia de las vides, la filoxera, sólo contenida bajo la presidencia de Grévy (1879), y cierto nuevo amago de guerra, de guerra proventiva contra el resurgimiento de Francia, amago que Bismarck nunca confesó. Esta vez, por lo demás, Inglaterra y Rusia vigilaban, en nombre de la famosa "balanza".

Cuentan las crónicas que De Blowitz, corresponsal del *Times* de Londres, denunció al mundo el complot que contra Francia se urdía en la sombra, valiéndose de procedimientos de espionaje dignos ya del cinematógrafo: cada día cambiaba sombrero con su secreto informante en otro sitio

público, y dentro del sombrero iban las ocultas comunicaciones.

La gravitación misma de los partidos crearía la inevitable escisión entre derechas (ahora robustecidas con elementos bonapartistas que llegaron al Senado en 1876) e izquierdas. La ruptura sobrevino en torno a la cuestión eclesiástica. Gambetta decía: "El clericalismo, he ahí el enemigo". El 16 de mayo, 1877, el Presidente Mac-Mahon resuelve, optando por los moderados y con ayuda del Duque de Broglie, disolver la Cámara. Las izquierdas se organizan en frente único. Las derechas sólo están provisionalmente asociadas. Las izquierdas triunfan, pero conservan su nueva educación de prudencia, y simplemente entregan a los culpables del 16 de mayo "al juicio de la conciencia nacional". El choque acaba en una tregua y aun se ha dicho que en una fiesta: la Exposición de 1878. Fue el último triunfo de Gambetta, que se va entregando a un doble juego de oportunismo nacionalista. La presidencia se le escapa y va a manos de Grévy. La misma campaña anticlerical no necesita ya de él, porque ha encontrado su hombre en Ferry (las leyes escolares). Hasta hay quien pretenda que, lo mismo en su pronunciación que en su sentimiento de la política, había un matiz extranjero, una cierta *transmarina peregrinitas* que impediría, a pesar de todo, su plena compenetración con la sensibilidad francesa.

6. Alemania, por su parte, pronto descubrió que la indemnización de guerra había engordado a algunos banqueros, pero no había aprovechado gran cosa a su economía nacional. La baratura del artículo francés le atrajo una crisis financiera. El trigo de Rusia y de América le ocasionan una quiebra (1873). Bismarck busca la salvación en las tarifas proteccionistas, camino al que todos se iban lanzando. De aquí la lucha por los mercados extra-europeos, de aquí las rivalidades coloniales, acentuadas a la caída de Bismarck. Éste, mientras protegía su industria y su agricultura, se empeñaba en la brega contra la Iglesia y el socialismo. La *Kulturkampf;* el catolicismo del sur, de Polonia, de Alsacia; las disidencias sobre la infalibilidad papal; las Leyes

de Mayo, pugna del Imperio contra el Catolicismo Romano (1873); el protestantismo prusiano; la alianza final con los católicos por temor de la reacción francesa y del socialismo; la abolición de las Leyes de Mayo; la concesión de la Orden de Cristo a Bismarck, de hecho derrotado por Roma; la prisión de los diputados socialistas Bebel y Liebknecht; el incontenible desarrollo del socialismo que, a la muerte de Bismarck, tiene 56 diputados: tales son los rasgos característicos de la política interior de Alemania durante este período.

En cuanto a la política exterior, Alemania procura la expansión pacífica del Imperio, aunque sin perder nunca de vista el peligro francés. De aquí que Bismarck fomente la rivalidad franco-inglesa en Egipto, y la franco-italiana en Túnez, que pronto habrán de manifestarse; de aquí sus constantes esfuerzos para evitar el creciente distanciamiento de Rusia, cuya alianza con Francia comprendió que podía serle fatal.

7. Por lo que respecta a las demás potencias, la Gran Bretaña no se preocupa aún tanto del Continente como de su lejana política mundial, y sólo caerá entre los nudos de los pactos europeos un poco más tarde, cuando la expansión imperial de los demás Estados ponga en peligro la suya propia y le aconseje dar nuevas garantías a sus distantes empresas, asegurándose la buena voluntad de los vecinos, transformados ya en competidores. Entonces llegará hasta a pactar con Francia, la enemiga tradicional.

Los intereses de Rusia se encuentran más directamente trabados con la crisis del Cercano Oriente, y su situación se apreciará mejor cuando corresponda describir esta crisis.

Austria, por su parte, también se desborda ahora hacia los Balkanes, lo que va a ponerla en pugna con Rusia. Verdad es que Austria, Alemania y Rusia habían celebrado desde 1871 un pacto que hemos considerado como sombra de la Santa Alianza. Este pacto tenía un fin doble: 1º atajar el socialismo y el pensamiento libre; 2º garantizar fronteras. Pero de esta garantía se exceptuaba el Cercano Oriente, desde entonces condenado ya al sacrificio. Durante lo que hemos lla-

mado la primera fase del conflicto balkánico (1874-1877), la pugna entre Austria y Rusia comienza a manifestarse; durante la segunda fase o guerra turco-rusa (1877-1878), la ruptura es ya inevitable, y la manifiesta simpatía de Bismarck para los puntos de vista austríacos lastimará el sentimiento de Rusia. En 1881 hay un restablecimiento de este acuerdo entre los tres Imperios, como se aprecia considerando el futuro sistema de alianzas, aunque este restablecimiento es sólo aparente. Bismarck se pasará los últimos años de su gobierno intentando remendar la malla rota, tomando en Austria precauciones contra Rusia, y en Rusia, precauciones contra Austria. Pero la balanza alemana estaba destinada a caer del lado de Austria. Así parecía escrito desde el día en que, derrumbado el Conde Beust y sustituído por el Conde Andrassy (1871), la gravitación del Imperio Austro-Húngaro se trasladó de Viena a Budapest, lo que el mismo Bismarck había considerado siempre deseable para una reconciliación que borrara los recuerdos bélicos de 1866.

La cuestión balkánica, pues, sería el disolvente de la liga entre los tres Imperios conservadores. Bismarck comenzó por decir que tal cuestión no valía lo que valían los huesos de un solo soldado pomeranio. Y la verdad es que en ella estaba el polvorín de Europa. Veámosla de cerca.

# XXIX. LA DESMEMBRACIÓN DEL IMPERIO TURCO. CONFLICTOS BALKÁNICOS (1874-1877). SEGUNDA GUERRA TURCO-RUSA (1877-1878). CONFERENCIA DE BERLÍN. ULTERIORES DESARROLLOS DE LOS CONFLICTOS BALKÁNICOS

1. Los TURCOS otomanos, que en el siglo XIV sojuzgaron a la Gran Servia, en 1453 se apoderaron también de Constantinopla, capital del ya exiguo Imperio de Oriente. Cortaban así la ruta de las especias para la cocina de Europa, lo que tan hondas consecuencias tendría en la humanidad, al desatar el afán de buscar otra ruta oceánica y provocar el descubrimiento de América. Antes de finalizar el siglo XVI, habían construído un vasto dominio que se extendía desde Hungría y los Cárpatos hasta el Mar Negro, y abarcaba toda la península balkánica, con excepción del reducto montenegrino. La batalla de Lepanto, célebre batalla de don Juan de Austria, en que Cervantes quedó herido en la izquierda, la

que en la llanura
venció del ancho mar al trace fiero,

detuvo el derrame turco por el Adriático. Al comenzar el siglo XIX, ya los fieros tracios habían perdido Hungría y Besarabia. Servia se organizó en principado por 1817, sin sacudir del todo un yugo que Rusia y Turquía se disputaban. Rumania unificó los principados danubianos de Moldavia y Valaquia (1861). Grecia se rebeló entre 1821 y 1829, y tras varias peripecias, se constituyó en reinado en 1863. Para la época en que ahora entramos, el Imperio Turco dominaba prácticamente los Balkanes, con excepción de Montenegro y de Grecia. Las periódicas sacudidas de Grecia —cuyos primeros estremecimientos, al comenzar el siglo, están asociados a los nombres de dos grandes poetas, Lord Byron y John Keats— dan idea de la temperatura reinante en aquella región del mundo.

2. Aquel mosaico de pueblos no era indiferente a las corrientes del nacionalismo europeo, y se revolvía entre inquietudes. "El Hombre Enfermo" estaba agonizando hacía tiempo y nunca acababa de morir. Junto a su lecho, las potencias esperaban la partición de su herencia, como los infantes de Castilla junto al lecho de Fernando I. La rivalidad entre Austria y Rusia complicaba singularmente la situación. Desde 1864, el ministro inglés Disraeli, entre místico judío y buen calculador de los intereses musulmanes en la India, venía impulsando una política pro-otomana. Rusia reúne una Conferencia paneslava (1867) que logra libertar a los servios de la sumisión espiritual al Patriarca de Constantinopla. Los Jóvenes Otomanos (después Jóvenes Turcos), imbuídos de liberalismo y democracia occidental, desarrollan una intensa oposición contra el Sultán. Al mismo tiempo, anhelan sacudirse el yugo de las potencias, oponiendo el panotomanismo al paneslavismo. Uno tras otro, los diferentes pueblos balkánicos se agitan contra el poder de Turquía. Tal es, en el interior y en el exterior, el cuadro de fuerzas que se juntan para producir la disgregación del Imperio Turco.

3. En 1874, la Bosnia-Herzegovina se levanta, y esto abre lo que hemos llamado la primera fase del conflicto balkánico (1874-1877). El levantamiento, más nacional que religioso, obtiene cierto éxito. Inglaterra teme que estas agitaciones embaracen su camino al Oriente. Austria teme que ellas susciten la rebelión de sus poblaciones eslavas. De aquí la Nota Andrassy (30 de diciembre, 1875), que exige del Sultán algunas reformas ilberales encaminadas a satisfacer a los sublevados. El Sultán, deudor en bancarrota, se ofrece, con sospechosa complacencia, a cumplir casi todo lo que le exigen pero, en realidad, no da un solo paso en tal sentido.

Entretanto, Bulgaria también se ha lanzado a la lucha (abril, 1876). Entre las rebatiñas que se suceden, caen los Cónsules de Francia y Alemania en Salónica. Austria, Rusia y Alemania, ante esta situación, proyectan el Memorándum de Berlín, en el cual se da al Sultán un plazo perentorio

de dos meses para cumplir sus promesas, so pena de una acción conjunta de las flotas. Francia acepta. No así Inglaterra. Disraeli traía otras cosas en la mente. Preparaba para el siguiente año la consagración de Victoria como Emperatriz de la India; acababa de adquirir el dominio sobre Suez; se había trazado ya una política; los términos del Memorándum no le habían sido consultados, y, según su Embajador alegaba, eran contraproducentes para la paz, puesto que prometían a los sublevados la ayuda eventual de las potencias, sosteniendo así su ánimo levantisco. El Memorándum, que habría ahorrado mucha sangre, no pudo presentarse, y las matanzas continuaron.

Los jóvenes turcos deponen a Abdulaziz, que es muerto o se suicida; el inepto Murad es arrastrado de la prisión al trono, donde, a los tres meses, le sustituye Abdulhamid II. El caos continúa.

Servia y Montenegro, que ahora han declarado la guerra a Turquía, pagan con duras derrotas sus triunfos del primer momento.

En Bulgaria sobreviene la matanza de unos doce mil cristianos, hecho que espanta al mundo. Gladstone sale de su retiro para atacar la indiferencia de Disraeli. El Zar ofrece a Austria la entrega de Bosnia-Herzegovina a cambio de que se le dejen manos libres en Bulgaria. Se esfuerza por imponer un armisticio entre Servia y Turquía. El gobierno británico le toma la delantera en las gestiones, pero sin resultado inmediato.

4. Rusia redobla sus esfuerzos. Impone a Turquía un armisticio y a la vez tranquiliza a Inglaterra —con procedimiento semejante al que usara medio siglo atrás—, haciéndole ver que sus propósitos para proteger a las poblaciones cristianas, obligar al Sultán a cumplir sus compromisos y afianzar su dominio en el Mar Negro para nada obstruyen la política británica en el Lejano Oriente. De paso —como en vísperas de la primer guerra turco-rusa—, el Zar levanta la voz y anuncia que, si Europa no lo acompaña, obrará por su propia cuenta. Las potencias resuelven reunirse en Constantinopla, donde sólo llevaban en común el propósito

de restablecer la paz inmediata. Y en todo lo demás andaban discordes.

Rusia anunciaba sus planes de ocupación temporal de Bulgaria, a título de garantía contra el incumplimiento del Sultán, a cambio de lo cual dejaría libertad de acción a Austria en Bosnia, y a las flotas francesa y británica en el Mar de Mármara. Inglaterra insistía en la autonomía de Bulgaria, respaldo natural del Imperio otomano según Andrassy. Bismarck, por su parte, entraba en el juego como árbitro y sin intereses en el conflicto, lo cual aumentaría su crédito. Hubo que tratar a puerta cerrada casi un mes para llegar a un acuerdo previo, antes de presentar al Sultán las proposiciones europeas. Tales proposiciones redundaban todas en beneficio de los pueblos oprimidos y en merma del poder otomano, al que se le imponían cortapisas, retiro de tropas, aceptación de autonomías en diversos grados, y un ejército internacional de garantía, reclutado entre belgas y suizos. El Sultán, que se había apresurado a proclamar una Constitución democrática, asumió la actitud de la probidad ofendida.

Todavía se logró un tratado de paz entre Turquía y Servia, y todavía se reunió otra Conferencia en Londres para advertir al Sultán que, de no arreglarse las cosas, Europa se vería en el duro caso de . . . ¡seguir deliberando!

Pero la paciencia de Rusia había llegado a su límite. Rompió los frenos con que Inglaterra procuraba sujetarla, y añadió a la nota conjunta de Londres una nota personal que era un nuevo ultimátum. El Parlamento otomano, ya en funciones, repudió esta nota, descargando toda la culpa de la situación sobre los agitadores extranjeros, y asegurando que el desarme de Rusia traería, automáticamente, la normalidad en los Balkanes. Turquía, con el arma de su flamante Constitución, podía ahora invocar sus derechos de integridad y soberanía. Y aquí se abre la segunda parte del conflicto balkánico (1877-1879).

5. Rusia no podía ya detenerse. Aseguró el paso de sus tropas por Rumania, reconociendo la independencia de ésta, y declaró la guerra a Turquía (24 de abril, 1877). Ingla-

terra prefirió no mezclarse, conformándose con salvaguardar la neutralidad de Egipto, el Canal de Suez y los Estrechos. Francia no quiso repetir el juego de Crimea. Austria había sido previamente tranquilizada con la promesa de que la guerra no pararía en conquista, y que sus resultados habían de someterse al consenso europeo.

A pesar de Crimea, Rusia conservaba su prestigio militar, mientras Turquía aparecía como un país en disolución. Pero las tropas rusas contrajeron la malaria en los pantanos septentrionales del Danubio. Además, estaban mal alimentadas por culpa de administradores fraudulentos. Los barcos turcos controlaban el Mar Negro y patrullaban el río. Con todo, los rusos, disimulando con un desembarque por un lado la entrada de sus verdaderos ejércitos por otro, cruzan el río en compañía de los rumanos, con la idea de unirse a los búlgaros. Los turcos sufren una primer derrota (Sistova, 27 de junio, 1877), pero pronto el avance ruso es rechazado. Rehechos de sus primeros reveses, los turcos demuestran grandes virtudes militares, enorme resistencia, usan excelentes rifles americanos venidos no se sabe de dónde, y cuentan con el general Osmán Bajá. Entre la ansiedad de Europa, los rusos son derrotados en Plevna (30 de julio, 1877). Pero las rencillas dividen y paralizan a los turcos, que finalmente quedan sitiados. Osmán resiste cinco meses contra un efectivo tres veces superior a sus fuerzas, y al fin, exhausto, entrega la plaza (12 de diciembre, 1877). Salvado este obstáculo, continúa el avance ruso hacia Constantinopla. Servia se arroja otra vez contra los turcos. De pronto, aparece la amenazadora flota británica destinada a cuidar los Estrechos y a vigilar de cerca el triunfo de Rusia. El Sultán pide un armisticio y viene la suspensión de hostilidades (Adrianópolis, 31 de enero, 1878). Conviene saber que, entretanto, el Sultán había abolido la Constitución y hecho matar al jefe liberal Midhat Bajá, pues el estado de guerra siempre es propicio a la explosión de las fuerzas oscuras.

Rusia impone entonces a Turquía un tratado (San Estéfano, marzo, 1878) que creaba la Gran Bulgaria desde el Danubio hasta el Egeo, bajo el dominio de Rusia; casi expulsaba

a Turquía de Europa; reservaba al Zar ciertas intervenciones en el Asia; comprometía al Sultán a cumplir las famosas y pleiteadas reformas; aseguraba la independencia de Montenegro y de Servia, y daba de caridad a la Rumania no eslava unos pantanos sobre Dobrudja. Era imposible que las potencias aceptaran de buen grado semejante supremacía de Rusia. La misma Rumania, ya inquieta ante las ambiciones rusas sobre la Besarabia, no podía quedar satisfecha con su escasa ganancia.

Y sucedió lo que tenía que suceder: que las potencias se juntaron para escamotear a Rusia sus victorias. Inglaterra protestó, y Disraeli hizo en Malta preparativos bélicos, anunciando el traslado de tropas de la India y jugando los peones de su flamante tablero imperial. Austria, considerando válidas las anteriores promesas, adelantó medidas para la ocupación de la Bosnia-Herzegovina. El propio Bismarck, con gran despecho de Rusia, asumió una actitud francamente reprobatoria. Y todavía fue necesario que las potencias impidieran a Grecia aprovechar el momento para realizar su sueño panhelénico sobre Tesalia, el Epiro, Creta y Macedonia. Rusia, que salía apenas de una guerra, aceptó a regañadientes el someter la situación a una conferencia que había de reunirse en Berlín. En esta conferencia, como se ha anunciado, se produce una refracción de las simpatías internacionales, la cual determinará el futuro de Europa.

6. Antes de que se reuniera la Conferencia, Disraeli hizo ciertos arreglos previos con Rusia, Austria y Turquía: la Gran Bulgaria quedaría reducida a un tercio de la magnitud proyectada; Servia crecería a expensas de Bulgaria y, lo mismo que Rumania y Montenegro, sería independiente; Turquía conservaría la Macedonia y la Rumelia Oriental, así como una faja estratégica sobre el Danubio y sería invitada a considerar las reclamaciones griegas. Austria ganaría un protectorado indefinido sobre la Bosnia-Herzegovina; si Rusia porfiaba en ocupar Kars (Asia Central), Inglaterra obtendría Chipre, considerado como punto de alta importancia estratégica. Armado con estas proposiciones, Disraeli se presentó en la conferencia de Berlín (13 de junio, 1878) y, al

encontrar cierta resistencia, amenazó con retirarse. Al fin se salió con la suya, expulsando a Rusia de Turquía y nulificando sus conquistas. Su Reina y Emperatriz lo premió con el Ducado y la Orden de la Jarretiera.

Pronto pudo verse, sin embargo, que ni Chipre resultaba base militar tan importante como se había supuesto, ni era posible evitar que Abdulhamid aplastara a los liberales turcos, ni impedir que Rusia dominara los Balkanes y se derramara sobre el Asia Central. Turquía se fue emancipando de la influencia británica, pidió sus modas a Francia, y se acercó a Alemania en busca de inspiraciones políticas y militares.

7. La paz definitiva entre Rusia y Turquía se firmó el 8 de febrero, 1879.

Veamos cuáles fueron los resultados de la guerra turco-rusa y de la Conferencia de Berlín: 1º para los Balkanes mismos y 2º para la situación general de Europa:

1º Turquía, desde luego, salió de la guerra en completo estado de bancarrota y obligada a pagar una indemnización por valor de 200 millones de rublos.

La ocupación de Bosnia por Austria provocó serias dificultades e insurrecciones (1882). No menos dificultades encontró la cesión de los puertos montenegrinos del Adriático, ante la oposición de la Liga Albanesa; y lo mismo aconteció con la cesión de Tesalia y el Epiro a Grecia. El Imperio Otomano se defendía milímetro a milímetro, y las potencias mostraban los puños de cuando en cuando.

No bien acabaron las pláticas de Berlín, cuando los búlgaros coronaron a Alejandro, sobrino del Zar de Rusia; pero la influencia rusa va desvaneciéndose al paso que Bulgaria aprende a andar sola. En 1885, la Rumelia Oriental se subleva contra Turquía y se declara también por Alejandro de Bulgaria. Con cierta sorpresa del mundo, lo aprueba Inglaterra. No así el Zar de Rusia, a quien los pupilos se le iban de las manos y que decide, indignado, retirar las tropas que servían de amparo a Bulgaria. Grecia se agita al instante, y es llamada al orden por las potencias.

También Servia asió la ocasión por los cabellos para declarar la guerra a Bulgaria, dejada ahora de la mano del

Zar de Rusia (1885). Bulgaria triunfa, pero Alejandro no tiene tiempo de saborear su victoria, porque es secuestrado por unos oficiales rusos (21 de agosto, 1886). Vuelve de su triste aventura sin coraje para seguir gobernando contra la voluntad de Rusia. Los búlgaros lo deponen, capitaneados por Stambuloff. Es electo entonces Rey de Bulgaria Fernando de Saxe-Coburgo (1887), a quien el veto del Zar Alejandro III mantiene en cierta situación irregular, pero que poco después, ya en tiempos de Nicolás II, da prendas de su reconciliación con Rusia, haciendo que el nuevo Zar apadrine la conversión de su hijo Boris.

2º En cuanto a los resultados del conflicto balkánico para las potencias europeas, ya hemos dicho que el acercamiento gradual de Turquía hacia Alemania fue favorecido por el hecho de haber sido ésta la única potencia que no procuró sacar ventajas inmediatas de la derrota turca. Tal acercamiento se acentuaría más aún cuando, al sobrevenir las matanzas armenias (1894), se vio al gobierno alemán pasarlas por alto sin preocuparse.

Continúa el desarrollo de la influencia germánica en el Cercano Oriente.

En 1898, Guillermo II emprenderá un viaje a Palestina. De paso, visita a Abdulhamid, y promete su amistad a los mahometanos, con desazón de la Gran Bretaña. En 1903, obtiene la concesión del Ferrocarril de Bagdad, asunto de largas consecuencias. Así, la política de Guillermo II se encaminará hacia Turquía, por la senda que dejó trazada Bismarck.

Ya se ha dicho que, en la conferencia de Berlín, resultó clara la rivalidad irreconciliable entre Austria y Rusia, y el resentimiento de ésta ante la simpatía de Bismarck por los puntos de vista austríacos.

Por otra parte, al acercarse en el Afganistán las respectivas zonas de influencia rusa y británica, aparece de 1878 en adelante una posibilidad de conflictos entre ambas naciones.

8. Pero antes de abandonar el escenario europeo, siguiendo las lejanas ambiciones de los imperios, conviene

estudiar la evolución que se produjo en el sistema de alianzas, y ello será objeto del siguiente capítulo.

Conviene, además, recordar de una vez que todavía las disensiones del Cercano Oriente darán quehacer a las potencias, mientras por otro lado ellas se reparten las lontananzas del mundo. Los anhelos helénicos de Creta, todavía turquizada, fueron sofocados por las potencias en 1889 y 1896. Al año siguiente, la cuestión de Creta produce un nuevo choque entre Turquía y Grecia, choque funesto para Grecia, que quedó barrida en un mes por las tropas turcas, ahora adiestradas a la alemana. La Turquía de fines de siglo distaba ya mucho de seguir siendo el "Hombre Enfermo", y pronto florecería con nueva salud, a pesar (o a efecto) de la inmensa poda de la Gran Guerra.

## XXX. EL SISTEMA DE LAS ALIANZAS (1879-1883). LA REVOLUCIÓN DIPLOMÁTICA (1894-1904-1907)

1. TENEMOS que volver atrás, pues hemos dividido en partes, de acuerdo con el método cartesiano, la dificultad de exponer una época embrollada, de la cual arrancan los caminos que llevan a la guerra de 1914. Aunque la recomposición del cuadro europeo que vamos a exponer es inseparable del fenómeno de la expansión imperial, procuraremos artificialmente describir por una parte el movimiento de las alianzas, y por otro el derrame de las conquistas coloniales, si bien conservando en la mente la noción de que lo uno no se explicaría sin lo otro. Desilusionada del sistema continental, Europa evoluciona hacia el sistema de las alianzas rivales, fundadas en grandes consorcios de intereses coloniales y financieros.

2. La nerviosa paz de las potencias a partir de la conferencia de Berlín dura veintiséis años en estado de constante peligro. Paz armada que más bien parece una guerra siempre pospuesta. La previsión del cataclismo a que tal estado de cosas podía conducir inspirará más tarde el llamamiento del Zar al desarme de las potencias (24 de agosto, 1898). Entretanto, las potencias —como en cierta danza popular— se entregan a cambiar de parejas. Los enemigos se reconcilian y los amigos se separan.

Hemos visto cómo la guerra turco-rusa y su liquidación en Berlín cuartean los muros de aquella sombra de Santa Alianza creada entre Alemania, Austria-Hungría y Rusia (1871), poniendo a estos dos últimos estados en franca rivalidad. Hemos visto cómo, a pesar de todo, Bismarck se esfuerza por restaurar el consorcio de los tres Imperios (1881) y sigue esforzándose en ello hasta el fin de su gobierno, de suerte que su caída (1890) significa el fin de toda esperanza de amistad germano-rusa. Hemos dicho que los orígenes de una reconciliación germano-austríaca, que acabará por dejar

a Rusia fuera de su orbe, pueden trazarse, a los cinco años de la guerra austroprusiana, desde el día en que Andrassy sustituye a Beust (1871), y el centro político del Imperio Austro-Húngaro parece trasladarse de Viena a Budapest.

3. Desde San Estéfano, Rusia sabe que no puede contar con Austria. Desde Berlín, sabe que tampoco cuenta incondicionalmente con Alemania, la cual —pensando haber saldado sus deudas por la neutralidad rusa en la campaña francoprusiana mediante la anulación del Tratado de 1856— se dedicaba ahora a desviar las ambiciones austríacas, empujándolas hacia los Balkanes.

En agosto de 1879 se crea secretamente una alianza dual entre los Hohenzollern y los Habsburgos frente al siempre amenazante peligro ruso.

Es indudable que Burck no deseaba enajenarse a Rusia. Asesinado Alejandro II el mismo día que daba a su pueblo un gobierno constitucional (1881), lo sustituye el antigermánico Alejandro III, entregado en alma y vida al sueño paneslavo. Por fortuna, esta utopía era compatible con su no menos sincero amor de la paz. Por aquí fue posible a Bismarck el sostener un precario entendimiento entre Alemania y Rusia. De aquí que todavía los tres emperadores se cambiaran protestas de amistad en Skierniewice (septiembre, 1884). Bismarck, siempre entregado a su peligroso y doble juego, así como se había cubierto con Austria ante una posible falla de Rusia, logra todavía asegurarse la benevolencia rusa contra una posible falla de Austria. Y todavía celebró con las dos un nuevo tratado de "reseguridad" (1887), como quien redobla los pespuntes por no estar seguro de su costura.

Sin embargo, Rusia se aleja a medida que se traslucen los efectos de la Santa Alianza Dual. La unión de las dos Bulgarias aumentará la tensión entre Rusia y Austria, sin que Bismarck pueda disimular su preferencia por Austria. Pero el Canciller hace un último esfuerzo: en octubre de 1889, se encuentra en Berlín con Alejandro III. Aún tenían arreglo las cosas. La caída de Bismarck pone término a toda posibilidad de arreglo. Ni siquiera se renueva ya,

como correspondía haberlo hecho en 1890, el tratado de "reseguridad". La vieja alianza de los tres Imperios conservadores siguió sobreviviendo sólo nominalmente, a modo de residuo de otra época. Y ya tenemos a Rusia flotando al garete entre las marejadas de Europa, pronta a ceder a cualquier corriente que la envuelva y la aleje por otros rumbos.

4. Por otra parte, Bismarck trataba de hacerse agradable a Inglaterra. Por otra, en fin, persistía en su diplomacia de aislamiento de Francia, ahondando en las rivalidades que las nacientes empresas imperiales de ésta suscitaban en Inglaterra y en Italia. Hay que decir que el propio Bismarck alentaba estas empresas de Francia, así como alentó las de Austria sobre los Balkanes. Las tentaciones de Francia tenían para él otra ventaja más, y era el desviar de Alemania los ojos de los patriotas franceses. La República francesa caerá al fin en estas tentaciones. Cuando, en 1881, Francia ocupó Túnez, sobrevino una grave fricción con Italia, que borró las últimas huellas de la antigua amistad italo-francesa.

Bismarck no podía perder esta ocasión. Es verdad que no veía con buenos ojos el radicalismo italiano. Pudo compartir con él, en otro tiempo, el sentimiento antipapista, y acaso en su fuero interno lo compartía. Pero tal sentimiento se había ido modificando en las manifestaciones exteriores de su política —conforme a aquel su realismo tan característico—, al punto de llevarle a entablar arreglos con la Santa Sede. Nuevamente sacrificó todo a lo esencial. Cerró los ojos, atrajo a Italia, y la famosa Triple Alianza entre Alemania, Austria e Italia fue creada en 1882.

5. Esta Triple Alianza estaba menos ajustada que la primitiva Alianza Dual, pues mientras Austria era indiferente a las ambiciones italianas en el África Septentrional, Italia no podía olvidar su región irredenta, el Tirol y Trieste, que continuaban bajo el régimen austríaco; pero no era poco haber concertado a las antiguas enemigas. La Triple Alianza, puramente defensiva en su origen, se renovaría por períodos de seis y doce años, habiéndose hecho esto por última vez en 1912. A la hora de la prueba, Italia se pasó al otro

bando, dejando que Alemania y Austria se las arreglaran con nuevas alianzas eventuales. Analicemos la significación inmediata de la Triple Alianza. Ella, por lo pronto, dejaba fuera, en condición de miembros sueltos de Europa, a Inglaterra, a Francia y a Rusia.

De momento, Inglaterra, decidida a alejarse de los conflictos continentales desde la sustitución de Disraeli por Gladstone (24 de abril, 1880), creyó ver en la Triple Alianza, aun cuando quedaba fuera de ella, un respaldo para su política colonial, puesto que dicha Alianza sofrenaba a Rusia y a Francia. Ahora bien, el Imperio británico tenía en el Lejano Oriente una peligrosa frontera con el Imperio ruso, y en Egipto, una situación confusa frente a las campañas coloniales francesas. Como se ha dicho antes, Inglaterra sólo se resolverá a ligarse en convenios políticos con las potencias continentales cuando lo hagan indispensable las competencias de la expansión imperial.

6. Bismarck no parece haber previsto que, por ciertas leyes físicas de elasticidad y cohesión, el tirar tan intensamente hacia sí de una porción de Europa haría que las otras porciones sueltas, al arrancarse, se juntaran a su vez en otra masa de equilibrio. Y así sobreviene la revolución diplomática que deshizo la tradicional enemistad entre Inglaterra y Francia y produjo, a la larga, la Triple Inteligencia o Triple Entente. Este proceso tiene varias etapas:

*1º La Entente franco-rusa.* La vieja idea que ya había apuntado en Tilsit y que Lamartine, hiperbólicamente, consideraba como un "grito de la naturaleza", venía siendo estorbada por el temor de los zares al espíritu revolucionario de Francia y por la protesta francesa contra la postración de Polonia; pero flotaba en la atmósfera y parecía irse robusteciendo a medida que la alianza secreta entre Alemania y Austria (agosto, 1879) dejaba sentir sus resultados.

La extravagancia de la corte de Rusia y la pobreza de la nación se escondían bajo el manto de su prestigio imperial. Francia acudió al alivio con sus buenos 500 millones de francos (1888), el primero de los varios empréstitos rusos que se destinarían al Ferrocarril Transiberiano. Desde

mediados de 1891, Francia y Rusia comienzan a dar señales de entendimiento. En 1894, llegan a un acuerdo para su mutua defensa militar y diplomática. Las visitas de las respectivas flotas son seguidas de las visitas de Nicolás II a París (1896) y del Presidente Félix Faure a Rusia (1897). Mediante este arreglo, de propósitos pacíficos en lo ostensible, Francia salía de su aislamiento; Rusia colocaba su empréstito en París y obtenía un apoyo para su política en el Lejano Oriente, a la vez que cambiaba en aliada a su rival del Cercano Oriente, como se vería cuando las matanzas de Armenia. Por lo pronto, las mayores ventajas fueron para Rusia, cuya acción en China tuvo que respetar Inglaterra. En cambio, Inglaterra pudo todavía imponer a Francia lo que se ha llamado la "humillación de Fashoda". La guerra ruso-japonesa haría pensar más tarde a algunos franceses que Francia había comprado a muy alto precio el salir de su anterior aislamiento.

2º *La Entente franco-británica.* Cuando la cuestión egipcia y el incidente de Fashoda, de que luego hablaremos, quedaron aclarados, el camino de la reconciliación apareció abierto. Por otro lado, Eduardo VII no simpatizaba con el Kaiser Guillermo II. El comercio y la marina mercante de Alemania desafiaban a la Gran Bretaña. La Liga Pangermánica de 1893 proponía un plan de hegemonía teutónica en el mundo. En 1896, Guillermo II había osado enviar a Kruger un telegrama de aplauso, cuando los conflictos británicos en Sud-África que adelante se reseñarán. En 1898, había hecho proposiciones indiscretas al Sultán; poco después, abría el canal de Kiel y trazaba vastos proyectos para sus flotas. "Nuestro futuro está en las aguas", había dicho el Kaiser frente al monumento de Bismarck. Antes, había ya expresado la doctrina de "conquistarse su sitio al sol". La tensión obligó a una nueva conferencia del desarme en La Haya (1899). Pero Alemania continuaba fomentando sus flotas. La Reforma de Tarifas inglesas (1903) se interpretó como un ataque contra este crecimiento del comercio germánico. En 1904, la carrera de la flota germánica desde el Mediterráneo hasta el Mar del Norte fue un anuncio de la guerra que estallaría diez años más tarde. Delcassé

aprovechó esta atmósfera y, en el propio año de 1904, las enemigas tradicionales, Francia e Inglaterra, se reconciliaron, arreglaron sus esferas de influencia de Marruecos y Egipto, se confirmaron los derechos franceses a la pesca en Nueva Finlandia, y se aplacó toda posible competencia en Siam. Y entonces las dos Ententes de Francia caminaron, a través del eslabón común, hacia la tercera etapa.

*3º La Triple Entente* no se propuso como una alianza, sino como un bloque diplomático, y fue firmada en 1907. Rusia y la Gran Bretaña aplanaron sus disidencias orientales y concertaron sus esferas de influencia, de suerte que ni la alianza anglo-japonesa pudiera ser un obstáculo a la nueva amistad. (Justo es advertir que, a pesar de la guerra de Crimea y de las espinosas cuestiones del Asia Central, durante todo el siglo vemos a Rusia esforzarse por tranquilizar las inquietudes de Inglaterra, con una constancia apreciable dentro de la relatividad de las cosas humanas.) A partir de este momento, Europa se divide en dos bandos —Triple Alianza contra Triple Entente—, y los pactos militares secretos pasan, sin llegar a la conciencia de la opinión, a modo de truenos subterráneos. La bancarrota en puertas se disimula bajo la máscara de pactos precarios. Y el desfallecimiento creciente de Rusia, quebrantada de muerte en la guerra con el Japón, sólo se desenmascara cuando la Revolución soviética, en 1917.

# XXXI. DESPUÉS DEL TRATADO DE BERLÍN

1. ANTES de reseñar la expansión extraterritorial del complejo organismo europeo, hay que reseñar separadamente los últimos hechos dentro de cada Estado, aquellos al menos que interesan a la historia de los conjuntos.

2. Por iniciativa de Rusia, las delegaciones de 26 Estados se reunieron en La Haya (18 de mayo, 1899), para reducir los armamentos y sustituir la guerra por el arbitraje. El problema europeo de Viena (1815) se ha transformado en el problema mundial. A La Haya concurren, además de las antiguas potencias, los Estados Unidos, México, China, el Japón, Persia, Siam. Aunque el desarme general resultó imposible, se firma la Convención para el Arreglo Pacífico de las Disputas Internacionales (29 de julio, 1899), que queda abierta a la accesión de otros Estados hasta fin de año; y se crea la Corte Internacional de Arbitraje. Ella resolverá cientos de disputas que antes hubieran llevado al conflicto bélico; pero no puede, naturalmente, establecer, de la noche a la mañana, la paz del mundo. No bien se cierra la Conferencia, en efecto, estalla la guerra del Transvaal.

3. En Inglaterra, los sucesivos ministerios de Gladstone, después de Disraeli, están marcados por el sello de fuego de los conflictos con Irlanda, que acaban de ahondar la división entre los dos partidos tradicionales, acentuando el primero su carácter democrático al calor de las simpatías por el Home Rule, y recargando el segundo sus intenciones francamente imperialistas y sus anhelos de expansión colonial (1880-1885). Como de costumbre, entre los dos partidos se producen intercambios, deserciones mutuas y confusiones de criterio que, por una parte, llevan a tratar al reo político como criminal común (1887), y por otra, a leyes liberales en materia de educación (1891). Comunican a esta época un toque romántico las vicisitudes del jefe irlandés

Parnell, primero injustamente acusado por complicidad moral en asesinatos políticos, y luego aplastado por una explosión de mojigatería colectiva, con motivo de sus amores con Mrs O'Shea.

Aparte de importantes reformas agrícolas, la política sobre todo se aplica a los asuntos del Imperio, en el intento de aumentar la cohesión entre los distintos sistemas coloniales (1897). Considérese que la guerra del Transvaal era la primera emprendida por la Gran Bretaña contra pueblos blancos, desde los días de Crimea. Aun los menos partidarios de la guerra convenían en que, una vez iniciada, había que llevarla con honor hasta el fin. Y éste es el ánimo en que el siglo XX sorprende a la Gran Bretaña (Paz de Vereeniging, 1902).

La Reina Victoria ha muerto en 1901. La atención nacional vuelve a los negocios domésticos: leyes irlandesas de 1902 a 1909, reorganización de la defensa nacional y de la higiene social. Merced a ese misterioso instinto que explica las fortunas británicas, a través de todas las vicisitudes adelantan las reformas del trabajo y la economía, aunque sea entre vaivenes desconcertantes como es propio de la confusa conducta de los hombres. El duelo entre proteccionistas y liberales se prolonga. La representación laborista, que aparece por primera vez en el parlamento de 1892 con la persona de Keir Hardie, aumenta gradualmente. Este partido significaba una confluencia del socialismo y del "nuevo-unionismo" que data de la huelga de los muelles de Londres en 1889. Se decide sanear de *coolies* las minas del Transvaal, y la Unión Sud-Africana aparece ya como cosa intocable en las discusiones parlamentarias de 1910. Los parlamentos ingleses viven a veces de discutir cuestiones de carácter técnico y casi simbólico, cuya trascendencia, innegable a juzgar por sus efectos, es difícil apreciar desde afuera. En plena lucha parlamentaria por la "limitación de veto", fallece el rey Eduardo VII. Al lado de estas cuestiones, corren los problemas de las pensiones y seguros al trabajo, la enfermedad, el desempleo, etc. Entretanto, el Canadá, Australia y Sud-África van adquiriendo importancia. Las Conferencias Coloniales se llaman ahora Imperiales, las co-

lonias se llaman Dominios, y adquieren cierta representación y capacidad diplomática autonómica. Pronto aspirarán a ser Estados.

4. Toda la historia ulterior de Francia se resume en una palabra: libertada del enredo en que Napoleón III la ha metido, afianzada por dentro y por fuera, Francia aspira a consolidar la República, el régimen que menos divide a los franceses, como decía Thiers. Vemos, así, cómo la República se purga poco a poco de sus orígenes ciertamente monárquicos; cómo el Conde de Chambord se niega a aceptar el pabellón de los tres colores, y los partidarios de la monarquía quedan desamparados; cómo la Constitución se equilibra (1875); cómo la reacción monárquico-clerical de MacMahon y Broglie es contenida (1877).

Léon Say reorganiza las finanzas. Comienza con Ferry la reconstrucción de un imperio. Desechada la utopía de la Alsacia-Lorena, quedan abiertas a Francia las regiones extracontinentales: Asia, África. Aunque este comienzo de expansión colonial es una idea de gobierno, no fue calculado metódicamente en sus orígenes, sino arrastrado al azar de las ocasiones. Lo mismo en Túnez que en Tonkín, circunstancias casuales desataron el movimiento, que ni siquiera fue advertido en los primeros instantes, ni consultado con las Cámaras, salvo para aprobar ciertos gastos. Todo era obra espontánea de soldados audaces. En 1882, la consulta sobre la participación con Inglaterra en Egipto había sido desechada por las Cámaras. Lo mismo hubiera pasado ahora. Si los primeros pasos no se notaron, los segundos causaron ansiedad y angustia. (Desastre de Lang-Son y conflicto con China, 1884-1885.) ¿Otra vez el caso de la guerra de México? Ferry cayó entre una ola de impopularidad, pero Francia ganó Tonkín y el protectorado de Anam. Clemenceau vivía pidiendo "el máximum de República" y fulminaba rayos contra los que olvidaban los derechos de la patria sobre el Rin, por locas aventuras lejanas. La reacción es también momentáneamente enemiga de la guerra colonial, lo que le da nueva fuerza ante la opinión. Y así, aunque los "oportunistas" del tipo de Gambetta (muerto en 1882) lucha-

ban con la nueva falange de "radicales" de Clemenceau, los bandos se alían ante el peligro común para dar la presidencia otra vez a Grévy. Se expulsa al Conde de París, pretendiente al trono (1886) y aparece otra nueva epidemia, a cambio de la filoxera que se retira: la epidemia de los escándalos financieros (1887). Daniel Wilson, yerno del presidente, vende en el Elíseo condecoraciones, honores y cargos. Cae Grévy arrastrado por este escándalo. Sube Sadi Carnot, nieto del "organizador de la Victoria". Su nombre se asocia al recuerdo de la Torre Eiffel y de la exposición de París (1889), que hubiera bastado a restaurar la atmósfera, a no haber sobrevenido la crisis operática del general Boulanger, quien aspira a la dictadura jugando con el patriotismo y la *revanche*. Retrocedamos, para mejor explicarlo.

Cuando Freycinet organizó el ministerio de Grévy (1885), fracasaron varias candidaturas para la cartera de Guerra; y Campenon, viejo soldado de experiencia, indicó el nombre de Boulanger, disculpándolo de ciertas dificultades que había tenido en Túnez con la administración civil, dificultades imputables a su juvenil fogosidad. Boulanger, uno de los cuatro mejores jefes de Francia según Gambetta, estaba apoyado por Clemenceau y los republicanos ardientes. Inauguró su ministerio expulsando de los cuadros a los príncipes de sangre real, lo que fue considerado por sus colegas como un abuso de autoridad, ya que la ley prohibía el ingreso de nuevos príncipes en el ejército, pero no tenía efecto retroactivo. El ministro se defendió en tales términos que la Cámara mandó fijar en las calles su discurso, y su abuso de autoridad redundó en su fama. Al día siguiente, 14 de julio, desfiló en su caballo negro entre las aclamaciones de París. Su popularidad crece por instantes, pero pronto deriva de un campo a otro, de la democracia al cesarismo.

5. Los conservadores, hostiles al principio a este demagogo que vencía a enemigos ya derrotados de antemano, le buscan camorra, y él se prende otra flor al ojal batiéndose en duelo con un senador monárquico. El mismo Bismarck contribuyó a su gloria, señalándolo como una amenaza po-

sible para Alemania en cierto alegato encaminado a obtener créditos militares (enero, 1887). Unos meses después, el incidente de Pagny-sur-Moselle (arresto del comisario Schnaebelé), que tenía todo el carácter de una provocación germánica, hacía que el pueblo volviera los ojos hacia Boulanger como un amparo contra la constante agresión latente, por más que las notas de Grévy, obra maestra de diplomacia, bastaran por sí solas para alejar el peligro de otro choque con Alemania. Los escándalos de Wilson caldean el ambiente; y a la caída del gabinete, Boulanger aparecía como víctima expiatoria sacrificada en aras de Alemania. El antiguo embajador francés en Rusia, Le Flô, publica por esos días los documentos sobre el peligro que Francia había corrido de una nueva guerra con Alemania en 1875. Conforme crecía ese sentimiento de peligro, nunca disipado, se agudizaba la cuestión Boulanger. Boulanger —había dicho Clemenceau— es la patria, puesto que Bismarck lo tiene en entredicho; y es la república, puesto que los monárquicos no le perdonan la expulsión de los príncipes; y con todo, no era más que un general de golpe de Estado. Los patriotas Rochefort y Déroulède le habían organizado un verdadero partido de *revanche*, que iba hacia la dictadura militar. Pronto lo vemos rodeado de bonapartistas, clericales y aun monárquicos. Sus lujos domésticos serán costeados por el propio Conde de París. Cuando, destinado a Clermont-Ferrand, la gente se tira sobre la vía férrea para impedir su partida, un residuo de disciplina lo lleva a salir a hurtadillas, en vez de abrazarse con la popularidad que lo buscaba. Las elecciones del Departamento del Sena, que arrojaron una inmensa mayoría en su favor, a pesar de que, como militar en activo, no podía ser candidato, dan la medida de su arrastre. Pudo echar abajo la República; pero esperó demasiado, o en el fondo, como decía Campenon, era disciplinado. Cuando sabe que hay contra él orden de arresto, huye al extranjero. Se le procesa por traición. Se suicida en Bruselas sobre la tumba de su amante. Ópera imperial: dorados y bambalinas, espejos y candeleros. Imagen degenerada de Napoleón. El mundo no gustaba ya de estos "divos" políticos.

6. La Exposición de París (1889) sanea en cierta medida la atmósfera de Francia. Los monárquicos pierden votos. Calma de unos años. La tarifa general de Méline (1892). El escándalo de Panamá: Lesseps, tras del de Suez, se propone abrir el canal de Panamá, proyecto que data de Felipe II. Se formó la compañía por acciones con el ahorro de capitales modestos (1881). El dinero se gasta sin límites, ante las dificultades imprevistas. La enfermedad diezma a los trabajadores del Istmo. En 1888, la compañía suspende el servicio de intereses. Lesseps pierde la confianza en los arreglos que los accionistas le proponen. Los Estados Unidos, opuestos al plan desde el principio, se declaran francamente hostiles; sus comisarios dan informes pesimistas al mundo. Era un tonel sin fondo, donde se hundían los millares sin esperanza de asegurarse para el futuro siquiera una renta modesta. Se descubre que, de esos enormes capitales, dos tercias partes a lo sumo se han aplicado al Istmo, y el resto se ha evaporado. Una comisión parlamentaria establece el hecho de que miembros de ambas cámaras han recibido primas y sobornos (1892), como en nuestros días se verá cuando la *Gaceta del Franco* y el escándalo de Stavisky. Los directores de la empresa son procesados. Lesseps mismo es condenado, pero siendo ya un nonagenario inconsciente, lo dejan al fin morir en paz. Si el boulangismo demostró la fuerza de los anti-republicanos, el Panamá demostró las taras de algunos directores de la República. En 1894, el Presidente Carnot muere asesinado. Su sucesor Casimir Périer sólo aguanta siete meses en el cargo. Decididamente, son malos días para la República. Atacado por izquierdistas y socialistas, sus propios ministros le vuelven la espalda en materia de política extranjera y defensa nacional. Entretanto, ha estallado el *Affaire Dreyfus* (15 de octubre, 1894).

7. Paradójicamente, la crisis entre la República y el clero —que data de 1877, se acentúa con las leyes de educación de Ferry y la exoneración de los jesuítas, y se exacerba con el boulangismo— está a punto de resolverse. En 1890, el Cardenal Lavigerie brinda por la República a presencia de oficiales franceses de visita en Argelia. En 1892, el Papa

León XIII invita a sus fieles de Francia a secundar a la República. De aquí una pasajera reconciliación. La República deja caer el tema de la separación entre la Iglesia y el Estado en las elecciones de 1893. Pero la concordia durará poco.

Paso a paso, Francia se vuelve proteccionista. Los precios suben. La población y el poder marítimo disminuyen. A pesar de la pérdida que, en cuanto a riqueza minera, representa el arrancamiento de Alsacia-Lorena, la bonanza agrícola sostiene la economía. Entretanto, la libertad de enseñanza primaria, los liceos (1883), las universidades provinciales, dan a la cultura popular un nuevo y creciente impulso. París comienza a aparecer como el centro intelectual y artístico del mundo. Su paulatina redención diplomática aumenta día por día.

8. El Canciller de Hierro se esfuerza por batir con sus propias armas al socialismo, adoptando su programa mínimo: beneficios al obrero; seguro obligatorio contra enfermedad (1883), accidentes (1884), vejez y pensiones (1889), medidas que la misma Inglaterra copia (1884-1890). Éstos son los rasgos característicos de la política interior de Alemania en este período.

Pero, entretanto, muerto Guillermo I y, poco después, su hijo Federico, había sido coronado emperador de Alemania Guillermo II. El nieto no soportó la tutela del consejero de su abuelo. Bismarck abandona el cargo en marzo de 1890.

Con fiero gesto de renovador, Guillermo II se lanza desenfrenadamente por la senda del imperialismo. Tras dos años de fricciones constantes, se desembaraza del Canciller de Hierro y aun de su hijo, supuesto sucesor en el cargo.

Sobre un caos de varios siglos, Bismarck había forjado la unidad alemana en menos de ocho años. Empleó los otros veinte de su gobierno en defenderse contra las tentaciones del imperialismo colonial y naval. Su obra, según este modo de ver, había sido más defensiva que ofensiva, y se reduce a romper la resistencia de Europa contra una Alemania nacional. La catástrofe de la guerra europea echa abajo, no lo que hizo Bismarck, sino lo que hizo Guillermo II contra la tradición de Bismarck.

# XXXII. LA EXPANSIÓN IMPERIAL Y SUS CARACTERES GENERALES. LAS EXPLORACIONES

1. EN LAS últimas décadas del siglo XIX, se ensancha el escenario histórico. Los duelos europeos se vuelven mundiales. Ya no es el Rin, ya no es el Danubio o siquiera la península balkánica. Ahora se trata de África, de Asia, de los mares del Sur. No bien se han reorganizado las naciones, cuando ya tienden a convertirse en imperios; no bien arreglan, más o menos, su propia casa, se echan sobre la casa ajena. Esta expansión, como hemos dicho, va determinando al paso la evolución del sistema de alianzas descrita en anterior capítulo. Las ocupaciones de territorios comienzan por disimularse, con más o menos sinceridad o inconsciencia, bajo el aspecto de fardos morales, encomiendas de almas, duros deberes civilizadores, hasta que un buen día descubren —o confiesan— que son un excelente negocio. El imperialismo reconoce causas económicas, y se escuda en pretextos humanitarios y de prestigio nacional.

Varios hechos aislados habían dado ya los indicios del tiempo nuevo: los desembarcos franceses en el África septentrional, motivo de desazón para Inglaterra; las primeras confluencias de intereses rusos y británicos en el Asia Central; los primeros derrames germánicos sobre Angra Pequeña y la costa del sudoeste africano. Pero, en general, pareciera aún que un consenso tácito comprometía a las potencias continentales dentro de su propio territorio, dejando a Inglaterra la misión de ir pisando las lejanías del planeta, consideradas hasta entonces baldías. Poco a poco, se acentúa por parte de las demás potencias el afán de repartirse el mundo, afán que viene a ser característico de la historia contemporánea. El desarrollo de las comunicaciones acelera la propagación del fenómeno.

2. Durante el primer cuarto de siglo, las ocupaciones territoriales acontecen sin conflictos trascendentes, porque se

aplican a regiones del mundo que podemos llamar sobrantes. Tal es el caso de África: de 1876 a 1900, las posesiones europeas en el Continente negro aumentan de uno a nueve décimos sobre la extensión de aquel inmenso territorio. El general Fuller observa que los años de 1870 a 1898, en punto a los progresos de la conquista, sólo han sido igualados en la época de Gengis Kan. De 1870 a 1900, la Gran Bretaña adquiere cerca de cinco millones de millas cuadradas, aumentando a su población unos ochenta y ocho millones de coloniales. De 1884 a 1900, Francia adquiere más de tres millones y medio de millas cuadradas, y más de treinta y seis millones de súbditos; y Alemania, la más mal parada, cerca de millón y medio de millas cuadradas, y cerca de diecisiete millones de hombres. Aun los Estados que menos trabajo han dado en esta época a la historia se lanzan a las conquistas coloniales: el Congo Belga es setenta y siete veces mayor que Bélgica, y las colonias holandesas cerca se sesenta y un veces mayores que Holanda.

Una vez que los imperios absorben las tierras sobrantes, entran a repartirse las que se encuentran ya bajo soberanías definidas, sea para imponer su dominio en distintos grados (China, el Imperio Turco, etc.), sea para imponer, al menos, su penetración económica (Iberoamérica). Finalmente, cuando ya no queda tierra que repartirse, avanzan los unos sobre las colonias o sobre las zonas de influencia de los otros.

A los comienzos de este proceso, Inglaterra es sorprendida en plena marcha de expansión colonial por los nuevos imperios o aspirantes a imperios. Y entonces se apresura a tragar a grandes bocados. A cada ademán imperial de las demás potencias, Inglaterra se siente directamente aludida y afectada en lo suyo, de cierta manera indefinible y abstracta, y como si obedeciera al mandato de algún providencial *Romane, memento.*

Entre las principales causas de la creciente rivalidad económica que da su tono peculiar a la época, hay que mencionar la que asume apariencia más modesta: el comercio barato. De 1878 en adelante, Inglaterra se siente inquieta ante el verdadero *dumping* que el comercio barato de Ale-

mania produce en los mercados. En 1905, la Alemania de Guillermo II, que en vano procuró crear una rivalidad entre Francia e Inglaterra, se lanza al armamentismo naval. El capital inglés invertido en el extranjero se ha cuadruplicado en menos de cuarenta años y alcanza, en vísperas de la guerra europea, la suma de cuatro mil millones de libras. De aquí la competencia. Más tarde, aparecerá también la competencia del artículo japonés. Finalmente, toda Europa compite con el artículo inglés, antes amo de los mercados.

3. Puesto que toda Europa produce, habrá que forzar los mercados no europeos. En esta campaña, lo que menos importa es el interés de los mercados mismos cuya captación se procura. Es, por ejemplo, conveniente vender armas, aunque ellas sirvan para que otros pueblos se maten entre sí. Además, hay que adquirir yacimientos de materias primas. Esta adquisición se hará por la buena o por la mala, según el caso. Los países así explotados piden empréstitos a Europa para comprar artículos europeos. Como no siempre podrán pagarlos, se les cobrará por la fuerza, administrando sus rentas públicas y sometiéndolos prácticamente al vasallaje. Para esto nunca faltan buenos pretextos: siempre podrá justificarse alguna reclamación o alguna urgente medida en defensa de la civilización amenazada. Y aquí aparecen los pretextos humanitarios, el deber para la raza blanca de salvaguardar la decencia del mundo, la moral cristiana y las bendiciones de la industria. Finalmente, los estímulos del prestigio nacional hacen su obra. Hoy podemos asombrarnos de los antiguos imperios militares de América, que se declaraban la guerra periódicamente y conforme a tratados internacionales, para el solo fin de obtener prisioneros que sacrificar a sus dioses. Mañana se asombrarán los hombres de las guerras que se han hecho en nombre del prestigio y la gloria. Rudyard Kipling es el representativo genial de este fenómeno antropológico del imperialismo.

El imperialismo acentúa francamente su carácter actual —imperialismo de carácter económico— en el siglo XX, contrastando sus rasgos de inestabilidad con la relativa solidez que ofrece el capitalismo industrial inmediatamente anterior.

Una serie de guerras (la británica en Sud-África, la europea en Pekín, la ruso-japonesa, la italiana en Tripolitania, las dos balkánicas); una sucesión de choques (sobre todo, en 1905, 1908 y 1911); y, finalmente, una "carrera armamentista" desenfrenada, llegan a su culminación necesaria en la Gran Guerra de 1914.

4. No todo es perdido para la civilización, que en todos los suelos prende y crece,

> ... a manera de la grama,
> que hasta batida por los pies da flores.
>
> S. Díaz Mirón.

A estas competencias comerciales, a estas conquistas bélicas preceden o siguen las empresas de los descubridores y los exploradores científicos, quienes van completando la verdadera ocupación del planeta por el hombre, y estimulando el desarrollo de la geografía física y matemática, al par que la coordinación entre las actividades humanas y las condiciones del medio.

6. *Nota final.* Aquí, un resumen de las exploraciones, destacando las distintas zonas de la expansión imperial: *1)* el Oriente Medio, *2)* África, *3)* el Pacífico, *4)* el Lejano Oriente, *5)* América y *6)* las regiones polares...*

* Con esta nota quedó interrumpida la *Historia de un siglo*. En *El Sol*, 5 de diciembre de 1918, publiqué un índice de la Guerra Europea (1914-1918), pacientemente levantado al margen de *The Times*, de Londres, que los muchos documentos y esclarecimientos posteriores han dejado ya inútil, por lo cual prescindo de recogerlo en este tomo.

# II

## LAS MESAS DE PLOMO

# I. LOS PRECURSORES INGLESES

Toda historia del periodismo alude, *in mente,* como a un prototipo, al periodismo de lengua inglesa. Éste se halla tan al centro del cuadro, que su solo examen nos conduce hasta las cuestiones más palpitantes. Pero antes de llegar a lo más importante del asunto, conviene que recordemos lo más curioso.

John Chamberlain —corresponsal de Sir Dudley Carleton, que era embajador del rey Jacobo I— puede considerarse como el abuelo simbólico de los periodistas ingleses. Sus cartas dan una pintura de la vida londinense a principios del siglo xvii. Como él, había otros privados, escogidos entre la gente de letras, cuya misión era mantener a los gobernantes al tanto de los sucesos y rumores. En estos remotos orígenes, el periodismo, si así se le puede llamar desde entonces, ni era público ni se valía de la imprenta. Las cosas comienzan siempre por no ser lo que son. El género se confunde aquí con los albores de la literatura política moderna.

Pero no sólo los gobernantes, también los simples mortales se han interesado en todo tiempo por las noticias. En torno a los grandes hechos de armas, como la victoria de los ingleses sobre los franceses en Azincourt (año de 1415), se había producido una efervescencia epistolar —"cartas de noticias", "cartas de inteligencia"— que es ya como el verdadero embrión del periodismo. Y aquí, en los orígenes del periodismo, se reflejan las vicisitudes postales de la época.

Después se imprimen unos romances o unos como romances en que se da cuenta de los últimos acontecimientos patéticos, género de que todavía quedan rastros —puesto que no es privativo de Inglaterra, sino que Inglaterra nos sirve como ejemplo general del proceso— en los pliegos de "aleluyas", "tragedias" y "relaciones" de España y en los "corridos" de México. Y por 1622 comienzan a circular pe-

queñas crónicas impresas, llamadas "Novelas", y "Corantos", inspiradas en otras semejantes que habían empezado ya a publicarse en el Continente. Así las de Archer y Bourne. Éstas no llevan ningún nombre o enseña especial, porque el nombre sólo aparece con la competencia, para distinguir unas publicaciones de otras. Los "Corantos" no eran más que simples papeles de noticias, sin la menor pretensión de comentario editorial. Las más de las veces se reducían a meras traducciones de las noticias continentales.

Puede decirse que, durante el siglo XVII, la Prensa inglesa tiene dos enemigos natos: la Iglesia y el Estado. Aquélla teme de la Prensa la propagación de los errores; a éste le amedrentan las probables incitaciones sediciosas. Ben Jonson, uno de los padres del teatro inglés, cuya poco airosa conducta en la guerra de los Países Bajos había sido revelada por uno de aquellos "Corantos", ridiculiza en sus farsas a los autores de relaciones y crea en torno a ellos un mal ambiente que tardó algún tiempo en disiparse.

Entre unos y otros azares, los "Corantos" quedan definitivamente prohibidos por los años de 1641 a 1642; pero les suceden los *Diurnalls*, o semanarios de noticias, que se compraban por algo menos de dos reales y que, aunque se llamaban "libros", sólo constaban de dieciséis páginas. Entre los nombres que solían adoptar, abunda el de Mercurio, mensajero celeste; y así hay el *Mercurio Cándido,* el *Mercurio Áulico,* el *Mercurio Académico,* el *Mercurio Bélico,* el *Mercurio Cívico,* el *Mercurio Británico,* el *Mercurio Pragmático,* el *Melancólico,* el *Dogmático,* el *Frenético,* y hasta alguno en lengua francesa, como *Le Mercure Anglois.* Claro que también salieron algunos "Anti-Mercurios". (Aún vive, en París, la revista *Le Mercure de France;* en Santiago de Chile, el diario *El Mercurio.*)

Es la época en que, al margen de las persecuciones, el periodismo se va definiendo como una profesión, y comienzan a dictarse leyes de imprenta sobre la propiedad de los nombres distintivos, castigos a los falsificadores y otros puntos semejantes. Aparecen ya las principales funciones del periódico: hay el noticiero, hay el corresponsal

de guerra, y no falta el precursor de nuestro moderno editorialista, el cual a menudo escribe en verso.* Estos "libros" estaban sometidos a la censura, y sus deficiencias se suplían merced a las cartas de noticias llegadas por el mismo correo.

El nombre más representativo de este período es el de Samuel Pecke, el primero que publicó noticias genuinamente inglesas, lo cual suponía una organización totalmente nueva, y era cosa completamente distinta de los antiguos "Corantos" traducidos. Samuel Pecke tenía un puestecito en el pórtico de Westminster; padeció la fatalidad de las falsificaciones, y no pudo menos de ser encarcelado algunas veces. Como periodista, trataba de ser muy imparcial: era un hombre honrado; pero como no era muy erudito, confundía el hebreo con el griego.

Entre los poetas satíricos del periodismo, John Berkenhead merece mención como antecesor del español Luis de Tapia o el mexicano "Pepe Navas" (Elizondo). Se pasó buena parte de su vida burlándose de la mala literatura parlamentaria. La maniobra monarquista contra los parlamentos asoma por todas partes, y muchos periódicos parecen comulgar con la sentencia que Dillingham puso al frente del suyo: *Dieu nous donne les Parlyaments briefe, Rois de vie longue*. Este Dillingham —que era editorialista nato y director de opinión— tuvo que sufrir las consecuencias de sus virtudes: dicen que la cárcel no se inventó para el primer delincuente, sino para el primer crítico.

Tampoco faltan los prevaricadores que se pasan de un partido a otro con mayor o menor provecho. Fue Henry Walker el más notable de todos: pirata literario al servicio de Cromwell, aprisionado sucesivamente por los lores y por los comunes, rimador repentista más afortunado que los otros, y tan audaz que arrojaba sus folletos a la carroza del rey para obligarlo a leerlos. Se disfrazaba con distin·

* Años más tarde, en viejas colecciones del *Jornal do Commercio*, de Río de Janeiro, encuentro la costumbre de hacer en verso el elogio fúnebre de los desaparecidos, obra generalmente de algún deudo o amigo de la familia. Y en París, duante algún tiempo, Théodore de Banville publicó en los diarios verdaderas notas periodísticas en forma de breves poemas (*Nous Tous*).—1950.

tos seudónimos, sabía valerse de sus protectores y acabó por "crearse una posición".

Pero más culpable que éste es Marchamont Nedham, por lo mismo que era hombre de extracción superior y de educación más esmerada. Da pena recordar su amistad con el sagrado Milton. Los enemigos de Nedham hablan de su abominable conducta, y acaban pidiendo que "se le arroje al mar metido en un saco, con un gallo, un mono y una serpiente, propios emblemas de su triplicidad política".

Los periodistas —a lo menos el "Rota Club", cuyo nombre parece anunciar ya a los rotarios— se reunían en el café llamado La Cabeza del Turco. El célebre secretario Pepys pagó un día su cuota de un duro por pertenecer al Club y frecuentar a tan interesantes personas. Allí conoció a Henry Muddiman, con quien entra el periodismo inglés en una nueva era. Y Pepys advirtió que Muddiman era hombre muy ilustrado y sutil, aunque al pronto le pareció algo pícaro porque, viviendo de las noticias del parlamento, no se cansaba de murmurar del parlamento entre sus amigos. Pronto pudo convencerse de que no le faltaba razón a Muddiman.

Muddiman es el fundador de *The London Gazette* (1665), que llega hasta nuestros días. Era poco amigo de controversias y no dejó odios; se conformaba con dar bien sus noticias, y pronto disfrutó el privilegio del correo gratuito para él y para todo el que quisiera enviarle informaciones: de él data la "tribuna pública". Sus cartas de noticias, no sometidas a la censura del periódico, circulaban libremente dentro de cierta esfera social y servían de complemento a las informaciones de la *Gazette*. Ésta, erigida en institución permanente, vino a sustituir a los numerosos "libros" suprimidos por Cromwell, y contribuyó en mucho para devolver su crédito al oficio. Antes de cerrarse el siglo, se declara la libertad de imprenta, y con ella empieza el periodismo moderno.

Roger L'Estrange era un periodista político de fuste, aunque como recopilador de noticias se quedaba muy atrás de Muddiman. Luchó por la restauración de Carlos II y llegó a ser censor de la Prensa. Entre sus deberes oficiales

y sus campañas públicas —que alguna vez lo obligaron a refugiarse en Holanda— le quedaba tiempo para traducir los *Sueños* de Quevedo. Con *The Observator*, reforma el aspecto de los periódicos e inventa el editorial dialogado, de que llegó a usar hasta el fastidio. Tras de haber recibido honores y desempeñar cierta misión en Escocia, la revolución lo hace aprisionar, y desde entonces cambia su vida. Su esposa murió arruinada por el juego; los hijos le salieron ingratos. Y entonces, perdidas las influencias, transformado en un modesto librero, empieza su más importante obra literaria, comentando y traduciendo fábulas antiguas y libros franceses y españoles. Así acabó este gran luchador y hombre de negocios. Sus intentos y sus realizaciones quedaban propuestos como ejemplo a los que habían de seguirle. En él se inspira principalmente el famoso Daniel Defoe al fundar *The Review*, hija más o menos inmediata de *The Observator*. Pero Defoe merece capítulo aparte.

Durante la época de la Rebelión, se nota el progreso visible de la lengua inglesa en los periódicos, lo cual se atribuye en mucho a los correctores, que eran personas de considerable distinción (¡ay!). Y entretanto, llegamos al siglo XVIII, y la prosa ha aprendido ya a correr con una singular ligereza, olvidando acaso el "tranco senequista" del siglo anterior, como decía burlescamente Lord Shaftesbury *(the Senecan amble)*.

Y ahora, antes de proseguir, reflexionemos un punto: no cabe duda que el destino de los periodistas se parece al de los embalsamadores de Egipto, cuyos servicios todos reclamaban y todos consideraban como preciosos, pero de cuyas personas se alejaban todos con cierto horror. Así, desde que aparece el periódico, se le busca como al pan cotidiano; pero al periodista, a poco que se descuide, se lo enjaula.

## II. EL PERIODISTA DANIEL DEFOE

ENTRE el XVII y el XVIII, como una transición entre los precursores del siglo anterior y los periodistas literarios del siguiente, encontramos a Daniel Defoe.

En el vuelo de las memorias infantiles, nos acordamos una que otra vez del *Robinson Crusoe.* Chesterton asegura que es uno de los más profundos poemas (y está de acuerdo con él Gabriel Betteridge, el viejo mayordomo de *The Moonstone,* de William Wilkie Collins, piedra miliaria en la historia de la novela "detectivesca") porque toda vida humana es, en cierto modo, un remedo del *Robinson:* todos hemos padecido un naufragio, y nos aferramos con amor a cada uno de los objetos que vamos salvando de la catástrofe: cuándo un hacha o una escopeta, un libro, un amigo, una mujer. El tipo del hombre que se pone a rehacer el mundo por su cuenta es el tipo del héroe mental. Por lo filosófico, lo trata Tofail en aquella novela árabe que hemos acabado por llamar el *Robinsón metafísico;* y entre alegórico y novelesco, Baltasar Gracián, en su riquísimo libro del *Criticón.* Defoe lo hace cómplice de nuestros primeros asombros y nuestros primeros regocijos. ¡Oh, quién nos devolviera la hora envidiable en que abrimos, por primera vez, las hojas del *Robinson Crusoe!*

¡Portentosa fama la de un libro que ha merecido las bendiciones de los niños y las reflexiones de los hombres! Cuesta trabajo resignarse a la idea de que su autor, Daniel Defoe, haya sido un periodista desvergonzado, un político venal, un mercenario de la pluma. Acaso los testimonios contemporáneos exageran un poco; acaso Daniel Defoe haya sido menos perverso que inconsecuente y menos cínico que vivaz. Porque hay la perversidad directa y hay la perversidad indirecta: si con aquélla se procura el mal por el mal, en ésta el mal se produce como consecuencia involuntaria de desequilibrios que no son de por sí más que destemplanzas.

Después de todo, Defoe era como su *Robinson:* hombre en quien la fiebre de actividad llegaba a extremos místicos, y a quien la reiterada experiencia de las olas y las borrascas acaba por reducir a un estado de escepticismo casi profesional. Pero si la moral era algo vagabunda, a fuerza de ser comprensiva, el talento era eficacísimo y pronto. Y aquí el problema de todos los "virtuosos" que carecen de filosofía: Defoe, por la Prensa y con la pluma en la mano, era capaz de toda estratagema periodística; capaz, a un tiempo, por su "amoralidad" y su inteligencia. Pero esto no quita que pudiera ser, en lo privado, un hombre de bondad media, casi siempre liberal por principio, y filántropo algunas veces.

Negociante, acaba en la quiebra; político, sufre las consabidas prisiones, y también, un día, la picota, de que le queda un como gestecillo nervioso, algo como un guiño psicológico que quiere decir: "¡Ojo con la picota!" Noticiero, pretende hacernos creer en la resurrección de una dama al otro día de muerta y enterrada, por los alrededores de Cantórbery; para la historia de la "noticia sensacional", su obra es un monumento. Agente de partido, de tal manera aprovecha sus talentos de espía, que acaba por poner desconfiados a los amigos y a los enemigos. Algo de agresivo, algo de paradójico; y como fondo de todo ello, el alma aventurera y elegante que se necesita para concebir el *Robinson.*

Escribió una multitud de folletos, y después de *The Review,* publicó por algún tiempo un periódico mercantil: *Mercator.* No falta quien lo considere como uno de los fundadores de la teoría librecambista. No hay duda que, como era un hombre inteligente, revolvía, sin saberlo acaso, los fundamentos de muchas cosas cada vez que se ponía a escribir.

En sus últimos años, náufrago que ha alcanzado un puerto, se le aquieta un poco el corazón; y entonces, como quien narra sus recuerdos confundiéndolos con sus sueños, se pone a trazar unas novelas. Es un extraordinario ejemplo de fecundidad y aun de primavera literaria en la vejez, el más raro que nos da la literatura inglesa, comparable al de Vol-

taire en Francia, que comienza a los cincuenta y tres años (para no abandonarlos más en los treinta que le quedan de vida) sus cuentos filosóficos. Defoe tenía cerca de sesenta cuando se sentó a escribir el *Robinson.* A ratos se muestra religioso —él había compuesto también ciertos manuales místicos—; a ratos, gran viajero y geógrafo. Él dice que escribe para edificación de lectores, como lo pretendían, entre nosotros, los prólogos de la Picaresca. Pero dejo aquí a Daniel Defoe, por miedo de comparar su novela con las españolas; por miedo, más bien, de las consecuencias.

En 1731, Defoe comienza a quejarse de que lo persiguen y lo traicionan. ¿Quería referirse a sus acreedores? ¿Reincidía en sus juveniles hábitos de mercader temerario? Un día le vino un letargo y se quedó muerto.

## III. LOS ENSAYISTAS DEL SIGLO XVIII

PARA esta época, el público de periódico era ya abundante. Al periódico puede atribuir el doctor Johnson el alto nivel de cultura que se aprecia en el pueblo inglés. Los coches correos de Palmer salían a horas fijas de Londres, para distribuir las hojas volantes, y en ellas se procuraba mezclar lo agradable con lo útil.

Aparte del desarrollo de la simple información, los mayores periodistas de esta época fueron verdaderos literatos, ensayistas dedicados a exponer opiniones sobre todas las cosas y, por lo general, humoristas: como Swift, Addison y Steele, Johnson y Goldsmith. Cierto es que sus ensayos, improvisados sobre el suceso o la discusión del día, se iban alejando del tipo tradicional del ensayo, caracterizado en la obra de Bacon. Ya no eran ensayos sedentarios, sino ensayos en marcha: literatura combativa y plenamente "movilizada", a la que conviene menos la erudición con sus abismos de cifras y sus guijarrales de nombres, que el ritmo o el olor de la erudición, aprovechada como desde arriba en unas cuantas insinuaciones precisas y suficientes. En cuanto a la indigestión de humanidades sin sentido común, Addison la deja para 'Tom Folio', su imbécil ilustrado.

También Swift —como Defoe, como Stevenson— está asociado a nuestros recuerdos infantiles, por los populares arreglos de sus *Viajes de Gulliver*. Intelectual puro, sufre por serlo, y es a veces muy desdichado. No hay medio de que la sociedad humana pueda convencerlo. Como político, como eclesiástico, no logra triunfar, ni tampoco sabe ceder ante tanta farsa y tanta miseria. Un régimen se derrumba a sus ojos. Él cree haber descubierto la llaga del universo, y lo va a decir —porque su probidad se lo exige— con ese su pesimismo algo alegre y aristocrático. En el fondo, se ríe y retoza; es porque le sobra el goce puro de la inteligencia: un deleite superior y estético, frío para la pequeña tragedia

humana, con la que se entretiene en infinitas combinaciones dialécticas, como el dios de un Génesis grotesco.

En un mundo de cierta laxitud y oportunismo, no se decide a ser un héroe. Por eso tal vez, entre sus biógrafos, el bondadoso Scott lo admira sin amarlo, el sólido y honrado Johnson adopta ante él una actitud que equivale a quitarse el sombrero sin decidirse a darle la mano, y el analítico Thackeray confiesa que no hubiera deseado su frecuentación y comercio. Irlandés de origen, más bien tiene ante la vida una seca guardia británica. Vive por sí y trabaja para sí, no sin soledad interior, entre una mundanidad que desprecia. Su patrón, Sir William Temple (el elegante *Gulielmus Temple, Baronettus*), nunca se percata de que Swift lo tiene juzgado y medido, lo mismo que a toda la gente vacía y fastuosa que lo rodea, y al propio rey Guillermo que le enseñó a cortar los espárragos a la moda holandesa. Vanessa y Stella se han disputado aquel corazón; pero aquel corazón sólo le perteneció a él mismo, y todavía con una posesión irónica y entre las sonrisas amargas de su corrosiva inteligencia. ¡Los relámpagos de desdén que pudieron saltar de aquellos ojos, ojos tan azules como el cielo, según los describe su noble amigo Pope! Hay más que desdén, hay rebeldía vuelta sarcasmo; hay la *saeva indignatio* que quiso grabar sobre su losa.

Para el periodismo, Swift inventa una nueva agilidad polémica, antes desconocida, y que será más o menos directamente imitada durante todo el siglo.

En *The Tatler*, la prosa cotidiana alcanza una cristalización clásica. Este periódico nace en 1709 y desaparece en 1711. Le siguió *The Spectator*, muerto a los cuantos meses. Tres años y ocho meses —dicen los historiadores de la literatura inglesa, al hablar de Richard Steele y de Joseph Addison—, tres años y ocho meses bastaron para dar su forma definitiva al ensayo inglés. De un modo general, puede decirse que el humorismo inventivo era de Steele, y de Addison toda la armonía y la elegancia.

La sociedad londinense estaba dividida en dos clases: la más aristocrática y vieja jugaba a la cultura con un escepti-

cismo rancio y de casta. La otra salía como de abajo, aportando elementos de seriedad a la vida y, en rigor, impulsos de civilización nueva. Entonces asoma la "cortesía" inglesa, de que apenas comenzaron a abjurar algunos escritores pos-victorianos.* Steele, que se asoma como desde arriba, distingue la ola que se acerca —casi pudiera decirse que presiente su rumor entre las charlas de los cafés— y le abre paso: ¡gran coyuntura para el humorista! Cuando Addison comienza a pesar sobre la labor periodística de Steele, éste parece que se afina, abandona los primeros intentos de periodismo de información y entra de lleno en el campo del ensayo.

Los imaginamos, en grata colaboración, sonriendo y escribiendo, con aquel talento dramático para crear tipos acaso un poco más hondo que el simple talento de observación a la manera de La Bruyere. El gentilhombre del campo pasa por sus páginas cortésmente ridiculizado, si vale decirlo. La finura, el impecable tacto de ambos escritores, hace de ellos unos verdaderos príncipes de la moda. Cuando dejan de trabajar juntos, casi se oscurecen.

Hay que decir que *The Spectator* inaugura un nuevo régimen de libertad en la Prensa. Cuando las cámaras prohiben la publicación de un sermón, sale éste a la mañana siguiente, a los cuatro vientos, en los catorce mil ejemplares del *Spectator*.

Addison y Steele fueron humoristas positivos, y contribuyeron a la creación de un Estado nuevo. Por eso no se redujeron a escribir en tono de invectiva. Son, en mucha parte, educadores.

Hacia la mitad del siglo vivía en Londres uno de aquellos hombres de talentos y energías pasmosos que no pueden menos de jugar al genio: el doctor Samuel Johnson, el varón más literario de Inglaterra. Su actitud ecuánime y firme ante la vida, y cierto optimismo inteligente, lo llevaron a dominar la sociedad. "La época de Johnson", se dice para hablar de los años 1740 a 1780, más o menos.

* Nota posterior: Apréciese el reverso de la medalla en la actual sociedad que describe Aldous Huxley, *Point: Counter Point.*

El Dr. Johnson era, como verdadero clásico, más amante de vivir que de escribir, y más que todo, de meditar y de conversar. Por eso dividía a los hombres en "clubables" y "no-clubables". Y también dijo: "Sólo los necios se empeñan en escribir, como no sea para ganarse la vida". Sus más grandes obras parecen, así, manifestaciones de sus más grandes pobrezas. Como no tenía para pagar el entierro de su madre, escribió, en las tardes de una semana, la incomparable *Historia de Rasselas, Príncipe de Abisinia,* cuyo manuscrito le valió cien libras esterlinas. (De este libro conozco dos traducciones al español: una de Madrid, 1798, por doña Inés Joyes y Blake; otra de México, 1834, por Luis G. Cuevas.) La crítica de Johnson es dogmática, y tiene algo de la corpulencia del hombre. En cierta época era de buen tono; hoy ya nadie hace caso de ella. Pero él sigue siendo uno de los hombres más representativos del carácter inglés.

Hay un cuadro de Howard Pyle que representa al Dr. Johnson, hercúleo y dominador. A su lado, "como un antílope al lado de un elefante", según la feliz expresión de Edmund Gosse, se ve a su amigo Goldsmith, ligero, nervioso, como su estilo; más elegante que el otro, más ameno. A su izquierda y un poco atrás, hay un hombre sencillo que se acerca, sombrero en mano, con claras señales de sumisión. ¿Quién puede ser? ¿Quién sino el amable Boswell, discípulo y biógrafo de Johnson? Con Mason, es Boswell el que da carácter literario a la biografía en Inglaterra, tratando de destacar la figura estudiada como la de un héroe de novela. Este género ha de tener, en las islas británicas, largo florecimiento. Johnson aparece, en la obra de Boswell, lleno de humoradas, paradojas, resoplidos y puñetazos. Hasta los ademanes del maestro adquieren a los ojos del pobre Boswell una significación trascendental. Pero no continuemos el error de burlarnos de Boswell ni de Eckermann, a quienes debemos placenteras veladas, ya en la atmósfera de la tertulia de Johnson, ya en la de Goethe. Los ingleses han inventado el verbo "boswelizar" para los que creen candorosamente en la divinidad de sus maestros o sus modelos. El humorista norteamericano Holmes considera el cuadro formado por estos escritores como un tipo, muy recomenda-

ble según él, de las Sociedades de Admiración Mutua. Me parece que a quien más admiraban los tres era a Johnson.

En 1731, comenzó a publicarse una revista, *The Gentleman's Magazine*, donde puede decirse que el estilo literario del Dr. Johnson adquiere su temple. Más tarde, en *The Rambler*, resucita Johnson el tipo de los ensayos periodísticos. Lo cierto es que era algo pesado para este trabajo al aire libre. En todo caso, la dignidad del periodismo había alcanzado ya su mayor altura como género literario. Faltaba que reflejara toda la complejidad social de los tiempos.

## IV. EL PERIODISMO INGLÉS EN EL SIGLO XIX

EXPUESTOS los orígenes del periodismo inglés, sus primeras manifestaciones definidas en el siglo XVII, la dignidad literaria que alcanza durante el siglo XVIII, llegamos al siglo XIX. Entonces se opera una transformación fundamental, a que contribuyen igualmente las nuevas condiciones materiales y las nuevas condiciones espirituales.

### 1. EL DESARROLLO INDUSTRIAL

Se sabe, o se imagina fácilmente, lo que significa el desarrollo de las industrias relacionadas con la fabricación del periódico. Al comenzar el siglo, un periódico de dos o tres mil ejemplares era ya una fuerza considerable; al acabar el siglo, las tiradas ascienden a 250,000 o más. Hacia 1800, hay en Inglaterra unos 250 periódicos; setenta años más tarde, la cifra se acerca a 1,600. He aquí un cómputo ilustrativo:

En el año 1782 se publica un periódico por cada 110,000 habitantes.

El año 1821, uno por cada 90,000.

El año 1832, uno por cada 55,000.

Antes de 1814, sólo se podían obtener 750 impresiones por hora, a menos de usar varias máquinas simultáneamente; pero cada máquina necesitaba una colección especial de tipos. En adelante, mediante la aplicación del vapor, se obtienen 1,100 ejemplares por hora. Y luego, mucho más. A mediados del siglo, se inventa la prensa de cilindros y se comienzan a emplear los rollos de papel. A fines del siglo, estas máquinas rinden ya 25,000 ejemplares por hora. El tamaño de la hoja se ha duplicado. De la plana compuesta para una prensa se pueden sacar varios moldes; estos moldes sirven como nuevos tipos de impresión, de modo que es dable trabajar con varias máquinas a un tiempo. Añádase a esto la rapidez de composición que permite la linotipia, y

por último, los progresos en la fabricación del papel, donde marca época el aprovechamiento de la madera. De suerte que el periodismo resulta singularmente favorecido por esa habilidad inventiva que caracteriza al siglo XIX.

El desarrollo de los medios de comunicación y transporte multiplica y abarata las noticias de una manera extraordinaria, y crea nuevas relaciones que son, a su vez, renovadas fuentes de noticias. Es decir, que la vida social se hace cada vez más rica y más heterogénea, y va dejando sobre el papel del periódico una como huella instantánea y desordenada. El periódico llega más fácilmente a manos del lector. Sin más que desembolsar unos cuantos cobres, adquirimos un esquema actual de las actividades humanas que vale, por sí, inapreciables sumas de esfuerzo.

## 2. El siglo del progreso

Respecto a las nuevas condiciones espirituales, mucho habría que decir.

> Desde el punto de vista político —escribe J. S. R. Phillips, del *Yorkshire Post*—, este siglo fue muy benéfico para el desarrollo de la Prensa. Durante los primeros años, Inglaterra tuvo que sufrir la experiencia de la guerra napoleónica. Después se comenzó a abogar por la abolición de ciertas leyes, por la emancipación católica, la educación popular, la ampliación de franquicias, y muchos otros cambios políticos que a menudo eran consecuencia unos de otros. Y también hay que contar la guerra de Crimea, los motines en la India, la expansión del Imperio Británico. El creciente número de sectas religiosas, planes de mejoramiento social, universidades y otros centros literarios y científicos, los *trade-unions*, la afición por los conciertos, las temporadas teatrales con su ciclo de noticias, los actos políticos locales, el advenimiento del maestro de escuela a las más pequeñas aldeas; todo esto ha contribuído a hacer del periódico, que antes podía pasar por un lujo, un artículo de primera necesidad.

Paralelamente, la Prensa va conquistando el derecho a la información. Las fronteras entre la vida privada y la pública parece que se van borrando día por día. Más tarde, con el cine y la radio, se llega en esta tolerancia a extremos casi inconcebibles. Tiempo hubo en que estaba prohibido dar

cuenta de una acusación mientras no hubiera recaído sentencia definitiva en el caso.

Este proceso, tan complejo y tan acelerado, puede resumirse así, considerándolo en uno de sus principales aspectos: la democracia difunde por todas partes un nivel mínimo de cultura, que es el de la enseñanza primaria. Respondiendo a las necesidades del nuevo público, el periódico abandona poco a poco su antiguo atuendo literario; de lo bello se pasa a lo útil; del arte puro del ensayo, al arte aplicado del editorial o de la noticia. La inteligencia se va convirtiendo en un servicio público cada vez más indispensable, y deja de ser aristocrática para echarse por mitad de la calle. O bien puede suponerse, simbólicamente, que se establece una pugna entre lectores y periodistas: el promedio —no muy literario, pero ya suficientemente instruído— de los lectores acaba por imponer a los periodistas un procedimiento más llano y corriente, invitándolos a escribir en forma menos comprometedora, a cambio de que proporcionen mayor cantidad de datos y orientaciones de utilidad inmediata.

En efecto, al comenzar el siglo, los periodistas se llaman Coleridge, Hazlitt, Charles Lamb ("Somos excelentes personas, pero ninguno de nosotros sabe escribir como escribía Hazlitt", decía el perfectísimo Stevenson a los literatos de su tiempo). Y aunque ciertamente la Prensa inglesa nunca ha prescindido de la colaboración exquisita —recuérdense los nombres de Shaw, Chesterton, Wells—, mucha parte del trabajo que antes se encomendaba a los literatos y poetas de nota vinieron a realizarla más tarde los respetables señores XX y ZZ. Si quiere el lector un ejemplo, imagine lo que serían las noticias sobre el "vagabundo de Granada" —de que tanto se ha hablado en España el año 1918— tratadas por la pluma de D. Miguel de Unamuno.

El anonimato viene a ser la regla del periodismo inglés; permite mayor libertad al escritor, tanto para decir verdades como para hacer transacciones entre su criterio personal y el de su periódico, al paso que le da mayor fuerza respaldándolo con la responsabilidad colectiva. Además, vistas las cosas desde afuera, el anonimato hace del periódico algo como una unidad de combate coordinada y enorme, un "tan-

que". Es notable que, en una revista como el Suplemento Literario del *Times*, todos los artículos —excelentes muchos, y los demás siempre concienzudos— aparezcan anónimos.

## 3. "The Times"

Escogemos el ejemplo más típico. *The Times* lo fundó John Walter en 1785, aunque recibió el nombre que ahora lleva tres años más tarde. A la energía, a la actitud de su fundador, al primer impulso debe atribuirse con mucho la grandeza del *Times*. La clase media —democracia de aquellos tiempos— protesta desde sus páginas contra el régimen depresivo de Pitt, jefe de la aristocracia.

Walter sufrió mucho, pero era fuerte. Ni la prisión ni la picota (como a Daniel Defoe) pudieron vencerlo. Creó un sistema particular de correo para sus noticias, y a veces sorprendió al mismo Gobierno con sus informaciones, cosa que entonces era poco frecuente. Derrota a los favoritos de Pitt, y tiene la audacia de enviar por primera vez un corresponsal de guerra al Continente, Henry Crabb Robinson, que comunica a su periódico la primer noticia sobre la batalla de Waterloo.

Mejores tiempos le tocaron al segundo John Walter, hijo del anterior, quien disfrutó de la tranquilidad suficiente para mejorar las condiciones económicas del periódico. Fue él quien empleó por primera vez el vapor para mover las prensas, año de 1814.

En esta época, la célula crece y se va diferenciando: las funciones del propietario se distinguen netamente de las del director. El director, por su parte, tampoco se confunde ya con los redactores. De aquí sale esa raza de periodistas que casi no escriben y se consagran a vigilar la obra de los demás. La representa J. T. Delane (1841), el hombre que nunca cenaba en casa por falta de tiempo, que se acostaba a las cinco de la mañana y que —al decir de la gente— había contemplado más auroras que todos los ciudadanos de Londres. Éste vive para el periódico con gran desdén de sus materialidades y de sus costumbres domésticas. Es el antípoda del periodista literario a la antigua, al modo de Leigh

Hunt, el cual se encerraba en su casa, lejos del mundanal ruido, a componer unos párrafos elegantes. Delane ni siquiera escribe.* A veces, como decía Lord Salisbury, se equivoca y "apuesta por el caballo que pierde"; así le aconteció en la guerra del Norte contra Sur y en la del Setenta; pero no por eso padece su autoridad. Cuidando de unificar el criterio de su periódico, llega hasta la rudeza.

John Walter el tercero, el nieto, recoge el periódico en todo su apogeo (1847). Sobreviene la guerra de Crimea, y el *Times* echa abajo al Ministerio responsable de los primeros fracasos y mantiene el buen ánimo de los ejércitos, combatiendo a los "derrotistas" de aquellos tiempos, y disipando la "atmósfera del *cafard*", como dirían los franceses. Todo esto, gracias a los servicios de Russell, corresponsal de guerra, a quien también tocó presenciar las batallas de Sadowa y de Sedan y el sitio de París, y del cual lo menos que cabe decir es que su nombre representa una gloria del periodismo.

Era Russell un irlandés de gran serenidad; poco le importaba dormir a cielo descubierto y hasta quedarse sin comer, por culpa de la mala administración militar. Él no iba al campo de batalla a pensar en su interesante persona, sino a escoger un buen punto de vista, aun en medio de los peligros mayores. Su fuerza, decía un contemporáneo, consiste en "la ironía del simple testimonio". Así ayudó a derrocar a un mal gobierno y a corregir la conducta de la guerra, aun sin percatarse él mismo del efecto que producían sus comunicaciones.

Otra vez, cuando la guerra francoprusiana, Russell tuvo que competir con Forbes —verdadero discípulo suyo—, que era corresponsal del *Daily News*. El método de éste consistía, sencillamente, en comunicar a su periódico los planes del Estado Mayor del príncipe heredero de Sajonia y, dada la batalla, ratificar o rectificar, mediante un breve mensaje telegráfico, sus informaciones anteriores. Aunque los planes

* Caso agudo de escritor que no escribe, y más por tratarse de un constructor, ya que no autor, de libros individuales, y de libros literarios para colmo, el del francés Willy, cuyos talentos críticos para los conjuntos, los temas, las perspectivas, y cuya incapacidad enfermiza para poner en el papel una palabra tras otra ha descrito magistralmente Colette, que un tiempo fue su esposa.

alemanes casi siempre se iban cumpliendo como se pensaban, ya se comprende que, ante una situación complicada, este método resultaba muy peligroso y orillado a deslices. Al principio, pudo Forbes adelantarse con sus informaciones a Russell; pero al cabo conservó éste su crédito, por la mayor seguridad y consistencia de sus noticias.

No es posible seguir paso a paso la historia del *Times*, aunque es posible seguir paso a paso la historia *en* el *Times*. El prestigio indisputable de este periódico sólo ha padecido una vez, cuando, en 1886, publicó como auténticas, y de buena fe, unas cartas atribuídas a Charles Parnell, líder de la política irlandesa (1846-1891). Tras una tormenta que duró más de cuatro meses, el falsificador acabó suicidándose.

Es *The Times* una gran institución humana. Emerson, en sus *English Traits* (1856), le dedica unas elocuentes páginas. Lo considera como un compendio de la civilización europea. La Prensa inglesa, dice, contribuye a todas las reformas legales del país. El Estado inglés, asegura, está destinado a acercarse al tipo norteamericano, y esta evolución será obra de sus periódicos. El inglés es periodista por educación y temperamento, así como es hombre de sociedad y deportes. La plétora de profesionales, el interés por las discusiones políticas, la facilidad de llegar al periodismo y lo bien que paga el periódico son las cuatro causas del gran desarrollo periodístico. Y el *Times* es como una hermosa resultante de todo eso. Por su conducta, no pretende este periódico ser verdaderamente ideal; se contenta con ser franco y característico. El inglés se vuelve más inglés cuando ojea su *Times;* lo que el periódico le dijo por la mañana será el tema de sus conversaciones en la sociedad de la noche. El *Times* es una potencia europea. Aseguran que en su redacción intervienen algunos jóvenes estudiantes, y de aquí la pulcritud académica de su estilo; pero todo se hace bajo la vigilancia de hombres maduros y probados. El *Times* nunca se rectifica, y habla siempre con autoridad y aun con jactancia. Está bien informado, es independiente y valeroso, jamás se anda con reticencias. No hay más que un medio de ganárselo, y consiste en imponer a la sociedad la

causa por la que se lucha. Cuando esta causa se convierta en una verdad social, podrá contarse con la ayuda del *Times*. El *Times* (o el *Punch* caricaturesco, que es como la expresión humorística de la misma fuerza) es inatacable. Ningún periódico puede competir con él, y muchos hay que sólo viven porque lo atacan.

El *Times* es el Imperio Británico, hasta donde lo es, por ejemplo, Rudyard Kipling. Tipos de diarios en algo comparables a éste, que se identifican con una época nacional: *Le Temps*, de París; *El Imparcial*, de Madrid; *La Nación*, de Buenos Aires; el *Jornal do Commercio*, de Río de Janeiro; el *Diario de la Marina*, de La Habana; *El Comercio*, de Lima; *El Mercurio*, primero de Valparaíso y luego de Santiago de Chile; *El Imparcial*, de México, expresión genuina de la era porfiriana; su fundador, Rafael Reyes Spíndola, fue maestro de periodistas que han imitado sus métodos aun en la era, tan diferente, que sucedió a la suya. Como la cultura es un cono, extensa en lo mínimo y crecientemente reducida a medida que se sublima, Reyes Spíndola definía con este epigrama su sistema: "Mi periódico se escribe para las cocineras". Cierto es que la gente de servicio correspondió a su galantería, porque, en aquellos tiempos, llegó al extremo de llamar a los diarios "los imparciales".

### 4. Algunas evoluciones importantes

La crítica de teatro era lenta en los días de Hazlitt (recordemos la *Dramaturgia de Hamburgo*, de Lessing), aunque era excelente, y por lenta causaba la desesperación de Perry, propietario del *Morning Chronicle*. (Lenta y excelente: lo mismo pudiéramos decir de la crítica de Pérez de Ayala en *El Sol*, de Madrid; y él nos respondería que *le temps ne fait rien à l'affaire*.) Poco a poco, esta crítica adquiere un ritmo rápido, que puede ya apreciarse en la obra de A. B. Walkley, crítico del *Times*. En sus libros se distingue a primera vista, por las dimensiones, lo que ha sido escrito para una revista literaria y lo que ha sido hecho para el diario: la proporción es de veinticuatro a cuatro páginas.

La crítica de pintura en los periódicos ingleses tendía, al comenzar el siglo, a dar por concedidas en los artistas todas las habilidades técnicas necesarias (de eso, al menos, no se le quería hablar al público en los periódicos) y a sólo considerar el talento de concepción del asunto o su desarrollo. Pero más tarde la discusión técnica pasa al primer plano. El interés —que antes estaba en el resultado espiritual de la obra, casi en la mente del pintor— se aproxima, con una atención analítica, hasta la mano y el pincel del artista.

El corresponsal de guerra en todo su antiguo valor, el clásico, nace y muere durante la segunda mitad del siglo. Obras como la de W. H. Russell en el *Times*, o la de Archibald Forbes en el *Daily News* son ya de todo punto imposibles. La campaña del Transvaal instauró un régimen de estricta censura, que ha transformado para siempre las funciones del corresponsal de guerra. En adelante, tiene éste que limitarse a tragar las circulares del Estado Mayor, contar que ha oído unos truenos y que ha visto unas ruinas muy trágicas y tal o cual puesta de sol muy poética.

En cuanto a las funciones políticas, el periodismo inglés recibía antes una influencia de los gobiernos demasiado directa. Por los años de Cincuenta, *The Morning Chronicle* publicaba artículos que la gente atribuía a Palmerston y al embajador de Napoleón III. Muchas veces el periódico era la voz reconocida de un ministro. Pero la ola democrática lo cambia todo. Los partidos vienen a ser los verdaderos poderes, y los periódicos se convierten en órganos de los partidos. Ya no hablan a través del periódico los gobernantes, sino que desde el periódico se les observa y se les juzga. Con todo, hay entre uno y otro estado un período de indiferencia, en que los diarios alcanzan su mayor imparcialidad. A partir de la guerra del Transvaal, la áspera controversia de las tarifas produce la concentración de las masas y arroja al periódico en brazos de este o de aquel bando político.

Fenómeno general por otra parte; plenamente güelfos o plenamente gibelinos nos quiere hoy el mundo. Hay gentes honradas que tuercen el gesto cuando ven salir un nuevo diario con un programa independiente. La libertad de criterio resulta, cuando menos, inquietadora.

## V. INGLATERRA Y LOS ESTADOS UNIDOS

SON CUATRO las principales funciones del periódico: primera, la información; segunda, la opinión (editoriales); tercera, la publicidad; en cuarto lugar puede ponerse el servir de tribuna pública.

Al definirse claramente las funciones del periodismo, se produce una bifurcación entre los procedimientos ingleses y los americanos. El contraste entre unos y otros nos servirá para comprenderlos mejor.

Exagerando rasgos, como inyecta el anatomista una vena para mejor estudiar su curso, diremos que en el tipo americano domina la función informativa, mientras que en el inglés la función editorial resalta con singular importancia. El malogrado Gabriel Arbouin, aplicando el precioso método que le sirvió para estudiar la prensa italiana y la alemana con una facilidad tan difícil, se hubiera complacido en trazar la psicología media de las dos grandes naciones de lengua inglesa, según el testimonio de sus periódicos. Hubiera opuesto el afán de la noticia escandalosa (afán un tanto crudo para un pueblo un tanto infantil) al gusto, más mesurado y correcto, por apreciar y medir una opinión, gusto propio de un pueblo ya tan castigado por las letras y por la lógica, que llega, a través de su humorismo continuo, a una perpetua, a una indefinible disolución de la cultura. Abrir los ojos para presenciar una explosión, sentir el escalofrío del peligro y arrojarse a todas las hazañas del salvamento: he aquí lo americano. Asimilar una opinión, reaccionar después, pesarla, revertirla, volatilizarla al fin entre una sonrisa y un ceño: he aquí lo inglés.

Entre las noticias, hay que distinguir las que se refieren a simples sucesos de las que alguien llama "noticias de fantasía".

Son éstas las que atañen a cuestiones económicas, a los deportes, la Real Casa, la vida de sociedad, las modas y

hasta el arte, la música, el teatro y la literatura. El periódico americano prefiere, en general, confiar las noticias de fantasía a un "profesional" del periodismo, el cual las redacta de una manera algo mecánica y prescindiendo cuanto puede del yo. El periódico inglés, en cambio, prefiere confiarlas a un "aficionado" del periodismo, aunque escriba caprichosamente y no sepa prescindir de su yo, con sólo que tenga autoridad en la materia de que se trata. El público inglés prefiere que le hable de futbol, no un informador oficial, sino un campeón de futbol.

En cuanto a las simples noticias, ya se adquieren mediante los agentes particulares de cada período —reporteros y corresponsales—, ya mediante las agencias de noticias, que datan de mitad del siglo XIX y están representadas, en los Estados Unidos, por la Associated Press y la United Press, y en Inglaterra, por la Press Association. El anhelo de poner coto a los esfuerzos, muy costosos a veces, de la competencia, así como ciertas crisis producidas cuando el servicio de telégrafos pasó a poder del Estado, determinaron la creación de estas agencias de noticias. Merced a ellas, las potencias del periodismo vinieron a quedar ligadas por un compromiso de equilibrio, al menos en cuanto a los grandes capítulos de la información mundial: una "balanza del poder".

Para la obtención de noticias por conductos particulares, la Prensa inglesa ha procurado la mayor habilidad de sus agentes; la Prensa americana, la mayor organización del sistema y la multiplicación de agentes. Se cuenta de un reportero del *Times* que logró entrar en cierta sala de sesiones secretas y tomó nota de cuanto se dijo sin sacar las manos de los bolsillos del chaleco, cuyos forros había arrancado previamente, teniendo el lápiz en la mano derecha y una tarjeta en la izquierda. En 1875, Alemania preparaba cierta presión militar sobre Francia. Los tratos se concertaban sigilosamente. De Blowitz, corresponsal del *Times,* se las arregló para obtener la comunicación de todos los acuerdos mediante un procedimiento ingenioso: cambiando todos los días sombrero con su informante, hoy en un casino y maña-

na en un teatro, y sin saludarlo nunca ni darse por conocido de él; ocultas en el sombrero iban las preciosas comunicaciones, y de ahí, a las columnas del *Times*. Fue un éxito sonadísimo, de gran trascendencia en la política internacional.

Claro es que en los Estados Unidos no se ignoran estos procedimientos de habilidad personal. Al contrario: el *film* americano —tosca representación popular de la realidad— nos tiene hartos de reporteros detectives. Pero hay que saber que los orígenes del género son ingleses, no americanos; corresponden a la misma modalidad secreta que, en asuntos internacionales, representa el llamado Servicio de Inteligencia. En cambio, son genuinamente americanos los orígenes del método que consiste en la organización de un ejército de reporteros.

He aquí los datos que sobre esto nos proporciona Given *(The making of a newspaper)*: Dentro de la ciudad en que se publica el periódico, hay una docena de sitios que pueden considerarse como escenarios de noticias sensacionales; en cada uno de esos sitios hay un centinela fijo del periódico, cuyo talento consiste en sorprender todos los secretos de la casa. Además, los hospitales, cuarteles de policía y bomberos y otros lugares semejantes pueden proporcionar ocasionalmente noticias de importancia. Estos lugares son recorridos, de cuando en cuando, por verdaderas patrullas de caza-noticias.

Así, pues, tenemos, en primer término, unos centinelas y unos caza-noticias. Unos y otros se limitan a sorprender el suceso y a comunicarlo a su periódico telefónicamente en la forma más precisa y más breve, porque el transcurso de cada segundo les está robando la ocasión de hacer nuevas presas. Ninguno de estos agentes escribe propiamente una sola línea.

Sus comunicaciones telefónicas llegan al periódico en la forma de un pequeño enigma o acertijo. Ejemplo: "Novena sección, 10:35 a. m.; 916 Franklin St., fuego. Huéspedes ausentes. Un niño herido escalera. Lavandería china del, bajo hecha cenizas. Senador Lodge descolgóse ventana."

Para resolver estos enigmas hay otro cuerpo especial de

agentes (y es el segundo) que van siendo enviados por el redactor jefe a los lugares del suceso, a medida que las noticias telefónicas llegan a la redacción. Estos agentes tienen que completar los datos que han recibido y darles forma narrativa. Si el asunto lo merece y se trata de un periódico matinal, por ejemplo, el redactor puede tomarse el tiempo conveniente para sazonar su historia; pero si su periódico publica varias ediciones al día, el redactor se limita a tratar separadamente cada nueva fase del suceso que logra sorprender, y se presenta en la redacción a intervalos regulares para entregar sus borradores y recibir nuevas órdenes.

Estos borradores pasan a otro cuerpo (y van tres) que está encargado de zurcir los retazos y corregir de primera mano la forma, reescribiendo lo que sea necesario.

Y de aquí, los papeles derivan todavía hacia un cuarto grupo, el de los correctores generales, que suprimen lo malo, aderezan lo bueno, concilian contradicciones, tachan palabras o conceptos prohibidos y ponen los títulos.

Y, todavía después, el relato que éstos entregan queda sujeto a cierta inspección superior de conjunto; y, ya publicado en la primera edición, corre el riesgo de desagradar al propietario del periódico y ser suprimido en las ediciones posteriores.

Lograr una noticia única o alcanzarla antes que los demás es, ya se sabe, el honor del periódico. Malo cuando el director se pasa de listo, como sucedió con un periódico inglés de segunda fila, en tiempos en que las regatas apasionaban más que hoy en día. Hizo el tal tirar dos ediciones de antemano, decidido a poner su periódico en primera fila a todo trance: en una edición anunciaba el triunfo de Oxford, y en la otra el triunfo de Cambridge. Pero ese año quiso la suerte que sucediera lo que no había sucedido nunca: hubo empate.

# VI. DOS ASPECTOS RECIENTES

## 1. Un panorama americano en 1918

Oswald Garrison Villard, hijo del constructor del Northern Pacific Railroad, ha trabajado durante muchos años en los periódicos norteamericanos *The Nation* y *The Evening Post.*

Tratando de las tendencias y peligros de la Prensa ("Press Tendencies and Dangers", *The Atlantic Monthly,* Boston, enero de 1918) advierte que la fusión del *Journal* y del *Herald,* de Boston, puede considerarse como una tragedia del periodismo, y es —como la del *Plain Dealer* con el *Leader,* o la de *The Sun* con *The Press,* de Nueva York— un movimiento de consolidación semejante al que se advierte en cualquier otro campo de la actual actividad mercantil, y pasible de las mismas censuras.

Cree que a ésta seguirán otras consolidaciones, y señala la disminución progresiva que, debido a ello, se viene produciendo en la Prensa de varios Estados norteamericanos. Esto debe atribuirse singularmente al costo excesivo de los grandes diarios, según los números y experiencias que alega. Sólo la mitad de los diarios de Nueva York puede decirse que resulte realmente remunerativa.

Hay ya muchas grandes ciudades en los Estados Unidos donde el público se ve en el caso de buscar sus informaciones en un solo periódico, aunque no participe de su política: en Indianápolis, *The Star;* en Detroit, *The Free Press;* en Toledo, *The Times,* etc. Nada más lejos de la antigua tradición americana, que consiste en que cada partido tenga su órgano en cada ciudad.

El Estado de Michigan es un ejemplo expresivo: en catorce ciudades, cuya población casi se ha triplicado durante los últimos veinticinco años, los periódicos han bajado de 42 a 23. En nueve de ellas, no hay periódicos por la mañana. En cambio, las mismas ciudades cuentan con siete semanarios para los domingos. Hay cinco ciudades que tienen un

solo periódico; y el comercio y el público, en vez de lamentarlo, parecen confabularse contra el que quiera provocar la competencia. Esto es acaso lo más singular.

El peligro es enorme —ya se comprende— para los abogados de las nuevas reformas sociales, que corren el riesgo de no poder contar con periódicos por ellos mismos fundados. Y como la democracia consiste, por mucho, en la posibilidad de conocer los dos aspectos de cada cuestión, un buen americano no puede pensar con agrado en que hay ciudades condenadas a un solo periódico.

Con excepción de la Prensa socialista, la "opinión de protesta" se va confinando en los semanarios. No pueden fundar ya periódicos los apóstoles.

El *Directorio de la Prensa*, de Ayer, muestra que, en 1916 —debido a la guerra— hay 300 unidades menos que en 1914, en materia de semanarios y revistas quincenales. Durante el 1917, murieron 76 diarios. Por la carestía del papel y del trabajo, muchos periódicos de Chicago, de Pittsburgh, Buffalo y Philadelphia se han tenido que salvar alzando los precios.

Por la otra parte, la Western Newspaper Union va absorbiendo a la American Press Association. Aquélla provee actualmente de material a cerca de 14,000 periódicos, lo cual representa un género peligroso de monopolio. Así, cierto artículo elogioso para un hombre público ha salido al mismo tiempo en 7,000 periódicos, clientes todos de la Association.

En el campo de la adquisición de noticias también se anuncia una baja de la competencia. El International News Service, de Hearst, ha sido excluído en Inglaterra y sus colonias, Francia e Italia; y las cortes americanas han sentenciado contra esta institución en el pleito por robo de noticias que le ha promovido la Associated Press. Las noticias de ésta proceden, por una parte, de sus propios agentes; pero también de agencias extranjeras: Reuter, Havas, en Francia; Wolf, en Alemania, y otras, incluso la oficial rusa. Éstas, o son francamente oficiales, o trabajan con intervención de los gobiernos, que a veces las hacen servir para sus fines, falseando las informaciones.* Por eso Walter Williams, de

* Algo elemental la presentación del problema. Diremos más bien que

la Escuela de Periodistas de la ciudad de Missouri, dice que, después de la guerra, va a ser necesario acabar con estas agencias, siempre ocupadas en tejer y destejer la maraña de los odios internacionales. Hace falta, para después de la guerra, una Prensa libre, como un mar libre.

Dice el *Times,* de Londres, que, después de la guerra, tendrá que operarse, en cada nación y en mayor o menor grado, una cierta reorganización social. Entonces estallará la crisis de la Prensa en los Estados Unidos. El actual Congreso le es hostil: ha tratado de gravarla con taxativas directas, la ha amordazado por medio de la censura. Pero lo peor es el cisma que empieza a producirse entre la opinión popular y los monopolios de la Prensa. La oposición a la guerra —que también tenía sus tropas— no halló voz en la Prensa, y este sentimiento ha recrudecido el divorcio latente. El problema para la Prensa americana, según esto, consistiría en depurar sus métodos y criterios para volver a ganar la confianza del público. Entretanto, la poca resistencia económica conduce a las consolidaciones, y no se sabe cuál podrá ser el término de semejante evolución.

## 2. Un punto de vista inglés por 1918

Hemos visto cómo Garrison Villard lamenta los efectos que la tendencia al monopolio económico produce en el terreno periodístico; cómo da cuenta de la desaparición creciente y ya inquietante de algunos periódicos norteamericanos, de su absorción o consolidación en grandes empresas y de las consiguientes mutilaciones de la libertad de opinión que todo ello significa en último resultado. El fenómeno reconoce, por una parte, razones de orden económico, y por otra, según él cree, razones de costumbre pública (tal vez una forma de economía psicológica o pereza, gran motor en las sociedades), pues lo más curioso es que tanto el anunciante como el lector parecen estar de parte del monopolio. Concretamos estas quejas en esta fórmula: ya no pueden fundar periódicos los apóstoles. Concretamos estos anhelos en

agencias y gobiernos están manejados por grupos económicos de que ambos dependen.—1937.

esta fórmula: para después de la guerra, mar libre y prensa libre.

Mientras tanto, en Inglaterra, se ocupa de discutir la misma cuestión —aunque con cierto optimismo o esperanza— nada menos que Hilaire Belloc, en una serie de artículos publicados en *The New Age*.

Su propósito es examinar los males producidos por la moderna Prensa capitalista, del tipo que llamaremos oficial; exponer los medios de que se vale para viciar o defraudar la opinión, y proponer las correcciones posibles y remedios contra estos daños, mediante el desarrollo —en que Belloc cree firmemente— de los órganos independientes, hoy débiles y sometidos a un boicoteo constante. La mayor parte de sus discusiones se refieren a un estado de cosas que en el mundo hispánico no nos es familiar (entre nosotros, el mal toma otra carácter) y que puede considerarse como la enfermedad crónica de Francia, de Inglaterra, de los Estados Unidos. Pero mucho de lo que él dice puede aplicársenos y va corriendo riesgo de ser cada día más aplicable a nuestro caso.

Trátase, en resumen, de la lucha entre la "cantidad" manejada con fines mercantiles (Prensa oficial) y la "calidad" (Prensa libre), cuyos esfuerzos tienden al restablecimiento de las verdades falseadas u omitidas por los grandes periódicos. Claro es que, en cuanto a información y opiniones, un periódico —por muy comprometido que esté con determinados intereses— no puede engañar a sus lectores de un modo absoluto, ni dejar de abordar ciertos problemas. Pero hasta cierto grado, grandes daños puede hacer en este sentido. Y todo depende de este grado, de este matiz. Por lo que la Prensa oficial ha llegado al prodigio en el estilo de la vaguedad y el circunloquio. La experiencia de Belloc es, por lo demás, grande en estas cuestiones. Él mismo ha dirigido durante algún tiempo un periódico libre, el *Eye-Witness*, al que luego ha venido a suceder el *New-Witness*, después dirigido por Chesterton. Éste y *The New Age* son los dos ejemplos más característicos de esta nueva Prensa cuyo desarrollo espera Belloc, consecuencia de una transfor-

mación del sentimiento público que cree ver apuntar ya por todas partes.

La Prensa libre ha aparecido por tres motivos principales: primero, la propaganda (religiosa, socialista, nacionalista); segundo, la reacción contra la ocultación de la verdad, y tercero, la indignación ante la irresponsabilidad del poder, irresponsabilidad creada por la Prensa oficial. Así, por definición, la Prensa libre padece hasta hoy cuatro males principales: primero, el ir contra la corriente, contra los hábitos mentales del público y contra los poderes ya organizados; segundo, el que los periódicos libres sean hasta hoy productos de reacciones particulares más o menos fanáticas, pues no existe el órgano general de opinión libre. Para saber lo que pasa en Francia, mejor que leer *Le Matin* o *Le Temps*, hay que leer la Prensa libre: *L'Humanité, La Guerre Sociale, L'Action Française, La Libre Parole*, etc.; pero hay que leerla toda y sacar por la propia cuenta una media proporcional. Por ejemplo, si se cree que Charles Maurras hace bien cuando delata la ilegalidad de la Suprema Corte de la República al cerrar el asunto Dreyfus, no por ello se tiene que creer que nunca se hubiera incurrido en lo mismo bajo una monarquía personal. Tercero, la Prensa libre es pobre; los anunciantes la boicotean, y ya se sabe que, hoy por hoy, el anuncio permite vender el periódico a menos de lo que vale; y los lectores de la Prensa libre, aunque selectos, son escasos. Casi no tiene esta Prensa más que una compensación: los mejores escritores escriben para ella a precios reducidos y aun gratuitamente, porque claro es que simpatizan con ella. Cuarta y última deficiencia: la Prensa libre aparece hoy muy raquítica de información, debido también a su pobreza. A estas razones generales, añádase una de carácter más propiamente local: la persecución ejercida a través de los abogados políticos.

Con todo, Belloc abriga esperanzas. Sus esperanzas no son enteramente espirituales o místicas; no sólo le mueve a esperar su fe en la verdad, en que las revoluciones proceden de arriba hacia abajo, en la excelencia intelectual o en cierta medicación natural *(vis medicatrix naturae)* más o menos aceptable. No: él tiene esperanzas, porque advierte cómo se

propagan ya, quieras que no, las opiniones y aun las fórmulas mentales creadas por la Prensa libre, las cuales empiezan ya a invadir, más o menos disimuladamente, las columnas de la otra Prensa.

> Nosotros —concluye orgullosamente—, los que hoy trabajamos en silencio, somos los herederos de los que construyeron la grandeza política de Inglaterra sobre el fundamento de la discusión libre y de la prosa que ella engendra. Nos corresponde a nosotros la única manera sólida y permanente del poder público, que es el don de gobernar mediante la sola persuasión.

Cuanto a esta contaminación que ejerce la Prensa libre sobre la otra, podría citarse el epigrama de Clemenceau:

—¿Para qué —le preguntaron— funda usted *L'Homme Libre?*

Y contestó:

—Para que *Le Temps* derive un poco hacia la izquierda.

Trátase de un arrastre total, de una íntegra traslación del espacio dentro del tiempo. La estrategia más socorrida de los partidos de cierta banda consiste, desde hace tiempo, en ir adoptando gradualmente los programas mínimos de la otra banda. Lo cual es digno de meditación para los políticos que no quieran entender al revés el sentido de nuestra época.

# VII. PÁGINAS COMPLEMENTARIAS ESCRITAS AÑOS MÁS TARDE

## 1. Generalidades

El miedo a los "movimientos subversivos" es característico de las grandes transformaciones sociales, ya sea que una clase pretenda llegar al puesto dirigente ocupado por otra clase, ya sea que pretenda hacer tabla rasa y nivelar una sociedad sin clases. En nuestra época son frecuentes las quejas contra la autoridad pública que confunde todo movimiento de censura u oposición con un intento "disolvente". Y ya cierto célebre *manifiesto* de 1848 se abría con estas palabras: "¿Dónde está el partido de oposición que no haya sido declarado comunista por sus adversarios en el poder?" No de otro modo los oficiales del antiguo imperio español, en la Nueva España, confundían con el nombre de "afrancesado" a Miguel Hidalgo, padre de la independencia mexicana. La exageración, la falta de tamiz para las ideas, llegan por ahí a extremos grotescos. Se sabe de agentes de la policía que, en ciertos países, toman nota, en su libreta de sospechosos, de todo el que hable de "pacifismo" o de "solidaridad humana", porque, según parece, en el fondo de estos conceptos está agazapado el monstruo horrendo de las subversiones sociales.

En un clima así pervertido —que trasciende naturalmente hasta el periodismo al poner de moda algunos excesos de la "censura"—, la economía obra también sus habituales reacciones. Y así como en el orden del comercio y la industria el caos de la libre competencia conduce al deplorable remedio de los monopolios (cuya consecuencia es siempre la restricción del rendimiento, en servicio de unos cuantos y para mal de casi todos), así también, ante las exigencias del tiempo, o se acentúan las consolidaciones —declaradas o secretas—, de que se quejaba Garrison Villard, o se usa, por ahorro de esfuerzo, de un sistema uniforme y cada vez más

desarrollado para alimentar, para llenar los periódicos. Esto equivale a un monopolio, si no de los periódicos, sí de la materia prima que ellos sirven al público.

Si antes este monopolio era de noticias —órgano especial para una función diferenciada, que no ha dejado de significar un progreso—, después se ha llegado a la empresa de artículos.

El monopolio de noticias contenía ya un peligro en sí, porque ¿dónde está la frontera entre una opinión y una noticia? ¿Y quién puede saber hasta qué punto el efecto de una noticia se altera con el modo de darla? Recuérdese, como ejemplo ilustre, el célebre telegrama de Ems, anodino en su origen, y que, retocado levemente con el lápiz azul de Bismarck, produjo la guerra francoprusiana. Y recuérdese, mucho más cerca de nosotros, el caso bien conocido de países que, por haberse lanzado a reformas contrarias a ciertos intereses trabados con los de tales monopolios, se han visto cercados por una verdadera campaña de descrédito universal. Basta para ello con que las agencias de noticias seleccionen cuidadosamente los telegramas sobre el país en cuestión, formando sobre él verdaderas antologías de catástrofes, donde se insiste en todas las sombras del cuadro, prescindiendo de sus luces y claridades. Quien esto escribe hizo hace años, ante los representantes de una docena de diarios de París, una experiencia ilustrativa: redactó un supuesto mensaje sobre las actualidades de Francia, fundado todo en los mismos diarios a la vista, y escogiendo simplemente los rasgos pertinentes al caso; y de este supuesto mensaje resultó claramente, para un lector desprevenido, que Francia se venía abajo en su agricultura, su industria, su comercio, su ahorro bancario, su seguridad social y su misma vida doméstica. Pues algo muy parecido se nos ha hecho a nosotros.

Por otra parte, ante la abundancia de las noticias que, por decirlo así, se compran ya hechas en el mercado (que esto son las Agencias), los periódicos se han ido acostumbrando a amontonar los telegramas que se les suministran, uno tras otro, sin orden cronológico muchas veces, y dejando que se complementen o rectifiquen entre sí como ellos puedan, dentro de la cabeza de cada lector. El sacar en limpio un su-

ceso es, a veces, un acertijo. Y a veces también, el traductor del periódico hace de las suyas, como cuando un diario madrileño dio cuenta de un tumulto en la secretaría del Presidente Wilson, porque el secretario del Presidente era un Mr. Tumulty. En cuanto a los estragos que se hace con los nombres geográficos, ¿para qué hablar? ¿Y para qué hablar también de las noticias anodinas que todos los días nos sirven, sobre la riña doméstica entre el cambia-agujas de una estación inexistente y su venerable consorte? Ante este espectáculo, no es de extrañar que más de un escritor sueñe con fundar un diario que lleve este o parecido lema: "Este diario carece de información directa y da todas las noticias un día después que los demás, pero comprensibles, depuradas y juzgadas."

Ahora bien, en cuanto a las empresas de artículos de que hemos hablado, ellas traen también sus peligros, singularmente para países como los nuestros, en que los grandes públicos tienen todavía una mentalidad colonial y, trastrocando la frase hecha, prefieren todavía ser cola de león a ser cabeza de ratón. Estas empresas establecen una inicua competencia contra los escritores indígenas. Mientras cualquiera de nosotros pide de cincuenta a cien pesos por un artículo, la gran empresa extranjera proporciona, mediante su sistema de distribución plural, un artículo de Bernard Shaw o de Guglielmo Ferrero por cinco o diez pesos. Y lo propio acontece con las cubiertas para las revistas ilustradas, con la agravante de que no cualquiera de nosotros puede escribir un artículo que compita con los de las grandes firmas europeas, mientras que tenemos artistas a montones capaces de presentar cubiertas mejores que los cromos, adocenados y anónimos o dignos de serlo, que aparecen en ciertos semanarios para familias.

Hay, además, otras fuerzas que contrarrestan el impulso hacia la Prensa libre, tal como la define, concibe y, en cierto modo, la practica Hilaire Belloc. La principal de estas fuerzas nace del camino mismo que ha tomado el desarrollo de la política. Vivimos en tiempos de invasora política, al punto que Ortega y Gasset escribía un día —más o menos— que hasta el astrónomo, al medir la paralaje de un

astro, lleva a su cálculo un subrepticio interés electoral. Esta invasión de la política, como todos los caracteres esenciales de una época, obedece a una necesidad y dista mucho de ser una simple locura, aun cuando produzca casos de injustificable desvío. Pues bien, la política trabaja mediante bandos y partidos. Quien no se embandera, difícilmente es escuchado. Y ni es lo general ni lo deseable que haya tantos bandos o partidos como posibles grupos de redactores de periódicos. De donde mana, sobre el periodismo, otra corriente niveladora.

## 2. Orígenes del periodismo español

La breve reseña sobre el periodismo en lengua inglesa que hemos trazado antes nos ha llevado, como lo ofrecimos al principio, hasta el examen de algunos problemas palpitantes. Trazar una reseña semejante sobre el periodismo de otras lenguas o de otros países no entra en nuestro propósito. El ejemplo que hemos escogido puede servirnos para imaginar, como si la viéramos por transparencia, la evolución del periodismo en otros lugares. Con todo, bien podemos, antes de seguir adelante, hacer un alto en el camino y, a manera de esparcimiento, consagrar unos minutos al caso de nuestra lengua, que es el que de cerca nos interesa.

Las leyes de Alfonso el Sabio contra los propaladores de falsas nuevas —que hacen pensar en las medidas del gobierno brasileño contra los *boatos* cuando la última revolución paulista de 1932— muestran que desde el siglo XIII quería ya nacer una manera de periodismo. Los descubrimientos del siglo XVI, al aumentar la curiosidad pública, facilitan el nacimiento de esta nueva institución social. Las cartas de Colón y las de Américo Vespucio están en los orígenes del periodismo. La consecuente multiplicación de transacciones comerciales viene a fomentarlo. Plazas situadas como Venecia, en el cruce de los mercados, congregaban una cohorte de verdaderos agregados comerciales que derramaban desde allí sus informaciones. En los siglos XVI y XVII, fuera de los casos de guerras civiles, hechos de la Casa Real o grandes catástrofes como los terremotos, las noticias más

bien se refieren al extranjero. Con frecuencia aparecen "Relaciones" en verso, semejantes a las que más tarde los comediógrafos intercalan en sus piezas teatrales; pues ya se sabe que la Comedia Española desempeñó también, de paso, una función en cierta manera periodística, comentando las actualidades del día con una oportunidad que se explica por la rapidez con que las obras se escribían y representaban, para satisfacer a la enorme demanda.

Las más viejas "Relaciones" hasta hoy encontradas datan del siglo XV. Desde el siglo XVI en adelante, aparecen ya en abundancia esas "Relaciones", "Cartas", "Copias", y "Avisos" que se presentan como hojas "extra" en ocasión de grandes acontecimientos. Pero hay también otras hojas que tienden a la serie y a la regularidad, publicadas por un solo impresor, y de las que, propiamente, ha de nacer el periodismo. Más tarde, vendrán las publicaciones de ciertos institutos o sociedades de cultura, los periódicos literarios como los que hallamos en la Inglaterra de los ensayistas; y finalmente, pequeñas revistas misceláneas de ciencia, literatura y noticias varias. Italia y España son los países en que el periodismo embrionario fue más activo durante el siglo XVI. En el XVII, domina Holanda, luego Francia, y al siguiente siglo sobresale Inglaterra. Aún no se ha determinado la influencia de España en la literatura periodística de los siglos XVII y XVIII, pero es bien perceptible la acción de Quevedo y sus *Sueños* hasta en los ensayos de Addison. El periodista inglés l'Estrange tradujo los *Sueños* al inglés. Otros descubren ciertas influencias de Guevara en el *Tatler* y el *Spectator*. Estos periódicos ingleses devolverán, a su vez, el servicio recibido, inspirando a los periódicos españoles del siglo XVIII. En España, como en todas partes, son factores determinantes en el desarrollo del periodismo la invención de la imprenta, la creación de academias que van apoderándose del lugar antes ocupado por las universidades —las cuales se han restringido poco a poco a su mera función educativa y preparatoria—, el desarrollo del enciclopedismo del siglo XVIII y el desarrollo del correo. Hubo un momento en que los correos mismos desempeñaron cierta función de reporteros orales.

Acaso existen en Francia algunas verdaderas gacetas que madrugan con el siglo XVII, pero, en todo caso, es cierto que existía desde antes la *Gazzetta di Venezia* y que se leía mucho en España, para averiguar noticias sobre el turco, como decía Cervantes (*El viaje del Parnaso,* 1613). Esta gaceta, que duró hasta 1848, era traducida y reimpresa en España, cosa que se hacía en todas las capitales de Europa con las hojas de noticias. La primer gaceta madrileña que se conoce es de 1621. Unos veinte años más tarde se encuentran gacetas —traducciones tal vez— en Sevilla, Lisboa, Barcelona. En 1661 se funda la célebre *Gaceta de Madrid* que aún continúa hasta nuestros días en forma de periódico oficial. En el siglo XVIII y parte del XIX, esta gaceta se abre con cierta generosidad a las informaciones literarias. La "Relación" se refiere a un solo acontecimiento. La "Gaceta" es una colección.

## 3. El periodismo literario español en el siglo XVIII

Aunque el periódico y la revista literaria hayan nacido juntos, ésta cobra su carácter distintivo con el "academismo" del siglo XVIII, a excepción de algunos antecedentes extranjeros tan precoces y tan ilustres como el *Journal des Savants* y *The Philosophical Transactions,* que datan de 1665.

El primer producto de este tipo en nuestra lengua es el *Diario de los Literatos de España* (1737-1742), célebre por las sátiras de Jorge Pitillas, que se publicaba trimestralmente y era confeccionado por tres eclesiásticos: Francisco de la Huerta, Martínez Salafranca y Leopoldo Puig. Su materia es la reseña de publicaciones, la campaña del buen gusto contra los excesos del gongorismo y de la Comedia Española del siglo de oro, el neoclasicismo, etc., procurando en la discusión ese tono imparcial que era característico en los modelos europeos del género. Aquí se libraron grandes batallas sobre el *Diccionario* de la Academia, sobre el Teatro español (que sólo aparecerá reformado, en los últimos diez años del siglo, con las comedias de Moratín), sobre los *Orígenes de la Lengua* de Mayans, la *Poética* de Luzán, etc., etc.

Por iguales derroteros caminan el *Memorial Literario,*

(1786) o *La Espigadera* (1790) y otros, todos más o menos influídos por el *Spectator*, aunque por desgracia todos ellos despiden una atmósfera de aburrimiento, monotonía y superficialidad innegables.

El más popular llegó a ser *El Pensador* (1762-1767) de José Clavijo y Fajardo, bajo el seudónimo de Joseph Álvarez y Valladares, que de semanario se convirtió en quincenal y cuya influencia en la América hispana está revelada por el título que adoptó el mexicano Joaquín Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*. La sátira social de Clavijo tenía por lo menos la virtud de alzar verdugones. Como los demás, se aplica con frecuencia a los malos hábitos que se habían deslizado en las representaciones teatrales, entre los actores y entre el público. Menos acerbo que el *Censor* —el cual aparece muy influído por los enciclopedistas franceses y descubre simpatías sociales francamente revolucionarias—, más inclinado al tono del *Spectator* (al que en su ensayo sobre las "tertulias" casi traduce literalmente), el *Pensador* logra, entre otras cosas, la definitiva prohibición de los Autos Sacramentales (1765), cuya representación había llegado a libertades verdaderamente profanas, no pudiendo ya divertir al siglo en su vieja y candorosa pureza.

Pero no puede negarse a los editores del *Censor* (1781-1786) un espíritu de preocupaciones más modernas, como cuando estudian la decadencia de España por la absorción del oro de América sin el correspondiente desarrollo del trabajo y la industria, o cuando examinan a la luz de la economía los efectos de la expulsión de la casta trabajadora de moros. El *Censor* fue suprimido por sus ideas reformadoras.

Otro de los tópicos que alimentaron estas hojas literarias es la discusión del aporte hispánico a la cultura universal, lo que ya parece anunciar la polémica del joven Menéndez y Pelayo en pleno siglo XIX, cuya obra sobre *La ciencia española* vino a ser el arranque de su vasta y portentosa reconstrucción histórica.

El tipo misceláneo del *Gentleman's Magazine* (1731-1907) y del *Journal Encyclopédique* de Bélgica (1756-1793) tiene su representante en el *Memorial Literario Instructivo y Curioso de la Corte de Madrid* (1784-1808, con intermiten-

cias y épocas muy diferentes y contrastadas), donde se prolonga la inacabable controversia sobre el teatro, las "unidades" seudoclásicas, la querella del vulgo y los científicos, la abominación del siglo de oro, exuberante y genial, que por todos lados les parecía despeinado a aquellos pobres peluqueros del gusto.

El *Gabinete de Lectura Española* (1787-1793) y el *Semanario Erudito* de Valladares (1787-1791) tienen ya propósitos francamente didácticos y de popularización cultural. El primero de ellos publica dos *Novelas ejemplares*, de Cervantes: *Rinconete y Cortadillo* y *El celoso extremeño*.

Junto a estas publicaciones literarias, el periodismo propiamente tal arriesga sus primeros vuelos: el *Diario de Madrid* fue fundado en 1758 y, cambiando de título, llega hasta nuestros días con carácter de publicación oficial. Los literatos de la época lo consideran con desdén porque se ocupa de cosas humildes y aun de noticias caseras. Así, *El Censor* dice: "...nos da parte de las pérdidas y hallazgos, de las cosas venales, de las criadas y criados de servicio que buscan casa, y de las casas que buscan criados".

## 4. El periodismo de la España romántica

*El Diario de las Musas* (1790-1791) puede considerarse como tipo de transición entre la era académica que acabamos de reseñar y la era romántica con que se abre el siglo XIX. Se inspira en el *Almanach des Muses* (1765-1833); revela la influencia de Cadalso; es neoclásico por su apego a las reglas y es prerromántico por la sensibilidad que lo inspira, "sensibilidad" en el sentido ya "rousseauniano" de la palabra. Emprende el elogio de la ternura, se extasía ante la naturaleza, prefiere la poesía lírica a la descriptiva, el drama a la comedia, el patetismo al costumbrismo, y se le siente invadido ya como por una vibración musical. También en la segunda época del *Memorial Literario* (1793-1797) se advierte ya la sacudida de Ossián. Las *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes* (1803-1805) inician el periodismo literario romántico.

Pero se nota ya la bifurcación entre el verdadero pe-

riodismo y las hojas literarias. El estudio de las revistas literarias cae fuera de nuestro asunto. El periodismo de "actualidades" —que aparece desde los orígenes— sufre durante la era literaria o dieciochista un pequeño eclipse; o más bien corre transitoriamente como río subterráneo, dando tiempo a que las cosas maduren, para resurgir con toda su fuerza en el siglo XIX. No vamos a seguir su historia. El periodismo de ahora está a la vista. Nos divierten las anécdotas del abuelo; nos interesan las memorias del padre; pero a nuestro contemporáneo no nos importa tanto pedirle su biografía, como pedirle que nos deje examinar dos o tres rasgos de su conducta.

### 5. EL PRIMER PERIÓDICO PORTEÑO. (PRIMER ARTÍCULO)

El primer periódico de Buenos Aires es el *Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiógrafo del Río de la Plata* (1801-1802). Salía dos veces por semana. Se imprimía en el único establecimiento con que contaba la ciudad: la Imprenta de Niños Expósitos que trajo de Córdoba al Plata el Virrey Vértiz. El personal de la imprenta se reducía a dos operarios.

El fundador y director, coronel Francisco Antonio Cabello y Mesa, primer escritor periódico de Buenos Aires y "filósofo indiferente" como él se llamaba, se había iniciado en el periodismo en Lima. Allí, emulado por el ejemplo de los "Filósofos mexicanos" —"los primeros que, en aquella porción de este vasto Continente, publicaron una *Gaceta*, un *Diario Civil* y otro de *Historia Natural*" *—, fundó y publicó durante cuatro años ("y perdí mucho dinero", asegura) el *Diario Curioso, Erudito, Económico y Comercial* (1790) y colaboró en el *Mercurio Peruano* (1791) y el *Semanario Crítico*, y además figuró entre los miembros de las Asambleas de Liturgia y Poesía y la Sociedad de Amantes del País, donde se reclutaban los redactores.

En Buenos Aires, creó una Sociedad Patriótica Literaria y Económica, cuya principal actividad parece haber sido el reclutar colaboradores para el *Telégrafo Mercantil*. No era

* Parece referirse a la *Gaceta* de México y a las publicaciones de Alzate.

la suya una pluma de primera, no podía medirse con los limeños Hipólito Unanue o José Baquijano y Carrillo; pero él, como decía Juan María Gutiérrez, sabía sacar partido del trabajo de los demás. ¿No hemos tenido entre nosotros cierto "maestro de periodistas" para quien escribir por sí mismo era tan ardua empresa que, como el rústico del cuento, antes de tomar la pluma se escupía las manos? Pues no, Cabello y Mesa no llegaba a tanto, ni con mucho; y, al menos, inauguró el periodismo platense y allanó el camino a los demás. Era escritor medianejo, y eso es todo; pero no padecía de aquella incapacidad psicológica para escribir que "Colette" *(Mis aprendizajes)* ha analizado terrible y magistralmente en su primer marido Willy, gran empresario y organizador de manuscritos ajenos.

Entre los redactores de aquel periódico, figuran Domingo de Azcuénaga (D. D. D. A.), José Joaquín de Araujo ("El Patricio de Buenos Aires"), Félix Casamayor, Luis José Chorroarain, Juan José Castelli, Pedro Andrés García, Julián de Leyva, Juan M. Lavardén, Carlos José Montero, Fray Julián Perdriel, Pedro Antonio Cerviño, Manuel Medrano, y aun Manuel Belgrano —el héroe de la Independencia—, el Deán Gregorio Funes ("Patricio Salliano") y Eugenio del Pertillo ("Enio Tullio Grope"). Desde Cochabamba, solía enviar colaboraciones el botánico Tadeo Haenke, que vino al país en la expedición de Malaspina. El corresponsal en Montevideo era José Prego de Oliver. A veces, el director mismo firmaba sus pobres versos con el anagrama incompleto: "Narciso Fellobio Cantón". Los lectores de nuestro *Diario de México* y los que han estudiado nuestra ya clásica *Antología del Centenario* saben algo sobre esta plaga de los anagramas y pseudónimos en el periodismo de la época.

Cuando la ocupación inglesa en Buenos Aires (1806), Cabello y Mesa tuvo contactos con Beresford, y en Montevideo contribuía a la parte española de *The Southern Star*, en compañía del cochabambino Manuel Aniceto Padilla; al menos, ambos traducían del inglés los artículos de Bradford. De regreso a España, murió ajusticiado por sus ideas revolucionarias, tras la primera restauración de Fernando VII.

El *Telégrafo* circulaba entre Buenos Aires y otras diecisiete poblaciones. Desde el "Análisis" o programa que, con la lista de unos ciento cincuenta suscriptores de Buenos Aires y unos cien forasteros, aparece firmado el 14 de febrero de 1801, se nota en Cabello y Mesa el empeño de emular a los argentinos con el ejemplo de los mexicanos y los limeños. En materia de papeles periódicos, dice el Regente de la Real Audiencia Benito de la Mata Linares, "México ha tenido su tiempo feliz para mantener tres; Lima imprimía otros tres". Y Cabello añade: "Pero Buenos Aires, Montevideo, Córdoba, Santacruz, Potosí, Charcas, Paraguay, La Paz, Tucumán y otras muchas ciudades y villas de esta jurisdicción costanera ¿no tienen centenares de hombres de profunda erudición? ... Ni sólo en España, México y Lima se conocen talentos que puedan ilustrar a su patria". Y en el nº 1, del 1º de abril de 1801 (donde parece insinuar que el Cabildo Secular de México, ignoro en qué ocasión, ha desconocido el mérito literario de los platenses), leemos: "Empiece a sentirse ya en las Provincias Argentinas aquella gran metamorfosis que a las de México y Lima elevó a par de las más cultas, ricas e industriosas de la iluminada Europa".

Son muy características las notas con que acompaña la oda *Al Paraná*, de Lavardén. Véase hasta qué punto le domina la preocupación económica: "Hay en el Paraná multitud de conchas que fácilmente se descascaran; muestran un bruñido nácar que puede ser un ramo de industria. Los paraguayos las emplean en embutidos." Y luego nota la falta de la habitual creciente del Paraná durante cinco años (1795-1800), causa de serios perjuicios para el comercio y la ganadería; recuerda las pequeñas perlas que se encuentran en las márgenes de la laguna Apuper; alude a las fuentes del Paraná en las minas de oro brasileñas; menciona —siempre al márgen de la célebre oda— los hipocampos de la costa patagónica, diminutos caballos para el mitológico carro de Neptuno; y ante el apóstrofe al río para que se extienda

Dando socorros a sedientos campos,

exclama: "La Sociedad Económica tenga por objeto, aunque

sea único, indagar el nivel de los terrenos, para proporcionar el regadío a nuestros campos, cueste lo que cueste; si no puede ser por ahora, de aquí a dos siglos". Y, a propósito de las "naos de incorruptible leño", de que habla el poeta, el anotador nos informa sobre el tortuoso "tarane", que acaba de probarse para las construcciones curvas, "madera muy dura, tenaz del clavo, muy ligera y que no arde".

Después aconseja cerrar a las arenas la entrada de los puertos fluviales. Y, en fin, revela en todo aquella inspiración mezclada de agricultura y poesía, muy virgiliana y muy del siglo XVIII, de que más tarde dará un ejemplo central la conocida "Zona Tórrida" de Andrés Bello.

*Buenos Aires, noviembre de 1937.*

## 6. El primer periódico porteño. (Segundo artículo)

En *El Nacional* del 6 de febrero del año en curso, he dado una ligera idea sobre "el primer periódico porteño" *(Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiógrafo del Río de la Plata)*, cuyos cinco volúmenes abarcan en total desde el 1º de abril de 1801 hasta el 17 de octubre de 1802; y he trazado una rápida biografía de su fundador y director, el coronel Francisco Antonio Cabello y Mesa. En este segundo artículo me propongo volver sobre algunas particularidades de aquella pequeña enciclopedia bisemanal, que lo mismo se ocupaba en filosofía, literatura, artes, comercio e industria, que en facilitar al público "la venta y compra, el alquiler y el traspaso, el hallazgo de sus especies perdidas y robadas, las nodrizas que lacten a sus hijos y la colocación de tantos vagantes, etc."

Hoy que andamos a vueltas con la famosa "depuración racista" —harto conocida ya en la historia hispánica con el nombre de "limpieza de sangre" y que dábamos ya por noción completamente liquidada y que había cerrado su ciclo en la filosofía política—, es curioso notar que el fundador del *Telégrafo*, al establecer las bases de la Sociedad Patriótica Literaria y Económica del Río de la Plata, que había de servir como un cuerpo de redacción de su periódico, declaraba su propósito de que

todos los que entren en esta Sociedad han de ser españoles nacidos en estos Reinos o en los de España, cristianos viejos y limpios de toda mala raza; pues no se ha de poder admitir en ella ningún extranjero, negro, mulato, chino, zambo, cuarterón o mestizo, ni aquel que haya sido reconciliado por el delito de la herejía y apostasía, ni los hijos ni nietos de quemados y condenados por dicho delito hasta la segunda generación por línea masculina, y hasta la primera por línea femenina.

Extremos todos a que quizá lo obligaba el credo oficial bajo cuyo amparo se ponía el periódico, y que en nuestro tiempo vemos repetidos todos los días, a veces al pie de la letra y a veces sustituyendo cualquier superstición de ayer por otra u otras más en boga. Aquellos estatutos, por lo demás, se inspiraban en los de ciertas sociedades españolas afines, de Vera, Benavente y Medina de Rioseco, y le atrajeron al editor las indignadas protestas de un tal Bertoldo Clak, que consideraba las cortapisas nacionalistas y racistas como un asco de la ley natural.

Entre las disertaciones más o menos vagas y las odas al río Paraná (Lavardén, Prego de Oliver, Manuel Medrano), las noticias sobre el comercio —preciosas para el historiador de la economía—, movimientos de barcos, condiciones del puerto de Montevideo y sus ventajas o desventajas con respecto a la ensenada de Barragán, etc., el instinto literario se sacia como sin querer con las solas listas de objetos y artículos del tráfico: cueros al pelo, cobre y estaño en barras, puntas de asta, lana de vicuña, cascarilla, cacao de Guayaquil, quintos de añil, plumeros de avestruz, chinchillas, lobo marino, nutrias, cisnes, zorrillos, guanacos, tigres, zurrones de canchalagua, raíces, culen, plata y oro, chapas en pasta, marquetas de sebo, cal de Gualeguay, ceniza para jabón, algarrobo, etc. Los atisbos sobre el posible desarrollo del mercado de carnes, que aparecen entre el panorama medio técnico y medio retórico de los productos del Plata, impresionan por su justeza. La enumeración de cuadrúpedos y ganados, riquezas naturales, productos del suelo y del mar, componen un verdadero cuadro en el estilo —ya clásico para nosotros— de las Cartas-Relaciones de Cortés cuan-

do describe las grandezas de Tenochtitlan. Y como, entre las letras y las artes, los estilos se corresponden, nos parece ver organizarse todo ese universo de formas en uno de aquellos grabados al gusto de la época, atestados de sabrosas minucias, y que más que contemplarse puede decirse que se deletrean con una gustosa lentitud.

Por supuesto que los productos que el Plata ofrece se corresponden, como una pregunta y una respuesta, con los que envían Europa, Asia, los Estados Unidos, ya directamente o ya por el puerto del Callao, en el Perú, por ser "tan recíprocamente estrechas las conexiones mercantiles de esta plaza (Buenos Aires) y la de Lima": piezas rovales, platillas de Silesia crudas, bretañas contrahechas y entreanchas, cambrayes de doce y medio anas, caserillos aplatillados, holandas superfinas, creas de a vara y media, listados alemanes, libretes, estopillas llanas, mantelería, mahones blancos y anteados, medias de seda gris y blanca, bramantes crudos, canículas asiáticas, carlanzanes, alepinos, chalonas azules y encarnadas, anascotes, velillos de gasa, paños y bayetas, franelas y sargas, terciopelos, rasetas o tafetantes de Persia, lonas, papel, jarcia, bombarines, mantas rayadas, sombreros y hebillas, agujas, espejos, cristalería y mercería menuda, machetes de Cataluña con vainas de cuero, loza de Alemania, clavo, pimienta, canela y crémor tártaro.

Como el periódico es artículo nuevo, de cuando en cuando se insiste en las excelencias de este cómodo y leve medio de difundir la cultura general y los conocimientos de utilidad inmediata, ya en artículos del editor, o ya en cartas —reales o hechizas— que le dirigen los suscriptores, declarándolo nada menos que

> Padre de la Patria e instrumento físico de toda nuestra felicidad y gloria... que va a hacer que se presente nuestra hermosa, joven y desconocida América ante los erguidos filósofos del Viejo Mundo, que se la figuran una morena cautiva, adornada su desnudez con ricas joyas para causar aliciente a los ambiciosos sultanes...
>
> Los papeles públicos son la educación del que no la tiene y la lectura de los que nada leen.

Gracias a ellos, el rudo patrón del barco inglés llega

cargado de gacetas y discutiendo de comercio y política; el peluquero francés diserta horas y horas sobre guerra, revolución y bellas artes; y todo ello no lo han aprendido en academias, sino en cafés y tabernas, tiendas, antesalas y aun basureros, por obra y virtud de la hoja volante que les acerca la noticia curiosa, la página del libro ilustre, la especie científica, la peregrina información sobre el héroe americano, "sea inca, tlaxcalteca, quákaro, araucano o filibustier". Lo mismo aprenden aquí las gentes de instrucción que "el mercader, el marinero, el soldado, el polizón y el proscrito".

Entre las curiosidades americanas que Diego Solanze querría ver tratadas por el periódico, se habla de "las petrificaciones voluntarias de la costa de Campeche" y del cordonazo de San Francisco, ejemplos de las muchas rarezas que "los filósofos niegan como exageraciones de viajeros".

Alternan las discusiones literarias, de escaso valor generalmente, con discursos sobre las ventajas de la vacuna antivariolosa, discursos que, por lo menos, proporcionan datos sobre el progreso de las primeras campañas higiénicas. Se informa sobre los "combates figurados" o simulacros navales; se explican los males del contrabando; se da cuenta de las depredaciones de los indios charrúas. Las noticias de Europa, dominadas por el trueno de las campañas napoleónicas, se toman de las gacetas europeas, como era costumbre en nuestra incipiente prensa americana. Y una que otra vez, lo que hoy llamaríamos "el intercambio cultural hispanoamericano" aletea tímidamente, como cuando se copian páginas de Clavijero sobre la educación entre los antiguos mexicanos ("Lecciones de un padre a su hijo", *Historia antigua de México*, por el Abate D. Francisco Xavier Clavijero, Cesena, 1780, II, lib. 7, en los números del 13 de mayo y 18 de julio de 1801), o aun ciertos extractos de la *Gaceta de Guatemala* (13-VI-1802).

Pero, en general, las alusiones a México son escasas, pasajeras y más bien se refieren al pasado:

> Nuestras armas, que habían conseguido tantos laureles de los agarenos en Europa, de los Moctezumas e Ingas en nuestro Continente... El Ilmo Casas dijo que la mortandad de las viruelas había acabado con los indios; esto podrá ser verdad

respecto a los mexicanos solamente, pero no de los indios de nuestras campañas, que en el modo de vivir que observaban tenían el preservativo más eficaz para las epidemias. Ellos no formaban repúblicas como los de México y el Perú: eran unas gentes que llevaban fácilmente consigo todos sus haberes, abandonaban pronto los lugares donde reinaba el contagio, y hasta los enfermos dejaban en manos de la Providencia ("Fortunato Títiro". 26-VIII-1801).

Recogemos al paso una simple alusión a la fecha de la conquista de México (12-IX-1801), o al camino entre Veracruz y México en que trabajaba el virrey "Branchifort" (Discurso histórico del peruano Hipólito Unanue sobre el camino Callao-Lima, 8-XI-1801); la mención del agave de la Nueva España, aprovechada por el Dr. Balmis en los hospitales de Madrid como "remedio detergente, mundificante y fundente" (Dr. T. Haenke, sobre "La agave vivípara", 15-XI-1801); o la mención de nuestra cochinilla del valle de Oaxaca (21-II-1802); algo sobre las loterías o "rifas semanales de varias cantidades de pesos, de cuyos sobrantes se hace (en México y en Lima) un fondo para obras del bien público" (4-VII-1802); o sobre las ordenanzas y prácticas mineras en la Nueva España y el descubrimiento de cierto mineral de que los indios "de Guatemala o Yucatán" hicieron lanzas para los españoles. Y aquí, a propósito del descuido de la minería en aquellas zonas meridionales, leemos la siguiente noticia:

> ¡Ah, yo conozco, y aún hoy vive en esta capital [Buenos Aires], un alumno del Colegio de Minería de México, que sin exageración es el único profesor que creo tiene esta América, y cuya pobreza causa compasión al hombre contemplativo e ilustrado; pero tan lejos está este gran químico de persuadirse el que habrá quien lo habilite, que le he oído decir muchas veces que le parece que todos le miran como a agorero, o como a un fatuo que sólo sirve de estorbo en la sociedad (8-VII-1802).

¿Quién puede ser este sabio mal comprendido, alumno de nuestro eximio Colegio?

De repente, con motivo de la inauguración de un curso nocturno de pintura, de Joseph de Salas, profesor de San Fernando, averiguamos, en una pequeña disertación que el

periódico se siente obligado a consagrar al asunto, que la pintura se divide nada menos que en doce partes principales:

> A saber: 1ª al fresco, 2ª al óleo, 3ª al temple, 4ª bordada, 5ª cerífica, 6ª de aguazo, 7ª de porcelana, 8ª embutida, 9ª férrea, 10ª figulina, 11ª tejida, 12ª vítrea. La primera es la que obra con sola el agua y los colores, con la virtud atractiva del estuque fresco que cubre las superficies donde se pinta. La segunda es la que pinta en virtud de aceites desecantes, con unión, firmeza y hermosura, sobre todas materias. La tercera es la que pinta, con los colores líquidos, con cola, goma o cosa semejante. La cuarta, la que imita a la naturaleza con seda de varios colores, mediante la aguja, sobre superficie tejida. La quinta es la que pinta con ceras de varios colores, uniéndolas con fuego, de suerte que igualan la superfície de la tabla. La sexta es la que se hace sobre lienzo blanco y delgado, humedeciéndole por el reverso con agua natural, y sin más blanco que el de la superficie. La séptima es la que pinta esmaltando de blanco sobre oro o cobre, usando de colores vítreos y minerales, uniéndolos y endureciéndolos con fuego. La octava es la que imita a la naturaleza embutiendo fragmentos de varias materias con la debida unión, según conviene a lo que intenta representar. Divídese en metálica, marmórea o lapídea, lignaria y plástica, según la calidad de los fragmentos que se embuten. La novena es la que, con aguas secretamente preparadas y aplicadas al fuego, hace que el hierro imite al oro y la plata. La décima es la que pinta con colores metálicos sobre vasijas de barro, perfeccionándolas al fuego. La undécima es la que imita a la naturaleza tejiendo en la tela lo que pretende expresar, con estambre, lino o seda de varios colores, mediante lanzadera o rayo textorio. La duodécima es la que pinta con colores secretamente preparados, usando del pincel, y endureciéndolos al fuego. (16-IX-1801).

Otra vez se alega por la creación de un teatro de comedias, que no lo había en Buenos Aires: "La falta de los teatros dice un sabio que es el más feo y fastidioso olor que puede enviar la rudeza de los pueblos" (19-IX-1801); y otras, finalmente, aparecen descripciones sobre la vida y costumbres de los indígenas en varias regiones apartadas de la comarca, sin excusar una minuciosa enumeración de los venenos que emplean "para desagraviarse de algún desaire que piensan haber recibido".

El *Telégrafo* venía muriéndose de aburrimiento ... y de algo más. Lo que los eruditos argentinos Carlos Correa Luna, Augusto S. Mallé y Rómulo Zabala han calificado de "los desatinos rimados y las fétidas satirillas del *Telégrafo*" habían logrado irritar a la opinión. El 29 de agosto de 1802, ante un llamado al orden que le hizo el gobierno, Cabello y Mesa ofreció importantes reformas que no llegó a cumplir. Y tan cierta veía ya la ruina de su periódico que, en el número extraordinario de septiembre de 1802 con que da principio a su V tomo, informa sobre la aparición, el día primero del propio mes, de un nuevo periódico —*El Semanario de Agricultura, Industria y Comercio,* de Juan Hipólito Vieytes—, entre palabras agridulces y aplicando al caso el *Sic vos non vobis,* de Virgilio. Cabello y Mesa declara que, al menos, a él le habrá tocado haber sido "lo que el excitador respecto de la máquina eléctrica, que al aproximarse hace saltar las chispas que nadie podía creer existentes allí en reposo", y da la bienvenida al nuevo colega con la melancolía del soldado emérito que cuelga el escudo.

El 8 de octubre de 1802, tuvo Cabello y Mesa la mala idea de publicar un artículo —"Circunstancias en que se halla la Provincia de Buenos Aires e Islas Malvinas, y modo de repararse"—, artículo que luego se ha demostrado no ser más que un plagio de cierto manuscrito anónimo de 1779, acaso atribuíble a un don Juan de la Piedra, Comisario Superintendente de las Bahías Sin Fondo y San Julián. Tal artículo, que resucitado en tan ardua ocasión parece un estallido de despecho contra un ambiente que ha dejado de ser favorable al editor del *Telégrafo,* dice cosas de este calibre:

> En resolución, para alimentarse los holgazanes y para ocultarse los que se apartan de su legítimo destino, no puede hallarse en entrambos mundos país más proporcionado; y a que se agrega que el trato dulce de las porteñas, el agasajo y otras muchas circunstancias que hoy caracterizan a esta Capital es causa de que se envilezcan los más europeos que arriban a ella. V. G.: llega Pedro, Juan o Francisco, hombres delincuentes, prófugos de sus países, o que en ellos ejercían oficios viles y mecánicos, y eran del estado llano que se dice *plebeyo,* y lo primero que se encuentran en Buenos Aires es con un *Don* a que no estaban acostumbrados. Hállanse, además de esto,

> con la abundancia de caballos para divertirse y corretear de una parte a otra siempre que se les antoja... La parte del bello sexo tiene a todo europeo una singular afición, y es tan abundante que estoy por asegurar que a cada hombre le tocará una docena, etc.

Ya se comprende que esta publicación colmó las medidas. Mucho es que el periódico, ante la indignación general escuchada por la secretaría del Virreinato, haya podido sacar todavía otros tres números, como para no retirarse a la desbandada.

El *Semanario*, en tanto, que no era la obra de un mediocre como Cabello y Mesa, sino de un hombre de verdadera penetración y gran sentimiento nacional, había comenzado su carrera.

El Nacional, *27 de marzo de 1938.*

# ÍNDICE DE NOMBRES

## CORRECCIONES

### Tomo I

| *Página* | *Línea* | *Dice* | *Diga* |
|---|---|---|---|
| 266 | 15 | orgullo | triunfo |

### Tomo II

| *Página* | *Línea* | *Dice* | *Diga* |
|---|---|---|---|
| 179 | nota | 1941 | 1942 |
| 191 | 27 | Broteaux | Brotteaux |

### Tomo IV

| *Página* | *Línea* | *Dice* | *Diga* |
|---|---|---|---|
| 109 | 14 | han | ha |
| 115 | 29 | hombre | nombre |
| 132 | 2 inversa | subeslavos | sudeslavos |
| 155 | 22 y 29 | Lebon | Le Bon |
| 184 | 13 | "cachivaches" | cachivaches (sin comillas) |
| 189 | última | Poictevin | Poitevin (sin c) |
| 193 | 19-20 | un que otro | uno que otro |
| 215 | 18 | autor | actor |
| 583 | 1ª col., 23 | *A la* | *À la* |
| 584 | 2ª col., 20 | *Falta:* (A. Ghiraldo) | |
| 585 | 2ª col., 7 | *Falta:* 414 *n.* | |
| 586 | 2ª col., 24 | *A la* | *A la* |
| 590 | 1ª col., 19 | *Falta:* (Rostand) | |
| 594 | 1ª col., 6 inversa | *Falta: véase también Archivo de Rubén Darío, El* | |
| 594 | 1ª col., 27 | (A. J. y J. | A. J. y F. |
| 599 | 1ª col., 25 | Bardillo | Barbadillo |
| 603 | 2ª col., 3 inversa | Giovani | Giovanni |
| 605 | 2ª col., 16 | Giacono | Giacomo |
| 606 | 2ª col., 4 inversa | *Thule* | *Tule* |
| 607 | 1ª col., 11 | autor | actor |
| 607 | 1ª col., 12 | Cheriff | Cherif |
| 610 | 2ª col., 21 | *Thule* | *Tule* |
| 617 | *Entre* 4 y 5 | *Falta:* Ramón Gómez de la Serna — 18 | |
| 619 | *Entre* 11 y 12 | *Falta:* Carta a E. Díez-Canedo — 301 | |
| 622 | *Entre* 17 y 18 | *Falta:* VI. Gambetta — 532 | |

### Tomo V

| *Página* | *Línea* | *Dice* | *Diga* |
|---|---|---|---|
| 138 | 35 | Jhan | Jahn |
| 240 | 5 | Guilay | Giulay |
| 312 | 15 | Burck | Bismarck |

# ÍNDICE GENERAL



## I

## HISTORIA DE UN SIGLO



### PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

*Páginas inéditas*

## II

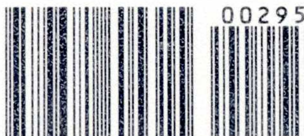
## LAS MESAS DE PLOMO

**Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de octubre de 1995 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 1 000 ejemplares.**

Este tomo V de las *Obras completas* de Alfonso Reyes, formado con dos títulos nunca antes aparecidos —*Historia de un siglo* y *Las mesas de plomo*—, es inicialmente el fruto de sus colaboraciones en el diario *El Sol* de Madrid, en los años 1919 y 1920, y posteriormente en otras publicaciones periódicas. Completadas, corregidas y aumentadas, en este volumen hay abundantes páginas que ahora se publican por vez primera. La *Historia de un siglo,* en conjunto, es la historia de la última centuria europea, considerada desde el punto de vista de la primera Guerra Mundial. *Las mesas de plomo,* por su parte, está compuesta con artículos sobre periodismo.

En el primero de los títulos, Reyes hace una exposición que abarca el lapso que va de 1815 a 1918 —términos de dos grandes guerras—, no sin citar las tres revoluciones del siglo XVIII: la intelectual, la industrial y la social, que hicieron posible la aparición de la verdadera "época moderna". Históricamente, el siglo queda aquí dividido en cinco partes que facilitan su estudio: de 1815 a 1830, del Congreso de Viena a la Revolución de Julio, se hacen intentos de preservar la paz ante las múltiples dificultades en que se ven comprometidos los países europeos; de 1830 a 1848, el liberalismo adquiere preponderancia en ciertos grupos sociales; de 1848 a 1870, se desencadenan revoluciones por todo el mundo occidental y se acrecienta el poder de Prusia; de 1870 a 1914, se establecen, aparentemente en forma definitiva, las nacionalidades, y el imperialismo adopta actitudes violentas; el año 1914 estalla la que "entonces se nos prometía como la última guerra".

*Las mesas de plomo* presenta artículos que van desde la consideración de los precursores ingleses del periodismo hasta algunos temas periodísticos del nuevo continente, sin escasear las referencias a España, Francia, los Estados Unidos, Hispanoamérica, y los distintos géneros de publicaciones lo mismo noticiosas que literarias o políticas, salpicado todo con la gracia anecdótica en que es maestro consumado nuestro gran escritor.


00295
9 789681 605315